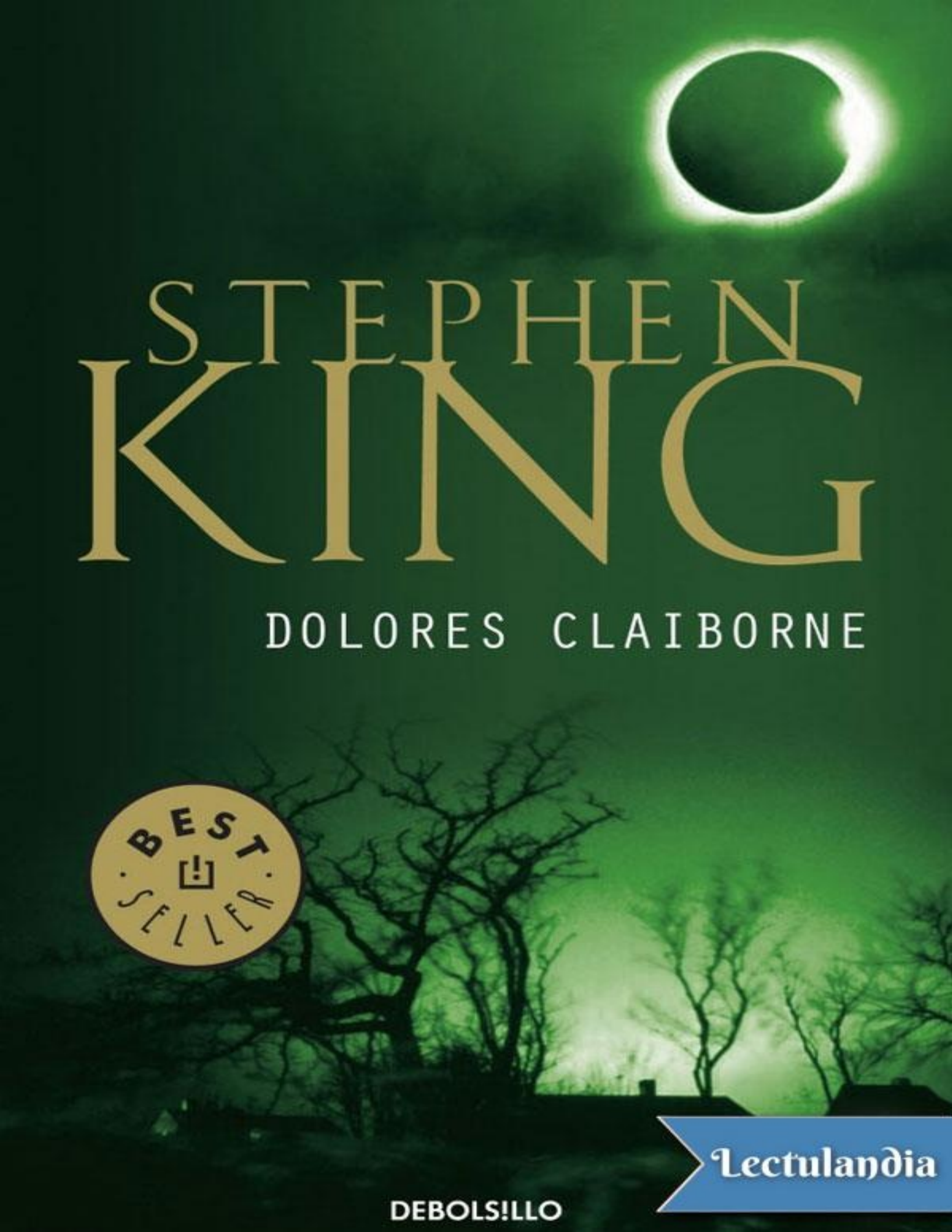


Lectulandia

Una novela íntima y espeluznante, repleta de horrores que, sin embargo, provienen de este mundo. Durante treinta años, los habitantes de Little Tall Island han esperado averiguar qué pasó durante el extraño día —el día del eclipse total— en que murió el marido de Dolores Claiborne. Ahora es la policía quien quiere averiguar qué pasó ayer cuando la rica mujer para la que Dolores hacía las tareas domésticas, una mujer postrada en la cama, murió repentinamente. Sin otra opción más que hablar, Dolores presenta su conmovedora confesión de los lazos extraños y terribles que han forjado sus intimidades ocultas, de la ferocidad de un amor maternal y sus abominables consecuencias, de la ira silenciosa que puede llenar de odio el corazón de una mujer. Cuando Dolores Claiborne es acusada de asesinato, las malas noticias no hacen más que empezar. Porque lo que vendrá a continuación es algo que solamente Stephen King podría imaginar, y lo demuestra abriendo de par en par los secretos más oscuros y los pecados más condenables de los hombres y mujeres de un enquistado pueblo de Maine, guiando al lector por la vida subterránea de un municipio de imagen impecable.

Lectulandia

Stephen King

Dolores Claiborne

ePUB v1.0
Deskade 14.01.13

más libros en lectulandia.com

Título original: *Dolores Claiborne*
Stephen King, 1992.
Traducción: Enrique de Hériz Ramón

Editor original: Deskade (v1.0)
ePub base v2.1

A mi madre, Ruth Pillsbury King

¿Qué quiere una mujer?

SIGMUND FREUD

R-E-S-P-E-T-O, averigua qué significa para mí.

ARETHA FRANKLIN

¿Qué has preguntado, Andy Bissette? ¿Que si entiendo mis derechos tal como me los has contado?

¡Joder! ¿Por qué algunos hombres son tan burros?

No, no te preocupes. Deja de parlotear y escúchame un rato. Me da la sensación de que te vas a pasar la mayor parte de la noche escuchándome, así que será mejor que te vayas acostumbrando. ¡Claro que entiendo eso que me has leído! ¿Tengo pinta de haber perdido el cerebro desde que te vi en el mercado? Eso fue el lunes por la tarde, por si no te acuerdas. Te dije que tu mujer te daría la bronca por haber comprado el pan del día anterior y supongo que tenía razón, ¿no?

Entiendo muy bien mis derechos, Andy. Mi madre no educó a ningún idiota. También entiendo mis responsabilidades. Que Dios me ayude.

¿Dices que cualquier cosa que diga puede ser usada en mi contra ante un tribunal? ¡Pero qué maravilla! Y tú sácate esa mueca de la cara, Frank Proulx. Ahora puedes ser un poli duro, pero no hace tanto desde que yo te veía corretear por ahí con el pañal abolsado y con esa misma sonrisa estúpida en la cara. Te daré un pequeño consejo: cuando te juntes con una viejarrona como yo será mejor que te ahorres la sonrisa. Me cuesta menos leer tu cara que un anuncio de ropa interior en un catálogo de Sears.

Bueno, ya nos hemos divertido: tal vez deberíamos centrarnos. Os voy a contar a los tres un buen montón de cosas a partir de ahora mismo; y una buena parte de eso tal vez pueda ser usada en mi contra ante un tribunal, si es que a alguien le interesa a estas alturas. Lo más gracioso es que la gente de la isla ya lo sabe casi todo y a mí ya casi me importa una mierda, como solía decir el viejo Neely Robichaud cuando se tomaba unas copas. Es decir, casi siempre, como os podrá decir cualquiera que lo haya conocido.

Hay una cosa que sí me importa una mierda, sin embargo, y por eso he venido aquí por voluntad propia. Yo no maté a esa cabrona de Vera Donovan y, os lo creáis o no, pretendo convenceros de eso. Yo no la empujé por la jodida escalera. Si me queréis encerrar por lo otro no pasa nada, pero mis manos no se han manchado con la sangre de esa cabrona. Y pienso que me creeréis cuando haya acabado, Andy. Siempre fuiste un buen chico, como todos los chicos —de mente noble, quiero decir—, y ahora te has convertido en un hombre decente. Pero no dejes que se te suba a la cabeza: creciste como todos los hombres, con una mujer que te lavaba la ropa y te sonaba la nariz y te dirigía cuando te encontrabas orientado en la dirección equivocada.

Una cosa más, antes de empezar. A ti te conozco, Andy. Y a Frank, por supuesto, pero… ¿quién es esa mujer con la grabadora?

¡Ah, por Dios, Andy! ¡Ya sé que es una estenógrafa! ¿No te he dicho ya que mi madre no educó a ningún idiota? Puede que vaya a cumplir los sesenta y seis en noviembre, pero todavía no he perdido el seso. Ya sé que una mujer con una grabadora y una libreta para tomar notas en taquigrafía es una estenógrafa. Veo todos los programas de tribunales, incluso *La ley de Los Angeles*, donde nadie parece capaz de permanecer con la ropa puesta más de quince minutos.

¿Cómo te llamas, querida?

Ajá, y ¿de dónde vienes?

Ah, déjalo ya, Andy. ¿Qué más has de hacer esta noche? ¿Tenías planeado bajar al muelle y pillar a unos cuantos poniendo trampas para langostas sin licencia? Eso sería más excitación de la que podría soportar tu corazón, ¿verdad? ¡Ja!

Así. Mejor. Tú eres Nancy Bannister, de Kennebunk, y yo soy Dolores Claiborne, de aquí mismo, Little Tall. Bueno, ya he dicho que voy a hablar un buen montón antes de que acabemos, y ya verás que no mentía. Así que si necesitas que hable más alto, o más despacio, sólo tienes que decirlo. No seas tímida conmigo. Quiero que cojas palabra por palabra, empezando por esto: hace veintinueve años, cuando el señor Bissette, ahora jefe de la policía, todavía iba a primer curso y se le enganchaban los pantalones, yo maté a mi marido, Joe St. George.

Veo que es un golpe, Andy. Cierra el pico o me largo. Además, no sé qué te sorprende tanto.

Sabes que maté a Joe.

Todo el mundo lo sabe en Little Tall, y probablemente también la gente del otro lado de la bahía, en Jonesport. Sólo que nadie pudo probarlo. Y yo no estaría aquí, admitiéndolo delante de Frank Proulx y Nancy Bannister, de Kennebunk, si no fuera porque a la cabrona de Vera le dio por seguir con sus viejos trucos sucios.

Bueno, nunca podrá volver a hacerlos, ¿verdad? Por lo menos, es un consuelo.

Acércame un poco más la grabadora, Nancy querida. Si hemos de hacerlo, hagámoslo bien.

¿Verdad que esos japoneses hacen cosas monísimas? Sí, desde luego… Pero supongo que las dos sabemos que lo que corre por la cinta dentro de esa monada me puede llevar al correccional de mujeres para el resto de mi vida. Sin embargo, no tengo otra opción. Juro por Dios que siempre supe que Vera Donovan sería mi muerte, lo supe desde la primera vez que la vi. Y mirad lo que me ha hecho, mirad lo que me ha hecho esa maldita vieja cabrona. Esta vez sí que me ha hecho polvo.

Pero es que la gente rica es así: si no te pueden matar de una patada, te matan amablemente a besos.

¿Qué?

¡Ay, joder! Ya voy al grano, Andy, si me dejas un poco en paz. Sólo trato de decidir si lo he de contar de principio a fin o al revés. Supongo que no puedo tomar una copita, ¿no?

¿Café? Y una mierda. Coge la cafetera entera y métetela por donde yo me sé. Dame un vaso de agua, si eres tan tacaño que no puedes compartir un trago del Beam que tienes en el cajón de tu escritorio. Yo no…

¿Que cómo lo sé? Hombre, Andy Bissette, si no te conociera diría que acabas de salir de los pañales. ¿Te crees que la gente del pueblo sólo habla del hecho de que yo matara a mi marido?

Vamos, eso son viejas noticias. Mira, todavía queda algo de jugo para ti.

Gracias, Frank. Tú también fuiste siempre un buen chico, aunque era muy difícil mirarte en la iglesia hasta que tu madre te quitó el maldito hábito de hurgarte las narices. Joder, a veces te metías el dedo tan adentro que parecía un milagro que no te sacaras los sesos. ¿Y por qué diablos te sonrojas? Nunca ha

habido ningún niño que no excavara algo de oro verde de la vieja mina de vez en cuando. Al menos tú conseguías mantener las manos alejadas de los pantalones y de las bolas —por lo menos en misa—, y hay muchos niños que nunca…

Sí, Andy, sí, lo voy a decir. Por Dios, tú nunca te has sacudido las hormigas del pantalón, ¿verdad?

Te diré una cosa: voy a hacer un trato. En vez de contarlo de principio a fin o al revés, voy a empezar justo por la mitad y recorreré hacia los dos lados. Y si no te gusta, Andy Bissette, lo puedes apuntar en tu lista de quejas y se lo cuentas al capellán.

Joe y yo teníamos tres críos y cuando él murió, en el verano del 63, Selena tenía quince años, Joe junior trece y Little Pete sólo nueve. Bueno, Joe no me dejó ni un pote en el que mear y apenas una ventana por la que tirarlo luego.

Supongo que luego tendrás que arreglarlo un poco, ¿verdad, Nancy? Sólo soy una vieja con la cabeza medio loca y la boca más loca todavía, pero así son las cosas a menudo cuando se ha tenido una vida loca.

Bueno, ¿dónde estaba? Todavía no me he perdido, ¿verdad?

Ah, sí, gracias, cariño.

Lo que me dejó Joe fue esa casa destrozada junto al East Head y seis acres de tierra, casi todo zarzales y esa madera inservible que crece después de limpiar las malas hierbas. ¿Qué más?

Veamos. Tres camiones que no funcionaban —dos furgonetas y una excavadora—, cuatro atajos de madera, una deuda en la tienda de comestibles, una deuda en la ferretería, una deuda en la gasolinera, una deuda en el tanatorio y… ¿queréis saber la guinda? No llevaba ni una semana criando malvas cuando apareció el maldito Harry Doucette con un jodido pagaré según el cual Joe le debía veinte dólares por una apuesta de béisbol.

Me dejó todo eso, pero ¿creéis que me dejó algún seguro de vida? No, señor. Aunque eso podría haber sido un flaco favor, tal como acabaron las cosas. Supongo que llegaré a eso antes de acabar, pero de momento sólo trato de decir que en verdad Joe St. George no tenía nada de hombre: era una maldita piedra que yo llevaba atada al cuello. En realidad, era algo peor que eso, porque una piedra no se emborracha ni pretende echarte un polvo a la una de la madrugada.

Aunque no maté a ese hijo de puta por ninguna de esas razones, pero supongo que es un principio tan bueno como cualquier otro.

Una isla no es un buen lugar para matar a nadie, lo que yo te diga. Parece que siempre hay alguien por ahí, loco por meter la nariz en tus asuntos justo cuando menos te conviene. Por eso lo hice cuando lo hice, aunque ya llegaremos a eso. De momento, basta con decir que lo hice tres años después de que muriera el marido de Vera Donovan en un accidente de coche en las afueras de Baltimore, que es donde vivían cuando no estaban de vacaciones en Little Tall. En aquella época, casi todas las putadas de Vera eran simples y claras.

Con Joe fuera del panorama y sin ningún ingreso, me quedé colgada, eso sí puedo decirlo.

Tengo la sensación de que nadie en todo el mundo se siente tan desesperado como una mujer sola si sus hijos dependen de ella. Ya casi había decidido que sería mejor cruzar el golfo y buscar un trabajo en Jonesport, controlando la mercancía en el Shop and Save o haciendo de camarera en algún restaurante, cuando la loca esa decidió de repente que viviría todo el año en la isla. Casi todo el mundo creyó que se le había cruzado un cable, pero yo no me sorprendí tanto. De todos modos, en aquella época ya pasaba mucho tiempo aquí.

El tipo que trabajaba para ella en esa época —no recuerdo el nombre pero ya sabes a quién me refiero, Andy, aquel mayordomo loco que siempre llevaba los pantalones bien apretados para enseñarle al mundo que tenía las pelotas grandes como jarras de Mason— me llamó y me dijo que La Señora (siempre la llamaba así, La Señora, mira si estaba zumbado) quería saber si yo trabajaría para ella a jornada completa como ama de llaves. Bueno, yo había trabajado para su familia en verano desde 1950, y supongo que era natural que me llamara a mí antes que a cualquier otra, pero entonces pareció como una respuesta a mis oraciones. Dije que sí al instante y trabajé para ella hasta ayer por la tarde, cuando se cayó por la escalera frontal por culpa de su estúpida cabeza hueca.

¿A qué se dedicaba su marido, Andy? Hacía aviones, ¿no?

Ah. Ajá, supongo que sí lo oí, pero ya sabes cómo habla la gente de la isla. Lo único que doy por seguro es que ella quedó bien arreglada, muy bien arreglada, y que se lo llevó todo cuando él murió. Menos lo que se quedó el gobierno, claro, y dudo que fuera tanto como lo que se adeudaba. Michael Donovan era listo como el hambre.

Y astuto también. Y aunque nadie lo creería por su comportamiento en los últimos diez años, Vera era tan astuta como él… y tuvo sus días de lucidez hasta

antes de su propia muerte. Me pregunto si sabía en qué lío me metería si no moría en la cama de un tranquilo ataque de corazón. He estado en East Head casi todo el día, sentada en la escalera desvencijada y pensando en eso… En eso y en un centenar de cosas más. Al principio creía que no: un cuenco de harina tiene más cerebro que Vera Donovan en los últimos días; pero luego recordaba cómo se portaba cuando lo de la aspiradora y pensaba que tal vez… Sí, tal vez.

Pero ahora no importa. Lo único que importa ahora es que yo he pasado de las brasas al fuego y me encantaría limpiarme antes de que se me queme más el culo. Si todavía estoy a tiempo.

Empecé a trabajar como ama de llaves de Vera Donovan y acabé siendo eso que llaman «compañía de pago». No me costó mucho tiempo entender la diferencia. Como ama de llaves, tenía que tragar mierda ocho horas al día, cinco días por semana. Como compañía de pago, tenía que tragarla a todas horas.

Tuvo el primer ataque en el verano de 1968, mientras veía por la televisión la convención nacional del Partido Demócrata en Chicago. No fue demasiado aquella vez, y ella solía echarle la culpa a Hubert Humphrey. «Al final resulta que miré a ese alegre capullo demasiadas veces —afirmaba—, y se me reventó una maldita vena. Debía haber imaginado que sucedería, y también podría haber ocurrido con Nixon.»

Tuvo uno más grave en 1975, y esta vez no pudo culpar a ningún político. El doctor Freneau le dijo que sería mejor que dejara de fumar y de beber, pero se podría haber ahorrado el discurso: ninguna fulana de tacones altos como Vera Bésame-Las-Nalgas Donovan estaba dispuesta a escuchar a un simple médico de pueblo como Chip Freneau. «Lo enterraré —solía decir— y me tomaré un whisky con soda sentada sobre su lápida.»

Durante un tiempo pareció que podía conseguirlo —él siguió regañándola y ella siguió navegando como el *Queen Mary*—. Luego, en 1981, ella tuvo el primer ataque serio y el marido se mató en un accidente de coche en la península al año siguiente. Fue entonces cuando yo me mudé a vivir con ella: octubre de 1982.

¿Tenía que hacerlo? No lo sé. Supongo que no. Tenía mi Seguridad Sociable, como solía llamarla la vieja Hattie Mc Leod. No era mucho, pero entonces ya hacía mucho que los chicos se habían ido —Little Pete había desaparecido de la tierra, pobre corderillo perdido— y yo me las había arreglado para ahorrar unos

cuantos dólares. Vivir en la isla siempre ha sido barato y aunque ya no es lo que era, sigue siendo mucho más barato que vivir en la península. O sea que supongo que no estaba obligada a ir a vivir con Vera, no.

Pero para entonces ella y yo estábamos acostumbradas la una a la otra. Es difícil explicárselo a un hombre. Supongo que Nancy, con sus libretas y sus bolígrafos y su grabadora, lo entiende, pero imagino que no debe hablar. Nos habíamos acostumbrado como dos viejos murciélagos se acostumbran a estar colgados boca abajo juntos en la misma cueva, incluso aunque estén muy lejos de ser lo que se llama íntimos amigos. Y en realidad no significa ningún cambio. Lo más importante fue colgar mi ropa de los domingos en el armario, al lado de mi ropa de cada día, porque en el otoño del 82 yo ya pasaba allí todos los días y también casi todas las noches. Ganaba algo más de dinero, pero no tanto como para pagar la entrada de mi primer Cadillac, ya entendéis lo que quiero decir. ¡Ja!

Supongo que lo hice sobre todo porque no había nadie más. Ella tenía un agente financiero en Nueva York, un hombre que se llamaba Greenbush. Pero Greenbush no iba a acudir a Little Tall para que ella pudiera gritarle desde la ventana de la habitación para asegurarse de que tendiera las sábanas con seis pinzas, no cuatro, ni se iba a instalar en la habitación de los invitados para cambiarle los pañales y limpiarle la mierda de su culo gordo mientras ella lo acusaba de robarle la calderilla de la hucha en forma de cerdito y le decía que lo enviaría a la cárcel. Greenbush manejaba los cheques; yo limpiaba la mierda y la oía quejarse por las sábanas y por la pelusa y por su maldita hucha.

¿Y qué? No espero ninguna medalla, ni siquiera una banda de honor. He limpiado mucha mierda en mi época, he oído todavía más mierda (recordad que estuve casada con Joe St. George durante dieciséis años) y nunca se me cayeron los anillos. Supongo que al final me quedé con ella porque no tenía a nadie más. O yo o el asilo. Sus hijos nunca vinieron a verla y eso es lo único que me daba pena. Tampoco es que yo esperara que apareciesen, no os hagáis una idea equivocada, pero no entendía por qué no podían arreglar su vieja querella, cualquiera que fuese, y venir de vez en cuando para pasar un día juntos, o tal vez un fin de semana. Era una miserable cabrona, de eso no cabe duda, pero era su madre. Y ya estaba vieja. Claro que ahora sé mucho más que antes, pero…

¿Qué?

Sí, es verdad. Que me muera si miento, como les gusta decir a mis nietos. Si no me crees, llama a Greenbush. Supongo que cuando corra la noticia —y correrá, como siempre— habrá alguno de esos artículos de cotilleo en el *Daily News* de Bangor, contando lo maravilloso que es todo.

Bueno, tengo una noticia para vosotros: no es maravilloso. En realidad es una jodida pesadilla. Da lo mismo lo que ocurra aquí: la gente dirá que le lavé el cerebro para que hiciera lo que hizo y luego la maté. Lo sé, Andy, y tú también. No hay ningún poder en la tierra ni en el cielo que pueda evitar que la gente piense lo peor cuando quiere pensarlo.

Bueno, ni una sola palabra es cierta. Yo no la obligué a hacer nada, y desde luego ella no hizo lo que hizo porque me quisiera, ni siquiera porque yo le gustara: a su manera pudo pensar que me debía mucho y no era propio de ella decirlo. Incluso podría ser que se tratara de su manera de darme las gracias… No por cambiarle los pañales llenos de mierda, sino por estar ahí todas las noches en que los cables abandonaban los rincones o la pelusa salía de debajo de la cama.

No lo entendéis, ya lo sé, pero al final lo entenderéis, antes de que abráis esa puerta y abandonéis la habitación, os prometo que lo habréis entendido todo.

Tenía tres formas de ser cabrona. He conocido a otras mujeres que tenían más, pero tres son suficientes para una vieja dama senil que pasaba casi todo el rato pegada a la silla de ruedas o a la cama. Tres formas es una maldita cantidad para una mujer así.

La primera era cuando se volvía cabrona porque no podía evitarlo. ¿Recordáis lo que he dicho sobre las pinzas, que debías usar seis para tender las sábanas, nunca cuatro? Bueno, es sólo un ejemplo.

Las cosas tenían que hacerse de cierta manera si una trabajaba para la señora Bésame-Las-Nalgas Vera Donovan y era mejor no olvidarlo. Ella te decía cómo debían ser las cosas desde el principio y yo os diré cómo eran. Si te olvidabas de algo una sola vez, tenías que aguantar su lengua afilada. Si te olvidabas dos veces, te jodía el día de pago. Si te olvidabas tres veces estabas en la calle y te podías ahorrar las excusas. Ésa era la norma de Vera y a mí ya me parecía bien. Me parecía duro, pero justo. Si te decía dos veces en qué bandejas debías poner el pan al sacarlo del horno y que nunca lo dejaras en el alféizar de la ventana para enfriarlo como los irlandeses, y aún así no eras capaz de recordarlo, lo más probable era que no pudieras recordarlo nunca.

La norma era que a la tercera te quedabas en la calle, y no había absolutamente ninguna excepción. Así ocurrió con un montón de gente en aquella casa durante años. En los viejos tiempos oí decir más de una vez que trabajar para los Donovan era como entrar en una puerta giratoria.

Podías dar una vuelta o dos, y algunos llegaban a dar diez o doce vueltas, pero siempre acababas siendo escupido hacia la parte de fuera. Así que cuando fui a trabajar con ella por primera vez —eso fue en 1949, al año siguiente de nacer Selena— entré como se entra en la cueva de un dragón. Pero no era tan mala como a la gente le gustaba pretender. Si mantenías los oídos atentos, podías quedarte. Yo lo hice, y el mayordomo también. Pero tenías que estar todo el rato de puntillas porque era aguda, porque siempre sabía más de lo que le pasaba a la gente de la isla que los demás veraneantes… y porque podía ser malvada. Incluso entonces, antes de que le ocurrieran todos sus problemas, podía ser malvada. Para ella era como un *hobby*.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó el primer día—. ¿No deberías estar en casa ocupándote de tu nueva hija y preparándole buenas comiditas a la luz de tu vida?

—La señora Cullum está encantada de vigilar a Selena cuatro horas al día —contesté—. Sólo puedo trabajar media jornada, señora.

—Sólo necesito media jornada, y creo que eso decía mi anuncio en el remedo de periódico local —respondió, mostrándome su aguda lengua, sin llegar a cortarme como haría tantas veces en el futuro.

Aquel día estaba haciendo punto, lo recuerdo. Esa mujer podía tejer como el rayo, un par de calcetines en un solo día era algo fácil para ella aunque empezara a las diez de la mañana. Pero decía que tenía que apetecerle.

—Sí, señora. Eso decía.

—No me llamo señora —contestó, dejando el punto—. Me llamo Vera Donovan. Si te contrato, me llamarás señora Donovan, por lo menos hasta que nos conozcamos lo suficiente para cambiarlo. Y yo te llamaré Dolores. ¿Está claro?

—Sí, señora Donovan.

—De acuerdo, es un buen principio. Ahora, responde a mi pregunta. ¿Qué haces aquí, teniendo una casa propia que cuidar, Dolores?

—Quiero ganar algo de dinero extra para las Navidades —expliqué. De

camino hacia la casa ya había decidido que le diría eso si me lo preguntaba—. Y si hasta entonces queda usted satisfecha y a mí me gusta trabajar para usted, por supuesto, tal vez me quede un poco más.

—Si te gusta trabajar para mí… —repitió. Luego puso los ojos en blanco como si fuera la mayor estupidez que hubiera oído jamás. ¿Cómo podía alguien no estar contento de trabajar para la gran Vera Donovan? Luego lo repitió de nuevo—: Dinero para las Navidades. —Hizo una pausa sin dejar de mirarme y lo repitió una vez más en tono aún más sarcástico—: ¡Dinero para las Navidades!

Tal como ella sospechaba, yo estaba allí porque apenas me había sacudido el arroz del pelo y ya tenía problemas en mi matrimonio, y ella sólo necesitaba ver cómo me sonrojaba y desviaba la mirada para estar segura. De modo que no me sonrojé y no desvié la mirada aunque sólo tenía veintidós años y me costó mucho. Ni le habría admitido a nadie que ya tenía problemas: eso no me lo arrancan ni con caballos salvajes. Lo del dinero para las Navidades era suficiente para Vera por muy sarcástica que se pusiera, y la mayor excusa que estaba dispuesta a permitirme a mí misma era que andaba algo justa de dinero para casa aquel verano. Sólo años después pude admitir la verdadera razón que me llevó a la cueva del dragón: tenía que encontrar el modo de recuperar parte del dinero que Joe se bebía durante toda la semana y perdía los viernes por la noche en las partidas de póquer en la trastienda de Fudgy's Tavern, en la península. En aquella época aún creía que el amor de un hombre por una mujer y de una mujer por un hombre era más fuerte que el amor por la bebida y por los follones, que el amor acabaría alzándose como la nata sobre la leche. En los diez años siguientes aprendí lo suficiente. A veces el mundo es una triste escuela, ¿verdad?

—Bueno —concluyó Vera—. Nos daremos una oportunidad, Dolores St. George… aunque imagino que incluso si das la talla te quedarás embarazada otra vez en un año, y entonces no te veré más.

El hecho es que entonces yo estaba embarazada de dos meses, pero tampoco me lo habría arrancado ni con caballos salvajes. Quería los diez dólares semanales que pagaba por ese trabajo y los conseguí, y será mejor que me creáis cuando digo que me gané cada centavo. Trabajé como una china aquel verano, y cuando llegó el día del Trabajo Vera me preguntó si quería seguir cuando ellos volvieran a Baltimore —alguien tenía que cuidar de una casa tan grande como ésa durante todo el año— y yo dije que me parecía bien.

Seguí hasta un mes antes de nacer Joe junior y volví incluso antes de destetar al crío. Durante el verano lo dejaba con Arlene Cullum —Vera no habría admitido un crío llorando por la casa, ella no—, pero cuando ella y su marido se iban me llevaba a Selena y a Joe junior conmigo. A Selena la podía dejar sola: incluso con dos años, casi tres, se podía confiar en ella casi siempre. A Joe junior lo llevaba conmigo en mis rondas diarias. Dio sus primeros pasos en la habitación principal, aunque creo que Vera nunca lo supo.

Me llamó una semana después del parto (estuve a punto de no enviarle la participación de nacimiento pero luego decidí que si interpretaba que yo andaba en busca de un regalo era su problema) y me felicitó por haber parido un chico y luego me dijo lo que en realidad quería decir: que me guardaba el puesto de trabajo. Creo que esperaba que me emocionase, y así fue. Era como el mayor cumplido que podías esperar de una mujer como Vera y para mí significó mucho más que el talón de veinticinco dólares que recibí en el correo de diciembre.

Era dura pero era justa y en su casa siempre era la jefa. Su marido no pasaba allí más que un día de cada diez, incluso en verano, cuando se suponía que vivían allí. Pero aunque estuviera él, se sabía quién mandaba. Puede que él tuviera dos o trescientos ejecutivos dispuestos a obedecer sus órdenes, pero ella era la que mandaba en el tiroteo de Little Tall, y si le decía que se quitara los zapatos y no le llenara de polvo la alfombra limpia él obedecía.

Y, tal como os decía, tenía su manera de hacer las cosas. ¡Que si la tenía! No sé de dónde sacaba las ideas, pero sí sé que era prisionera de ellas. Si las cosas no se hacían de cierta manera, le entraba dolor de cabeza o de estómago. Pasaba tanto rato cada día controlándolo todo que muchas veces pensé que habría tenido más paz mental si se hubiese encargado ella misma de llevar la casa.

Había que limpiar todos los grifos con Spic 'n Span, eso para empezar. Nada de Lestoil, ni Top Job, ni Mr. Clean. Sólo Spic 'n Span. Que Dios te ayudara si te pillaba limpiando un grifo con otro producto.

Cuando se trataba de planchar, había que usar un dosificador especial de almidón para los cuellos de las camisas y las blusas y tenías que poner una gamuza sobre el cuello antes de almidonarlo. La jodida gamuza no servía para nada, al menos que yo sepa, y habré planchado al menos diez mil camisas y blusas en su casa, pero que Dios te ayudara si Vera entraba en el cuarto de la plancha y te veía planchar las camisas sin aquella pieza de punto sobre un cuello,

o al menos colgada de la tabla de planchar. Que Dios te ayudara si no te acordabas de encender el extractor de la cocina cuando freías algo.

También estaban los cubos de basura del garaje. Había seis. Sonny Quist venía una vez por semana a recoger la basura y el ama de llaves o una de las criadas —la que estuviera más a mano— tenía que llevar los cubos al garaje al segundo de desaparecer él. Y no podías simplemente arrastrarlos hasta el rincón y dejarlos allí; tenías que alinearlos de dos en dos, pegados a la pared del este del garaje, con las tapas puestas encima boca abajo. Que Dios te ayudara si te olvidabas de hacerlo exactamente así.

Luego estaban los felpudos. Había tres: uno para la puerta delantera, otro para la del patio y otro para la puerta trasera, en el que había una de esas cursis leyendas de ENTRADA DE SERVICIO justo hasta el año pasado, cuando me cansé de mirarlo y le di la vuelta. Una vez por semana tenía que recoger los felpudos y apoyarlos en una gran piedra al final del jardín trasero, diría que a unos cincuenta metros de la piscina, y sacarles el polvo con una escoba. Tenías que hacer que el polvo volara. Y si te entraba la pereza, siempre te pillaba. No miraba cada vez que sacudías los felpudos, pero sí lo hacía muchas veces. Se quedaba en el patio con los binoculares de su marido. Y la historia era que cuando llevabas los felpudos de vuelta a las puertas tenías que asegurarte de que la leyenda de BIENVENIDOS apuntara en la dirección adecuada. La dirección adecuada significaba que quien se acercara a cualquiera de las puertas pudiera leerlo. Que Dios te ayudara si dejabas un felpudo al revés ante la puerta.

Debía de haber cuatro docenas de historias diferentes como ésa. En los viejos tiempos, cuando yo empecé como criada, se oía contar muchas cabronadas de Vera Donovan en los almacenes. Los Donovan entretenían a la gente: durante los años cincuenta tuvieron mucho servicio doméstico y normalmente la que más insultaba a Vera era alguna chiquilla que había sido contratada a tiempo parcial y luego despedida por olvidar alguna de las normas tres veces seguidas. Le decía a cualquiera que quisiera escucharla que Vera Donovan era un viejo murciélago malvado y de lengua aguda y que estaba como una loca en las rebajas. Bueno, tal vez tuvieran razón, pero una cosa sí diré: si tenías buena memoria no te daba la bulla. Y yo pienso así: cualquiera que sea capaz de recordar quién duerme con quién en esas comedias que dan por la tarde, debería ser capaz de acordarse de usar Spic 'n Span para los grifos y de poner los felpudos con la marca orientada

en la dirección adecuada.

Bueno, ahora lo de las sábanas. Eso era algo en lo que una desearía no equivocarse nunca.

Tenían que colgar perfectamente equilibradas sobre las cuerdas —o sea, que coincidieran las puntas— y había que usar seis pinzas para cada una. Nunca cuatro; siempre seis. Y si arrastrabas una por el polvo no hacía falta que te preocupara equivocarte tres veces. Las cuerdas de la colada siempre han estado fuera, en el patio lateral que queda justo debajo de su ventana. Ella se asomaba, un año sí otro también, y me gritaba: «¡Seis pinzas, Dolores! ¡Hazme caso! ¡Seis, no cuatro! ¡Las estoy contando y tengo tan buena vista como siempre!».

¿Qué dices, querida?

Hombre, Andy, déjala en paz. Es una buena pregunta, y a ningún hombre se le habría ocurrido.

Te lo diré, Nancy Bannister de Kennebunk, Maine. Sí, tenía secadora, una buena y grande, pero nos prohibía meter en ella las sábanas salvo que el parte meteorológico predijera cinco días seguidos de lluvia. «Una persona decente sólo merece dormir en sábanas que hayan sido secadas al aire libre —decía Vera —, porque huelen bien. Toman algo del viento que las agita y se lo quedan, y ese olor provoca dulces sueños.»

Decía muchas pavadas sobre cantidad de temas, pero no sobre el olor del aire fresco en las sábanas, en eso creo que tenía toda la razón. Cualquiera puede oler la diferencia entre una sábana que ha dado vueltas en una Maytag y otra que ha sido agitada por un buen viento del sur. Pero había muchas mañanas de invierno en las que apenas había diez grados bajo cero y el viento era fuerte y húmedo y venía del este, directo desde el Atlántico. En esas mañanas yo hubiera renunciado al dulce olor sin la menor discusión. Tender las sábanas con tanto frío es como una tortura. Nadie sabe lo que es si no lo ha hecho, y cuando sí lo ha hecho no lo puede olvidar.

Sacas la canasta hasta el tendedero y empieza a desprender vapor por encima y la primera sábana está caliente y a lo mejor te crees —si no lo has hecho antes, claro— que no está tan mal. Pero cuando ya has levantado la primera con las puntas igualadas y le has puesto las seis pinzas, se ha acabado el vapor. Siguen húmedas, pero ahora están frías. Y tus dedos están mojados y fríos. Pero pasas a la siguiente, y otra, y otra, y los dedos se te vuelven rojos y cada vez más lentos,

y te duelen los hombros y tienes calambres en la boca de aguantar las pinzas para poder mantener las manos libres para que la maldita sábana quede limpia y arreglada en todo momento, pero casi todo el dolor está en los dedos. Si se te volvieran insensibles, algo sería. Casi te gustaría que así fuera.

Pero sólo se te ponen rojos y si hubiera suficientes sábanas se te pondrían de un color púrpura claro, como los bordes de algunos lirios. Cuando acabas, las manos son como garras. Lo peor, sin embargo, es que sabes lo que ocurrirá cuando vuelvas a entrar con el canasto de la colada vacío y te dé el calor en las manos. Empiezan a temblar, luego te palpitan las falanges: sólo que la sensación es tan profunda que parece más un llanto que un pálpito; me gustaría describirlo para que lo supieras, Andy, lo que pasa es que no puedo. Parece que Nancy Bannister sí lo sabe, un poco por lo menos, pero hay todo un mundo de diferencia entre tender la colada en la península en invierno o hacerlo en la isla. Cuando se te empiezan a calentar los dedos es como si tuvieras un enjambre de bichos dentro. Entonces te los frotas con cualquier clase de loción para las manos y esperas que desaparezca el picor, y sabes que da lo mismo la cantidad de loción o de puro estiércol de oveja que te pongas en las manos: hacia finales de febrero se te agrietará igualmente la piel, tanto que se te abrirá y sangrará cuando cierres el puño. Y a veces, incluso antes de calentarte, hasta cuando ya estás dormida, las manos te despiertan en mitad de la noche, sollozando por el puro recuerdo del dolor. ¿Creéis que es broma? Podéis reíros si queréis, pero no es broma, qué va.

Casi se las oye, como si fueran críos buscando a su madre. Viene de muy adentro y te quedas escuchándolo, sabiendo en todo momento que a pesar de todo tendrás que volver a salir, que no se puede evitar, que es parte del trabajo de una mujer que ningún hombre conoce ni desea conocer.

Y mientras pasabas por eso, con las manos insensibles, los dedos púrpura, los hombros doloridos, con los mocos cayendo por la nariz y helándose, duros sobre el labio superior, lo más frecuente era que ella estuviera en la ventana de su habitación mirándote. Tenía la frente fruncida y los labios estirados hacia abajo y se frotaba las manos: siempre estaba tensa, como si se tratara de una especie de compleja operación quirúrgica en vez de simplemente tender las sábanas a secar al viento invernal. Se notaba que trataba de contenerse, de mantener la bocaza cerrada por una vez, pero al cabo de un rato ya no era capaz y se asomaba tanto

por la ventana que el viento le echaba el pelo hacia atrás, y gritaba: «¡Seis pinzas! ¡Acuérdate de usar seis pinzas! ¡No dejes que el viento se lleve mis sábanas hasta el rincón del patio! ¡Haz lo que te digo! ¡Será mejor, porque te estoy mirando y las estoy contando!».

Para cuando llegaba marzo, yo soñaba con agarrar el hacha que el mayordomo y yo solíamos usar para cortar los leños del horno de la cocina (eso hasta que él murió; luego el trabajo lo hacía yo sola) y darle a la cabrona un buen tajo justo entre los ojos. A veces llegaba a verme a mí misma haciéndolo, de tan loca como me volvía, pero supongo que siempre supe que una parte de ella odiaba gritarme tanto como yo odiaba oírlo.

Ésa era su primera manera de ser cabrona: cuando no podía evitarlo. En realidad era peor para ella que para mí, sobre todo desde que tuvo los ataques fuertes. Entonces ya había mucha menos colada que tender, pero ella seguía tan obsesionada como lo había estado antes de que la mayoría de las habitaciones de la casa quedaran cerradas y casi todas las camas de invitados fueran deshechas y se envolvieran con plástico las sábanas para guardarlas en el armario.

Lo más duro para ella fue que, hacia 1985, se le acabaron los días de andar sorprendiendo a la gente; tuvo que depender de mí para arreglárselas. Si no estaba yo para levantarla de la cama y sentarla en la silla de ruedas, se quedaba acostada. Había engordado mucho: pasó de unos sesenta y nueve kilos al principio de los años sesenta a unos noventa, y casi todo el aumento consistía en esa grasa amarillenta que se les ve a los viejos. Le colgaba de los brazos, de las piernas y del culo como si fuera pasta de pan en un palo. Algunos se quedan delgados como una escoba en el otoño de su vida, pero no Vera Donovan. El doctor Freneau decía que era porque no le trabajaban los riñones. Supongo que así era, pero muchas veces creí que engordaba sólo para fastidiarme.

Y el peso no lo era todo: también se estaba quedando medio ciega. Era por culpa de los ataques. La poca vista que le quedaba iba y venía a ratos. Algunos días veía un poco con el ojo izquierdo y mucho con el ojo derecho, pero la mayoría de las veces decía que era como si mirase a través de una espesa cortina gris. Supongo que entendéis por qué se volvía loca, ella que siempre se había empeñado en echarle el ojo a todo. A veces llegó a llorar por eso y ya os podéis creer que costaba mucho hacer llorar a una tipa dura como ella. Y por mucho que la hubiesen postrado los años al pasar, seguía siendo una tipa dura.

¿Qué, Frank?

¿Senil?

La verdad, no estoy segura. No lo creo. Y si lo estaba, desde luego no era como la gente normal cuando se vuelve senil. Y no lo digo para que, si luego resulta que sí era senil, el juez encargado del sumario de la herencia pueda sonarse la nariz con eso. En cuanto a lo que a mí concierne, puede limpiarse el culo; yo sólo quiero salir de este jodido follón en que me ha metido.

Pero aún he de decir que probablemente no tenía del todo vacía la azotea, ni siquiera al final. Tal vez le quedaran algunas habitaciones por alquilar, pero no la tenía vacía del todo.

La principal razón por la que digo eso es que tenía días en los que estaba tan lúcida como siempre. Solía coincidir con los días en que veía un poco y colaboraba para sentarse en la cama, o incluso daba los dos pasos que separaban la cama de la silla de ruedas en vez de esperar a que la llevara en volandas como a un saco de grano. La colocaba en la silla de ruedas para poder cambiar las sábanas y a ella le gustaba estar sentada porque podía acercarse a la ventana, la que daba al patio lateral y tenía vistas al puerto. Una vez me dijo que si tenía que quedarse todo el día en la cama se volvería loca, sin poder mirar más que a las paredes y el techo. Y la creí.

Tenía días confusos, sí; días en los que no sabía quién era yo y apenas sabía quién era ella misma. En esos días era como un barco que hubiese perdido las amarras, salvo que el océano en que iba a la deriva era el tiempo: era capaz de creer que estábamos en 1947 por la mañana y en 1974 por la tarde. Pero también tenía días buenos. Cada vez menos a medida que pasaba el tiempo y seguían dándole aquellos ataques —achaques, lo llamaba la gente—, pero aún los tenía. Sus días buenos coincidían a menudo con mis días malos, sin embargo, porque si yo se lo permitía soltaba todas sus cabronadas.

Se volvía mala. Era su segunda manera de ser cabrona. Esa mujer podía ser tan malvada como el que más. Incluso cuando pasaba la mayor parte del tiempo en la cama, con pañales y pantalones de goma, podía llegar a ser terrible. Los follones que metía en los días de limpieza son un ejemplo tan bueno de lo que quiero decir como cualquier otro. No lo hacía cada semana, pero os juro por Dios que con demasiada frecuencia lo hacía los jueves para poder considerarlo pura coincidencia.

Los jueves eran días de limpieza en casa de los Donovan. Es una casa enorme, no te lo puedes imaginar hasta que te has paseado de verdad por dentro, aunque la mayor parte está cerrada. Ya hace más de veinte años de aquellos días en que podía llegar a haber media docena de chicas con el pelo recogido con pañuelos, aquí sacando el polvo, allí limpiando las ventanas y quitando las telarañas de los rincones del techo. He recorrido a veces esas habitaciones fantasmagóricas, mirando los muebles tapados por las fundas y pensando en el aspecto que tenía aquel lugar en los años cincuenta, cuando daban aquellas fiestas de verano —el césped se llenaba siempre de lámparas japonesas de diferentes colores, qué bien lo recuerdo—, y me entran unos escalofríos rarísimos. Al final, los colores brillantes desaparecen de la vida, ¿os habéis dado cuenta? Al final todo parece gris, como un vestido que se ha lavado demasiadas veces.

Durante los últimos cuatro años, la parte abierta de la casa era la cocina, la sala principal, el comedor, la terraza que da a la piscina y al patio y cuatro habitaciones del piso superior: la suya, la mía y las dos de invitados. No manteníamos muy calientes en invierno las de invitados, pero siempre estaban limpias por si venían sus hijos a pasar un tiempo.

Incluso en aquellos últimos años yo tenía siempre dos chicas del pueblo para ayudarme los días de limpieza. En eso siempre ha habido muchos cambios, pero desde 1990 más o menos eran siempre Shawna Wyndham y Susy, la hermana de Frank. No podía hacerlo sin ellas, pero aún hacía yo gran parte del trabajo y a las cuatro de la tarde de cada jueves, cuando las chicas se iban a casa, yo estaba medio muerta. Sin embargo, aún me quedaba mucho por hacer: acabar de planchar, hacer la lista de la compra para el viernes y preparar la cena para su excelencia, por supuesto. No hay descanso para los malditos, como se suele decir.

Pero siempre antes de eso, me gustara o no, tenía que aguantar alguna de sus cabronadas.

Generalmente solía ser regular a la hora de cumplir sus necesidades naturales. Yo le metía el orinal debajo cada tres horas y soltaba un chorrito para mí. Y la mayoría de los días solía haber también algo duro en el orinal, además de la meadita, al mediodía.

Salvo los jueves, claro.

No todos los jueves, pero sí aquellos en los que estaba brillante. Podía dar por hecho que lo más probable era que hubiera problemas… y que acabara con un dolor de espalda que no me dejaría dormir hasta la medianoche. Al final, no se me pasaba ni con Anacin-3. He tenido una salud de hierro casi toda la vida y sigo teniéndola, pero sesenta y cinco años son sesenta y cinco años. No te libras de las cosas como antes.

Los jueves, en vez de sacar medio orinal lleno de pis a las seis de la mañana, sólo sacaba unas gotas. A las nueve, lo mismo. Y al mediodía, en vez de una meada y un zurullo, lo más probable era que no hubiera nada. Entonces ya intuía que debía prepararme. Sólo lo sabía seguro cuando no le había sacado ni un zurullo desde el miércoles al mediodía.

Ya veo que te aguantas la risa, Andy, pero está bien; suéltalo si quieres. Entonces no tenía ninguna gracia, pero ya se ha acabado y lo que estás pensando es la pura verdad. La vieja mierdosa tenía una libreta de ahorros de mierda y era como si en algunas semanas lo ahorrara todo para aumentar los bienes… Sólo que todos los reintegros eran para mí. Me los quedaba yo tanto si quería como si no.

Me pasaba casi toda la tarde de los jueves corriendo escaleras arriba, tratando de pillarla, y a veces incluso lo conseguía. Pero fuera cual fuese el estado de su vista, el oído le funcionaba muy bien y sabía que yo nunca dejaría que ninguna de las chicas aspirase la alfombra de Aubusson de la sala. Y cuando oía la aspiradora ponía en marcha su castigada fábrica y la Cuenca de Mierda empezaba a soltar dividendos.

Entonces se me ocurrió la manera de pillarla. Gritaba a una de las chicas que ya era hora de aspirar el salón. Lo anunciaba a gritos incluso aunque ellas estuvieran justo al lado de la puerta, en el comedor. Ponía en marcha la aspiradora, sí, pero en vez de usarla me iba al pie de la escalera y me quedaba allí con un pie plantado en el primer escalón y la mano agarrada a la bola de la barandilla, como uno de esos atletas que se agachan y esperan a que el juez dispare el tiro de salida y los deje echar a correr.

En una o dos ocasiones subí demasiado rápido. No era bueno. Era como cuando descalifican a un corredor por salir en falso. Tenías que llegar cuando ella ya había puesto en marcha el motor y no podía detenerlo, pero antes de que hubiera dejado su regalo, soltando la carga en los viejos pantalones. Aprendí a

hacerlo bastante bien. Vosotros también habríais aprendido al saber que tendríais que alzar en brazos a una vieja de noventa kilos si calculabais mal el tiempo. Era como tratar de negociar con una granada cargada de mierda en vez de explosivos.

Al llegar me la encontraba tumbada en su cama de hospital con la cara roja, la boca bien apretada, los codos clavados en el colchón y los puños apretados y gimiendo: «¡Unnnnh! ¡Unnnnnhhhh! ¡UNNNNNNNHHHH!». Os diré una cosa: le bastaba un par de rollos de papel de wáter colgados de la pared y un catálogo de Sears en el regazo para estar como en casa.

Ay, Nancy, deja de morderte los carrillos. Dicen que es mejor soltarlo y aguantar la vergüenza que tragárselo y aguantar el dolor. Además, tiene una cara cómica; la mierda siempre la tiene. Pregúntaselo a cualquier crío. Incluso yo puedo permitir que me haga gracia ahora que se ha acabado, y eso ya es algo, ¿no? Por muy grande que sea el lío en que estoy metida, se han acabado los días de luchar con los jueves de Mierda de Vera Donovan.

¿Que si se volvía loca al oírme entrar? Loca como un oso con una zarpa enganchada en una colmena.

—¿Qué haces aquí arriba? —me preguntaba con esa voz finolis que usaba cuando la pillabas en algo malo, como si todavía fuera a Vassar o a Holy Oaks o a cualquiera de las siete grandes universidades a que la enviaron sus padres—. Hoy es día de limpieza, Dolores. Tú sigue con lo tuyo.

No te he llamado y no te necesito.

Ya no me asustaba.

—Creo que sí me necesitas. Ese olor que te sale del culo no es Chanel n.° 5, ¿verdad?

A veces incluso trataba de golpearme las manos cuando yo retiraba la manta y la sábana. Me miraba como si pretendiera volverme de piedra si no la dejaba en paz y estiraba el labio inferior como un niño que no quiere ir al colegio. Pero nunca dejé que nada de eso me detuviera. No a la hija de Patricia Claiborne, Dolores. Bajaba la sábana en unos tres segundos, y nunca me costaba más que otros cinco quitarle los pantalones y tirar de las cintas de los pañales, por mucho que ella me palmeara las manos. A menudo dejaba de hacerlo después de probarlo un par de veces, porque la había pillado y las dos lo sabíamos. El equipamiento era tan viejo que, cuando lo ponía en marcha, las cosas seguían su

curso natural. Le metía debajo el orinal con toda la limpieza del mundo y, cuando bajaba a aspirar de verdad al salón, ella se quedaba maldiciendo como un pato.

Entonces ya no sonaba como una niña de Vassar, lo que yo te diga… Porque sabía que había perdido la partida y no hay nada que Vera odiara más que eso. Incluso en plena vejez odiaba ferozmente perder.

Así siguieron las cosas durante un tiempo y empecé a pensar que había ganado la guerra en vez de sólo un par de batallas. Tendría que haber sido más lista.

Entonces llegó un día de limpieza —de eso hará cosa de un año— en el que yo estaba lista para echar a correr escaleras arriba y pillarla una vez más. Casi me había empezado a gustar, más o menos. Me compensaba por las muchas veces en que yo había perdido. Y esa vez me imaginaba que me esperaba un auténtico tornado de mierda si Vera se salía con la suya. Coincidían todas las señales y algo más. Para empezar, no sólo tenía un día brillante, sino que llevaba así toda la semana. Incluso el lunes me había pedido que le pusiera la tabla sobre los brazos de la silla para poder jugar un par de solitarios, como en los viejos tiempos. Y en cuanto concernía a su estómago, estaba pasando una buena sequía. No había aportado nada al cepillo desde el fin de semana. Me imaginaba que ese jueves planeaba regalarme su maldito club de Navidad, además de la cuenta de ahorros.

Aquel día, cuando al mediodía saqué el orinal seco como un hueso, le dije:

—¿No crees que podrías lograrlo si te esfuerzas un poco, Vera?

—Oh, Dolores —contestó, mirándome con sus velados ojos azules, inocente como un corderillo—. Ya me he esforzado, he hecho tanta fuerza que me duele. Supongo que estoy estreñida.

Estuve de acuerdo con ella.

—Supongo que lo estás, y si no se arregla pronto, querida, tendré que darte una caja entera de Ex-Lax para dinamitar el tapón.

—Oh, creo que se arreglará solo en su momento —respondió, al tiempo que me dedicaba una de sus sonrisas. Ya no le quedaban dientes, claro, y no podía llevar la parte inferior de la dentadura postiza si no estaba sentada en la silla, para que al toser no se le fuera garganta abajo y se atragantase. Al sonreír, su cara parecía un viejo pedazo de tronco con un nudo en medio—. Ya me conoces,

Dolores. Creo que hay que dejar que la naturaleza siga su curso.

—Sí que te conozco —murmuré mientras me daba la vuelta.

—¿Cómo dices, querida? —preguntó, tan dulce que parecía que el azúcar no se pudiera deshacer en su boca.

—Digo que no puedo quedarme aquí viendo cómo lo vuelves a intentar. Tengo faena. Es día de limpieza, ¿sabes?

—¿Ah, sí? —respondió, como si no hubiera sabido qué día era desde el mismo momento en que se despertó esa mañana—. Pues tú a lo tuyo, Dolores. Si noto que se me mueve el estómago ya te llamaré.

«Claro que me llamarás —pensé—: unos cinco minutos después de que ocurra».

Pero no lo dije; volví escaleras abajo.

Saqué la aspiradora del armario de la cocina, la llevé al salón y la enchufé. No la puse en marcha enseguida, sin embargo; primero dediqué unos minutos a sacar el polvo. Había llegado a un punto en que podía fiarme de mi instinto y esperaba que algo dentro de mí me advirtiera de que había llegado el momento.

Cuando esa voz interior me avisó, grité a Susy y Shawna que iba a aspirar el salón. Grité con tanta fuerza que me pareció que me oiría toda la gente del pueblo, al mismo tiempo que la Reina Madre del piso superior. Puse en marcha la Kirby y me fui al pie de la escalera. Ese día no le di mucho tiempo: treinta o cuarenta segundos como máximo. Imaginé que tenía que estar pendiente de un hilo. Así que subí los escalones de dos en dos y… ¿qué os creéis?

¡Nada!

Nada de nada.

Sólo…

Sólo su forma de mirarme, nada más. Tan tranquila y dulce como quieras imaginar.

—¿Te has olvidado algo, Dolores? —preguntó.

—Ajá —contesté—. Me olvidé de abandonar este trabajo hace cinco años. Dejémoslo ya, Vera.

—¿Que dejemos qué, querida? —preguntó sin dejar de pestañear, como si no tuviera la menor idea de lo que le estaba diciendo.

—Estamos en paz, eso quiero decir. Dímelo claro: ¿necesitas el orinal o no?

—No lo necesito —contestó con su más sincera voz—. ¡Ya te lo he dicho!

Y me sonrió. No dijo ni una palabra, pero no hacía falta. Su cara hablaba por sí sola. Te he pillado, Dolores, decía. Te he pillado bien.

Pero yo no había acabado. Sabía que se estaba preparando para un buen festival y sabía que se armaría un infierno si le daba tiempo antes de meterle debajo el orinal. Así que me fui abajo y me quedé junto a la aspiradora. Esperé cinco minutos y volví a subir corriendo. Esta vez estaba acostada de lado y profundamente dormida… O eso creí. De verdad que lo creí. Me engañó del todo y ya sabéis lo que dicen: si me engañas una vez, peor para ti; si me engañas dos veces, peor para mí.

Cuando bajé por segunda vez me puse a aspirar el salón de verdad. Una vez acabado el trabajo, recogí la Kirby y subí a ver cómo estaba. Estaba sentada en la cama, totalmente despierta y sin tapar, con los pantalones de goma bajados y los pañales sueltos. ¿Que si la había armado? ¡Por Dios! La cama estaba llena de mierda, toda ella estaba cubierta de mierda, había mierda en la alfombra, en la silla de ruedas, en las paredes. Había mierda incluso en las cortinas. Parecía como si hubiera cogido un puñado y la hubiera tirado, igual que se tiran barro los niños cuando nadan en un estercolero.

¡Qué rabia me dio! ¡Tanta rabia que llegué a escupir!

—¡Oh, Vera! ¡Cabrona asquerosa! —le grité.

Yo no la maté, Andy, pero de haberlo hecho hubiera sido ese día, cuando vi aquel follón y olí la habitación. Quería matarla, es cierto; de nada serviría negarlo. Y ella se quedó mirándome con esa expresión atontada que se le ponía cuando su mente le jugaba trastadas… Pero yo veía al diablo bailando en sus ojos y sabía muy bien a quién le habían jugado la trastada esa vez. Si me engañas dos veces peor para mí.

—¿Quién es? —preguntó—. Brenda, ¿eres tú, querida? ¿Sacas las vacas otra vez?

—Sabes que no ha habido ninguna vaca en tres millas a la redonda desde 1955 y sabes jodidamente bien quién soy.

Crucé la habitación a grandes pasos y eso fue un error, porque se me engancharon las zapatillas y estuve a punto de caer de espaldas. Si llego a caer supongo que podría haberla matado de verdad. En ese momento estaba dispuesta a prender fuego y sembrar azufre.

—Noooo —contestó, tratando de sonar como la pobre vieja penosa que

realmente era muchos días—. ¡No lo séeee! No veo bien y me duele mucho el estómago. Creo que me voy a marear. ¿Eres tú, Dolores?

—¡Sabes de sobras que soy yo, vieja rata! —dije, pero la verdad es que seguía gritando a pleno pulmón—. ¡Podría matarte!

Imagino que para entonces Susy Proulx y Shawna Wyndham estaban al pie de la escalera con los oídos bien abiertos, y me imagino que ya habéis hablado con ellas y que me tienen lista para colgarme. No hace falta que me digas ni una cosa ni otra, Andy: tu cara es un libro abierto.

Vera se dio cuenta de que no me engañaba, al menos ya no más, de modo que dejó de intentar hacerme creer que le había entrado uno de sus malos momentos y se cabreó ella también para defenderse. Creo que a lo mejor la asusté un poco. Ahora que lo pienso, yo misma me asusté.

Pero… ¡Si hubieras visto esa habitación, Andy! Parecía la hora de comer en el infierno.

—¡Supongo que lo harás! —me gritó—. Algún día lo harás, vieja bruja mala. ¡Me matarás como mataste a tu marido!

—No, señora —le dije—. Cuando me decida a acabar contigo no me preocuparé de hacer que parezca un accidente. Te tiraré por la ventana, y quedará una cabrona apestosa menos en el mundo.

La agarré por la mitad del cuerpo y la levanté como si fuera Superwoman. Esa noche lo noté en la espalda, eso te lo puedo decir, pero a la mañana siguiente apenas podía andar de lo mucho que me dolía. Fui al quiromasajista de Machias y me hizo algo que me alivió un poco, pero desde entonces nunca he vuelto a estar igual. En aquel momento, sin embargo, no sentí nada. La saqué de la cama como si yo fuera una niña enfadada y ella la muñeca de Raggedy Ann y fuera a pagar mi enfado con ella. Empezó a temblar y el mero hecho de saber que me temía me ayudó a recuperar la calma, pero sería una sucia mentirosa si no reconociera que me encantaba su miedo.

—¡Aaaayyy! —gritaba—. ¡Aaayyyyy, nooo! ¡No me tires por la ventana! ¡No me tires, no te atrevas! ¡Bájame! ¡Me haces daño, Dolores! ¡AAAAYYYY, BÁJAMEEEEEE!

—Bah, deja de gritar —la interrumpí, y la solté en la silla con tanta fuerza que le rechinaron los dientes… Eso si hubiera tenido dientes, claro—. Mira la que has armado. Y no intentes decirme que no ves, porque yo sé que sí. ¡Mira!

—Lo siento, Dolores —suplicó. Empezó a gimotear, pero noté la lucecilla malvada en sus ojos.

Lo vi como a veces se ve un pez en el agua clara cuando una se arrodilla en un bote y mira por la amura——. Lo siento, no quería montar este follón. Sólo trataba de ayudar.

Siempre decía lo mismo cuando se cagaba en la cama y luego se revolcaba un poco en ella… aunque ese día había sido la primera vez que se dedicaba a mancharse los dedos con ella y pintar las paredes. Sólo *trataba de ayudar, Dolores*. No te jode.

—Siéntate y quédate callada —le dije—. Si de verdad no quieres bajar a toda prisa por la ventana y llegar incluso más rápido a la piedra de abajo, será mejor que hagas lo que te digo.

Y no me cabe duda de que esas chicas seguían al pie de la escalera escuchando cada palabra que salía de mi boca. Pero en ese momento estaba demasiado cabreada para pensar en algo como eso.

Tuvo el suficiente sentido común para callarse como le había dicho, pero parecía contenta.

Por qué no iba a estarlo. Había conseguido lo que se proponía —esta vez era ella la que había ganado la batalla y había dejado más claro que el agua que la guerra no se había acabado, ni mucho menos—. Me puse a trabajar, limpiando la habitación y dejándola ordenada otra vez. Me llevó casi dos horas y cuando hube acabado la espalda me cantaba el *Ave María*.

Ya os he contado lo de las sábanas, lo mala que era, y he visto por vuestras caras que me entendíais. Quiero decir: no se me caen los anillos por la mierda. Me he pasado la vida limpiándola y nunca me ha dado asco. No huele como un jardín de flores, por supuesto, y hay que tener cuidado porque lleva enfermedades, como la saliva y los mocos y la sangre, pero se lava. Cualquiera que haya tenido críos sabe que la mierda se lava. O sea que no era eso lo que me cabreaba tanto.

Creo que fue por lo mala que era ella. Por lo astuta. Aguantó el tiempo necesario y cuando tuvo su oportunidad armó el peor follón que pudo y lo hizo con la mayor prisa porque sabía que yo no le iba a dar mucho tiempo. Hizo esa guarrada a propósito, ¿entendéis lo que quiero decir? Lo planeó todo, en la medida en que su mente nublada se lo permitía, y eso me partía el corazón y me

deprimía mientras limpiaba; mientras deshacía la cama; mientras bajaba el colchón lleno de mierda y las sábanas llenas de mierda y las fundas de las almohadas llenas de mierda al lavadero; mientras rechinaba los dientes y trataba de mantener la espalda firme al tiempo que la lavaba a ella y le ponía una bata limpia y luego la levantaba de la silla y la llevaba de nuevo a la cama (y ella no ayudaba nada, se dejaba caer en mis brazos como un peso muerto, a pesar de que me consta que era uno de esos días en los que podía haber ayudado si le hubiese dado la gana); mientras limpiaba el suelo; mientras limpiaba su maldita silla de ruedas, y ahí sí que tenía que frotar porque la mierda se había secado; mientras hacía todo eso mi corazón estaba hundido y se me oscurecía la mirada.

También ella lo sabía.

Lo sabía y se alegraba.

Esa noche, al llegar a casa me tomé un Anacin–3 para el dolor de espalda y luego me fui a la cama y me quedé hecha una pelota aunque eso me aumentaba el dolor, y lloré y lloré y lloré.

Parecía que no podía parar. Nunca —al menos desde que pasó lo de Joe— me había sentido tan desanimada y desesperada. Ni tan jodidamente vieja.

Ésa era su segunda manera de ser cabrona; ser malvada.

¿Qué dices, Frank? ¿Que si lo volvió a hacer?

Joder, pues claro. Lo volvió a hacer la semana siguiente, y la otra. Ninguna de las dos veces fue tan grave como la primera aventura, en parte porque no consiguió ahorrar tantos dividendos, pero sobre todo porque yo ya estaba preparada. La segunda vez me volví a acostar llorando, y mientras estaba tumbada en la cama sintiendo aquella desgracia bien profunda en mi espalda me decidí a dejarlo. No sabía qué le pasaría ni quién se ocuparía de ella, pero en aquel momento me importaba un comino. En cuanto a lo que a mí concernía, podía morirse de hambre en su cama llena de mierda.

Todavía estaba llorando cuando me quedé dormida, porque la idea de dejarla —de permitir que ella venciera— me hacía sentir todavía peor. Pero al despertarme me sentí mejor. Supongo que es verdad eso de que la mente no duerme por mucho que duerma el cuerpo; sigue pensando. Y a veces trabaja mejor cuando el que manda no está ahí para fastidiarla con la cháchara habitual que pasa dentro de las cabezas: faenas por hacer, qué preparar de comida, qué ver en la tele, cosas así.

Debe de ser verdad, porque la razón por la que me sentía mejor era que me desperté sabiendo cómo me engañaba. La única razón por la que no lo había visto antes era que probablemente la subestimé. Ajá, incluso yo, y eso que sabía lo astuta que podía ser de vez en cuando. Y en cuanto entendí la trampa, supe lo que debía hacer.

Me dolió saber que tendría que fiarme de una de las chicas de los jueves para que aspirara la Aubusson. La mera idea de que lo hiciera Shawna Wyndham provocó que me entrara lo que mi abuelo llamaba escalofríos de golpe. Ya sabes lo torpe que es, Andy. Todos los Wyndham lo son, claro, pero ella les da mil vueltas a los demás. Es como si tuviera bultos en todo el cuerpo para derribar cualquier objeto al pasar por el lado. No es culpa suya, es algo que lleva en la sangre, pero no podía soportar la imagen de Shawna cargando en el salón con toda la feria de cristales y de vajillas de Tiffany de Vera por los suelos.

Sin embargo, algo tenía que hacer —si me engañas dos veces, peor para mí — y por suerte ahí estaba Susy para apoyarme en ella. No es que fuera una bailarina, pero fue ella quien aspiró la Aubusson durante el año siguiente y nunca rompió nada. Es una buena chica, Frank, y no te quiero ni contar lo contenta que me quedé cuando recibí su participación de boda, aunque el chico no sea de aquí. ¿Cómo les va? ¿Qué te cuentan?

Bueno, eso está bien. Bien. Me alegro por ella. Supongo que aún no tiene encargado un retoño, ¿no? Últimamente parece que la gente espera hasta estar a punto de entrar en el asilo antes de…

Sí, Andy, ya voy. Me gustaría que recordaras que estoy hablando de mi vida, de mi maldita vida. Así que mejor que te acomodes en tu gran sillón, levantes los pies y te relajes. Si sigues apretando de esa manera te vas a romper.

Bueno, Frank, dale mis mejores recuerdos y cuéntale que salvó la vida de Dolores Claiborne en el verano del 91. Le puedes contar la verdad de las enmierdadas de los jueves y de cómo acabé con ellas. Nunca les expliqué con exactitud lo que ocurría: sólo sabían que tenía mis más y mis menos con Su Majestad Real. Ahora entiendo que me daba vergüenza contarles qué pasaba.

Supongo que me gusta tan poco recibir como a Vera.

Era el ruido de la aspiradora. De eso me di cuenta aquella mañana. Ya os he dicho que ella andaba bien de oído y era el ruido de la aspiradora lo que le advertía si de verdad estaba limpiando el salón o si estaba al pie de la escalera,

lista para correr. Cuando una aspiradora está quieta en un sitio sólo hace un ruido. Sólo zzzuuuuuummmm, así. Pero cuando estás aspirando una alfombra hace dos ruidos que suben y bajan en oleadas. Huuup cuando la empujas. Y zuuuppp cuando tiras de ella para volverla a pasar. Huuup-zuuup, huuup-zuuup, huuup-zuuup.

Vosotros dos, dejad de rascaros la cabeza y mirad la sonrisa de Nancy. Basta mirar vuestras caras para saber si habéis dedicado algo de tiempo a pasar una aspiradora o no. Si de verdad te parece importante, Andy, inténtalo. Lo oirás enseguida, aunque imagino que Maria se moriría del susto si entrara en casa y te viera aspirando la sala de estar.

Aquella mañana me di cuenta de que ella ya no prestaba atención cuando se ponía en marcha la aspiradora porque se había dado cuenta de que ya no bastaba con eso. Escuchaba para comprobar si el ruido subía y bajaba como cuando la aspiradora trabaja de verdad. No ponía en marcha su sucio truquito hasta que oía las oleadas de huuup–zuuup.

Estaba loca por poner a prueba mi nueva idea, pero de momento no pude hacerlo porque ella entró en una de sus malas épocas justo entonces y durante un tiempo se limitó a hacer sus necesidades en el orinal o a mear un poco en los pañales si no tenía más remedio. Y empecé a temer que esta vez ya no regresara. Sé que suena extraño, puesto que me resultaba mucho más fácil ocuparme de ella cuando estaba confusa, pero cuando a alguien se le ocurre una idea tan buena como ésa siempre desea ponerla a prueba. Además, sentía algo por aquella cabrona, aparte de ganas de estrangularla. Lo contrario sería raro, después de haberla tratado durante más de cuarenta años. Una vez me tejió una colcha afgana, ¿sabéis? Fue mucho antes de ponerse mal del todo, pero aún la tengo en la cama y me da algo de calor en esas noches de febrero en que el viento se pone feo.

Entonces, como un mes o mes y medio después de aquella mañana en que me desperté con la idea, empezó de nuevo. Veía Jeopardy en el pequeño televisor de la habitación e insultaba a los concursantes si no sabían quién era el presidente durante la guerra con España o quién interpretaba el papel de Melanie en *Lo que el viento se llevó*. Empezaba con su cháchara sobre sus hijos, que irían a visitarla antes del día del Trabajo. Y, por supuesto, daba la paliza para que la pusiera en la silla y así poder vigilarme cuando tendía las sábanas y asegurarse

de que usaba seis pinzas, no sólo cuatro. Entonces llegó un jueves en que, al sacar el orinal al mediodía lo encontré seco como un hueso y vacío como las promesas de un vendedor de coches. No os quiero ni contar la alegría que me llevé al ver el orinal vacío. Ya estamos, vieja zorra, pensé, ahora veremos. Bajé las escaleras y llamé a Susy Proulx para que fuera al salón.

—Hoy quiero que aspires tú aquí, Susy —le ordené.

—De acuerdo, señora Claiborne.

Así me llamaban las dos, Andy, como la mayor parte de los isleños, en realidad. Yo nunca lo discutí en la iglesia ni en ningún sitio, pero así era. Es como si creyeran que había estado casada con un tipo apellidado Claiborne en algún momento de mi oscuro pasado… O tal vez me gusta creer que la mayoría no recuerda a Joe, aunque supongo que muchos sí lo recuerdan. Total, no me preocupa demasiado. Supongo que tengo derecho a creer lo que me dé la gana. Al fin y al cabo, la que estuvo casada con ese cabrón fui yo.

—Me parece bien —continuó Susy—. Pero ¿por qué suspira?

—No importa. Tú baja la voz. Y no rompas nada ahí dentro, Susan Emma Proulx, no te atrevas.

Bueno, se puso roja como un coche de bomberos; en realidad, tuvo su gracia.

—¿Cómo sabía que mi segundo nombre es Emma?

—Da lo mismo —contesté—. Llevo un montón de años en Little Tall y el número de cosas que sé y de gente que conozco son infinitos. Tú ten cuidado con los codos al pasar junto a los muebles y la feria de cristalería de la señorita Dios, sobre todo cuando camines hacia atrás, y no tendrás que preocuparte por nada.

—Seré supercuidadosa.

Le puse en marcha la Kirby y luego salí al vestíbulo, me rodeé la boca con las manos y grité:

—¡Susy, Shawna! ¡Voy a aspirar el salón!

Susy estaba ahí mismo, claro, y os diré que toda su cara era un interrogante. Me limité a hacerle un gesto con la mano para decirle que siguiera con lo suyo y se olvidara de mí. Y lo hizo.

Me acerqué de puntillas hasta el pie de la escalera y ocupé mi viejo lugar. Sé que es una tontería, pero no había estado tan emocionada desde la primera vez que mi padre me llevó a cazar, cuando tenía doce años. Era la misma sensación, con esos latidos fuertes y planos en el corazón y en el pecho. Aquella mujer tenía

docenas de antigüedades valiosas en el salón, además de toda la cristalería, pero no dediqué ni un segundo a pensar en Susy Proulx allá dentro, dando vueltas y vueltas entre ellas como un derviche.

Me obligué a permanecer quieta tanto como pude, creo que un minuto y medio. Luego salí disparada. Y al entrar de golpe en la habitación, me la encontré con la cara roja, los ojos cerrados como una ranura, los puños prietos y gimiendo: ¡Unhh! ¡Unhhhh! ¡UNHHHHH! Abrió los ojos a toda prisa al oír que la puerta de la habitación se abría de golpe. Ah, me hubiera encantado tener una cámara. Era invalorable.

—¡Dolores, lárgate de aquí ahora mismo! —gimoteó—. Estoy tratando de dormir y no lo lograré si te dedicas a entrar dando golpetazos cada veinte minutos como un toro bravo.

—Bueno —respondí—. Me iré, pero antes creo que te voy a poner este viejo orinal debajo. A juzgar por el olor, diría que lo único que necesitabas para arreglar tu estreñimiento era un poco de miedo.

Me palmoteó las manos y me insultó —era capaz de soltar insultos feroces cuando quería, y quería siempre que alguien la molestaba—, pero no le presté demasiada atención. Le puse el orinal debajo rápida como un lince y, como suele decirse, todo salió bien. Al acabar, la miré, me miró y ninguna de las dos tuvo nada que decir. Es que hacía mucho que nos conocíamos.

Toma, viejo chocho sucio, le decía mi cara. Volvemos a estar en paz, ¿qué te parece?

No muy bien, Dolores, pero no pasa nada. Sólo porque estemos en paz no significa que vayamos a seguir así.

Pero sí seguimos, esta vez sí. Hubo algunos follones más, pero nunca como esa vez que os he contado, cuando la mierda llegó incluso a las cortinas. Aquél fue su último hurra. Desde entonces, cada vez mantuvo la mente clara en menos ocasiones y, cuando lo hacía, era por poco tiempo. Me iba bien para el dolor de espalda, pero también me daba pena. Era una paliza, pero me había acostumbrado, no sé si me explico.

¿Puedo tomar otro vaso de agua, Frank?

Gracias. Hablar da mucha sed. Y si decides sacar la botella del señor Jim Beam del cajón para que le dé el aire, Andy, no se lo contaré a nadie.

¿No? Bueno, no esperaba más de un tipo como tú.

Bien… ¿por dónde iba? Ah, ya sé. Por cómo era ella. Bueno, su tercera manera de ser cabrona era la peor. Era una cabrona porque era una vieja triste que no tenía nada que hacer aparte de morirse en una habitación del piso de arriba en una isla, lejos de la gente y los lugares que había frecuentado durante la mayor parte de su vida. Eso ya era malo, pero además estaba perdiendo la cabeza al mismo tiempo… Y una parte de ella sabía que la otra parte era como la orilla del río cuando está desgastada y a punto de ceder a la corriente.

Estaba sola, claro, y eso yo no lo entendía. Para empezar, nunca entendí por qué abandonó toda su vida para venir a la isla. Al menos, hasta ayer. Pero también tenía miedo y eso sí que lo entendía. Aún así, tenía una fuerza horrible y aterradora, como una reina a punto de morir pero dispuesta a no soltar la corona hasta el final: es como si el mismo Dios tuviera que soltarle los dedos de uno en uno.

Tenía días buenos y días malos, eso ya os lo he contado. Entre medio, siempre había lo que yo llamo sus «colocones», cuando pasaba de estar unos días brillante a estar una o dos semanas medio ida, o viceversa. Cuando estaba cambiando era como si no estuviera… Y eso también lo sabía una parte de ella. Eran los momentos en que solía sufrir las alucinaciones.

Si es que eran alucinaciones. Ya no estoy segura como antes. Tal vez os cuente esa parte y tal vez no. Ya veré cómo me siento cuando llegue el momento.

Creo que no siempre ocurría los domingos por la tarde o en plena noche; supongo que ésas son las que recuerdo mejor porque la casa estaba muy silenciosa y me daba mucho miedo cuando empezaba a gritar. Es como si alguien te tira un cubito de hielo en un caluroso día de verano; cada vez que se ponía a gritar pensaba que se me iba a parar el corazón, y cada vez creía que al entrar en su habitación la encontraría muerta. Las cosas que le daban miedo nunca tenían sentido. O sea, yo sabía que tenía miedo y me imaginaba qué lo producía, pero nunca supe por qué.

—¡Los cables! —gritaba a veces cuando yo entraba. Estaba acurrucada en la cama, con las manos retorcidas entre los muslos, la vieja boca estirada y temblorosa; estaba pálida como un fantasma y las lágrimas le recorrían las arrugas bajo los ojos—. ¡Los cables, Dolores, detén los cables!

Siempre señalaba el mismo lugar, el suelo en el rincón más lejano de la habitación. No había nada, por supuesto, pero para ella sí lo había. Ella veía

cómo los cables abandonaban la pared y se arrastraban por el suelo hacia la cama. Al menos creo que veía eso. Yo bajaba corriendo las escaleras, cogía un cuchillo de carne de la cocina y subía con él. Me arrodillaba en el rincón —o más cerca de la cama si ella se comportaba como si los cables hubieran progresado bastante— y fingía partirlos. Descargaba la hoja sin fuerza y con calma sobre el suelo para no arañar el arce, hasta que ella dejaba de llorar.

Luego me acercaba a ella y le secaba las lágrimas con mi delantal o con uno de los Kleenex que siempre tenía apretujados bajo la almohada, le daba uno o dos besos y le decía:

—Bueno, querida, ya se han ido. He acuchillado los molestos cables de uno en uno. Míralo tú misma.

Ella miraba (aunque en las épocas de que os hablo no veía nada), seguía llorando un poco y luego me abrazaba y me decía:

—Gracias, Dolores. Creo que esta vez sí estaban a punto de agarrarme.

O a veces me llamaba Brenda al darme las gracias. Brenda era el ama de llaves que los Donovan tenían en Baltimore. Otras veces me llamaba Clarice, que era su hermana y murió en 1958.

A veces subía a la habitación y la encontraba medio caída de la cama, gritando que había una serpiente en la almohada. Otras veces estaba sentada con las sábanas sobre la cabeza, chillando que las ventanas ampliaban la luz del sol como una lupa y que se iba a quemar. A veces juraba que ya estaba notando cómo se le freía el pelo. Daba lo mismo que estuviera lloviendo o que fuera hubiera más niebla que en la mente de un borracho; estaba empeñada en que el sol la freiría viva, de modo que yo cerraba las persianas y luego la abrazaba hasta que dejaba de llorar. A veces seguía abrazándola, porque incluso cuando ya estaba callada notaba que temblaba como una muñeca maltratada por las niñas. Me pedía una y otra vez que le mirase la piel y al cabo de un rato se dormía. Otras veces no dormía, sólo caía en un estupor y susurraba cosas a gente que no estaba ahí.

A veces hablaba francés, y no me refiero al parley-voo de la isla. A ella y a su marido les encantaba París e iban allá siempre que podían, en algunos casos con los hijos y en otros solos. A veces, cuando estaba animada, se ponía a contarlo —los cafés, los clubes nocturnos, las galerías y los botes del Sena— y a mí me encantaba escucharla. Se le daban bien las palabras y cuando se ponía a

contarte algo de verdad casi podías verlo.

Pero lo peor, lo que más miedo le daba, eran las pelusas. Ya sabéis a qué me refiero: esas pelotillas de polvo que se forman bajo las camas, detrás de las puertas y en los rincones. Parecen como vainas de algodoncillo. Sabía que era eso incluso cuando ella no era capaz de decirlo y por lo general lograba calmarla, pero no he conseguido averiguar la razón de su miedo por un montón de pelusa —lo que ella creyera que eran—, aunque me lo imagino. No os riáis, pero se me ocurrió en un sueño.

Por suerte, lo de la pelusa no ocurría con tanta frecuencia como lo del sol que le quemaba la piel o los cables del rincón. Pero cuando ocurría, yo sabía que me esperaba un mal rato.

Sabía que se trataba de la pelusa incluso si estábamos en plena noche y yo me encontraba en mi habitación, dormida y con la puerta cerrada, en cuanto ella empezaba a gritar. Cuando se le metía en la cabeza cualquiera de las otras cosas…

¿Cómo, querida?

¿Todavía más?

No, no hace falta que acerques esa grabadora tan mona; si quieres que hable más alto lo haré.

Por lo general soy la tipeja más gritona que puedas conocer. Joe solía decir que deseaba tener a mano los tapones de algodón cada vez que yo entraba en casa.

Lo que pasa es que su comportamiento con lo de la pelusa me daba escalofríos y supongo que el hecho de que haya bajado la voz demuestra que todavía me los da. Incluso ahora que está muerta. A veces trataba de regañarla: «¿Qué pretendes con esa tontería, Vera?», le decía. Pero no era una tontería, al menos para ella. Más de una vez creí saber cómo acabaría su vida: se moriría de miedo a la pelusa. Y no andaba tan equivocada, ahora que lo pienso.

Había empezado a decir que cuando se le metía en la cabeza cualquiera de las otras cosas —la serpiente de la almohada, el sol, los cables— se ponía a gritar. Cuando era la pelusa, aullaba.

Muchas veces ni siquiera articulaba palabra alguna. Aullaba tan fuerte que el corazón se te llenaba de hielo.

Yo acudía corriendo y me la encontraba tirándose de los pelos o arañándose

la cara con las uñas y con pinta de bruja. Se le ponían los ojos tan grandes que casi parecían huevos duros y siempre miraban a un rincón o al otro.

A veces conseguía decir: «¡Pelusas, Dolores! ¡Ah, por Dios, pelusas!». Otras veces sólo podía llorar y balbucear. Se tapaba los ojos durante uno o dos segundos con las manos, pero luego las retiraba. Era como si no soportara lo que veía, pero tampoco fuera capaz de no mirar. Y de nuevo empezaba a arañarse la cara. Yo le cortaba las uñas tanto como podía, pero aun así muchas veces llegaba a derramar sangre y cada vez que eso ocurría me preguntaba cómo podía ser que su corazón aguantara aquel terror tan puro, con lo vieja y gorda que estaba.

Una vez se cayó de la cama y se quedó tendida con una pierna retorcida bajo el cuerpo. Me dio un miedo del copón, sí. Entré corriendo y me la encontré en el suelo, dando puñetazos a la madera como un niño en plena pataleta y soltando unos gritos que se alzaban hasta el techo. En todos los años que trabajé para ella, fue la única vez que llamé al doctor Freneau en plena noche.

Vino desde Jonesport con la lancha de Collie Violette. Lo llamé porque creía que se había roto la pierna —tenía que habérsela roto por la manera en que le quedaba doblada— y pensaba que se iba a morir de un infarto. No estaba rota —no lo entiendo, pero Freneau dijo que sólo estaba distendida— y al día siguiente ella entró de nuevo en un período lúcido y no recordaba nada. Le pregunté un par de veces por la pelusa cuando volvió a tener el mundo más o menos claro y me miró como si me hubiera vuelto loca. No tenía ni la menor idea de lo que le estaba diciendo.

Después de que ocurriera unas cuantas veces, supe qué hacer. En cuanto la oía aullar de aquella manera, saltaba de la cama y salía de la habitación, que estaba bastante cerca de la suya, con el cuarto de la plancha de por medio. Guardaba una escoba en el distribuidor, con el recogedor encajado en el mando, desde que tuvo su primer ataque con la pelusa. Entraba a la carga en su habitación blandiendo la escoba como si fuera una bandera con la que detener un tren de correo y gritando (era la única manera de que me oyera): «¡Yo las cogeré, Vera! ¡Yo me encargo! ¡Tú aguanta el teléfono!».

Y pasaba la escoba por el rincón hacia el que ella estuviera mirando y luego repasaba el otro por si acaso. Después, a veces se calmaba, pero lo más normal era que empezara a chillar que había más debajo de la cama. Entonces me arrodillaba y hacía ver que también barría allí. En una ocasión, la estúpida,

asustada y penosa vieja estuvo a punto de caer de la cama sobre mí al tratar de asomarse para mirar. Probablemente me hubiera aplastado como a una mosca. ¡Menuda comedia!

Después de barrer todos los rincones que la asustaban, le enseñaba el recogedor vacío y le decía: «Mira, querida, ¿lo ves? Las he enganchado a todas».

Ella miraba primero el recogedor y luego a mí con todo el cuerpo tembloroso y los ojos tan anegados de lágrimas que brillaban como las rocas cuando las ves surgir entre el vapor, y suspiraba: «Oh, Dolores, son tan grises… ¡Tan feas! Llévatelas. Por favor, llévatelas».

Yo dejaba la escoba y el recogedor vacío junto a la puerta de mi habitación, listos para la acción, y volvía para tranquilizarla en la medida de lo posible. Y para calmarme también yo. Si os creéis que yo no necesitaba calmarme, probad lo que supone despertarse en plena noche en un viejo museo como ése, con el viento aullando fuera y la vieja loca chillando dentro. Se me ponía el corazón como una locomotora y casi no podía respirar… Pero no podía permitir que ella se diera cuenta para que no dudara de mí. ¿Qué habría pasado entonces?

Muchas veces, después de estas escenas, le cepillaba el pelo: era lo que más rápido parecía calmarla. Al principio gemía y lloraba y a veces abría los brazos y me abrazaba, apretando la cara contra mi vientre. Recuerdo que después de sus ataques con lo de la pelusa siempre tenía la frente y las mejillas calientes e incluso alguna vez me mojó el camisón con sus lágrimas. ¡Pobre vieja!

Supongo que ninguno de nosotros sabe lo que significa ser tan viejo y que te persigan unos diablos que no consigues explicar ni siquiera a ti mismo.

A veces no lograba nada ni siquiera después de darle a la escoba durante media hora. Ella seguía mirando detrás de mí, al rincón, y de vez en cuando tomaba aire y gritaba. O manoteaba a la oscuridad bajo la cama y luego la sacaba de golpe, como si creyera que se la iban a morder. Una o dos veces incluso yo creí ver algo que se movía por ahí debajo y tuve que cerrar bien fuerte la boca para no gritar. En realidad sólo era la sombra de su mano al moverse, claro, ya lo sé, pero eso demuestra en qué estado me tenía, ¿no? Ajá, incluso a mí, y eso que soy tan tozuda como mal hablada.

En esas ocasiones en las que nada servía, me metía con ella en la cama. Me rodeaba con los brazos y recostaba la cabeza de lado sobre lo que me queda de pecho y yo la abrazaba hasta que se quedaba dormida. Entonces salía

cuidadosamente de la cama, despacio y con calma para no despertarla, y volvía a mi habitación. En alguna ocasión ni siquiera llegué a marcharme. En esos casos —cuando ella me despertaba en mitad de la noche con sus gritos— me quedaba dormida junto a ella.

Fue en una de esas noches cuando soñé con la pelusa. Pero en el sueño yo no era yo. Yo era ella, metida en su cama de hospital, tan gorda que apenas podía darme la vuelta sin ayuda y con la entrepierna siempre quemada por la infección de orina que nunca se llegaba a curar por la humedad que mantenía a todas horas, y sin capacidad para resistir nada. Digamos que el felpudo estaba listo para cualquier bicho o germen que apareciese, y que siempre estaba orientado como tiene que ser.

Miré hacia el rincón y vi algo que parecía una cabeza de polvo. Los ojos estaban en blanco y la boca abierta y llena de dientes polvorientos. Se empezó a acercar a la cama, despacio, dando vueltas; y cuando de nuevo volvió a aparecer la cara los ojos me estaban mirando y vi que se trataba de Michael Donovan, el marido de Vera. En cambio, a la segunda vuelta era mi marido. Era Joe St. George con una sonrisa maliciosa y un montón de dientes polvorientos que rechinaban. La tercera vez no era nadie conocido, pero estaba vivo y hambriento y dispuesto a recorrer rodando todo el camino que nos separaba para poder comerme.

Me desperté con un movimiento tan brusco que estuve a punto de caerme de la cama. Era de madrugada y los primeros rayos del sol trazaban líneas sobre el suelo. Vera seguía durmiendo. Se había quedado apoyada en mi brazo, pero al principio no tuve fuerzas para retirarlo. Me quedé temblando, cubierta de sudor, tratando de obligarme a creer que estaba despierta y que todo estaba bien, ya sabéis, como suele hacerse después de una pesadilla de las malas. Y durante un instante vi todavía aquella cabeza de polvo con sus cuencas vacías y sus largos dientes polvorientos en el suelo, junto a la cama. Mirad si era malo el sueño. Luego desapareció; el suelo y los rincones de la habitación estaban limpios y vacíos, como siempre. Pero desde entonces siempre me he preguntado si a lo mejor ese sueño me lo envió ella, si no vi algo de lo que ella veía cuando se ponía a gritar. Tal vez tomé algo de su miedo y lo hice mío. ¿Creéis que estas cosas pasan en la vida real, o sólo en esas novelas baratas que se venden en los kioscos? Yo no lo sé… pero sí que ese sueño me dio un miedo del copón.

Bueno, no importa. Basta con decir que gritar como una jodida loca los domingos por la tarde y en plena noche era su tercera manera de ser cabrona. Aún así, era triste, muy triste.

En el fondo, todas sus cabronadas eran tristes, aunque eso no impedía que a veces me entraran ganas de darle vueltas a la cabeza como un carrete en el huso y creo que cualquiera menos santa Juana del Jodido Arco hubiera sentido lo mismo. Supongo que cuando Susy y Shawna me oyeron gritar que deseaba matarla… o cuando me oyeron otros… o cuando nos oían gritarnos malicias mutuamente… Bueno, pensarían que cuando ella muriese yo me levantaría las faldas y bailaría un zapateado sobre su tumba. Supongo que habrás oído algo de eso ayer y hoy, ¿verdad, Andy? No hace falta que contestes, la única respuesta que necesito está en tu cara. Es como un tablero de anuncios. Además, yo sé que a la gente le encanta hablar. Hablaban de mí y de Vera y también hubo un montón de cotilleos sobre Joe y yo: algunos antes de su muerte y todavía más después. Aquí, en el quinto pino, lo más importante que alguien puede hacer es morirse de repente.

¿Os habíais dado cuenta?

Bueno, pues ya hemos llegado a Joe.

A esta parte le tengo miedo, y supongo que es porque no sirve de nada mentir. Ya os he dicho que lo maté, eso ya está, pero lo más duro aún tiene que llegar: cómo… y por qué… y cuándo tuvo que ser.

Hoy he pensado mucho en Joe, Andy; mucho más que en Vera, a decir verdad. En primer lugar trataba de recordar por qué me casé con él, y al principio no lo conseguía. Al cabo de un rato me ha entrado una especie de pánico, como a Vera cuando se le metía en la cabeza que tenía una serpiente en la almohada. Luego me he dado cuenta de cuál era el problema: estaba buscando la parte amorosa como si fuera una de esas tontitas a las que Vera contrataba en junio y luego despedía antes de que transcurriera medio verano porque no podían cumplir las normas. Estaba buscando la parte amorosa y de eso hubo bien poco incluso en 1945, cuando yo tenía dieciocho años y él diecinueve y el mundo era nuevo.

¿Sabéis lo único que se me ha ocurrido hoy mientras estaba en las escaleras, con el culo helado y tratando de recordar la parte amorosa? Tenía una bonita frente. Yo me sentaba cerca de él en la sala de estudios, cuando íbamos juntos al

instituto —es decir, durante la Segunda Guerra Mundial—, y recuerdo su frente, lo suave que parecía, sin un solo grano.

Tenía algunos en las mejillas y en el mentón y solían salirle espinillas en los laterales de la nariz, pero su frente era suave como la crema. Recuerdo que deseaba tocarla… que soñaba tocarla, a decir verdad; quería ver si era tan suave como parecía. Y cuando me invitó a acompañarlo en la fiesta de fin de curso, dije que sí y tuve la ocasión de tocársela y comprobé que era tan suave como parecía, con el pelo echado hacia atrás en leves oleadas. Yo le acariciaba el cabello y la frente suave en la oscuridad mientras el conjunto de la sala de baile de The Samoset Inn tocaba *Moonlight Cocktail.*… Después de unas cuantas horas sentada en la escalera desvencijada y temblando, recordé al menos eso, no sé, por lo menos hubo algo al fin y al cabo. Por supuesto, no habían pasado demasiadas semanas cuando me encontré tocándole algo más que la frente, y ése fue mi error.

Bueno, aclaremos una cosa: no pretendo decir que acabé pasando los mejores años de mi vida con ese viejo tonel de ron sólo porque me gustaba su frente en séptimo curso cuando le daba de pleno la luz. Mierda, no. Pero sí pretendo deciros que ésa ha sido la única parte amorosa que he podido recordar, y eso me molesta. Sentada hoy en las escaleras de East Head, pensando en los viejos tiempos… Menudo trabajo. Me he dado cuenta por primera vez de que acaso me vendí demasiado barata y de que tal vez lo hice porque creí que algo barato era lo máximo que podía obtener una como yo. Sé que ha sido la primera vez que me he atrevido a pensar que merecía más amor del que Joe St. George podía darle a nadie (salvo a sí mismo, tal vez). Podéis dudar de que una vieja puta malhablada como yo piense en el amor, pero la verdad es que casi se trata de la única cosa en la que creo.

No tuvo demasiado que ver con mis razones para casarme con él, sin embargo. Eso será mejor que lo aclare desde el principio. Llevaba un crío de seis semanas en el vientre cuando le dije que sí quería hasta que la muerte nos separase. Y eso fue lo más inteligente… Triste pero cierto.

Todo lo demás fueron las estúpidas razones habituales, y si algo he aprendido en mi vida es que las razones estúpidas provocan matrimonios estúpidos.

Estaba harta de luchar con mi madre.

Estaba harta de que mi padre me riñera.

Todas mis amigas se estaban casando, tenían casa propia, y yo quería ser mayor como ellas; estaba harta de ser una niñita tonta.

Él dijo que me quería y le creí.

Dijo que me amaba, y eso también me lo creí… y después de decírmelo me preguntó si yo sentía lo mismo por él y me pareció que lo más educado era contestar que sí.

Me daba miedo lo que me pudiera ocurrir si decía que no: adónde tendría que ir, qué debería hacer, quién cuidaría de mi criatura.

Todo esto parecerá estúpido si alguna vez llegas a escribirlo, Nancy, pero lo más estúpido es que conozco a unas cuantas chicas que fueron al colegio conmigo y se casaron por las mismas razones, y la mayoría siguen casadas y muchas se limitan a aguantar, esperando sobrevivir a sus maridos y luego sacudir para siempre de las sábanas sus pedos de cerveza.

Hacia 1952 ya me había olvidado de su frente y en 1956 tampoco me servía de mucho el resto de su cuerpo y supongo que empecé a odiarlo cuando Kennedy sustituyó a Ike, pero no se me ocurrió matarlo hasta más adelante. Pensaba que me quedaría con él porque mis niños necesitaban un padre, aunque sólo fuera por eso. ¿A que tiene gracia?. Pero es verdad. Lo juro. Y también juraré otra cosa: si Dios me diera otra oportunidad, lo volvería a matar, por mucho que eso significara el infierno y la condenación eterna… como probablemente será.

Supongo que cualquiera que no sea un recién llegado en la isla sabrá que lo maté y probablemente muchos creerán saber por qué… Por su manía de ponerme las manos encima. Pero no eran sus manos las que lo condenaron y la pura verdad es que, a pesar de lo que pensara entonces la gente de la isla, no me dio ni un capón en los tres últimos años. Le curé esa tontería a finales de 60 o a principios del 61.

Hasta entonces me pegaba bastante, sí. No lo puedo negar. Y yo lo aguantaba; eso tampoco lo puedo negar. La primera vez fue durante nuestra segunda noche de casados. Habíamos bajado a pasar el fin de semana en Boston —ésa era nuestra luna de miel— y nos alojábamos en el Parker House. Apenas salimos. Éramos un par de ratoncillos de pueblo y nos daba miedo perdernos. Joe dijo que maldita la gracia si había que gastarse los veinticinco dólares que nos había dado mi familia para divertirnos en un taxi sólo porque no podía

encontrar el camino de vuelta al hotel.

¡Joder, mira que era idiota! Desde luego, yo también lo era… Pero algo que Joe tenía y yo no (y me alegro) era esa naturaleza suspicaz. Sospechaba que toda la raza humana quería fastidiarlo y muchas veces he pensado que cuando bebía tal vez fuera porque sólo así podía irse a dormir sin mantener un ojo abierto.

Bueno, eso no es nada del otro mundo. Lo que os pretendía explicar es que esa noche bajamos al comedor, tomamos una buena cena y luego subimos de nuevo a la habitación. Recuerdo que Joe se tambaleaba considerablemente al caminar por el vestíbulo: se había tomado cuatro o cinco cervezas con la cena, además de las nueve o diez que llevaba en toda la tarde. Una vez dentro de la habitación, se me quedó mirando tanto rato que le pregunté si tenía monos en la cara.

—No —contestó—, pero he visto a un hombre en el restaurante que te miraba el vestido, Dolores.

Casi se le caían los ojos. Y tú sabías que te estaba mirando, ¿verdad?

Estuve a punto de decirle que ni siquiera me habría enterado si Gary Cooper hubiese estado sentado en un rincón con Rita Hayworth, y luego pensé «qué más da». No servía de nada discutir con Joe cuando había bebido; tampoco es que me casara con los ojos totalmente vendados, y no trataré de engañaros.

—Si había un hombre mirándome el vestido, ¿por qué no has ido a decirle que cerrase los ojos, Joe?

Sólo era una broma. Tal vez estuviera tratando de regatearlo, pero él no se lo tomó en broma.

Eso sí lo recuerdo: Joe no se tomaba nada en broma. De hecho, he de decir que no tenía prácticamente ningún sentido del humor. Eso es algo que no sabía cuando me junté con él.

Entonces me parecía que el sentido del humor era como la nariz o las orejas: a unos les funcionaba mejor que a otros, pero todo el mundo lo tenía.

Me agarró, me tumbó sobre sus rodillas y me atizó con el zapato.

—Durante el resto de tu vida, nadie más que yo sabrá de qué color llevas la ropa interior, Dolores —advirtió—. ¿Lo has oído? Nadie más que yo.

En realidad creí que era una especie de juego de amor, que fingía estar celoso para abrumarme: mira tú si era tonta. Eran celos, de acuerdo, pero el amor no tenía nada que ver. Era más como el perro que pone una zarpa sobre su hueso y

gruñe si te acercas demasiado. Entonces no lo sabía, de modo que aguanté. Más adelante aguanté porque pensaba que eso de que el hombre pegara a la mujer de vez en cuando era sólo una parte del matrimonio. No era una parte bonita, pero limpiar lavabos tampoco lo es y casi todas las mujeres han tenido que hacerlo desde el momento en que dejaron en el desván el vestido de novia. ¿Verdad, Nancy?

Mi propio padre le ponía las manos encima a mamá de vez en cuando y supongo que de ahí obtuve la noción de que no pasaba nada: sólo era algo que debía aguantar. Adoraba a mi papá, y ellos dos también se adoraban, pero podía ser bastante bruto cuando se le enganchaba un pelo en el culo.

Recuerdo una vez —yo debía de tener… eh, digamos que unos nueve años —, cuando papá vino de segar el campo de George Richard en el West End y mamá no había preparado la cena. Ya no recuerdo por qué no le había dado tiempo, pero sí recuerdo muy bien lo que ocurrió cuando llegó él. Llevaba sólo las zapatillas (se había quitado las botas y los calcetines en la veranda de la entrada porque los llevaba llenos de desperdicios) y tenía la cara y los hombros rojos de tan quemados. El sudor le pegaba el cabello a las sienes y llevaba un poco de paja enganchada en la frente, justo en mitad de las arrugas que la recorrían. Parecía acalorado y cansado y listo para el cabreo.

Entró en la cocina y no había nada en la mesa, aparte de un jarrón lleno de flores. Se volvió hacia mamá y dijo:

—¿Y mi cena, cariño?

Ella abrió la boca, pero antes de que pudiera decir nada él le puso la mano en la cara y la empujó al suelo en un rincón. Yo estaba sentada en la entrada de la cocina y lo vi todo. Él se acercó a mí con la cabeza gacha y el pelo colgándole sobre los ojos —cada vez que veo a un hombre de camino a su casa con ese mismo aspecto, cansado del día de trabajo y con su bolsa de la comida en la mano, me hace pensar en papá— y me entró miedo. Quería apartarme de su camino porque pensaba que también me empujaría a mí, pero me pesaban demasiado las piernas. Sin embargo, no lo hizo. Sólo me agarró con sus grandes manos duras y calientes, me apartó y salió. Se sentó en el tronco de cortar la carne con las manos en el regazo y la cabeza gacha como si se las estuviera mirando. Al principio asustó a los pollos, pero luego volvieron y empezaron a picotearle los zapatos. Pensé que los apartaría a patadas, que levantaría las

plumas, pero tampoco lo hizo.

Al cabo de un rato miré a mi madre. Seguía sentada en el rincón. Se había cubierto la cara con un trapo de cocina y estaba llorando. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho. Eso es lo que mejor recuerdo, aunque no sé por qué: sus brazos sobre el pecho de esa manera. Me acerqué y la abracé y ella me rodeó la cintura y me devolvió el abrazo. Luego se apartó el trapo de la cara y lo usó para secarse los ojos y me dijo que saliera a preguntarle a papá si quería un vaso de limonada fría o una botella de cerveza.

—Asegúrate de decirle que sólo quedan dos cervezas —me insistió—. Si quiere más tendrá que bajar a comprarlas. Y si no, que no empiece.

Salí, se lo dije y me contestó que no quería cerveza y que le iría bien una limonada. Corrí a buscarla. Mamá estaba preparando la cena. Todavía tenía la cara hinchada de llorar, pero estaba tarareando y esa noche hicieron sonar los muelles de la cama como casi cada noche. No hubo más comentarios. En aquellos días, eso se llamaba corrección en el hogar y era parte del trabajo de un hombre, y yo misma, cuando recordaba esa escena pensaba que mamá debía de necesitarlo, porque si no papá nunca lo hubiera hecho.

Le vi corregirla otras veces, pero ésa es la que recuerdo mejor. Nunca le vi pegarle con el puño, como me daba a veces Joe a mí, pero una vez le atizó en las piernas con un pedazo de vela de barco y eso tenía que doler un montón. Sé que le dejó marcas rojas que no desaparecieron en toda la tarde.

Ya nadie lo llama corrección en el hogar: ese término ha desaparecido de las conversaciones, y por mí ya está bien así, pero yo crecí con la noción de que cuando las mujeres y los niños se pasan de la raya el hombre tiene que volver a ponerlos en su sitio. Sin embargo, no pretendo deciros que porque creciera con esa noción lo encontrara justo, no me escaparé tan fácilmente.

Sabía que el hecho de que un hombre le pusiera las manos encima a la mujer no tenía mucho que ver con la corrección… pero de todas formas dejé que Joe me lo hiciera durante mucho tiempo.

Supongo que estaba simplemente demasiado cansada de trabajar en casa, de limpiar para los veraneantes, de cuidar de mi familia y de tratar de arreglar los follones que Joe montaba con los vecinos para pensar demasiado en eso.

Estar casada con Joe… Ah, mierda. ¿Cómo son todos los matrimonios? Supongo que los hay de todas clases, pero ninguno es lo que parece desde fuera,

lo que yo te diga. Lo que la gente ve de un matrimonio y lo que realmente ocurre en él no son más que primos lejanos. A veces es horrible y a veces es divertido, pero normalmente es como todo lo demás en la vida: las dos cosas a la vez.

La gente creía que Joe era un alcohólico y solía pegarme —y probablemente también a los chicos— cuando estaba borracho. Creen que al final se pasó demasiado y que yo le hice pagar por todo. Es verdad que Joe bebía y que a veces iba a las reuniones de Alcohólicos Anónimos de Jonesport, pero tenía tanto de alcohólico como yo. Se agarraba una cada cuatro o cinco meses, normalmente con basuras como Rick Thibodeau o Stevie Brooks —ésos sí eran alcohólicos—, pero luego lo dejaba, salvo por un trago o dos cuando llegaba a casa por la noche. Nada más, porque cuando tenía una botella le gustaba que le durase. A los auténticos alcohólicos que he conocido no les interesaba que ninguna botella durase: ni de Jim Bean, ni de Old Duke, ni siquiera de «descarrilador», que es un anticongelante que filtran con algodón. A un verdadero alcohólico sólo le interesan dos cosas: poder pagar la copa que tiene en la mano y conseguir algo para la siguiente.

No, no era alcohólico, pero no le importaba que la gente creyera que lo había sido. Le ayudaba a encontrar trabajo, sobre todo en verano. Creo que el modo en que la gente piensa en Alcohólicos Anónimos ha cambiado con los años —sé que ahora se habla de eso mucho más que antes—, pero lo que no ha cambiado es el modo en que tratan de ayudar a alguien que afirma haber intentado ayudarse a sí mismo. Joe se pasaba un año entero sin beber —o al menos sin contarlo cuando lo hacía— y en Jonesport le montaban una fiesta. Le daban un pastel y una medalla. Así que, cuando iba a buscar trabajo a los veraneantes, antes que nada les decía que era alcohólico y se estaba recuperando: «Si no me quiere contratar por eso lo entenderé, pero tengo que decirlo. Llevo un año yendo a Alcohólicos Anónimos y nos dicen que no podremos permanecer sobrios si no somos sinceros».

Luego sacaba su medalla de oro por un año de sobriedad y se la enseñaba, siempre con esa pinta de no haber tenido bizcocho para comer los domingos en todo un mes. Supongo que uno o dos lloraron cuando Joe les contó que iba superándose día a día y que se lo tomaba con calma y dejaba que Dios le ayudara cuando le entraban ganas de beber…, cosa que según él ocurría cada quince minutos. Normalmente, cedían y lo contrataban e incluso llegaban a pagar

cincuenta centavos o un dólar más de lo que pensaban por hora. Parecería que el truco tenía que fallar a partir del día del Trabajo, pero daba unos resultados sorprendentes, incluso aquí en la isla, donde la gente lo veía cada día y debería haberlo conocido mejor.

La verdad es que casi siempre que Joe me pegaba estaba sobrio. Cuando se tomaba unas copas no se preocupaba demasiado de mí, ni para bien ni para mal. Luego, en el 6o o en el 61, llegó una noche, después de ayudar a Charlie Dispenzieri a sacar su barco del agua, y cuando se agachó para sacar una coca de la nevera vi que llevaba una raja en los pantalones. Me eché a reír.

No lo pude evitar. Él no dijo nada, pero cuando me acerqué a la cocina para vigilar la col —esa noche había verdura hervida, lo recuerdo como si fuera ayer — cogió un tronco de arce de la caja de leña y me atizó en plena espalda. Ah, cómo duele eso. Si alguien te ha dado alguna vez en los riñones ya sabes cómo es. Te los notas pequeños, calientes y tan pesados que parece que se vayan a soltar de lo que los aguanta en su sitio y se vayan a hundir como si fueran plomo en un cubo de agua.

Me arrastré hasta la mesa y me senté en una silla. Si la silla llega a estar más lejos, me caigo.

Me quedé sentada, esperando a que pasara el dolor. No me puse a llorar porque no quería asustar a los críos, pero aun así me rodaron las lágrimas por la cara. No lo pude evitar. Eran lágrimas de dolor, de esas que no se contienen por nada ni por nadie.

—No te rías nunca de mí, puta —dijo Joe. Dejó de nuevo en la caja el leño con que me había golpeado y se sentó a leer el *American*—. Hace diez años que deberías saberlo.

Pasaron veinte minutos hasta que pude levantarme de aquella silla. Tuve que llamar a Selena para que le bajara el fuego a la verdura y a la carne, a pesar de que la cocina no estaba ni a cuatro pasos de mi silla.

—¿Por qué no lo has hecho tú, mamá? Yo estaba viendo los dibujos animados con Joey.

—Estoy descansando —le expliqué.

—Claro —puntualizó Joe—. Está agotada de tanto reírse. —Y se carcajeó.

Eso fue suficiente; bastó con esa risa. En ese mismo momento decidí que no volvería a pegarme, salvo que estuviera dispuesto a pagar por ello un precio

mortal.

Luego, cenamos como siempre y vimos la tele como siempre: los mayores y yo en el sofá y Little Pete en el regazo de su padre en la mecedora. Pete se quedó dormido hacia las siete y media, como casi siempre, y Joe lo llevó a la cama. Yo envié a Joe junior a dormir una hora después, y Selena se fue a las nueve. Yo solía acostarme hacia las diez y Joe se quedaba hasta medianoche sentado, echando cabezadas y viendo la tele, leyendo trozos del periódico que antes se había saltado y hurgándose la nariz. Ya ves, Frank, no eres tan malo; hay gente que no pierde el hábito ni siquiera al hacerse mayor.

Esa noche no me fui a la cama como siempre. Me quedé sentada con Joe. La espalda me dolía un poco menos. Mejor para lo que tenía que hacer. A lo mejor estaba nerviosa, pero no lo recuerdo. Sólo esperaba que se quedara dormido, y así fue finalmente.

Me levanté, entré en la cocina y cogí la manga de la nata. No había entrado a buscar concretamente eso; estaba allí porque esa noche le había tocado a Joe Junior recoger la mesa y se había olvidado de meterla en la nevera. A Joe junior siempre se le olvidaba algo: meter la manga en la nevera, ponerle la tapa a la mantequera, envolver el pan para que la primera rebanada no se quedara seca por la noche… Y ahora, cuando lo veo salir por la tele en las noticias, soltando un discurso o respondiendo en una entrevista, lo más fácil es que recuerde eso y me pregunte qué pensarían los demócratas si supieran que su líder en el Senado del estado de Maine nunca era capaz de recoger del todo la mesa a los once años.

Sin embargo, estoy orgullosa de él; ni se os ocurra pensar lo contrario. Estoy orgullosa de él por mucho que sea un maldito demócrata.

Bueno, el caso es que esa noche se las arregló para olvidarse de lo más adecuado; era pequeña pero pesada y el mango me cabía justo en la mano. Me acerqué a la caja de la leña y saqué el hacha de mango corto que guardábamos en el estante superior. Luego entré en la sala, donde él seguía durmiendo. Llevaba la manga en la mano derecha y la solté de golpe sobre su cara.

Se partió en un millar de pedazos.

Entonces se sentó muy rígido, Andy. Y ojalá lo hubieras oído. ¿Que si gritó? El copón consagrado, parecía un toro con la minga enganchada en la puerta del redil. Se le pusieron los ojos en blanco y se llevó una mano a la oreja, que ya estaba sangrando. Tenía algunas manchas de nata en la mejilla y en aquel hueco

del lado de la cara que según él era una entrada.

—¿Sabes una cosa, Joe? —le pregunté—. Ya no estoy cansada.

Oí que Selena saltaba de la cama pero no me atreví a mirar. Si lo llego a hacer lo habría pasado mal porque él, cuando quería, podía llegar a ser rápido como una serpiente. Mantenía el hacha en la mano izquierda, pegada al cuerpo y casi escondida por el delantal. Y cuando Joe empezó a levantarse la alcé y se la mostré.

—Si no quieres que te la clave en la cabeza, Joe, será mejor que vuelvas a sentarte —amenacé.

Por un instante creí que de todas formas se levantaría. Si lo llega a hacer, habría sido su fin, porque yo no estaba bromeando. Se dio cuenta y se quedó con el culo a diez centímetros del asiento.

—¿Mami? —llamó Selena desde el umbral de su habitación.

—Vuelve a la cama, cariño —contesté, sin apartar la mirada de Joe durante un solo segundo—.

Tu padre y yo estamos discutiendo algo.

—¿Pasa algo malo?

—No —respondí—. ¿Verdad que no, Joe?

—Ajá —me secundó—. Todo perfecto.

Oí que daba unos pasos hacia atrás pero no oí cerrarse la puerta de la habitación durante un rato —diez, tal vez quince segundos— y supe que estaba allí plantada, mirándonos. Joe se quedó quieto, con una mano en el brazo de la mecedora y el culo alzado del asiento. Luego oímos que la puerta se cerraba y entonces Joe se debió de dar cuenta de lo ridículo que parecía, medio sentado y medio levantado, con la otra mano pegada a la oreja y goteando copos de nata por toda la cara.

Se sentó del todo y apartó la mano. Tanto la mano como la oreja estaban ensangrentadas, con la diferencia de que la mano no estaba roja y la oreja sí.

—Ah, cabrona, ésta me la pagarás —me amenazó.

—Ah, sí. Bueno, entonces será mejor que recuerdes una cosa, Joe St. George: cobrarás siempre el doble de lo que me pagues.

Me sonrió como si no pudiera creer lo que estaba oyendo.

—Bueno, supongo que entonces tendré que matarte, ¿no?

Le pasé el hacha casi antes de que acabara de hablar. No era mi intención,

pero en cuanto vi que la cogía me di cuenta de que no podía haber hecho otra cosa.

—Adelante —lo animé—. Procura que el primer tajo sea bueno para que no sufra.

Su mirada vagó entre el hacha y yo. Su cara de sorpresa habría resultado cómica si el asunto no hubiera sido tan serio.

—Luego, cuando lo hayas hecho, será mejor que te calientes las sobras y te pongas a comer —le dije—. Come hasta que estalles, porque te van a meter en la cárcel y no me consta que allí se cocinen platos caseros. Supongo que primero te enviarán a Belfast. Me parece que esos trajes naranjas te quedarán bien.

—Cállate, coño —exclamó.

Pero yo no estaba dispuesta a callarme.

—Después, lo más probable será que estés en Shawshank y ahí sé que no te llevan la comida caliente a la mesa. Y tampoco te dejan salir los viernes por la noche para jugar al póquer con tus amiguetes de copas. Sólo te pido que lo hagas rápido y luego no dejes que los niños vean el follón.

Entonces cerré los ojos. Estaba bastante segura de que no lo haría, pero estar bastante segura no significa demasiado cuando tu propia vida está en juego. Eso lo descubrí aquella noche. Me quedé con los ojos cerrados, viendo sólo la oscuridad y preguntándome qué sentiría cuando descargara el hacha, cortándome la nariz, los labios y los dientes. Recuerdo que pensé que antes de morir saborearía las astillas de madera enganchadas al filo del hacha y recuerdo que me alegré de haberla llevado a afilar dos o tres días antes. Si me iba a matar, mejor que no fuera con un hacha mellada.

Me pareció que llevaba ahí plantada unos diez años. Entonces, medio bronco y frustrado, preguntó:

—¿Te vas a preparar para acostarte, o piensas quedarte ahí plantada como Hellen Keller en sus sueños húmedos?

Abrí los ojos y vi que había dejado el hacha bajo la silla; alcancé a ver el mango que asomaba tras las patas. El periódico había quedado sobre sus pies, como si fuera una tienda de dormir. Se agachó, lo recogió y lo agitó. Trataba de comportarse como si nada hubiera ocurrido, pero ahí estaba la sangre que le recorría las mejillas desde la oreja y sus manos temblaban lo suficiente como para que el periódico crujiera un poco. Dejó las huellas ensangrentadas en la

primera página y en la última, y yo me decidí a quemarlo antes de que se acostara para que los niños no lo vieran y se preguntaran qué había ocurrido.

—Me voy a poner el camisón bien pronto, pero será mejor que antes lleguemos a un acuerdo sobre esto, Joe.

Alzó la mirada y, con los labios apretados, dijo:

—No te conviene pasarte de lista, Dolores. Eso sería un grave, grave error. Será mejor que no te pases conmigo.

—No me estoy pasando —le contesté—. Se te ha acabado la época de pegarme, sólo quiero decir eso. Si lo vuelves a hacer una sola vez, uno de los dos acabará en el hospital. O en la morgue.

Me miró durante un rato largo, muy largo, Andy, y yo le aguanté la mirada. El hacha ya no estaba en su mano sino bajo la silla, pero eso no importaba; sabía que si apartaba la mirada antes que él, los golpes en el cuello y las palizas en la espalda no acabarían jamás. Pero al cabo de un largo rato volvió a concentrar la mirada en el periódico y murmuró:

—Haz algo útil, mujer. Tráeme una toalla para la cabeza, si no eres capaz de hacer nada más.

Me estoy manchando de sangre la maldita camisa.

Ésa fue la última vez que me pegó. En el fondo era un cobarde, aunque yo no pronuncié esa palabra: ni entonces, ni nunca. Creo que eso es lo más peligroso que se puede hacer, porque a un cobarde le da más miedo que lo descubran que cualquier otra cosa, incluida la muerte.

Claro que sabía que tenía un punto débil. Nunca me habría atrevido a atizarle con la manga de la nata en plena cara si no llego a creer que tenía bastantes posibilidades de salirme con la mía.

Además, al sentarme en la silla, mientras esperaba a que se me pasara el dolor después de que él me pegara, me había dado cuenta de una cosa: si no le plantaba cara entonces, probablemente no lo haría nunca. Por eso lo hice.

Mirad, darle a Joe con la manga en realidad fue lo más fácil. Antes de hacerlo tuve que superar de una vez por todas el recuerdo de mi padre empujando a mi madre y el de cuando le atizaba en las piernas con aquel trozo de vela mojado. Fue difícil superar esos recuerdos porque los adoraba a los dos, pero al final lo conseguí… Tal vez porque no tenía más remedio. Y doy gracias por haberlo hecho, aunque sólo sea porque Selena nunca tendrá que recordar a su

madre sentada en un rincón y gimoteando con la cara cubierta por un trapo. Mi madre aguantó cuando papá le pegaba y yo no pienso juzgar a ninguno de los dos. Tal vez tenía que aguantarlo y tal vez él tuviera que hacerlo para que los hombres con los que convivía y trabajaba cada día no se burlasen de él.

Eran otros tiempos —mucha gente no se da cuenta de cuánto han cambiado las cosas—, pero eso no significa que yo tuviera que aguantarle todo a Joe por haber sido tan idiota como para casarme con él. En un hombre que le da una paliza a puñetazos o con un leño a una mujer no hay nada de corrección, y yo decidí que no le aguantaría eso a un tipo como Joe St. George ni a ningún otro hombre.

De modo que no volvió a pegarme. A veces me levantó la mano, pero luego se lo pensaba mejor. A veces, cuando tenía la mano alzada, cuando deseaba pegarme pero no acababa de atreverse, le notaba en la mirada que se estaba acordando de la manga de la nata… Y tal vez también del hacha. Y luego hacía ver que sólo había levantado la mano porque necesitaba rascarse, o para secarse la frente. Esa lección la aprendió a la primera. Tal vez fue la única.

La noche en que él me atizó con el leño y luego yo le di con la manga ocurrió algo más. No me gusta sacar este tema —soy una de esas tipas anticuadas que consideran que lo que ocurre dentro de la habitación no debe salir de ahí—, pero supongo que será mejor que lo cuente porque tal vez sea una de las causas de que todo acabara como acabó. Aunque seguimos casados y viviendo bajo el mismo techo durante los dos años siguientes —puede que fueran casi tres, no lo recuerdo del todo—, sólo trató de recurrir a su privilegio conmigo un par de veces a partir de entonces. Él…

¿Qué, Andy?

¡Claro que quiero decir que era impotente! ¿De qué iba a estar hablando si no? ¿De su derecho a llevar mi ropa interior si le entraba esa urgencia? Nunca se lo negué: simplemente, él perdió la capacidad de hacerlo. No era lo que se dice un tipo de los que lo hacen cada día, ni siquiera al principio. Y tampoco era de los de filigranas: más bien era siempre pim pam pum y gracias, señora. Si yo no llego a ser una mujer de calentura fácil nunca hubiera tenido demasiado placer. Aún así, había mantenido el interés suficiente para montarse sobre mí una o dos veces por semana… hasta que le aticé con la manga, quiero decir.

En parte, es probable que se debiera al alcohol —en esos últimos años bebía

mucho más—, pero no creo que eso fuera todo. Recuerdo una noche al salir de mí después de veinte inútiles minutos de resoplidos y empujones, con la cosita todavía colgando, blanda como un fideo. No sé cuánto tiempo habría pasado desde la noche esa que os he contado, pero sé que fue después porque recuerdo que estaba tumbada con dolor de riñones y pensaba que me levantaría pronto y me tomaría una aspirina para calmar el dolor.

—Bueno —me dijo casi llorando—, espero que estés satisfecha, Dolores. ¿No?

No contesté. En algunas ocasiones, cualquier cosa que una mujer pueda decirle a un hombre es un error.

—¿No? ¿Estás satisfecha, Dolores?

Seguí sin contestar, me quedé tumbada mirando al techo y escuchando el viento que sonaba fuera. Aquella noche soplaba viento del este y en él resonaba el mar. Siempre me ha gustado ese sonido. Me tranquiliza.

Se dio la vuelta y olí su aliento a cerveza, rancio y amargo, sobre mi rostro.

—Antes iba bien apagar la luz —dijo—. Pero ahora ya no. Veo tu fea cara incluso en la oscuridad. —Alargó una mano, me agarró una teta y la agitó—. Y esto —añadió—, fofo y liso como una tarta. Y tu coño todavía es peor. Por Dios, aún no tienes ni treinta y cinco años y follarte es como meterla en un charco de barro.

Estuve a punto de contestar: «Si fuera un charco de barro podrías meterla con suavidad, Joe, y te quedarías tranquilo», pero mantuve la boca cerrada. Ya os he dicho que Patricia Claiborne no educó a ningún idiota.

Hubo algo más de silencio. Ya casi creía que había parado de decir cosas desagradables para dormirse y estaba pensando en levantarme e ir a buscar una aspirina cuando volvió a hablar… y esta vez estoy segura de que lloraba.

—Ojalá nunca hubiera visto tu cara. ¿Por qué no usaste aquella jodida hacha para arrancártela, Dolores? A mí me habría dado lo mismo.

Así que ya veis. No era yo la única que pensaba que el golpe con la manga de la nata —y el hecho de decirle que las cosas iban a cambiar en casa— tenía algo que ver con su problema. Aún así no dije nada, me limité a esperar para ver si se dormía o si intentaba ponerme la mano encima otra vez. Estaba tumbado a mi lado, desnudo, y yo sabía ya adónde largarme si lo intentaba. Enseguida lo oí roncar. No sé si ésa fue la última ocasión en que intentó ser un hombre conmigo,

pero si no lo fue por ahí andaría la cosa.

Ninguno de sus amigos se enteraba de lo que estaba pasando, por supuesto. Estaba claro que no les iba a contar que su mujer le había dado un viaje del copón con la manga de la nata y que la verga ya no se le levantaba, ¿verdad? ¿El? No. Así que cuando los otros se chuleaban de cómo trataban a sus mujeres él se chuleaba también contando lo que me había hecho por irme de la boca o tal vez por haber comprado un vestido en Jonesport sin preguntarle antes si podía sacar dinero de la caja de galletas.

¿Que cómo lo sé? Pues porque a veces soy capaz de mantener las orejas abiertas, en vez de la boca. Sé que os costará creerlo al oír cómo hablo esta noche, pero es verdad.

Recuerdo que una vez yo estaba trabajando media jornada para los Marshall —¿te acuerdas de John Marshall, Andy? ¿De cómo hablaba sin parar sobre el puente que estaba construyendo en la península?— y sonó el timbre. Estaba sola en la casa y fui corriendo a abrir la puerta, tropecé con una alfombra y al caer me di un golpe con la barandilla. Me quedó un gran morado en el brazo, justo debajo del codo.

Unos tres días después, cuando el morado ya pasaba de marrón a una especie de verde amarillento, como suele ocurrir, me encontré con Yvette Anderson en el pueblo. Ella salía de la carnicería y yo entraba. Miró el moratón de mi brazo y luego, mientras me hablaba, su voz sonaba rebosante de compasión. Sólo una mujer que acaba de ver algo que la hace sentir más feliz que un cerdo entre la mierda puede hincharse así.

—Qué terribles son los hombres, ¿verdad, Dolores? —me dijo.

—Bueno, a veces lo son y a veces no —le contesté.

No tenía la menor idea de a qué se refería. Lo único que me preocupaba era conseguir alguna de las chuletas de cerdo que estaban de oferta antes de que se acabaran.

Me palmeó amablemente el brazo —el que no estaba amoratado— y me dijo:

—Has de ser fuerte. Todo irá bien. Yo he pasado por eso y lo sé. Rezaré por ti, Dolores.

Dijo eso último como si estuviera anunciando que me iba a dar un millón de dólares, y luego se fue calle arriba. Yo entré en la tienda sin entender nada. Hubiera creído que había perdido la cabeza, de no ser porque cualquiera que

haya pasado un día con Yvette sabe que en su cabeza no hay nada que perder.

Ya había hecho más de la mitad de la compra cuando me di cuenta, me quedé mirando a Skippy Porter mientras me pesaba las chuletas, con la cesta del mercado colgada del brazo y la cabeza hacia atrás, y me subió la risa desde bien abajo, como cuando te entra la risa tonta y no lo puedes evitar. Skippy me miró y preguntó:

—¿Le pasa algo, señora Claiborne?

—Estoy bien —contesté—. Es que se me ha ocurrido algo divertido. —Y de nuevo me eché a reír.

—Ya lo veo —concluyó Skippy. Y volvió a la báscula.

Dios bendiga a los Porter, Andy. Mientras ellos existan, serán la única familia de la isla que no se mete en la vida de nadie. Aquel día, seguí riéndome. Unos cuantos me miraban como si me hubiera vuelto loca, pero me daba igual. A veces la vida es tan jodidamente divertida que no tienes más remedio que reírte.

Claro, Yvette está casada con Tommy Anderson y Tommy era uno de los compañeros de cerveza y póquer de Joe a finales de los cincuenta y principios de los sesenta. Unos cuantos habían venido a casa un día o dos después de que me amoratara el brazo, apremiando para quedarse con la última ganga de Joe, una vieja furgoneta Ford. Era mi día libre, y yo les había sacado una jarra de té helado, más que nada para tratar de mantenerlos alejados del trago al menos hasta que se pusiera el sol.

Tommy debió de verme el morado cuando serví el té. Tal vez cuando me fui le preguntó a Joe qué había pasado, o acaso simplemente se fijó. Joe St. George no era un tipo dispuesto a dejar pasar una oportunidad; y mucho menos una oportunidad como ésa. Pensando en eso al volver del mercado, lo único que despertaba mi curiosidad era qué le habría dicho Joe a Tommy y a los otros que había hecho yo: olvidarme de meterle las zapatillas de noche debajo de la estufa para que las encontrara calientes al ponérselas, tal vez, o haber guisado demasiado las judías el sábado por la noche. Fuera lo que fuese, Tommy se marchó a casa y le contó a Yvette que Joe St. George había tenido que darle un pequeño correctivo a su mujer. Y lo único que había hecho era darme un golpe con el canto de la barandilla de los Marshall al ir corriendo a ver quién llamaba a la puerta.

A eso me refiero cuando digo que un matrimonio tiene dos caras: la de

dentro y la de fuera.

La gente de la isla nos veía a mí y a Joe como a la mayoría de las parejas de nuestra edad: ni demasiado alegres, ni demasiado tristes, sólo tirando, como dos caballos enganchados a un carro…

tal vez sin darse cuenta de la presencia del otro como antaño, tal vez sin llevarse demasiado bien cuando sí se daban cuenta, pero enganchados uno al lado del otro y recorriendo la carretera lo mejor que podían, sin darse bocados, ni coces, ni ninguna de las cosas que provocan el uso de la fusta.

Pero la gente no es como los caballos, y el matrimonio no tiene mucho que ver con tirar de un carro, aunque reconozco que desde fuera muchas veces lo parece. La gente de la isla no sabía lo de la manga, ni cómo lloraba Joe en la oscuridad y afirmaba desear no haber visto nunca mi fea cara. Tampoco era eso lo peor. Lo peor no empezó hasta más o menos un año después de que dejáramos de hacerlo en la cama. Tiene gracia, ¿no?, cómo la gente puede observar algo y sacar una conclusión totalmente errónea sobre por qué ha ocurrido. Pero es bastante normal, siempre que uno recuerde que las caras interior y exterior de un matrimonio no suelen ser muy parecidas.

Lo que os voy a contar pasó en el interior del nuestro y hasta hoy he creído que tal vez quedaría allí.

Al mirar hacia atrás creo que el problema debió de empezar en realidad en el sesenta y dos.

Selena acababa de empezar en el instituto en la península. Se había vuelto muy guapa y recuerdo que ese verano, después de su primer año allí, se llevó mejor con su padre que en los dos anteriores. Yo había temido su adolescencia, había previsto muchas rencillas entre ellos dos a medida que ella creciera y cada vez se planteara más los ideales de su padre y su forma de entender los derechos que tenía sobre ella.

En lugar de eso, hubo un tiempo de paz y quietud y de buenos sentimientos entre los dos, un tiempo en el que ella salía a verle trabajar con su chatarra detrás de casa, o se sentaba a su lado en el sofá mientras veíamos la tele por la noche (a Little Pete no le preocupaba demasiado ese arreglo, lo que yo te diga) y le preguntaba cosas sobre su época aprovechando las pausas publicitarias. Él contestaba de un modo tranquilo y reflexivo al que yo ya no estaba acostumbrada… aunque en cierto modo lo recordaba. De nuestra época del

instituto, cuando yo empecé a conocerlo y él decidió que sí, que pensaba cortejarme.

Al tiempo que eso ocurría, ella se distanció de mí. Bueno, seguía haciendo los recados que le encargaba y a veces me hablaba del día que había pasado en la escuela… pero sólo si yo me lo ganaba y se lo sacaba. Había una frialdad antes desconocida y hasta que pasó el tiempo no entendí cómo todo encajaba y cómo todo se remitía a aquella noche en que al salir de su habitación nos había visto a los dos: su padre tapándose la oreja con la mano y con la sangre corriendo entre sus dedos; su madre plantada ante él con un hacha en la mano.

Nunca estuvo dispuesto a dejar pasar según qué oportunidades. Ya os lo he dicho. Y esta vez era más o menos lo mismo. Le había contado a Tommy Anderson una historia; la que le contó a su hija era distinta rima pero el mismo verso.

Creo que al principio su mente no albergaba más que resentimiento. Sabía cuánto quería yo a Selena y pensaría que contarle lo mala y gruñona —tal vez incluso lo peligrosa— que era implicaría una buena venganza. Trató de volverla contra mí y aunque nunca llegó a triunfar, sí consiguió que ella se le acercara más de lo que lo había hecho desde su infancia. ¿Por qué no? Siempre tuvo buen corazón Selena, y nunca se puso en contra de un hombre tan bueno y tan pobrecito como Joe.

Se metió en su vida y, una vez allí, debió de darse cuenta de lo bella que se estaba volviendo y decidió que quería algo más que lograr que le escuchara o que le alcanzara una herramienta cuando estaba colgado boca abajo en el motor de algún camión de chatarra. Y mientras todo esto ocurría y se iban produciendo los cambios, yo andaba por ahí, trabajando en varias cosas, tratando de que mis ingresos superaran a las facturas para poder meter algo en un calcetín para el colegio de los críos. No vi nada hasta que fue demasiado tarde.

Mi Selena era una chica vivaz, parlanchina y siempre le gustó complacer a los demás. Si la enviabas a buscar algo, no corría: iba a la carrera. Cuando se hizo mayor, preparaba la cena si yo trabajaba fuera. Y nunca tuve que pedírselo. Al principio lo quemaba todo y Joe se enfadaba con ella o se burlaba —más de una vez ella se fue llorando a su habitación—, pero dejó de hacerlo en la época de que os estoy hablando. Entonces, en la primavera y el verano de 1962, él se comportaba como si cada pastel de Selena fuera pura ambrosía, incluso si la

costra era como el cemento. Y se afanaba con cualquier filete como si fuera cocina francesa. A ella le encantaban sus alabanzas —claro, a cualquiera le habrían encantado— pero no se vanagloriaba. No era su estilo. Sin embargo, os diré una cosa: cuando al fin se fue de casa, cocinaba mejor que yo en toda mi vida.

Cuando se trataba de ayudar en casa, nunca una madre tuvo mejor hija… Sobre todo una madre que debía pasarse la mayor parte del tiempo limpiando la suciedad de otros. Selena nunca se olvidó de asegurarse de que Joe junior y Little Pete tuvieran su desayuno para el colegio cuando salían por la mañana, y cada año les forraba los libros. Al menos Joe Junior podía haberse encargado de esa tarea, pero ella nunca se lo permitió.

El primer año del instituto se ganó un premio honorífico, pero nunca perdió el interés por lo que pasaba en casa, como hacen los chicos listos a su edad. La mayoría de los críos de trece o catorce años deciden que cualquiera que tenga más de treinta es un carroza y están listos para largarse por la puerta un instante después de que los carrozas entren en casa. En cambio, Selena no. Ella les preparaba el café, o ayudaba con los platos o con cualquier otra cosa y luego se sentaba en la silla junto a la cocina Franklin y escuchaba la conversación de los mayores. Tanto si era yo con dos o tres de mis amigas, como Joe con tres o cuatro de los suyos, ella escuchaba. Si la hubiéramos dejado, se habría quedado incluso cuando Joe jugaba al póquer con sus amigos. Pero yo no se lo permitía porque eran muy mal hablados. La niña se tragaba las conversaciones como un ratón roe la corteza del queso: y si no podía comer algo, lo almacenaba.

Luego cambió. No sé cuándo empezó el cambio, pero yo me di cuenta cuando acababa de empezar el segundo año de instituto. Diría que a finales de septiembre.

Lo primero que vi era que ya no volvía a casa con el primer ferry como solía hacer casi cada día el año anterior, a pesar de que le iba muy bien porque podía acabar los deberes antes de que llegaran los chicos y luego le daba tiempo a limpiar un poco o hacer la cena. En vez del de las dos, cogía el que sale de la península a las cuatro cuarenta y cinco.

Cuando se lo comenté me contestó que había decidido que le gustaba hacer los deberes en la sala de estudio de la escuela, simplemente eso, y me dirigió una divertida mirada de reojo que significaba que no le apetecía hablar de eso. Me

pareció ver algo de vergüenza en esa mirada, y tal vez también una mentira. Me preocupaba, pero decidí no presionar más salvo que comprobara que ocurría algo raro. Noté la distancia que nos separaba y me hice una idea muy clara de cuál era la razón de todo: Joe medio caído de la silla, sangrando, y yo ante él con el hacha. Y por primera vez me di cuenta de que probablemente había estado hablando con ella de eso y de otras cosas.

Sembrando su semilla, por decirlo de alguna manera.

Pensé que si presionaba demasiado a Selena para averiguar por qué se quedaba hasta tan tarde en el colegio, mi problema con ella podía empeorar. Cada vez que se me ocurría preguntarle algo más, todo me sonaba a *Qué estás tramando, Selena*. Y si a mí, una mujer de treinta y cinco años, me sonaba así, qué iba a pensar una chica que aún no había cumplido los quince. Es tan difícil hablar con los críos cuando tienen esa edad: has de caminar alrededor de puntillas, como si rodearas un bote de nitroglicerina abandonado en el suelo.

Bueno, hay una cosa que se llama Noche de los Padres al acabar el curso e hice un esfuerzo especial para asistir. Con la tutora de Selena no di tantas vueltas como con ella: me acerqué directamente y le pregunté si conocía alguna razón particular por la que Selena se estuviera quedando para coger el último ferry ese año. La tutora me dijo que no lo sabía, pero que suponía que lo hacía para acabar los deberes. Bueno —pensé, aunque no lo dije—, el año pasado hacía muy bien los deberes en la mesita de su habitación. ¿Qué había cambiado? Lo habría preguntado si hubiera creído que la profesora podía darme alguna respuesta, pero estaba claro que no podía.

Joder, si ella misma debía de salir pitando en cuanto sonaba la campana.

Tampoco me ayudó ninguno de los demás profesores. Les oí ensalzar a Selena, cosa que no me supuso ningún esfuerzo, y luego volví a casa, sintiendo que seguía tan atrasada como antes de partir de la isla.

Me tocó asiento de ventanilla en la cabina del ferry, y miré a un chico y una chica no mucho mayores que Selena que estaban de pie junto a la barandilla. Él se volvió hacia ella y le dijo algo que la hizo reír. Si pierdes una oportunidad como ésta es que eres tonto, hijito, pensé. Pero no la perdió. Se inclinó hacia ella, le tomó la otra mano y la besó con toda la amabilidad del mundo.

Joder, qué tonta soy, pensé sin dejar de mirarlos. O eso o me he vuelto demasiado vieja para recordar qué significa tener quince años, con todos los

nervios del cuerpo incendiados como una vela romana durante todo el día y casi toda la noche. Selena ha conocido a un chico, eso es. Ha conocido a un chico y probablemente se quedan juntos a estudiar en la sala esa después de las clases. Seguro que se estudian mutuamente, más que las lecciones. Fue un buen alivio, lo que yo te diga.

Pensé en ello los días siguientes —una de las cosas buenas de lavar sábanas y planchar camisas y aspirar alfombras es que te queda mucho tiempo para pensar—, y cuanto más lo pensaba menos aliviada me sentía. Para empezar, ella no había dicho nada de ningún chico, y Selena no era de las que no cuentan las cosas que le pasan. Ya no era tan amistosa y abierta conmigo como antes, no, pero tampoco era como si hubiera un muro de silencio entre nosotras. Además, siempre había creído que cuando Selena se enamorara sería capaz de poner un anuncio en el periódico.

Lo más importante —y lo que más me asustaba— era cómo me miraban sus ojos. Siempre me he dado cuenta de que cuando una chica se encapricha por un chico sus ojos pueden volverse tan brillantes que parece como si alguien hubiera encendido una linterna por detrás. Cuando buscaba esa luz en los ojos de Selena no la encontraba… Pero eso no era lo peor. La luz que antes había allí también había desaparecido: eso era lo peor. Mirarla a los ojos era como mirar las ventanas de una casa que alguien ha abandonado sin acordarse de bajar las persianas.

Al darme cuenta de eso fue cuando por fin abrí mis propios ojos y empecé a observar un montón de cosas que debería haber visto antes. Cosas que de hecho hubiera visto antes de no haber trabajado tanto y de no haber estado convencida de que Selena estaba cabreada conmigo porque ataqué a su padre.

Lo primero que vi fue que ya no era sólo yo, también se había distanciado de Joe. Ya no salía a hablar con él mientras trabajaba en sus viejas chatarras o en el motor fueraborda de cualquiera, y tampoco se sentaba a su lado por la noche para ver la televisión. Si se quedaba en la sala, se sentaba en la mecedora bien lejos, junto a la estufa, con las labores de bordar en el regazo.

Además, la mayor parte de las noches no se quedaba. Se metía en su habitación y cerraba la puerta. A Joe no parecía importarle, ni siquiera se daba cuenta. Él volvió a su sillón, con el pequeño Pete en el regazo hasta que a éste le llegaba la hora de acostarse.

Le había cambiado el pelo. Ya no se lo lavaba cada día como antes. A veces parecía tan grasiento como para freír huevos en él, cosa que no era muy propia de Selena. Seguía teniendo un tipo precioso —y aquella piel de melocotón que probablemente heredara de la rama del árbol familiar de Joe—, pero aquel octubre las espinillas se esparcieron por su cara como las hojas de diente de león en la plaza mayor después del Memorial Day. Había perdido el color, así como el apetito.

Todavía iba de vez en cuando a ver a sus dos íntimas amigas, Tanya Caron y Laurie Langill, pero muchísimo menos de lo que solía en su primer año de instituto. Gracias a eso me di cuenta de que ni Tanya ni Laurie habían vuelto a casa desde el principio de curso… y tal vez ni siquiera durante el último mes de las vacaciones de verano. Eso me asustó, Andy, y me empujó a mirar todavía más de cerca a mi buena niña. Lo que vi aún me asustó más.

El cambio de su ropa, por ejemplo. No es que hubiera cambiado un jersey por otro, o una falda por un vestido; había cambiado toda su forma de vestir y todos los cambios eran para mal. Ya no se le adivinaba la figura, por ejemplo. En vez de llevar faldas o vestidos al colegio, se ponía pantalones de chándal que le quedaban demasiado grandes. Le daban aspecto de gorda, y no lo era.

En casa llevaba jerséis grandes y abolsados que le llegaban hasta mitad del muslo, y nunca vi que se quitara los vaqueros y las botas. Se ponía alguna bufanda o pañuelo horribles alrededor de la cabeza siempre que salía, cosas tan grandes que le colgaban sobre la frente y hacían que sus ojos parecieran dos animales asomados a la entrada de una caverna. Parecía un marimacho, y yo creía que eso se había acabado al despedirse de los doce años. Una noche, me olvidé de llamar a la puerta antes de entrar en su habitación y casi se parte las piernas en su prisa por coger la ropas del armario. Y eso que llevaba bragas, ni siquiera era como si estuviera en pelota picada o algo así.

Pero lo peor era que ya no hablaba mucho. No sólo conmigo: considerando el estado de nuestra relación, lo hubiera entendido. Casi dejó de hablar con todo el mundo. Se sentaba a la mesa para cenar con la cabeza gacha y con aquellas ojeras enormes que le habían salido, y cuando yo intentaba darle conversación, cuando le preguntaba cómo le había ido en la escuela y cosas por el estilo, sólo le arrancaba un «Mbien», algún «Spongo», en lugar de sus parloteos de siempre.

También lo intentó Joe Junior y se dio con el mismo muro. De vez en cuando

me miraba, como sorprendido. Yo me encogía de hombros. En cuanto acabábamos de cenar y dejábamos los platos lavados, salía por la puerta y se encerraba en su habitación.

Y, que Dios me perdone, lo primero que se me ocurrió después de decidir que no era un chico fue la marihuana… Y no me mires así, Andy, como si no supiera de qué estoy hablando. En aquella época lo llamaban costo o maría en vez de marihuana, pero era lo mismo y había mucha gente de la isla dispuesta a pasarla cuando bajaba el precio de la langosta, o incluso sin que bajara.

Entonces venía mucha maría de las islas costeras, igual que ahora, y parte de ella se quedaba aquí.

No había cocaína, lo cual me parece una bendición, pero si querías fumar costo siempre lo encontrabas. Aquel mismo verano los guardacostas habían arrestado a Marky Benoit. Le habían encontrado cuatro balas de costo en la bodega del Maggie's Delight. Probablemente fue eso lo que me dio la idea, pero incluso ahora, después de tantos años, me pregunto cómo me las arreglé para figurarme algo tan complicado cuando en realidad era tan simple. Ahí estaba el problema real, sentado al otro lado de la mesa cada noche (generalmente necesitado de un baño y un afeitado), y ahí estaba yo, mirándolo, mirando a Joe St. George —el mayor mamón de todos los asuntos de Little Tall y que no dominaba ninguno—, y preguntándome si mi niña buena estaría tras la cabaña de la escuela por las tardes, fumándose un canuto. Y yo soy esa que siempre dice que su madre no crió ningún idiota. Joder.

Empecé a pensar en meterme en su habitación y registrar el armario y los cajones, pero antes de hacerlo ya estaba enfadada conmigo misma. Yo podré ser muchas cosas, Andy, pero espero no haber sido nunca una cotilla. Sin embargo, sólo por aquella idea me di cuenta de que llevaba demasiado tiempo manteniéndome al margen de lo que fuera, esperando que el problema se solucionara sólo o que Selena viniera a mí por su propia iniciativa.

Llegó un día —no mucho antes de Halloween, porque recuerdo que Little Pete puso una bruja de papel en la ventana de la entrada— en el que yo debía bajar a casa de los Strayhorn después de la comida. Lisa McCandless y yo íbamos a dar la vuelta a las preciosas alfombras persas. Hay que hacerlo cada seis años porque si no se deslucen o no sé qué carajo les pasa. Me puse el abrigo y me lo abroché y estaba a medio camino de la puerta cuando pensé: «¿Qué

haces con este pesado abrigo puesto, idiota? Estamos a quince grados por lo menos, es el veranillo de San Martín». Y otra voz acudía a mí diciendo: «Al aire libre no serán quince, más bien serán diez. Y habrá humedad». Y así decidí que esa tarde no bajaría a ningún lugar cerca de la casa de los Strayhorn.

Iba a coger el ferry hasta Jonesport para hablar claro con mi hija. Llamé a Lisa, le dije que tendríamos que hacer lo de las alfombras otro día y me fui a la estación del ferry.

Llegué justo a tiempo para coger el de las dos y cuarto. Si lo llego a perder, también la habría perdido a ella y… ¿quién sabe de qué otro modo habrían acabado las cosas entonces?

Fui la primera en abandonar el ferry —aún estaban atando la última maroma al último noray cuando salté al muelle— y me fui directa al instituto. De camino hacia allí se me ocurrió que no la iba a encontrar en la sala de estudio, por mucho que dijeran ella y su tutora, que al fin y al cabo estaría detrás de la cabaña con todos los demás gamberros… Todos riéndose y tal vez pasándose una botella de vino barato en una bolsa de papel. Si nunca has vivido una situación como ésa, no sabes lo que es y yo no te la puedo describir. Sólo puedo decirte que estaba descubriendo que uno no puede prepararse de ninguna manera para que le partan el corazón. Tienes que seguir hacia delante y desear con toda tu alma que no ocurra nada.

Pero cuando abrí la puerta de la sala de estudio y me asomé, allí estaba ella, sentada en un pupitre junto a la ventana, con la cabeza inclinada sobre el libro de álgebra. Al principio no me vio y me la quedé mirando. No había caído en las malas compañías, tal como yo temía, pero igualmente se me partió el corazón, Andy, porque parecía como si hubiera caído en la ausencia total de compañía y a lo mejor eso era todavía peor. A lo mejor a su tutora le parecía que no había nada de malo en que una niña se quedara sola a estudiar en el colegio después de las clases; a lo mejor incluso le parecía admirable. En cambio, yo no lo veía admirable, ni siquiera saludable. No tenía compañías desagradables porque a los malos actores en Jonesport-Beals High los dejan en la biblioteca.

Debería haber estado con sus amigas, acaso escuchando discos o soñando con algún chico. Y en vez de eso estaba sentada bajo el polvoriento rayo de sol del atardecer, sentada entre aquel olor de tinta y de limpiasuelos y de aquel serrín rojo que tiran cuando se van los críos, con la cabeza tan cerca del libro que

parecía que allí se desvelaran todos los secretos sobre la vida y la muerte.

—Hola, Selena —saludé.

Se encogió como un conejo y tiró al suelo la mitad de los libros que tenía sobre la mesa al darse la vuelta para ver quién la saludaba. Tenía los ojos tan grandes que parecía que le llenaran toda la mitad superior de la cara, y la parte que alcancé a ver de su rostro estaba pálida como la nata en una taza blanca. Es decir, salvo en las zonas ocupadas por los nuevos granos. Destacaban con un rojo brillante, como marcas de quemaduras.

Entonces vio que era yo. El terror desapareció, pero no fue sustituido por ninguna sonrisa.

Era como si una cortina hubiera caído sobre su cara… O como si estuviera dentro de un castillo y acabara de subir el puente del foso. Sí, así era. ¿Entendéis lo que trato de explicar?

Se me ocurrió decir: «He venido para llevarte a casa en el ferry y obtener algunas respuestas, cariño mío», pero algo me dijo que no sería correcto hacerlo en aquella sala, en aquella sala vacía en la que podía oler lo que le ocurría con tanta claridad como olía la tiza y el serrín rojo. Lo olía y estaba dispuesta a averiguar qué era. A juzgar por su aspecto, ya había esperado demasiado. Ya no creía que fuera droga, pero en cualquier caso era algo hambriento. Algo que la comía viva.

Le expliqué que había decidido echar por la ventana el trabajo de aquella tarde y acercarme para ir de tiendas un rato, pero no había encontrado nada que me gustara.

—Entonces he pensado que a lo mejor podíamos volver las dos juntas —propuse—. ¿Te importa, Selena?

Al fin sonrió. Hubiera pagado mil dólares por esa sonrisa, te lo aseguro… Una sonrisa sólo para mí.

—Oh, no, mami —contestó—. Me encantará tener compañía.

Así que caminamos juntas cuesta abajo hasta el embarcadero de los ferrys y cuando le pregunté por algunas de sus clases me contó más cosas que en semanas enteras. Después de aquella primera mirada —como un conejo acorralado mirando a un gato montés—, ahora se parecía a ella misma más que la chica de los últimos meses, y empecé a albergar alguna esperanza.

Bueno, puede que esta Nancy no sepa lo vacío que va el ferry de las cuatro

cuarenta y cinco a Little Tall y a las Outer Islands, pero supongo que Frank y tú sí lo sabéis, Andy. La mayor parte de los trabajadores que viven fuera de la península vuelven a casa en el de las cinco y media, de modo que en el de las cuatro cuarenta y cinco va sobre todo correo, mensajeros, artículos para tiendas y comestibles destinados al mercado. Por eso, aunque era una agradable tarde de verano, lejos de lo frío y húmedo que yo había imaginado, tuvimos la cubierta posterior casi para nosotras solas.

Nos quedamos allí un rato, viendo cómo la estela se estiraba hacia la costa. El sol estaba ya en el este, trazando sobre el agua un surco que luego la estela cortaba y convertía en pequeños pedazos de oro. Cuando yo era pequeña, mi padre me decía que era oro y que a veces las sirenas subían a cogerlo. Decía que usaban aquellos pedazos rotos de luz del atardecer como guijarros para sus castillos mágicos bajo el mar. Cuando veía ese trazo dorado partido en el mar, siempre vigilaba por si aparecían las sirenas, y hasta que tuve casi la edad de Selena nunca dudé de su existencia porque me lo había dicho mi padre.

Aquel día, el agua tenía un profundo tono azul de los que sólo se ven en los días tranquilos de octubre, y el sonido de los motores diesel era relajante. Selena se desató el pañuelo que llevaba sobre la cabeza alzó los brazos y rió.

—¿Verdad que es bonito, mami? —preguntó.

—Sí —contesté—. Y tú también lo eras, Selena. ¿Por qué ya no lo eres?

Me miró y fue como si tuviera dos caras. La de encima estaba como sorprendida y casi seguía riendo… Pero por debajo asomaba una mirada recelosa, desconfiada. Lo que vi en el rostro inferior era todo lo que Joe le había dicho durante aquella primavera y el verano, antes de que empezara a distanciarse de mí y luego también de él. No tengo amigos, eso me decía la cara de debajo. Tú, desde luego, no lo eres; ni él tampoco. Y cuanto más nos mirábamos, más asomaba ese rostro a la superficie.

Dejó de reírse y se apartó de mí para mirar hacia el agua. Eso me sentó mal, Andy, pero no podía permitir que me detuviera, igual que no pude dejar que Vera se saliera con la suya años después, por muy triste que fuera en el fondo. El hecho es que a veces hemos de ser crueles para ser buenos, como el médico que le pone una inyección a un niño aunque sepa que llorará y no lo entenderá. Miré dentro de mí misma y vi lo cruel que podía ser si hacía falta. Me asustó saberlo entonces y todavía me asusta un poco. Es aterrador saber que puedes ser tan dura

como haga falta y no dudar nunca antes ni mirar después hacia atrás para cuestionarte lo que hiciste.

—No sé qué quieres decir, mami —me contestó, pero me estaba mirando con cuidado.

—Has cambiado —le expliqué—. Tu aspecto, tu forma de vestir, de actuar. Todo me dice que estás metida en algún problema.

—No me pasa nada —respondió, pero al mismo tiempo que lo decía se iba apartando de mí.

Tomé sus manos entre las mías antes de que estuviera demasiado lejos de mi alcance.

—Sí que te pasa —insistí—. Y ninguna de las dos saldrá de este ferry hasta que me digas qué es.

—¡Nada! —exclamó. Trató de soltarse las manos de un tirón, pero yo no cedí—. No me pasa nada y suéltame. ¡Suéltame!

—Todavía no. Cualquiera que sea tu problema, no cambiará mi amor por ti, Selena; pero no puedo empezar a ayudarte a salir de él hasta que me digas de qué se trata.

Dejó de luchar y se quedó mirándome. Y vi un tercer rostro bajo los otros dos: un rostro suspicaz y desgraciado que no me gustó demasiado. Aparte de su complexión, Selena se parece más bien a mi familia, pero justo en ese momento se parecía a Joe.

—Dime algo antes —pidió.

—Lo haré si puedo —contesté.

—¿Por qué le pegaste? ¿Por qué le pegaste aquella vez?

Abrí la boca para contestar: «¿Qué vez?» —más que nada por ganar unos segundos para pensar—, pero al instante supe algo, Andy. No me preguntes cómo —tal vez fuera un presagio, o lo que llaman intuición femenina, o tal vez realmente conseguí leer la mente de mi hija—, pero lo supe.

Supe que si dudaba, aunque sólo fuera por un segundo, la perdería. Acaso sólo por aquel día, pero probablemente para siempre. Fue simplemente algo que supe, y no dudé ni un instante.

—Porque él me pegó en la espalda con un leño de la estufa esa misma tarde —expliqué—. Me atizó en los riñones. Supongo que decidí que no me volverían a tratar así. Nunca más.

Pestañeó como cuando a alguien le acercan la mano de repente a la cara, y abrió la boca en una O grande de sorpresa.

—Él no te explicó que fuera por eso, ¿verdad?

Negó con la cabeza.

—¿Qué te contó? ¿Que era por la bebida?

—Por eso y por sus partidas de póquer —contestó con una voz casi demasiado baja para oírla—.

Dijo que no querías que él ni nadie se divirtiese. Que por eso no querías que jugara a póquer y a mí no me dejabas ir a dormir a casa de Tanya el año pasado. Dijo que quieres que todo el mundo trabaje ocho días a la semana como tú. Y que cuando te respondió lo golpeaste con la manga y luego le dijiste que le cortarías la cabeza si intentaba volverse. Que se lo harías mientras durmiera.

Me habría reído, Andy, si no hubiera sido todo tan horroroso.

—¿Te lo creíste?

—No lo sé. Pensar en aquella hacha me daba tanto miedo que no sabía qué creer.

Eso se me clavó en los oídos como un aguijón, pero no lo demostré.

—Selena —le dije—. Lo que te contó es mentira.

—¡Déjame en paz! —protestó, tirando para apartarse de mí. La mirada de conejo acorralado volvió a su cara y me di cuenta de que no estaba escondiendo algo sólo porque estuviera avergonzada o preocupada: estaba muerta de miedo —. ¡Ya me las arreglaré! ¡No quiero tu ayuda, así que déjame en paz!

—No puedes arreglártelas, Selena —la interrumpí. Hablaba en el tono bajo y suave que se usa para dirigirse a un caballo o un cordero que se ha quedado enganchado en un alambre de espino—.

Si pudieras, ya lo habrías hecho. Ahora escúchame. Siento que me vieras con aquella hacha en la mano; siento todo lo que viste y oíste esa noche. Si llego a saber que te iba a asustar tanto y te iba a hacer tan desgraciada, no le habría atacado por mucho que me provocara.

—¿No puedes parar? —preguntó. Y finalmente liberó sus manos de las mías y se tapó los oídos con ellas—. No quiero oír nada más. Ya no te oigo.

—No puedo parar porque es algo que ya está hecho, no tiene remedio. Pero lo tuyo sí. Así que déjame ayudarte, vida mía. Por favor.

Intenté rodear su cuerpo con un brazo y acercarla a mí.

—¡No! ¡No me pegues! ¡Ni me toques, puta! —gritó, y se lanzó hacia atrás.

Tropezó con la barandilla y yo estaba segura de que iba a caer por encima y directa al agua.

Se me detuvo el corazón, pero gracias a Dios no me pasó lo mismo con las manos. Alargué los brazos, la agarré por la solapa del abrigo y tiré de ella hacia mí. Resbalé en el suelo húmedo y estuve a punto de caer. Sin embargo, recuperé el equilibrio y, cuando la miré, ella se liberó y me abofeteó la cara.

No me importó, simplemente la agarré de nuevo y la abracé contra mí. Si renuncias en un momento como ése con una chica de la edad de Selena, creo que puedes dar por perdido casi todo lo que compartes con ella. Además, no me había dolido ni un pelo. Sólo tenía miedo de perderla, y no sólo en mi corazón. Pero durante aquel segundo había estado segura de que se iba boca abajo por encima de aquella barandilla. Estaba tan segura que casi lo vi. Es un milagro que en aquel mismo momento no se me volviera todo el pelo blanco.

Entonces se puso a llorar y a decirme que lo sentía, que no pretendía pegarme, que nunca jamás lo había pretendido, y yo le dije que ya lo sabía.

—Calla un momento —le pedí. Y lo que me contestó casi me deshizo.

—Tendrías que haberme dejado caer, mami —murmuró—. Tendrías que haberme soltado.

La aparté de mí cuanto daban mis brazos —en ese momento ya estábamos las dos llorando— y le dije:

—No haría eso por nada del mundo, cariño.

La cabeza le temblaba de un lado a otro.

—Ya no aguanto más, mami… No puedo. Me siento tan sucia y confusa… Y no puedo ser feliz por mucho que lo intente.

—¿Qué te pasa? —le pregunté, de nuevo asustada—. ¿Qué te pasa, Selena?

—Si te lo digo, probablemente me empujarás tú misma por la barandilla.

—Ya sabes que no —la calmé—. Y te diré otra cosa, cariño: no vas a dar un paso en tierra firme hasta que me lo hayas aclarado. Si para eso hemos de estar yendo de un lado para otro en este ferry durante lo que queda de año, eso haremos… Aunque creo que estaríamos congeladas antes de finales de noviembre, si no nos morimos antes de tomaína por la comida que dan en ese *snack-bar* de mierda.

Pensé que igual le haría gracia, pero no fue así. En vez de eso inclinó tanto la

cabeza que se quedó mirando al suelo de la cubierta y dijo algo en voz muy baja. Con el ruido del viento y de los motores, apenas pude oírlo.

—¿Qué has dicho, cariño?

Lo repitió, y en esta ocasión lo oí, a pesar de que no lo dijo demasiado alto. De repente lo entendí todo y a partir de ese momento los días de Joe St. George estuvieron contados.

—Yo nunca quise hacer nada. Él me obligó.

Eso había dicho.

Durante un instante sólo pude mantenerme en pie y, cuando al fin me acerqué a ella, se zafó.

Tenía la cara blanca como una sábana. Entonces el ferry —era el viejo *Island Princess* dio una sacudida. El mundo ya me daba vueltas, y supongo que habría dado con mi huesudo y viejo culo en el suelo si Selena no me hubiera agarrado por la cintura. Al cabo de un instante era yo quien la agarraba y ella lloraba junto a mi cuello.

—Ven —le dije—. Ven aquí y siéntate conmigo. Ya basta de rodar de un lado a otro sin parar en este bote, ¿no?

Nos acercamos abrazadas al banco del pasillo, arrastrando los pies como un par de inválidas.

No sé si Selena se sentía como una inválida, pero yo sí, desde luego. Yo sólo lagrimeaba, pero ella lloraba con tanta fuerza que parecía como si fueran a soltársele las entrañas si no paraba pronto.

Sin embargo, me encantaba oírla llorar así. Hasta que la oí sollozar y vi cómo le rodaban las lágrimas por las mejillas no me di cuenta de que gran parte de sus sentimientos habían desaparecido también, igual que la luz de sus ojos y la figura bajo el vestido. Me hubiera gustado mucho más oírla reír que llorar, pero estaba dispuesta a aceptar cualquier cosa.

Nos sentamos en el banco y la dejé que llorase un rato más. Cuando por fin empezó a tranquilizarse, le di el pañuelo que llevaba en el bolso. Al principio, ni siquiera lo usó. Me miró con las mejillas empapadas y aquellos profundos surcos bajo los ojos, y me dijo:

—¿No me odias, mamá? ¿De verdad?

—No —contesté—. Ni ahora ni nunca. Te lo prometo sobre mi corazón. Pero quiero aclarar algo.

Quiero que me lo cuentes todo, de principio a fin. Veo en tu cara que no te crees capaz, pero lo eres. Y recuerda una cosa: nunca tendrás que repetirlo, ni siquiera a tu marido, si no quieres. Será como correr un velo. Eso también te lo prometo sobre mi corazón. ¿Lo has entendido?

—Sí, mami, pero él me dijo que si alguna vez te lo contaba… Dijo que a veces te pones tan furiosa que… como la noche en que le pegaste con la manga… Dijo que si alguna vez me apetecía contarlo mejor me acordara del hacha… Y…

—No, así no —la interrumpí—. Has de empezar por el principio e ir paso a paso. Pero quiero asegurarme de que he entendido una cosa desde el principio. Tu padre se ha pasado contigo, ¿verdad?

Dejó caer la cabeza y no dijo nada. A mí me bastaba como respuesta, pero creo que ella misma necesitaba oírse diciéndolo en voz alta.

Puse un dedo bajo su mentón y le alcé la cabeza hasta que nos quedamos mirándonos fijamente a los ojos.

—¿Verdad?

—Sí —contestó, y se echó a llorar de nuevo.

Sin embargo, esta vez no duró tanto ni fue tan profundo. La dejé llorar un rato de todos modos porque yo también lo necesitaba para decidir por dónde seguiría. No podía preguntarle:

«¿Qué te ha hecho?», porque se me ocurrió que lo más probable era que ni siquiera lo supiera.

Durante un rato sólo se me ocurría: «¿Te ha follado?», pero me pareció que incluso preguntándolo de una forma tan cruda podía ser que ella no estuviera segura. Y dentro de mi mente sonaba feísimo.

Al final dije:

—¿Ha introducido su pene dentro de ti, Selena? ¿Lo ha metido en tu coño?

Negó con la cabeza.

—No le he dejado. —Se tragó un sollozo—. Al menos, todavía no.

Bueno, las dos pudimos relajarnos un poco después de eso. Al menos, cada una con la otra.

Lo que yo sentía por dentro era pura ira. Era como si tuviera un ojo dentro, un ojo cuya existencia ignoraba hasta aquel día, y con él sólo podía ver la cara larga y caballuna de Joe, con sus labios siempre partidos y los dientes como

amarillos, y las mejillas siempre agrietadas y rojas a la altura del pómulo. A partir de entonces, siempre vi su cara muy de cerca, aquel ojo nunca se cerraba aunque sí lo hicieran los otros dos mientras dormía, y empecé a saber que no se cerraría hasta que Joe estuviera muerto. Era como estar enamorada, sólo que al revés.

Mientras tanto, Selena estaba contando la historia de principio a fin. Escuché y no la interrumpí ni una sola vez, y por supuesto todo empezaba la noche en que yo aticé a Joe con la manga y Selena apareció en la puerta justo a tiempo para verle con la mano sobre la oreja sangrante y a mí amenazándole con el hacha como si realmente pretendiera degollarlo. Yo sólo pretendía lograr que parase, Andy, y arriesgué mi vida por ello, pero eso Selena no lo vio. Todo lo que vio cayó a su lado de la balanza. Dicen que el camino al infierno está sembrado de buenas intenciones, y yo sé que es cierto. Lo sé por mis más amargas experiencias. Lo que no sé es por qué, por qué cuando se intenta hacer el bien a menudo se acaba sembrando el mal. Supongo que eso es para mentes más claras que la mía.

No os voy a contar ahora toda la historia, y no por respeto a Selena, sino porque es demasiado larga e, incluso ahora, duele demasiado. Pero os contaré lo primero que dijo. Nunca lo olvidaré, porque de nuevo me sorprendió la diferencia entre las apariencias y la realidad de las cosas… Entre el interior y el exterior.

—Parecía tan triste —me dijo—. Le corría la sangre entre los dedos y le caían las lágrimas y parecía tan triste… Te odié más por esa mirada que por la sangre y las lágrimas, mami, y decidí compensarle. Antes de acostarme, me arrodillé y recé: «Dios, si impides que lo vuelva a herir, yo le compensaré. Te lo juro. Por el amor de jesús, amén».

Os haréis una idea de cómo me sentí al oír eso de mi hija, cuando ya hacía más de un año que yo daba ese asunto por olvidado. ¿Te das cuenta, Andy? ¿Y tú, Nancy Bannister de Kennebunk? No, ya veo que no. Rezo a Dios para que nunca lo entiendas.

Empezó a ser amable con él: lo mimaba cuando estaba en el cobertizo trasero, trabajando con la moto de nieve de alguien o con algún motor fueraborda; se sentaba con él mientras veíamos la tele por la noche; se sentaba con él en el porche mientras él silbaba, y le escuchaba cuando le soltaba el

clásico rollo de Joe St. George sobre política: cómo Kennedy estaba dejando que todo lo dirigieran los judíos y los católicos, cómo los comunistas pretendían que los negros fueran a la escuela y a los comedores públicos en el sur y cómo el país acabaría hundido. Ella lo escuchaba, le reía los chistes, le ponía crema de maíz en las manos cuando se le agrietaban, y él no era tan tonto como para no darse cuenta de que la oportunidad llamaba a su puerta. Dejó de hablar mal de los políticos para pasar a hablar mal de mí, de lo loca que me volvía cuando me sacaban de mis casillas y de todo lo malo de nuestro matrimonio. Según él, todo por mi culpa.

A finales de la primavera de 1962 empezó a tocarla de un modo algo más que paternal. Al principio sólo era eso: pequeñas caricias en la pierna mientras estaban sentados juntos en el sofá y yo no estaba en la habitación, palmaditas en el culo cuando le llevaba una cerveza al cobertizo. Así empezó y luego fue más allá. A mediados de julio, la pobre Selena ya le tenía tanto miedo como a mí. Cuando por fin me decidí a pasar a la península y arrancarle algunas respuestas, ya le había hecho todo lo que un hombre le puede hacer a una mujer sin llegar a follársela… Y la había asustado para que también ella le hiciera una serie de cosas a él.

Creo que habría logrado la guinda antes del día del Trabajo si no llega a ser porque Joe Junior y Little Pete no iban al colegio y estaban por ahí a todas horas. Pete simplemente estaba allí, pero creo que Joe Junior tenía cierta idea de lo que ocurría y se propuso meterse en medio. Dios le bendiga si así fue, es todo lo que puedo decir. Desde luego, yo no podía ayudar porque entonces trabajaba doce y hasta catorce horas al día. Y mientras yo trabajaba Joe estaba con ella, la tocaba, le pedía besos, le pedía que le tocara en «sitios especiales» (así lo llamaba él) y le decía que no lo podía evitar, que tenía que pedírselo: ella era amable con él y yo no, y un hombre tiene ciertas necesidades y eso es todo. Pero ella no podía contarlo. Si lo contaba, le advirtió, yo los mataría a los dos. No dejaba de recordarle lo de la manga y el hacha.

No dejaba de repetirle que yo era una puta fría y de mal genio y que él no podía evitarlo porque un hombre tiene ciertas necesidades. Le grabó todas esas cosas, Andy, hasta que la volvió medio loca.

Él…

¿Qué dices, Frank?

Sí, de acuerdo, él trabajaba, pero su trabajo no le frenaba demasiado a la hora de perseguir a su hija. Yo lo llamaba «el rey de todos los negocios». Hacía faenas para unos cuantos veraneantes y cuidaba dos casas (espero que los que lo contrataban para ello llevaran un buen inventario de sus posesiones); había cuatro o cinco pescadores que lo reclutaban cuando estaban ocupados —Joe manejaba las nasas como el mejor de ellos si no tenía demasiada resaca— y por supuesto tenía también su pequeño taller. En otras palabras, trabajaba como suelen hacerlo muchos hombres de la isla (aunque no con la misma intensidad): un bocado por aquí, otro por allá. Con ese plan, un hombre puede establecer su propio horario, y durante aquel verano y a principios del otoño, Joe estableció el suyo de tal modo que pudiera quedarse en casa lo máximo posible mientras yo no estuviera. Para estar cerca de Selena.

Me pregunto si entendéis lo que necesito que entendáis. ¿Os dais cuenta de que se esforzaba tanto por entrar en su mente como en sus bragas? Creo que lo que más poder tenía sobre ella era el hecho de haberme visto con la maldita hacha en la mano, por eso era lo que más usaba él. Cuando vio que ya no le servía para ganarse su compasión, lo usó para asustarla. Le repitió una y otra vez que si yo me enteraba de lo que estaban haciendo la echaría de casa.

¡Lo que estaban haciendo! ¡Joder!

Ella dijo que no quería hacerlo y él le contestó que era una pena, pero que ya era demasiado tarde para parar. Le explicó que le había provocado, que lo había vuelto medio loco y que esa clase de provocación era lo que causaba la mayor parte de las violaciones, y que las buenas mujeres (es decir, las de mal carácter, las putas que blandían hachas como yo, supongo) lo sabían. Joe no cesó de insistir en que él se callaría mientras también lo hiciera ella… «Pero —le insistía —, querida, tienes que entender que si sale algo de esta historia acabará saliendo todo.»

Ella no sabía a qué se refería con ese todo, y no entendía por qué llevarle un vaso de té helado por la tarde y contarle lo de la muñeca nueva de Laurie Langill le había dado la idea de que podía meter la mano entre sus piernas y acariciarla siempre que quisiera, pero estaba convencida de que debía de haber hecho algo para que él se comportara tan mal, lo cual le daba vergüenza.

Creo que eso era lo peor: no el miedo, sino la vergüenza.

Dijo que un día se había decidido a contárselo todo a la tutora, la señorita

Sheets. Incluso había pedido una cita, pero se puso nerviosa en la sala de espera cuando la cita anterior a la suya acabó antes de lo previsto. De eso hacía menos de un mes, justo al empezar la escuela.

—Empecé a pensar cómo sonaría —me explicó mientras seguíamos sentadas en el banco de la pasarela trasera.

Estábamos ya a mitad de camino y se veía el cabo East Head iluminado por el sol del atardecer. Por fin Selena había acabado de llorar. De vez en cuando soltaba un gran sollozo acuoso y mi pañuelo ya estaba transparente, pero había recuperado el control de sí misma y yo estaba bien orgullosa. Sin embargo, en ningún momento soltó mi mano. Mientras hablaba, la agarraba con tanta fuerza como si fuera a estrangular a alguien. Al día siguiente me salieron morados.

—Pensé cómo me sentiría allí sentada diciendo: «Señorita Sheets, mi padre pretende hacerme lo que usted ya sabe». Es tan obtusa —y tan vieja— que probablemente me habría contestado: «No, Selena, no lo sé. ¿De qué me estás hablando?». Y le hubiera tenido que contar que mi padre pretendía violarme y no me habría creído porque su gente no hace esa clase de cosas.

—Yo creo que eso pasa en todas partes —le contesté—. Es triste, pero cierto. Y creo que una tutora de un colegio tiene que saberlo, salvo que sea tonta de remate. ¿La señorita Sheets es tonta de remate, Selena?

—No —respondió—. Creo que no, mamá, pero…

—Cariño, ¿creías que eras la primera chica del mundo a la que le ocurre esto? —le pregunté.

Contestó algo que no pude oír porque hablaba en voz muy baja. Tuve que volvérselo a preguntar.

—No sabía si lo era o no —explicó, y me dio un abrazo. Se lo devolví—. En cualquier caso —continuó—, al estar allí sentada me di cuenta de que no era capaz de explicarlo. Tal vez si hubiera sido capaz de entrar habría podido sacarlo, pero en cuanto tuve la ocasión de sentarme y pensármelo y de dudar si papá tendría razón y tú pensarías que soy mala…

—Nunca pensaría eso —le insistí, y volví a abrazarla.

Me devolvió una sonrisa que alentó mi corazón.

—Ahora lo sé —explicó—, pero entonces no estaba tan segura. Y mientras permanecía allí sentada, mirando a través del cristal cómo la señorita Sheets acababa su entrevista con la chica anterior, encontré una buena razón para no

entrar.

—¿Ah, sí? ¿Cuál era?

—Bueno, que aquel asunto no tenía nada que ver con el colegio.

Me hizo gracia y me puse a reír. Enseguida ella se unió a mí y nuestras risas fueron subiendo de volumen hasta que nos quedamos sentadas en aquel banco, cogidas de la mano y riendo como un par de pájaros bobos durante el apareamiento. Reíamos tan alto que el hombre que vende golosinas y cigarrillos en la cubierta inferior asomó la cabeza un instante para asegurarse de que no nos pasara nada.

Dijo otras dos cosas en aquel viaje de vuelta: una con la boca y otra con los ojos. La que llegó a decir con palabras era que había pensado en hacer la maleta y huir; al menos, se le antojaba como una salida. Pero huir no soluciona los problemas cuando uno ha sido herido en serio. Al fin y al cabo, allá donde vayas llevarás contigo la cabeza y el corazón. Y lo que vi en sus ojos fue que la posibilidad del suicidio había sido algo más que una fugaz idea en su mente.

Pensaba en eso —en ver la idea del suicidio en los ojos de mi hija— y luego veía el rostro de Joe aún más claro con mi ojo interior. Veía el aspecto que debió de tener mientras la acosaba una y otra vez, mientras trataba de meter la mano bajo su falda hasta el extremo de que ella acabó llevando sólo vaqueros para defenderse; su aspecto al no conseguir lo que quería (no todo lo que quería) por pura suerte —buena para ella, mala para él— y no por falta de insistencia. Pensé en lo que podría haber ocurrido si Joe junior no hubiera parado de jugar con Willy Bramhall antes de tiempo un par de veces para volver pronto a casa, o si yo no hubiera llegado a abrir los ojos lo suficiente como para fijarme detenidamente en ella. Había persistido igual que el hombre malvado dirige a su caballo con la fusta o con un junco sin detenerse ni un instante hasta que el animal cae muerto a sus pies… y luego probablemente se queda con la fusta en la mano, pensando cómo diablos ha podido ocurrir. A eso me había llevado aquel deseo de tocarle la frente, de comprobar si era tan suave como parecía; hasta ese punto me había llevado. Mantuve los ojos abiertos como platos y vi que vivía con un hombre que carecía de amor y de piedad, un hombre que creía que todo aquello que quedara al alcance de su mano era suyo, incluida su propia hija.

Por ahí andaban mis pensamientos cuando se me ocurrió por primera vez la posibilidad de matarlo. No fue entonces cuando me decidí a hacerlo —joder, no

—, pero mentiría si dijera que tal idea era sólo una ensoñación. Era mucho más que eso.

Selena debió de notar algo de eso en mi mirada, porque apoyó una mano en mi brazo y preguntó:

—¿Habrá follón, mami? Por favor, dime que no. ¡Se enterará de que te lo he contado y se pondrá furioso!

Deseaba tranquilizarla diciéndole lo que esperaba oír, pero no pude. Habría follón. Que fuera mucho o poco y que fuera más o menos grave dependía de Joe. La noche en que le golpeé con la manga se había echado atrás, pero eso no significaba que volviera a hacerlo.

—No sé qué pasará —expliqué—. Pero te diré dos cosas, Selena: nada de esto es culpa tuya y sus días de molestarte y acosarte se han acabado. ¿Lo entiendes?

Las lágrimas volvieron a llenar sus ojos y una se desbordó y rodó mejilla abajo.

—No quiero que se monte un follón —insistió. Calló un instante, aunque no dejó de mover la boca, y luego estalló—: ¡Odio esta historia! ¿Por qué le pegaste? ¿Por qué empezó él a buscarme?

¿Por qué no puede ser todo como antes?

Le tomé la mano.

—Las cosas nunca vuelven a ser como antes, querida. A veces las cosas salen mal y hay que arreglarlas. Lo sabes, ¿no?

Asintió. Vi el dolor en su rostro, pero no había rastro de duda.

—Sí —contestó—. Supongo que sí.

Estábamos entrando en el muelle y ya no nos quedaba tiempo para hablar. Estaba encantada.

No quería que siguiera mirándome con aquellos ojos llenos de lágrimas, deseando lo que supongo que todo niño desea: que todo se arregle sin que sufra nadie. Esperaba de mí una promesa que yo no podía hacer porque luego no podría cumplirla. No estaba segura de que mi ojo interior me permitiera cumplirla. Abandonamos el ferry sin intercambiar palabra, cosa que a mí me pareció fantástica.

Aquella noche, cuando Joe volvió de casa de los Carstairs, donde estaba construyendo el porche trasero, envié a los tres críos al mercado. Vi que Selena

me miraba de reojo mientras bajaban por la calle y tenía la cara pálida como la leche. Cada vez que ella volvía la cabeza, Andy, la maldita hacha relucía en sus ojos. Pero vi algo más en ellos y creo que era alivio. Debía de pensar que al menos las cosas ya no seguirían como hasta entonces. Aunque estaba asustada, creo que en parte pensaría eso. Joe estaba sentado junto a la estufa, leyendo el *American*, como cada noche. Yo me quedé mirándolo junto a la caja de la leña y el ojo que llevaba dentro pareció abrirse más que nunca. Míralo, pensé: ahí sentado como si fuera el Gran Poder del Ojete del Culo.

Sentado como si no se pusiera los pantalones por los pies como todo el mundo. Sentado como si meterle mano a su única hija fuera lo más natural del mundo y como si cualquier hombre pudiera dormir tranquilo después de hacer algo así. Traté de imaginar cómo podíamos haber llegado desde la fiesta escolar en The Samoset Inn hasta aquella situación: él sentado junto a la estufa leyendo el periódico con sus viejos vaqueros parcheados y su sucia camiseta térmica y yo junto a la caja de la leña con intenciones asesinas. No pude imaginarlo. Era como estar en un bosque mágico en el que, al mirar atrás, te das cuenta de que el camino ha desaparecido a tus espaldas.

Mientras tanto, el ojo interior veía cada vez más. Veía las cicatrices cruzadas en su oreja, restos de mi golpe con la manga; veía el garabateo de venillas en su nariz; veía su labio inferior, siempre salido como si estuviera de mal humor; veía la caspa en sus cejas y lo veía toquetearse los pelillos que le salían por la nariz, o agarrarse la entrepierna por encima de los pantalones de vez en cuando.

Todo lo que veía el ojo era malo, de modo que se me ocurrió que casarme con él había sido algo más que el peor error de mi vida; había sido el único error importante, porque no era yo sola quien pagaría por él. En aquel entonces estaba ocupado con Selena, pero tras ella venían dos chicos y…, si no era capaz de evitar la tentación de violar a la hermana mayor, ¿qué podría hacer con ellos?

Volví la cabeza y mi ojo interior vio el hacha, apoyada en el estante de encima de la caja de leña, como siempre. Alargué el brazo y cerré los dedos en torno al asa, pensando: «Esta vez no te la pondré en las manos, Joe. Tal vez en la cabeza, pero en las manos no». Luego recordé la mirada de Selena cuando bajaba la calle con sus hermanos y decidí que, pasara lo que pasase, la maldita hacha no intervendría. En cambio, me agaché y saqué de la caja un leño de arce.

Hacha o leño, da lo mismo: la vida de Joe estuvo en un tris de acabar allí y

en aquel mismo momento. Cuanto más lo veía sentado con su camiseta sucia, toqueteándose los pelos que le asomaban por la nariz y leyendo las páginas de tiras cómicas, más pensaba en lo que le había hecho a Selena; cuanto más pensaba en eso, más me cabreaba; cuanto más me cabreaba, más a punto estaba de acercarme a él y abrirle los sesos con el leño. Incluso veía el lugar en el que descargaría el primer golpe. Empezaba a clarearle el pelo, sobre todo por detrás, y la luz de la lámpara que había junto a su silla rebotaba allí con cierto brillo. Se veían las marcas de la piel entre los pocos mechones que le quedaban. Justo allí, pensé, en ese preciso lugar. Saltará la sangre y salpicará la pantalla de la lámpara, pero no me importa: de todas formas es fea y vieja. Cuanto más lo pensaba, más quería ver cómo volaba la sangre hasta la pantalla, y estaba segura de que volaría. Y luego pensé en las gotas que caerían sobre la bombilla, con un leve siseo. Pensé en todo eso y, cuanto más lo pensaba, más se cerraban mis dedos en torno al leño de la estufa para agarrarlo mejor. Era una locura, ah, sí, pero no me sentía capaz de alejarme de él, y sabía que mi ojo interior seguiría mirándolo incluso si yo me apartaba.

Me obligué a pensar en cómo me miraría Selena si lo hacía, cómo sus ojos confirmarían que soy tan mala como le había dicho Joe y que sus peores miedos se habían confirmado. Pero tampoco eso sirvió. Ni siquiera pensar en lo que les pasaría a los tres si él moría y a mí me encerraban en South Windham por matarle sirvió para que se cerrara el ojo interior. Permaneció abierto y cada vez parecía ver más cosas desagradables en la cara de Joe. Cómo se levantaba escamas de piel en las mejillas cuando se afeitaba. La gota de mostaza del mediodía que aún se secaba en su mentón. Su vieja dentadura caballuna, que compró por correo y no le quedaba bien. Y cada vez que veía algo nuevo con aquel ojo, mi mano apretaba aún con más fuerza el leño.

En el último instante se me ocurrió algo más. Si lo haces aquí y ahora mismo, no lo harás por Selena, pensé. Ni tampoco por los chicos. Lo harás porque todo ha ocurrido ante tus narices durante tres meses, o más, y has sido demasiado idiota para darte cuenta. Si lo vas a matar para luego ir a prisión y ver a tus hijos sólo los sábados por la tarde, será mejor que entiendas por qué lo haces: no porque se haya pasado con Selena, sino porque te ha engañado y eso es lo que más te molesta.

Al fin eso me amordazó. El ojo interior no se cerró, pero se apagó un poco y

perdió algo de potencia. Intenté abrir la mano y soltar el leño de arce en la caja, pero lo había agarrado con tanta fuerza que no podía deshacerme de él. Tuve que ayudarme con la otra mano y forzar a los dos primeros dedos; los otros tres se quedaron curvados, como si todavía agarrasen algo. Tuve que flexionar la mano tres o cuatro veces hasta que empecé a sentirme normal.

Después de eso, me acerqué a Joe y le di una palmada en el hombro.

—Quiero hablar contigo —le dije.

—Pues habla —contestó desde el otro lado del periódico—. Nadie te lo impide.

—Quiero que me mires mientras te hablo —le ordené—. Deja el periódico.

Abandonó el periódico en el regazo y me miró.

—Mira que le das a la boca últimamente —protestó.

—De mi boca ya me ocuparé yo —le interrumpí—. Tú será mejor que te ocupes de tus manos. Si no, te van a crear más problemas de los que serías capaz de solucionar en toda tu vida.

Enarcó las cejas y me preguntó qué quería decir.

—Quiero decir que dejes en paz a Selena.

Me miró como si le hubiera encajado un rodillazo en las partes nobles. Fue lo mejor de este asunto tan desagradable, Andy: la cara de Joe cuando descubrió que lo habían descubierto.

Palideció, se le quedó la boca abierta y todo su cuerpo pareció estremecerse en su mecedora de mierda, como cuando te estás quedando dormido y te asalta un mal presagio.

Trató de disimularlo fingiendo que tenía un tirón en la espalda, pero no engañó a ninguno de los dos. En realidad parecía avergonzado, pero eso no le valió mi estima. Incluso un estúpido perro callejero tiene la sensatez de aparentar vergüenza cuando lo pillan robando huevos en la puerta de un gallinero.

—No sé de qué me hablas.

—Entonces, ¿por qué te comportas como si el diablo se te acabara de meter en los pantalones para retorcerte las pelotas? —le pregunté.

Entonces se le empezó a poner la mosca detrás de la oreja.

—El maldito Joe junior te ha contado alguna mentira sobre mí… —empezó.

—Joe junior no ha dicho ni sí ni no, ni tal vez ni quizá sobre ti —le corregí —. Y será mejor que dejes de fingir, Joe. Me lo ha dicho Selena. Me lo ha dicho

todo: que intentó ser agradable contigo después de aquella noche en que yo te aticé con la manga, cómo se lo devolviste y lo que le dijiste que pasaría si me lo contaba.

—¡Es una mentirosa! —exclamó, tirando el periódico al suelo como si eso probara algo—. Es una mentirosa y en cuanto aparezca por aquí, si es que se atreve a volver alguna vez…

Hizo ademán de levantarse. Alargué un brazo y lo volví a sentar de un empujón. Es increíblemente fácil sentar a alguien que pretende levantarse de una mecedora: me sorprendió un poco lo fácil que resultaba. Claro, había estado a punto de partirle la cabeza con un leño apenas tres minutos antes, tal vez eso tuviera algo que ver.

Sus ojos se convirtieron en pequeñas ranuras y me dijo que mejor no me la jugara con él.

—Lo has hecho alguna vez, pero eso no significa que le puedas poner el cascabel al gato siempre que te dé la gana.

Yo misma había estado pensando en eso, y no mucho antes, pero no era el momento para contárselo.

—Puedes ahorrarte el discurso para tus amigos —le dije—. Ahora lo que te conviene no es hablar sino escuchar… Y escúchame bien porque te lo digo muy en serio. Si te vuelves a pasar alguna vez con Selena, te haré meter en la cárcel por abuso de menores o por violación familiar, o cualquier cargo que valga para que te tengan encerrado el máximo tiempo posible.

Eso le desconcertó. Se le quedó la boca abierta una vez más y permaneció un instante mirándome fijamente.

—Tú nunca harías… —empezó a decir, pero se paró. Porque había visto que sí lo haría. De modo que ensayó una mueca con el labio inferior más salido que nunca—. Te pones de su parte, ¿verdad? Nunca me has preguntado mi opinión de este asunto, Dolores.

—¿La tienes? —le pregunté—. Cuando un hombre al que le faltan apenas cuatro años para cumplir los cuarenta le pide a su hija de catorce que se baje las bragas para ver cuánto pelo le ha crecido en el coño, ¿encima puede tener opinión?

—Cumplirá quince el mes que viene —intervino, como si eso cambiara algo.

Desde luego, era un pedazo de tío.

—¿Oyes lo que estás diciendo? ¿Oyes lo que sale de tu boca?

Siguió mirándome fijamente un instante, luego se agachó y recogió su periódico.

—Déjame en paz —me pidió con su mejor vocecita de pobrecito de mí—. Quiero acabar este artículo.

Me entraron ganas de arrancarle el periódico de las manos y tirárselo a la cara, pero si lo llego a hacer habría corrido la sangre y no quería que los chicos se encontraran con ese panorama al volver, especialmente por Little Pete. Así que me limité a alargar la mano y tirar de la cabecera del diario suavemente con el pulgar.

—Antes me vas a prometer que dejarás en paz a Selena para que podamos olvidarnos de este asunto miserable. Prométeme que no la volverás a tocar así en toda tu vida.

—Dolores, no pretenderás… —empezó.

—Promételo, Joe. O haré de tu vida un infierno.

—¿Te crees que me da miedo? —gritó—. Has hecho de mi vida un infierno durante los últimos quince años, puta. Y toda la culpa la tiene tu fea cara. Si no te gusta cómo soy, échate la culpa a ti misma.

—No sabes lo que es el infierno —repliqué—. Pero si no prometes dejarla en paz, me encargaré de que lo descubras.

—¡De acuerdo! —exclamó—. ¡De acuerdo, lo prometo! ¡Toma! ¡Ya está! ¿Estás satisfecha?

—Sí —contesté, aunque no lo estaba.

Ya nunca podría satisfacerme. Ni aunque reprodujera el milagro de los panes y los peces.

Estaba dispuesta a sacar a los críos de aquella casa o matarlo antes de que acabara el año. Me daba lo mismo una cosa que la otra, pero no quería que se diera cuenta de lo que se le avecinaba hasta que fuera demasiado tarde para reaccionar.

—Bien —replicó—. Entonces está todo en orden, ¿verdad, Dolores? —Pero me miraba con un brillo burlón en los ojos que no me acababa de gustar—. Te crees muy lista, ¿no?

—No lo sé —contesté—. Antes creía que tenía bastante inteligencia, pero fíjate con quién he acabado compartiendo techo.

—Oh, venga —dijo, sin dejar de mirarme con aquella cara de espabilado—. Te crees que eres tan grande que seguro que miras antes de limpiarte el culo para asegurarte de que no esté fumando.

Pero no lo sabes todo.

—¿Qué quieres decir?

—Adivínalo —contestó. Y agitó el periódico como si fuera un tipo rico tratando de comprobar que el mercado de valores del día no le había ido demasiado mal—. No debería ser un problema para una listilla como tú.

No me gustó, pero lo dejé pasar. En parte porque no quería seguir atizando el fuego con las manos, pero no sólo por eso. Sí me creía lista: desde luego, más que él. Y eso era la otra parte.

Pensé que si intentaba devolverme el golpe me daría cuenta cinco minutos antes de que él mismo se lo propusiera. En otras palabras, lo mío era orgullo, puro y simple orgullo, y la idea de que él hubiera empezado ya su jugada ni se me ocurrió.

Cuando volvieron los niños del mercado, envié a los dos chicos a casa y salí por atrás con Selena. Hay un buen matorral de moras que está seco casi todo el año. Se había levantado algo de brisa y lo hacía crujir. Era un sonido solitario. También un poco aterrador. En ese lado hay una piedra grande y blanca que asoma entre el suelo, y allí nos sentamos.

La media luna se alzaba ya sobre East Head y cuando Selena me tomó las manos, sus dedos estaban tan fríos como la propia luna.

—No me atrevo a entrar, mami —dijo con voz temblorosa—. Me voy a casa de Tanya, ¿vale?

—No hace falta que tengas miedo por nada, cariño —la tranquilicé—. Ya me he ocupado de todo.

—No te creo —susurró, aunque su rostro denotaba que quería creerme. Su rostro denotaba que lo que más deseaba en el mundo era creerme.

—Es verdad —insistí—. Ha prometido que te dejaría en paz. No siempre cumple sus promesas, pero ésta sí la cumplirá porque ahora sabe que lo vigilo y que ya no puede contar con tu silencio.

Además, está muerto de miedo.

—Muerto de mie… ¿Por qué?

—Porque le he dicho que si insistía en esta sucia historia contigo me

encargaría de meterlo en Shawshank.

Tomó aire y volvió a apoyar sus manos en las mías.

—¡Mamá! ¡No puede ser!

—Sí, lo he dicho y lo haré. Es mejor que lo sepas, Selena. Pero yo en tu lugar no me preocuparía demasiado: lo más probable es que Joe no se acerque a menos de tres metros de ti en los próximos cuatro años… Y para entonces ya estarás en la universidad. Si hay algo en el mundo que él respete es su propio escondite.

Me soltó las manos, lentamente pero con determinación. Vi que la esperanza asomaba a su rostro, pero también algo más. Era como si recuperara la juventud. Fue en ese momento, sentada a la luz de la luna junto al zarzal de moras, cuando me di cuenta del aspecto envejecido que había tenido aquel otoño.

—¿No me azotará con el cinturón o algo parecido? —preguntó.

—No —la calmé—. Se acabó.

Entonces se lo creyó todo, apoyó la cabeza en mi hombro y se echó a llorar. Eran lágrimas de puro y simple alivio. El hecho de que tuviera que llorar de aquella manera me hizo odiar aún más a Joe.

Creo que, durante las siguientes noches, había una chica en mi casa durmiendo mejor que en los tres meses anteriores, o más… Pero yo no dormía. Yo oía roncar a Joe a mi lado y lo miraba con mi ojo interior y me entraban ganas de darme la vuelta y abrirle la garganta a mordiscos. Pero ya no estaba enloquecida, como cuando había estado a punto de partirle la crisma con el leño.

Pensar en los niños y en lo que les pasaría si a mí me encerraran por asesinato no había servido en aquel momento para aplacar a mi ojo interior, pero luego, después de contarle a Selena que ya estaba segura y de haber tenido ocasión de tranquilizarme un poco yo misma, sí sirvió. Aún así, sabía que lo que Selena deseaba —que todo siguiera igual, como si lo que había intentado su padre no hubiera ocurrido nunca— no era posible. Por mucho que cumpliera su promesa y no volviera a tocarla, no era posible. Y, a pesar de lo que le dije a Selena, no estaba completamente segura de que fuera a cumplir su promesa. Antes o después, los hombres como Joe suelen convencerse de que la próxima vez lograrán librarse; de que les basta con ser un poco más cuidadosos para conseguir lo que desean.

Tumbada en la oscuridad y por fin tranquila, me parecía que la respuesta era

simple: debía coger a los chicos y trasladarme a la península. Y debía hacerlo pronto. Entonces estaba bastante tranquila, pero sabía que no permanecería así, que el ojo interior no me lo permitiría. La siguiente vez que me alterase, aquel ojo vería aún mejor y Joe le parecería aún más feo y tal vez no hubiera ningún pensamiento en la tierra válido para frenarme. Era una manera distinta de estar enfadada, al menos para mí, y resultaba sabio darse cuenta de lo dañina que podía ser si yo misma lo permitía.

Tenía que largarme con ellos de Little Tall antes de que la ira pudiera aflorar. Y cuando di el primer paso en esa dirección descubrí el significado de aquella mirada resabiada. ¡Vaya si lo descubrí!

Esperé un poco para que todo se tranquilizara y un viernes por la mañana tomé el ferry de las once hacia la península. Los críos estaban en el colegio y Joe había salido al mar con Mike Stargill y su hermano Gordon para entretenerse con las nasas, de modo que no regresaría casi hasta la puesta de sol.

Llevaba las libretas de ahorro de los niños. Llevábamos ahorrando para sus estudios superiores desde que nacieron… Bueno, al menos yo: a Joe le importaba un carajo que estudiaran o no. Lo más normal era que cada vez que salía el tema —y siempre lo sacaba yo, por supuesto—, él estuviera sentado en su mecedora de mierda con la cara escondida detrás del *American* de Ellsworth y la asomara lo justo para decir:

—Por el amor de Dios, ¿por qué estás tan empeñada en enviar a estos chicos al instituto, Dolores? Yo no fui, y me ha ido bien.

Bueno, hay cosas que no se pueden discutir, ¿verdad? Si Joe creía que leer el periódico, rastrear la arena en busca de conchas y luego limpiarlas en las patas de su mecedora implicaba que la vida le iba bien, no valía la pena discutírselo: no tenía ningún sentido desde el principio. Pero no estaba mal. Mientras pudiera seguir obligándole a aportar su parte si daba la casualidad de que le caía algo bueno, como cuando se apuntó con los que hacían la carretera, me importaba un comino que él creyese que todos los institutos del país estaban dirigidos por comunistas. El invierno en que trabajó con los de la carretera en la península, logré que metiera quinientos dólares en las libretas, y lloriqueó como una niña. Dijo que me llevaba todos sus beneficios. Pero yo era más lista que eso, Andy. Si aquel invierno el hijoputa ese no ganó dos mil, o tal vez dos mil quinientos, estoy dispuesta a darle un beso a un cenicero y sonreír.

—¿Por qué siempre me quieres robar, Dolores?

—Si fueras lo bastante hombre para hacer antes que nada lo mejor por tus hijos, no me haría falta —le contestaba.

Y así una y otra vez, bla, bla, bla. De vez en cuando me hartaba, Andy, pero casi siempre le sacaba lo que consideraba necesario para los críos. Y de eso no podía hartarme porque no tenían a nadie más que pudiera asegurarse de que el día de mañana los estuviera esperando.

En términos actuales, no había demasiado dinero en aquellas cuentas: unos dos mil en la de Selena, cerca de ochocientos en la de Joe Junior y cuatrocientos o quinientos en la de Little Pete.

Pero estoy hablando del 86, y en esa época era un buen montón de calderilla. Más de lo necesario para largarse, por descontado. Se me ocurrió sacar en efectivo lo de Pete y llevarme lo de los otros dos en cheques de viajero. Había decidido romper con todo y mudarnos a Portland, donde encontraría un lugar en el que vivir y un trabajo decente. Ninguno de nosotros estaba acostumbrado a la vida de la ciudad, pero la gente es capaz de acostumbrarse a casi cualquier cosa si hace falta. Además, entonces Portland era poco más que un pueblo grande, no como ahora.

En cuanto me instalara podía empezar a recuperar el dinero que hubiera gastado, y me veía capaz de lograrlo. Incluso si no pudiera, mis hijos eran listos y yo sabía que existían las becas. Y decidí que si no las conseguían, no sería tan orgullosa como para no rellenar unas cuantas solicitudes de créditos. Lo principal era sacarlos de allí. En aquel momento, eso parecía mucho más importante que los estudios. Lo primero es lo primero, como rezaba el adhesivo que Joe llevaba en el viejo tractor Farmall.

Llevo casi tres cuartos de hora soltando el rollo sobre Selena, pero no sólo ella lo había sufrido. Ella llevó la peor parte, pero Joe Junior también había tragado mucho. En 1962 tenía doce años, una edad fundamental para un chico, pero no se le notaba a la vista. Casi nunca sonreía o reía, y la verdad es que no me extraña. En cuanto entraba en la sala, su padre se le echaba encima como una comadreja con un pollo, ordenándole que se metiera la camisa por dentro, que se peinara el pelo, que no arrastrara los pies, que creciera, que dejara de comportarse como una maricona, todo el día con la nariz metida en los libros, que se hiciera hombre. Cuando Joe Junior no consiguió entrar en el equipo All

Star de la Little League, el verano antes de que yo descubriese lo que ocurría con Selena, al oír a su padre parecía que lo hubieran echado del equipo olímpico de atletismo por consumir drogas. Añádele que el crío había visto lo que su padre hacía con la niña y te encontrarás con un buen follón, querido Jim. A veces observaba a Joe mientras miraba a su padre y veía auténtico odio en la cara del niño: puro y simple odio. Y durante la semana que transcurrió antes de que yo pasara a la península con las libretas de ahorro en el bolsillo, me di cuenta de que, en cuanto concernía a su padre, Joe también tenía un ojo interior.

Y luego estaba Little Pete. A los cuatro años se arrastraba todo el día detrás de Joe, con los pantalones bien subidos en la cintura como su padre y hurgándose la nariz y las orejas como su padre. Obviamente, Pete no tenía pelillos en ninguno de los dos apéndices, o sea que se limitaba a imitarlo. El primer día que fue al colegio, volvió a casa lloriqueando, con el trasero de los pantalones lleno de polvo y un arañazo en la mejilla. Me senté tras él en la escalera del porche, le pasé un brazo por los hombros y le pregunté qué había ocurrido.

Dijo que la puta cabrona de Dicky O'Hara lo había empujado. Le expliqué que cabrona era un insulto y que no debía decirlo, y luego le pregunté si sabía qué quería decir puta. A decir verdad, sentía mucha curiosidad por saber qué saldría de su boca.

—Claro que sí —me contestó—. Una puta es una gilipollas estúpida como Dicky O'Hara.

Le expliqué que no, que se equivocaba, y me preguntó cuál era el significado. Le contesté que daba lo mismo, que no era una palabra bonita y que no se la quería oír más. Se me quedó mirando fijamente con el labio estirado. Parecía igual que su viejo. Selena temía a su padre; Joe junior lo odiaba, pero en cierto modo era el pequeño Pete el que más miedo me daba, porque de mayor quería ser como él.

Así que saqué sus libretas de ahorro del último cajón de mi pequeño joyero (las guardaba allí porque entonces no tenía ninguna otra caja con cerradura; llevaba la llave colgada del cuello) y caminé hasta el Coastal Northern Bank de Jonesport hacia las doce y media. Al llegar al principio de la cola, pasé las libretas a la dependienta, le dije que quería cancelar las tres cuentas y expliqué cómo quería el dinero.

—Un momento, señora St. George —contestó.

Y se dirigió al fondo de la zona de oficinistas para buscar las cuentas. Eso era mucho antes de los ordenadores y tenían que mover mucho más papeleo.

Las encontró —vi cómo sacaba las tres—, las abrió y las miró. En la mitad de su frente se formó una pequeña arruga, antes de decirle algo a otra mujer. Luego estuvieron las dos mirando un rato, mientras yo seguía al otro lado del mostrador, viéndolas y convenciéndome de que no había ninguna razón en absoluto para ponerme nerviosa y, al mismo tiempo, sintiéndome bastante nerviosa.

Luego, en lugar de volver hacia mí, la dependienta fue hacia uno de aquellos pequeños cubículos arracimados a los que llamaban despachos. Como las mamparas eran de cristal, vi que hablaba con un calvo que llevaba traje gris y corbata negra. Al volver al mostrador, ya no llevaba las carpetas de las tres cuentas.

—Creo que será mejor que hable de los ahorros de sus hijos con el señor Pease, señora St. George —sugirió, al tiempo que me devolvía las libretas.

Lo hizo con el dorso de la mano, como si estuvieran infectadas y pudiera contagiarse al tocarlas demasiado.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre?

En aquel momento ya había abandonado la idea de que no tenía por qué ponerme nerviosa.

El corazón me rebotaba en el pecho y tenía la boca seca.

—La verdad es que no lo sé, pero seguro que si hay algún malentendido el señor Pease se lo aclarará —contestó, aunque no me miró a los ojos y yo estaba segura de que no creía nada de lo que me estaba contando.

Caminé hacia el despacho como si llevara un bloque de diez kilos en cada pie. Ya me había hecho una buena idea de lo que habría ocurrido, pero no entendía cómo podía ser. Joder, las libretas las tenía yo, ¿no? Y no podía ser que Joe las hubiera sacado del joyero y las hubiese vuelto a meter luego porque la cerradura habría estado rota, y no lo estaba. Incluso si la hubiese forzado (lo cual es como un chiste, aquel tipo era incapaz de llevarse una cucharada de judías a la boca sin que se le cayeran la mitad al regazo), los reintegros constarían en las libretas, o tendrían el sello de cancelación estampado con esa tinta roja que usan los bancos… y no había nada de eso.

Aún así, sabía que el señor Pease me iba a contar que mi marido me estaba jodiendo y eso fue lo que me dijo en cuanto entré en su despacho. Dijo que la de Joe junior y la de Pete estaban canceladas desde dos meses antes y la de Selena hacía apenas dos semanas. Joe lo había hecho entonces porque sabía que yo nunca metía dinero en sus cuentas antes del día del Trabajo, cuando consideraba que ya había acumulado bastante en la sopera grande del estante superior de la alacena de la cocina para pagar los recibos que llegarían por Navidad.

Pease me enseñó esas hojas verdes de papel enrollado que usan los contables y vi que Joe había sacado el último pellizco grande el día después de que le contara que sabía lo que había hecho con Selena y él se quedara sentado en su mecedora, diciéndome que aún no lo sabía todo.

Desde luego, en eso tenía razón.

Repasé los datos media docena de veces y, cuando alcé la mirada, el señor Pease estaba sentado ante mí, frotándose las manos y con cara de preocupación. Noté las gotitas de sudor que asomaban en su frente. Sabía lo que había ocurrido tan bien como yo.

—Como ve, señora St. George, esas cuentas han sido canceladas por su marido y…

—¿Cómo puede ser? —le pregunté. Tiré las tres libretas sobre la mesa. Provocaron un fuerte sonido y él pestañeó y se retiró hacia atrás—. ¿Cómo puede ser, si yo tengo aquí mismo las tres jodidas libretas?

—Bueno —contestó, lamiéndose los labios y pestañeando como un lagarto tostándose al sol en una roca ardiente—. Verá, señora St. George, esto son lo que llamamos «libretas de ahorro de custodia». Eso significa que el niño a cuyo nombre se invierte el dinero puede —podría— sacarlo con la firma de usted o de su marido. También significa que cualquiera de los dos, como padres, puede sacar dinero de estas tres cuentas como y cuando quiera. Tal como hubiera hecho usted hoy si el dinero siguiera… ejem, en las cuentas.

—¡Pero aquí no aparece ningún maldito reintegro! —protesté. Y debía de estar gritando, porque la gente del banco se daba la vuelta para mirarnos. Los veía al otro lado del cristal. Tampoco es que me importara—. ¿Cómo podía sacar el dinero sin las malditas libretas?

Él se frotaba las manos cada vez más rápido. Sonaban como al frotar una lija y estoy segura de que si llega a tener un palo seco entre las manos le pega fuego

a las gomas que había en el cenicero.

—Señora St. George, si no le importara no levantar la voz…

—Yo me preocuparé de mi voz —dije en tono aún más alto—. Usted preocúpese de cómo cuida sus negocios este banco de mierda, imbécil. Tal como yo lo veo, tiene usted una buena preocupación.

Tomó una hoja de la mesa y la miró.

—Según dice aquí, su marido afirmó que habían perdido las libretas —dijo al fin—. Pidió que hiciéramos unas nuevas. Es bastante frecuente…

—¡A la mierda la frecuencia! —exclamé—. ¡Ustedes no me llamaron! ¡Nadie de este banco me llamó! Llevábamos esas cuentas entre los dos. Eso me explicaron cuando abrimos la de Selena y la de Joe junior en el 51, y seguía siendo igual cuando abrimos la de Peter en el 54. ¿Pretende decirme que desde entonces han cambiado las normas?

—Señora St. George… empezó.

Pero era como si intentara silbar con la boca llena de galletas. Yo no pensaba quedarme callada.

—Le contó un cuento de hadas y usted se lo creyó. Le pidió libretas nuevas y usted se las dio.

¡Joder! Para empezar, ¿quién diablos se cree usted que metió el dinero en el banco? Si se cree que fue Joe St. George, es más estúpido de lo que parece.

Para entonces, todo el mundo en el banco había dejado incluso de fingir que se preocupaba de sus asuntos. Estaban allí de pie, mirándonos. A juzgar por sus rostros, la mayoría parecía disfrutar con el espectáculo, pero me pregunto si se habrían divertido tanto si el dinero que acababa de volar como un jodido pájaro hubiera sido el de sus hijos. El señor Pease se había puesto rojo como la grana. Incluso su vieja calva sudorosa se había vuelto de un rojo brillante.

—Por favor, señora St. George —me interrumpió. A estas alturas ya me miraba como si estuviera a punto de ponerse a llorar—. Le aseguro que lo que hicimos no sólo era perfectamente legal, sino que es una práctica normal en un banco.

Entonces bajé la voz. Noté que perdía las fuerzas. Joe me había engañado, de acuerdo, me había engañado de verdad y esta vez no tendría que esperar a que ocurriera por segunda vez para avergonzarme.

—Tal vez sea legal y tal vez no —contesté—. Tendría que llevarle al juzgado

para averiguarlo, ¿no? Y no tengo ni el tiempo ni el dinero necesarios. Además, no se trata de que sea o deje de ser legal… Se trata de que nunca se les ocurrió que el destino de ese dinero pudiera preocupar a otra persona. ¿O es que la práctica normal de los bancos no les permite hacer una maldita llamada telefónica? O sea, el número está ahí mismo, en esos formularios, y no ha cambiado.

—Señora St. George, lo siento mucho pero…

—Si hubiera sido al revés —le interrumpí—, si hubiera aparecido yo con la historia de que se habían perdido las libretas y pidiendo que me las volvieran a hacer, si yo hubiera empezado a sacar lo que nos ha costado once o doce años meter… ¿no habrían llamado a Joe? Si el dinero hubiera estado aquí para que me lo llevara yo hoy, como pretendía hacer, ¿no lo habrían llamado en cuanto yo traspasara el umbral? ¿Por cortesía, sólo para informarle de lo que ha hecho su mujer, si no le importa?

Porque eso era lo que yo me esperaba, Andy. Por eso había escogido un día en el que Joe estaba con los Stargill, porque esperaba volver a la isla, recoger a los críos y desaparecer antes de que Joe llegara por la entrada de casa con una caja de cervezas en una mano y su bolsa de la comida en la otra.

Pease me miró y abrió la boca. Luego la cerró y no dijo nada. No hacía falta. La respuesta se veía en su cara. Por supuesto que —él, o cualquier otro del banco— habrían llamado a Joe y habrían insistido hasta que lo encontraran. ¿Por qué? Porque Joe era el hombre de la casa, por eso. Y a mí nadie se preocupaba de informarme porque sólo era su mujer. ¿Qué diablos podía saber yo de dinero, aparte de cómo ganarlo de rodillas, fregando suelos y tazas de wáter? Si el hombre de la casa decidía sacar todo el dinero del colegio de sus hijos, sin duda tenía una maldita razón. E incluso si no la tenía daba lo mismo, porque era el hombre de la casa y mandaba él. —Su esposa sólo era una mujercita y sólo mandaba en los suelos, las tazas de wáter y el pollo guisado para las tardes de domingo.

—Si hay algún problema, señora St. George —decía en ese momento Pease —, lo siento mucho, pero…

—Si vuelve a decir que lo siente le daré una patada tan fuerte en el culo que se lo pondré por joroba —amenacé, aunque no había ningún peligro real de que le hiciera nada. En ese momento me parecía que no tenía fuerzas suficientes para

darle una patada a una lata tirada en la calle—. Dígame sólo una cosa y desapareceré de su vista: ¿se ha gastado el dinero?

—No tengo modo de saberlo —contestó con su vocecita de sorprendido. Parecía que le hubiera dicho: «Si me lo enseñas te lo enseño».

—Joe lleva toda la vida trabajando con este banco. Podría haber bajado por esta misma calle hasta Machias o Columbia Falls para meterlo en otro, pero no lo ha hecho: es demasiado idiota, perezoso y corto de miras. No. O bien lo ha escondido en un par de jarras de Mason y las ha enterrado en algún lugar o lo ha vuelto a ingresar aquí. Eso es lo que quiero saber, si mi marido ha abierto alguna cuenta nueva aquí en los últimos meses.

—Es que tenía que saberlo, Andy. Descubrir su engaño me había revuelto el estómago y eso ya era malo, pero no saber si lo había dilapidado todo… Eso me estaba matando.

—Si ha… ¡Eso es información privilegiada! —protestó. En ese momento ya parecía que yo le hubiera dicho: «Si me lo tocas te lo toco».

—Ya —contesté—. Me lo imaginaba. Le estoy pidiendo que rompa una regla. Me basta con verle para saber que no lo hace a menudo, ya veo que va contra sus principios. Pero ese dinero era de mis hijos, señor Pease. Y él ha mentido para quedárselo. Usted lo sabe: las pruebas están aquí, encima de su mesa. Es una mentira que no habría funcionado si este banco, su banco, hubiese tenido la simple cortesía de llamar por teléfono.

Se aclaró la garganta y empezó:

—Se supone que no…

—Ya sé lo que se supone —interrumpí. Tenía ganas de agarrarlo y zarandearlo, pero me di cuenta de que no serviría. Además, mi madre siempre decía que es más fácil atrapar moscas con miel que con vinagre y yo he comprobado que es cierto—. Eso ya lo sé, pero piense en la pena y el dolor que me hubiera evitado con esa llamada. Y si quiere compensarme —ya sé que no es su deber, pero si quiere— dígame por favor si ha abierto una cuenta aquí o si he de empezar a cavar agujeros en mi propia casa. Por favor. No lo diré nunca. Juro por Dios que no lo diré.

Se quedó sentado mirándome, tamborileando con los dedos sobre las hojas verdes de contabilidad. Tenía las uñas limpias y parecía que le hubiera hecho la manicura una profesional, aunque no lo creo muy probable; al fin y al cabo,

estamos hablando de Jonesport en 1962.

Supongo que se la hacía su mujer. Aquellas uñas limpias y cuidadas provocaban un sonido ahogado en los papeles cada vez que caían. Pensé: «No hará nada por mí. ¿Un hombre como éste? ¿Qué le importan a él la gente de las islas y sus problemas? Tiene las espaldas cubiertas y eso es lo único que le preocupa».

Así que cuando por fin habló, me avergoncé de lo que acababa de pensar de los hombres en general y de él en particular.

—No puedo mirar una cosa así con usted sentada ahí delante, señora St. George. ¿Por qué no se va a The Chatty Buoy y se toma una pasta y una buena taza de café calentito? Parece que lo necesita. Estaré con usted en quince minutos. No, mejor en media hora.

—Gracias —contesté—. Muchísimas gracias.

Suspiró y empezó a recoger los papeles.

—Me estaré volviendo loco —afirmó. Y luego se rió con cierto nerviosismo.

—No. Está ayudando a una mujer que no tiene adónde ir, eso es todo.

—Las mujeres en apuros siempre han sido una de mis debilidades —repuso —. Déme media hora.

Tal vez incluso un poco más.

—Pero… ¿vendrá?

—Sí —contestó—. Iré.

Efectivamente fue, pero tardó más bien cuarenta y cinco minutos y cuando llegó al Buoy yo ya estaba convencida de que me iba a dejar en la cuneta. Luego, cuando por fin apareció, pensé que traería malas noticias. Se le notaba en la cara.

Se quedó unos instantes en la entrada, mirando alrededor para asegurarse de que en el restaurante no hubiera nadie que pudiera crearle problemas si lo veía conmigo después del follón que yo había montado en el banco. Luego se acercó a la mesa del rincón en la que yo estaba sentada, se colocó frente a mí y me informó:

—Todavía está en el banco. Bueno, casi todo. Algo menos de tres mil dólares.

—¡Gracias a Dios! —exclamé.

—Bueno —dijo—. Ésa es la parte buena. La mala es que la nueva cuenta está sólo a su nombre.

—Claro. Desde luego a mí no me dio ninguna libreta para que la firmara. Con eso me hubiera enterado de su truquito, ¿no?

—Muchas mujeres no se darían ni cuenta —explicó. Se aclaró la garganta, le dio un tirón a la corbata y luego echó un rápido vistazo para ver quién había entrado al sonar la campanilla de la puerta—. Muchas mujeres firman cualquier cosa que sus maridos les pongan delante.

—Bueno, yo no soy como muchas mujeres —repliqué.

—Ya me he dado cuenta —contestó, un poco seco—. En cualquier caso, he hecho lo que me pedía y ahora tengo que volver al banco. Me encantaría tener tiempo para tomar un café con usted.

—¿Sabe qué le digo? Lo dudo mucho.

—En realidad, yo también lo dudo —contestó.

Pero me dio la mano, como si yo fuera un hombre, y lo tomé como un cumplido. Me quedé sentada hasta que desapareció y, cuando volvió la chica y me preguntó si quería otro café, le contesté que no, gracias, que el primero se me había indigestado. Tenía una indigestión, eso es cierto, pero no me la había provocado el café.

Siempre se puede encontrar algo por lo que estar agradecido, por muy mal que vayan las cosas, y al volver al ferry yo agradecí que al menos no había hecho las maletas: así no tenía que deshacerlo todo. También estaba encantada de no habérselo contado a Selena. Había estado a punto, pero al final me entró miedo de que el secreto fuera demasiado grande para ella y se lo contara a alguna de sus amigas y que al final llegara a oídos de Joe. Incluso se me había ocurrido la posibilidad de que se pusiera tozuda y se negara a venirse conmigo. No me parecía probable, a juzgar por su manera de escabullirse cada vez que Joe se le acercaba, pero todo es posible cuando una trata con una adolescente: absolutamente todo.

Así que tenía diversas cosas que agradecer, pero ninguna idea. No podía sacar el dinero de la libreta de ahorros que Joe y yo teníamos en común: había cuarenta y seis dólares. Y nuestra cuenta corriente era aún más ridícula: si no estábamos en números rojos, poquito nos faltaba. No podía coger a los críos y largarnos con lo puesto: de eso nada, monada. Si lo hacía, Joe se gastaría el dinero por pura venganza. Eso lo sabía tan bien como mi propio nombre. Ya había conseguido gastarse trescientos dólares, según el señor Pease… Y de los

tres mil que quedaban yo había ahorrado al menos dos mil quinientos; me los había ganado fregando suelos, limpiando ventanas y tendiendo las sábanas de la maldita Vera Donovan —seis pinzas, no sólo cuatro— durante todo el verano. Entonces no era tan jodido como resultó ser en el invierno, pero aun así no era como pasar un día en el parque, ni de lejos.

Los críos y yo nos largaríamos de todas formas, eso ya estaba decidido, pero maldita la gracia si teníamos que huir arruinados. Quería que los niños tuvieran su dinero. De vuelta a la isla en la cubierta del *Princess*, con aquel viento fresco y húmedo que se partía en mi rostro y me soplaba el cabello sobre las sienes, supe que conseguiría recuperar el dinero. Lo único que no sabía era cómo.

La vida siguió adelante. Si uno lo miraba sólo por encima, parecía que nada hubiera cambiado. En la isla nunca parece que las cosas cambien demasiado… si sólo miras por encima, claro. Pero en la vida hay muchas más cosas que las que se ven sólo por encima y, al menos para mí, aquel otoño las cosas del interior me parecían muy diferentes. Había cambiado mi manera de ver las cosas y supongo que eso fue lo más importante. Ya no sólo hablo del tercer ojo; en aquella época ya le habíamos quitado a Pete los dibujitos de la pared y tenía la habitación llena de guantes de béisbol de los Pilgrims, o sea que me bastaban los dos ojos naturales para verlo todo.

El modo avaricioso y asqueroso en que Joe miraba a Selena a veces, cuando ella llevaba sólo la bata, por ejemplo, o su forma de mirarle el culo cuando se agachaba para sacar un mantel de debajo del fregadero. El modo en que ella se apartaba de él cuando tenía que cruzar la sala para ir a su dormitorio y lo veía sentado en su silla; o cómo se intentaba asegurar de que no se tocaran sus manos cuando le pasaba un plato en la mesa a la hora de cenar. Me llenaba el corazón de pena y dolor, pero también me cabreaba tanto que me pasaba la mayoría de los días con dolor de estómago. Era su padre, joder, llevaba su sangre en las venas, tenía su mismo oscuro cabello irlandés y sus mismos deditos de amplias falanges, pero se le agrandaban los ojos si a su hija se le deslizaba por el hombro una tira del sujetador.

Veía cómo Joe junior también se apartaba de él y no contestaba a las preguntas de Joe si veía que podía librarse, y cuando no tenía más remedio le contestaba con un murmullo.

Recuerdo el día en que Joe junior me trajo un trabajo sobre el presidente

Roosevelt que le había devuelto la profesora. Le había puesto un sobresaliente y había escrito al principio que era la primera vez que le daba esa nota a un trabajo de historia en sus veinte años de dedicación a la enseñanza y que le parecería bien que lo intentáramos publicar en algún periódico. Le pregunté a Joe junior si le gustaría que lo enviáramos al *American* de Ellsworth o al *Times* de Bar Harbor. Le expliqué que pagaría encantada el envío. Él se limitó a negar con la cabeza y reírse. No me encantó su risa: era dura y cínica, como la de su padre.

—¿Y que él me dé la paliza durante los próximos seis meses? —preguntó—. No, gracias. ¿Nunca has oído a papá llamarlo señor Franklin D. Putevelt?

Aún puedo verlo, Andy. Sólo doce años pero ya cercano al metro ochenta, plantado en el porche con las manos metidas bien hondas en los bolsillos, mirándome mientras yo sostenía su trabajo con el sobresaliente. No había ningún sentimiento positivo en aquella sonrisa: ni buen humor ni alegría. Era la sonrisa de su padre, aunque a él nunca se lo habría dicho.

—De todos los presidentes, al que más odia papá es a Roosevelt —me explicó—. Por eso lo escogí para mi trabajo. Ahora devuélvemelo, por favor. Lo voy a quemar en la estufa de leña.

—De eso nada, chaval —contesté—, y si quieres saber qué se siente cuando tu propia madre te tumba de una bofetada por encima de la barandilla del porche y te tira al patio de abajo, sólo tienes que intentar escapar.

Se encogió de hombros. Eso también lo hacía como Joe, pero ahora su sonrisa aumentó y fue más dulce de lo que habría conseguido su padre en toda su vida.

—De acuerdo —accedió—. Pero no se lo enseñes, ¿vale?

Le dije que no y se largó corriendo a jugar a baloncesto con su amigo Randy Gigeure. Me quedé con el trabajo en la mano, viendo cómo se iba y pensando en lo que acababa de ocurrir entre nosotros. Sobre todo pensaba en cómo había logrado el primer sobresaliente de su profesora en veinte años y en cómo había escogido al presidente más odiado por su padre para el trabajo.

Además estaba Little Pete, siempre dando vueltas con el culo apretado y el labio inferior salido, llamando puta a la gente y quedándose castigado en el colegio tres de cada cinco tardes por armar follones. Una vez tuve que irlo a buscar porque se había peleado y había pegado a otro chico en la cabeza con tanta fuerza que le sangraba la oreja. Esa noche, su padre le dijo: «Supongo que

a partir de ahora aprenderá a apartarse de tu camino en cuanto te vea llegar, ¿verdad, Petey?». Vi cómo se iluminaban los ojos del niño al oír eso y vi con cuánta ternura lo llevaba su padre a la cama una hora después. Aquel otoño me parecía como si fuera capaz de verlo todo menos lo que más quería ver… El modo de librarme de él.

¿Sabéis quién me dio la respuesta al final? Vera. Sí, señor: la misma Vera Donovan. Era la única que sabía lo que hice, al menos hasta ahora. Y fue ella quien me dio la idea.

Durante toda la década de los cincuenta, los Donovan —bueno, Vera y los críos, claro— eran los veraneantes por excelencia: aparecían el fin de semana del Memorial Day, no abandonaban la isla en todo el verano y no se iban a Baltimore hasta el fin de semana del día del Trabajo. No sé si servían para poner el reloj en hora, pero te aseguro que iban muy bien para ajustar el calendario.

Yo solía contratar a una plantilla de criadas el miércoles después de su partida y limpiábamos la casa de esquina a esquina, deshacíamos las camas, cubríamos los muebles, recogíamos los juguetes de los niños y metíamos los rompecabezas en el sótano. Creo que hacia 1960, cuando murió el señor, habría como doscientos rompecabezas ahí abajo, encajados entre piezas de madera y musgo.

Podía hacer una limpieza completa porque sabía que lo más probable era que nadie volviera a pisar aquella casa hasta el fin de semana del Memorial Day del año siguiente.

Había algunas excepciones, por supuesto: el año en que nació Little Pete aparecieron y celebraron el día de Acción de Gracias en la isla (la casa estaba totalmente recogida durante el invierno, lo cual nos pareció gracioso, pero en definitiva eso es lo que son los veraneantes: graciosos) y unos cuantos años después vinieron por Navidad. Recuerdo que los niños de los Donovan se llevaron a Selena y a Joe Junior para jugar con el trineo la tarde de Navidad y que Selena volvió después de pasar tres horas en Sunrise Hill con las mejillas enrojecidas como manzanas y con los ojos brillantes como diamantes. No debía de tener más de ocho o nueve años, pero de todas formas estoy segura de que tenía un cuelgue como un camión con Donald Donovan.

Así que un año pasaron el día de Acción de Gracias en la isla y otro año las Navidades, pero nada más. Eran veraneantes… O al menos Michael Donovan lo

era. Vera era de otro sitio, pero al final resultó ser tan isleña como yo misma. Tal vez más.

En 1961 todo empezó como los otros años, a pesar de que su marido había muerto en aquel accidente de coche el año anterior. Ella y los críos aparecieron el Memorial Day y Vera se puso a trabajar con su calceta y con los rompecabezas, a recoger conchas, a fumar, a celebrar su hora del cóctel personal, que empezaba a las cinco y terminaba a eso de las nueve y media. Pero ya no era lo mismo: hasta yo me daba cuenta, y eso que yo sólo era una ayudante pagada. Los niños estaban más cerrados y silenciosos, supongo que aún echaban de menos a su papá, y no mucho después del Cuatro de julio los tres mantuvieron una discusión mientras comían junto al muelle. Recuerdo que Jimmy DeWitt, que entonces estaba de camarero, dijo que le parecía que era por algo del coche.

Fuera lo que fuese, los críos se largaron al día siguiente. El mayordomo los llevó a la península en aquella motora grande que tenían, y supongo que allí los recogería otra persona a sueldo. No los he vuelto a ver. Vera se quedó. Se notaba que no estaba contenta, pero se quedó.

Fue un mal verano para estar a su lado. Para cuando llegó el día del Trabajo ya debía de haber despedido a media docena de criadas, y cuando la vi zarpar en el *Princess* pensé que no la veríamos al verano siguiente, o al menos no durante mucho tiempo. Arreglaría sus asuntos con los hijos —tendría que hacerlo, eran lo único que le quedaba— y si estaban hartos de Little Tall se plegaría a sus exigencias y escogerían otro sitio. Al fin y al cabo, le estaba llegando el turno y ella tendría que reconocerlo.

Eso sólo demuestra lo poco que yo conocía a Vera Donovan en esa época. En lo que concernía a aquello no estaba dispuesta a reconocer ni una mierda en un estercolero si no le daba la gana. Apareció sola en el ferry el Memorial Day del año 1962 y se quedó hasta el día del Trabajo.

Llegó sola, no tuvo una buena palabra para mí ni para nadie más, bebió más que nunca y parecía la misma abuela de la muerte casi cada día, pero vino y se quedó e hizo sus rompecabezas y bajó a la playa —ahora sola— a recoger conchas, igual que siempre. Una vez me dijo que creía que Donald y Helga pasarían el agosto en Pinewood (así llamaban siempre a la casa: probablemente ya lo sabrás, Andy, pero dudo de que Nancy lo sepa), pero no aparecieron.

Fue en 1962 cuando empezó a venir después del día del Trabajo. Llamaba a

mediados de octubre, me pedía que abriera la casa y yo lo hacía. Se quedaba tres días —el mayordomo venía con ella y se instalaba en el apartamento que había sobre el garaje— y se largaba de nuevo. Antes me llamaba por teléfono y me pedía que le dijera a Dougie Tappert que le echara un vistazo al horno y que retirara las fundas de los muebles.

—Me verás con más frecuencia ahora que los asuntos de mi marido ya están arreglados —me dijo—. Tal vez más de lo que te gustaría, Dolores. Y espero que también a mis hijos.

Pero algo en su voz me hizo pensar que ella misma, incluso entonces, se daba cuenta de que eso último era más un deseo que una realidad.

Volvió a finales de noviembre, más o menos una semana después del día de Acción de Gracias, y me llamó enseguida porque quería que pasara la aspiradora e hiciera las camas. Los chicos no estaban con ella, por supuesto —era una semana de colegio—, pero dijo que tal vez en el último instante decidieran pasar el fin de semana con ella en lugar de quedarse en el internado. Es probable que ella misma se diera cuenta de que tal cosa no ocurriría, pero en el fondo Vera era una girl scout: creía que había que estar preparado, vaya que sí.

Pude acudir enseguida porque era una época floja para la gente de la isla que nos dedicamos a esos trabajos. Llegué bajo la fría lluvia con la cabeza gacha y echando humo por las orejas, como siempre desde que descubriera lo que había ocurrido con el dinero de los niños. Había pasado ya casi un mes desde mi viaje al banco y desde entonces me había estado carcomiendo, como el ácido de las baterías roe agujeros en la ropa si te cae encima.

No podía acabar con una comida, ni dormir más de tres horas de un tirón antes de que me despertase alguna pesadilla, ni siquiera era capaz de acordarme de cambiarme la ropa interior. Mi mente nunca abandonaba lo que Joe había hecho con Selena, ni el dinero que había afanado del banco y el modo de recuperarlo. Me daba cuenta de que tendría que dejar de pensar en esas cosas por un tiempo si quería hallar la respuesta, de que si era capaz de abandonar tal vez viniera por sí sola, pero no parecía lograrlo. Incluso si en algún momento mi mente erraba durante un instante, bastaba cualquier cosa para provocar que volviera a trompicones al agujero de siempre. Estaba encallada y eso me volvía loca: supongo que ésa es la auténtica razón de que acabara contándole a Vera lo que había ocurrido.

Desde luego, no pensaba contárselo. Desde su aparición en aquel mes de mayo siguiente a la muerte de su marido se había comportado con tanta mala leche como una leona con una astilla clavada en una zarpa, y yo no tenía ningún interés en abrirle mi corazón a una mujer que se portaba como si todo el mundo se hubiese ido a la mierda. Pero ese día, cuando llegué a su casa, por fin había mejorado su humor.

Estaba en la cocina, enganchando un artículo que había recortado de la primera plana del *Globe* de Boston sobre el tablero de corcho que quedaba junto a la puerta de la despensa.

—Mira esto, Dolores —me invitó—. Si tenemos suerte y el clima colabora, el verano que viene veremos algo bastante sorprendente.

Después de tantos años, aún recuerdo el titular de aquel artículo porque al leerlo sentí como si algo se me retorciera por dentro. EL PRÓXIMO VERANO, UN ECLIPSE TOTAL OSCURECERÁ EL CIELO SOBRE NUEVA INGLATERRA, decía. Un pequeño mapa mostraba qué parte de Maine quedaría cubierta por el eclipse y Vera trazó una pequeña marca con tinta roja para señalar la situación de Little Tall.

—No habrá otro hasta el próximo siglo —me explicó—. Tal vez lo vean nuestros nietos, Dolores, pero nosotras ya no estaremos aquí… Así que será mejor que disfrutemos de éste.

—Es probable que caigan chuzos de punta ese día —le contesté, casi sin pensarlo.

Y como Vera estaba de tan mal humor a todas horas desde la muerte de su marido, pensé que me daría una bofetada. En vez de eso, se rió y subió las escaleras canturreando. Recuerdo que pensé que en su cabeza sí había cambiado el clima. No sólo canturreaba, sino que no tenía ni rastro de resaca.

Unas dos horas después yo estaba en su habitación, cambiando las sábanas de la cama en la que Vera había pasado tantas horas desesperadas en los últimos años. Ella estaba sentada en la silla junto a la ventana, tejiendo un paño afgano y todavía canturreando. La estufa estaba encendida, pero aún no se notaba el calor —esos caserones tardan años en calentarse por mucha estufa que tengan— y ella llevaba el chal rosa sobre los hombros. Se había levantado un fuerte viento del oeste y la lluvia, al rebotar en la ventana tras ella, sonaba como si alguien lanzara puñados de arena. Al mirar hacia fuera vi el brillo de la luz que llegaba del garaje, lo cual significaba que el mayordomo estaba en su apartamento,

calentito como una oruga en una alfombra.

Estaba remetiendo las esquinas de la sábana camera (nada de sábanas ajustables para Vera Donovan, te puedes apostar hasta el último centavo; con las ajustables habría sido demasiado fácil) sin pensar para nada en Joe o en los niños por una vez, y mi labio inferior empezó a temblar. Para ya, me dije, para ahora mismo. Pero el labio no quería parar. Luego empezó también el superior.

De repente los ojos se me llenaron de lágrimas, se me doblaron las piernas y me senté en la cama y lloré.

No. No.

Ya que voy a contar la verdad, será mejor que lo haga del todo. La cuestión es que no me limité a llorar: me tape la cara con el delantal y gemí. Estaba cansada y confusa y ya no podía razonar. Durante semanas no había dormido más que a ratos y no era capaz de imaginar ni por mi propia vida cómo podría seguir así. Y no dejaba de venirme a la cabeza un pensamiento: «Te habrás equivocado, Dolores. Supongo que al fin y al cabo estabas pensando en Joe y en los críos».

Claro que sí. Había llegado a un punto en que no era capaz de pensar en otra cosa y por eso me había echado a llorar.

No sé cuánto rato estuve así llorando, pero sé que cuando al fin paré tenía mocos por toda la cara y la nariz atascada y me costaba respirar como si acabara de correr una carrera.

Me daba miedo retirar el delantal porque tenía la impresión de que cuando lo hiciera Vera me diría: «Una bonita interpretación, Dolores. Puedes venir el viernes a recoger tu última paga. Te la dará Kenopensky».

Así se llamaba el mayordomo, Andy, por fin me he acordado. Eso hubiera sido muy típico de ella. Sólo que nada era típico de ella. En aquellos tiempos, cuando aún no le había crecido el musgo en el cerebro, no se podía predecir lo que Vera iba a hacer.

Cuando al fin retiré el delantal de la cara, ella estaba sentada junto a la ventana con el punto en el regazo, mirándome como si yo fuera una nueva e interesante clase de bicho. Recuerdo las sombras misteriosas que la lluvia le dibujaba en las mejillas y en la frente al deslizarse por los ventanales.

—Dolores —exclamó—. Por favor, dime que no has sido tan descuidada como para permitir que el malvado ese que vive contigo te volviera a enganchar.

Por un instante no tuve la menor idea de qué hablaba. Cuando dijo «enganchar», mi memoria regresó a la noche en que Joe me había pegado con el leño y yo le había devuelto el golpe con la manga. Luego recuperé la mente y me eché a reír. Al cabo de unos segundos estaba riendo con tanta fuerza como antes había llorado y me sentía tan incapaz de evitar ahora la risa como antes el llanto.

Sabía que se debía sobre todo al horror: la idea de que Joe me hubiera dejado preñada otra vez era lo peor que podía imaginar, y eso no cambiaba siquiera por el hecho de que no estuviéramos haciendo lo necesario para engendrar un bebé. Pero saber la causa de mi risa no sirvió para detenerla.

Vera siguió mirándome durante uno o dos segundos y luego recogió la labor del regazo y siguió tejiendo tan tranquila. Incluso empezó a canturrear de nuevo. Era como si tener a la criada sentada sobre la cama sin hacer nada y berreando como una cabra a la luz de la luna fuera lo más natural del mundo. Si era así, los Donovan deberían de haber tenido unas criadas bien peculiares en Baltimore.

Al rato, la risa se convirtió de nuevo en llanto, del mismo modo en que a veces la lluvia se vuelve nieve por un momento durante las tormentas de invierno si el viento sopla en la dirección adecuada.

Luego se apagó por fin y me quedé sentada en la cama, cansada y avergonzada… Pero también limpia.

—Lo siento mucho, señora Donovan —me excusé—. De verdad.

—Vera —contestó.

—¿Perdón?

—Vera —repitió—. Siempre insisto a las mujeres que tienen ataques de histeria en mi cama para que a partir de entonces me llamen por mi nombre de pila.

—No sé qué me ha pasado.

—Ah —replicó—. Supongo que sí. Lávate, Dolores. Parece que hayas metido la cara en un cuenco de puré de espinacas. Puedes usar mi baño.

Fui a lavarme la cara y me quedé un buen rato en el baño. La verdad es que me daba un poco de miedo salir. Había dejado de creer que me despediría cuando ella me pidió que la llamara Vera en vez de señora Donovan: nadie se comporta así con alguien a quien piensa despedir cinco minutos después. Pero aún no sabía qué iba a hacer. Sería cruel: si aún no habéis deducido eso después de todo lo que os he contado, estoy perdiendo el tiempo. Podía golpearte

bastante cuándo y dónde le apeteciera, y si lo hacía solía ser con fuerza.

—¿Te has ahogado, Dolores? —llamó.

Entendí que no podía retrasarlo más. Cerré el grifo, me sequé la cara y volví a la habitación.

Empecé a pedir perdón enseguida, pero me detuvo con un gesto. Seguía mirándome como si fuera un bicho desconocido.

—¿Sabes una cosa? Me has dado una sorpresa del copón, mujer. Durante todos estos años no tenía muy claro que fueras capaz de llorar. Pensaba que a lo mejor eras de piedra.

Musité algo acerca de que últimamente no descansaba lo suficiente.

—Ya me doy cuenta —contestó—. Tienes un conjunto de Louis Vuitton ante los ojos y tus manos escogen una aljaba hortera.

—¿Que tengo qué ante los ojos?

—Dalo mismo. Dime qué te ocurre. La única razón que se me ha ocurrido para una explosión tan inesperada era que tuvieras un bebé de camino, y he de confesar que sigue sin ocurrírseme otra mejor. A ver si me lo aclaras, Dolores.

—No puedo —le dije.

Y maldita sea si no es cierto que al mismo tiempo notaba cómo todo se preparaba para caer de nuevo sobre mí, como el manubrio del viejo Ford Model-A de mi padre cuando no lo agarraba bien: si no tenía cuidado, pronto me encontraría de nuevo sentada en su cama y tapándome la cara con el delantal.

—Sí que puedes, y lo vas a hacer —insistió Vera—. No te puedes pasar el día deshaciéndote en lágrimas. Me darás dolor de cabeza y me tendré que tomar una aspirina. Odio tomar aspirinas.

Irrita el forro del estómago.

Me senté al borde de la cama y la miré. Abrí la boca sin tener la menor idea de lo que iba a salir por ella. Y fue esto:

—Mi marido está tratando de follarse a su propia hija y cuando fui a sacar del banco el dinero de sus estudios para llevarme a los críos resultó que él me había birlado hasta el último centavo.

No, no soy de piedra. No soy de piedra en absoluto.

Empecé a llorar de nuevo y seguí durante un buen rato, pero ya no con tanta fuerza como antes y sin sentir la necesidad de taparme la cara con el delantal. Cuando el llanto se convirtió en meros sollozos, me pidió que le contara la

historia desde el principio y sin olvidar nada.

Y lo hice. No me hubiera creído capaz de contarle esa historia a nadie —y menos a Vera Donovan, con su dinero y su casa en Baltimore y su mayordomo faldero, al que no tenía a su lado sólo para conducir el coche—, pero se lo conté. Y noté cómo el peso de mi corazón se iba aligerando a cada palabra. Lo escupí todo, tal como me había pedido.

—De modo que estoy atascada —expliqué para finalizar—. No se me ocurre qué hacer con ese hijo de puta. Supongo que encontraría un lugar adonde ir si cogiera a los chicos y me los llevara a la península. Nunca me ha asustado trabajar, pero ésa no es la cuestión.

—Entonces, ¿cuál es? —preguntó.

El paño afgano que estaba tejiendo ya casi estaba acabado. Tenía los ojos más rápidos que haya visto jamás.

—Ha estado a punto de violar a su hija —contesté—. Le ha metido tanto miedo que tal vez nunca lo supere del todo y se ha premiado con una recompensa de casi tres mil jodidos dólares por su mal comportamiento. No puedo permitir que se salga con la suya. Ésa es la puta cuestión.

—¿Ah, sí? —preguntó.

Las agujas seguían con su clic clic clic y la lluvia seguía deslizándose por los ventanales y las sombras temblaban y se agitaban en su mejilla y en su frente como si fueran venitas negras. Al verla así me acordé de una historia que solía contar mi abuela sobre las tres hermanas que tejen nuestras vidas desde las estrellas… Una aguanta la madeja, otra la va enrollando y la tercera corta cada hilo cuando le da la gana. Creo que el nombre de la última era Atropos. Incluso si no lo era, ese nombre siempre me provoca escalofríos.

—Sí —le dije—. Pero maldita sea si no logro encontrar el modo de darle lo que se merece.

Clic clic clic. Se detuvo el tiempo necesario para beber un trago de té de la taza que tenía a su lado. Más adelante llegaría una época en la que sería capaz de echarse el té por las orejas y beberse el champú, pero en el otoño de 1962 todavía era más fina que el filo de la navaja de afeitar de mi padre. Cuando me volvió a mirar, parecía como si sus ojos me abrieran un agujero de parte a parte.

—¿Qué es lo peor, Dolores? —preguntó al fin, al tiempo que dejaba la taza y tomaba de nuevo las agujas—. ¿Qué dirías tú que es lo peor? No para Selena o

para los chicos. Para ti.

No me hizo falta pensarlo.

—Ese hijoputa se está riendo de mí —contesté—. Para mí, eso es lo peor. A veces lo veo en su cara. No se lo he dicho, pero sabe que fui al banco, lo sabe de sobras, y sabe lo que descubrí.

—Podrían ser imaginaciones tuyas.

—Si lo son, me importa un carajo —contesté con un estallido—. Es como yo lo siento.

—Sí —accedió ella—. Lo importante es lo que uno siente. Estoy de acuerdo. Sigue, Dolores.

Iba a contestar: «¿Cómo que siga? No hay nada más». Pero supongo que sí lo había, porque algo salió de repente como el comodín de la baraja.

—Si supiera lo cerca que he estado de pararle el reloj un par de veces —expliqué—, no se estaría riendo de mí.

Se quedó sentada mirándome, con aquellas sombras oscuras y finas que se perseguían sobre su rostro y le tapaban los ojos, de modo que yo no podía leer en ellos y volví a pensar en las damas que tejen en las estrellas. Sobre todo en la que sostiene la cizalla.

—Tengo miedo —continué—. No de él, sino de mí misma. Si no aparto pronto a los niños de él, va a pasar algo malo. Lo sé. Hay algo dentro de mí… y cada vez es peor.

—¿Es un ojo? —preguntó con calma. ¡Menudo frío me entró! Era como si hubiese encontrado una ventana en mi cerebro y la usara para atisbar directamente mis pensamientos—. ¿Algo parecido a un ojo?

—¿Cómo lo sabe? —susurré.

Al tiempo que me sentaba, me entró el tembleque en los brazos y me estremecí.

—Lo sé —contestó, y empezó a tejer una nueva hilera—. Lo sé todo sobre eso, Dolores.

—Bueno… Si no vigilo me lo voy a cargar. Eso es lo que me da miedo. Además, no puedo olvidar lo del dinero. No puedo olvidar nada.

—Tonterías —replicó. Las agujas seguían con su clic clic sobre el regazo—. Cada día muere algún marido, Dolores. Mira, probablemente ahora mismo esté muriendo alguno mientras nosotras hablamos. Se mueren y le dejan el dinero a

las esposas. —Terminó la hilera y me miró, pero yo seguía sin ver qué decían sus ojos por culpa de las sombras de la lluvia. Se agitaban y correteaban por su cara como serpientes—. Yo debería saberlo, ¿no? Al fin y al cabo, mira lo que le pasó al mío.

No pude contestar. Se me había quedado pegada la lengua al paladar, como las moscas en las tiras de melaza.

—Un accidente —continuó con voz clara, casi como una profesora— puede convertirse en el mejor amigo de una mujer desgraciada.

—¿Qué quiere decir? —pregunté.

Fue sólo un susurro, pero me sorprendió ser capaz de articular incluso eso.

—Bueno, lo que tú quieras pensar —respondió. Luego ensayó una mueca que no llegaba a sonrisa. A decir verdad, Andy, aquella mueca me heló la sangre —. Sólo has de recordar que todo lo tuyo es suyo y todo lo suyo es tuyo. Si le ocurriera un accidente, por ejemplo, el dinero que ha metido en su cuenta bancaria pasaría a ser tuyo. Así es la ley en este maravilloso país.

Fijó sus ojos en los míos y durante unos segundos desaparecieron las sombras y pude verlos con claridad. Lo que vi me hizo apartar la mirada rápidamente. Por fuera, Vera estaba fría como un bebé sentado en un pedazo de hielo; pero su temperatura interior parecía ser más alta, tanto como pueda serlo en pleno incendio forestal, diría yo. Demasiado alta para que yo siguiera mirando, esto te lo aseguro.

—Esa ley es genial, ¿verdad, Dolores? Y que un hombre malo tenga un mal accidente también es algo genial a veces.

—¿Me está diciendo…? —empecé. Esta vez fui capaz de articular algo más que un suspiro, pero no mucho más.

—Yo no he dicho nada —contestó. En aquella época, cuando Vera daba un asunto por concluido, lo cerraba de golpe como si fuera un libro. Metió la lana y las agujas en la cesta y se levantó—. Sin embargo, te voy a decir algo: mientras sigas sentada en esa cama no podrás hacerla.

Me voy abajo a poner la tetera. Tal vez cuando acabes con esto te apetezca bajar a probar un trozo de la tarta de manzana que he traído de la península. Con un poco de suerte, puede ser que le añada una cucharadita de helado de vainilla.

—De acuerdo —respondí.

Me daba vueltas la cabeza y sólo podía estar segura de que un trozo de tarta

de la pastelería de Jonesport parecía lo más oportuno. Por primera vez en cuatro semanas estaba hambrienta. Al menos, descargar el peso de mi pecho me había servido para eso.

Vera llegó hasta la puerta y se volvió para mirarme.

—No me das ninguna pena, Dolores. Cuando te casaste con él no me dijiste que estabas embarazada, pero no hacía falta: incluso una nulidad para las matemáticas como yo puede sumar y restar. ¿De cuánto estabas? ¿De tres meses?

—Seis semanas —respondí. Mi voz había vuelto al susurro—. Selena vino un poquito pronto.

Vera asintió.

—¿Y qué suele hacer una niñita convencional de la isla cuando se da cuenta de que le han hinchado el bombo? Lo obvio, por supuesto… Pero las que se casan corriendo luego se arrepienten, como habrás descubierto. Lástima que tu santa madre no te enseñara ese refrán al mismo tiempo que el de cada oveja con su pareja y quien no tiene cabeza ha de tener pies. Pero te voy a decir una cosa, Dolores: deshidratarte por los ojos con el delantal sobre la cara no salvará la doncellez de tu hija si esa vaca apestosa piensa realmente robársela; ni el dinero de tus niños si realmente piensa gastárselo. Pero a veces los hombres, sobre todo los que beben, sufren accidentes. Se caen por las escaleras, resbalan en las bañeras y a veces les fallan los frenos y se estampan con el BMW contra los robles cuando vuelven a casa a toda velocidad del apartamento de su amante en Arlington Heights.

Luego salió y cerró la puerta. Hice la cama y mientras tanto pensé en lo que me había dicho… lo de que a veces también puede ser genial que un hombre malo sufra un mal accidente.

Empecé a ver lo que siempre había estado ante mí; lo que habría visto antes si mi mente no hubiera estado revoloteando, presa del pánico como un gorrión en un desván.

Cuando nos tomamos la tarta y acompañé a Vera arriba para que hiciese la siesta, las posibilidades estaban claras en mi mente. Quería librarme de Joe, quería recuperar el dinero de los niños y, sobre todo, quería que pagara por todo lo que nos había hecho pasar, especialmente a Selena. Si el hijo de puta tenía un accidente —la clase de accidente adecuada— todo eso ocurriría. El dinero que

no podía conseguir mientras él viviera me vendría con su muerte. Se las había arreglado para quedarse con el dinero, pero no llegaría a desheredarme. No era cuestión de inteligencia —su forma de conseguir el dinero me demostraba que su cerebro merecía más crédito del que yo le había dado—, sino de cómo funcionaba su cabeza. Estoy segura de que en el fondo Joe St. George pensaba que no moriría jamás.

Y, como legítima esposa, yo me lo quedaría todo.

Aquella tarde, cuando abandoné Pinewood, había cesado de llover y volví a casa caminando despacio. No estaba aún a medio camino cuando empecé a pensar en el viejo pozo de detrás del cobertizo.

La casa estaba vacía cuando llegué: los chicos habían salido a jugar y Selena había dejado una nota para avisar que estaba en casa de la señora Devereaux, ayudando con la colada… En aquella época se ocupaba de todas las sábanas del Hotel Harborside, fíjate. No tenía la menor idea de dónde estaba Joe, y me traía sin cuidado. Lo importante era que su camión no estaba allí y, como llevaba el tubo de escape colgado de una cuerda, me daría cuenta a tiempo cuando volviese.

Me quedé un rato mirando la nota de Selena. Tiene gracia, las cosas que acaban por empujar a una persona para que se decida, que la llevan de pensar que podría hacerlo a pensar que tal vez lo haga y, finalmente, a pensar que lo hará, por decirlo de alguna manera. Ni siquiera ahora estoy segura de que pensara realmente matar a Joe aquel día cuando volví de casa de Vera Donovan.

Pensaba revisar el pozo, sí, pero eso podía no haber sido más que un juego, como los críos juegan al ¿te imaginas que…? Si Selena no hubiera dejado aquella nota… Y no importa cómo acabe esto, Andy, Selena no debe saberlo nunca.

La nota decía algo así: «Mami: he ido a casa de la señora Devereaux con Cindy Babcock para ayudar con la colada del hotel. Este fin de semana han tenido más gente de la que esperaban y ya sabes lo mal que está la señora D. de la artritis. La pobre parecía no saber qué hacer cuando ha llamado. Volveré para ayudarte a hacer la cena. Te quiero. Un beso, Sel».

Sabía que Selena volvería con poco más de cinco o siete dólares, pero feliz como una golondrina por habérselos ganado. Estaría encantada de volver si la señora Devereaux o Cindy la llamaban otra vez, y si le ofrecían un trabajo como

criada a media jornada en el hotel al verano siguiente lo más probable era que intentara convencerme para que le diera permiso. Porque el dinero es lo que es y en aquellos tiempos, en la isla, ir haciendo apaños era todavía el modo de vida más común, y costaba mucho conseguir dinero. La señora Devereaux volvería a llamar y estaría encantada de escribir una recomendación para el hotel si Selena se lo pedía, porque Selena era una buena trabajadora, no le daba miedo doblar el espinazo o ensuciarse las manos.

En otras palabras, era como yo cuando tenía su edad. Y mira cómo me he quedado: una fregona más con una cojera permanente al caminar y un bote de calmantes para el dolor de espalda siempre presente en el botiquín. A Selena nada de eso le parecía mal, pero acababa de cumplir los quince años, y a esa edad una niña no reconocería un lobo ni aunque estuviera a punto de morderla. Releí la nota una y otra vez y pensé: a cascarla por ahí, no quiero que acabe como yo, vieja y casi gastada a los treinta y cinco. No pasará por eso aunque yo tenga que morir para evitarlo. Pero ¿sabes una cosa, Andy? No creía que hiciera falta llegar a tanto. Creía que tal vez en aquella casa la única muerte necesaria fuera la de Joe.

Dejé la nota en la mesa, volví a abrocharme el impermeable y me puse las botas de lluvia.

Luego caminé hacia la parte trasera y me quedé junto a la piedra grande y blanca en la que Selena y yo nos habíamos sentado aquella noche, cuando le dije que no debía temer más a Joe y que éste había prometido dejarla en paz. Aunque había parado de llover, oí cómo el agua se filtraba entre los matorrales de zarzamoras por detrás de la casa y vi las gotas que pendían de las ramas desnudas. Parecían los pendientes de lágrimas de diamante de Vera Donovan, aunque no tan grandes.

Aquel matorral cubría más de medio acre y cuando conseguí abrirme camino agradecí llevar el impermeable y las botas altas. El agua era lo de menos: aquellas zarzas eran asesinas. A finales de los cuarenta, en aquel espacio había flores y césped y el pozo estaba al lado, cerca del cobertizo.

Pero unos seis años después de que Joe y yo nos casáramos y nos instaláramos en la casa —que Joe había heredado del tío Freddy—, el pozo se secó. Joe consiguió que Peter Doyon viniera a cavar uno nuevo en el lado oeste de la casa. Desde entonces, no hemos tenido ningún problema con el agua.

Desde que dejamos de usar el pozo viejo, en el medio acre que quedaba tras el cobertizo empezaron a crecer aquellos matorrales de zarzamoras salvajes que llegan a la altura del pecho.

Las espinas rasgaban el impermeable y tiraban de él mientras yo caminaba de un lado a otro en busca de la tapa de madera del pozo viejo. Cuando ya llevaba tres o cuatro cortes en las manos, decidí cubrírmelas con las mangas.

Al final, estuve a punto de encontrar el maldito pozo cayendo en él. Di un paso sobre algo que era a la vez ligero y esponjoso, sonó un crujido bajo mi pie y me eché atrás justo antes de que cediera la tabla que acababa de pisar. Con un poco de mala suerte hubiera caído hacia delante y probablemente se hubiera derrumbado todo el soporte. Menudo gozo, el conejo está en el pozo.

Me puse de rodillas, manteniendo una mano delante de la cara para que las zarzas no me arañaran las mejillas o me sacaran los ojos, y eché un buen vistazo.

La boca medía aproximadamente metro veinte de ancho por metro cincuenta de largo. Todas las tablas estaban blancas, deformadas y podridas. Empujé una con la mano y fue como si tocara un palo de regaliz. La tabla que acababa de pisar estaba combada y vi que asomaban las astillas levantadas por mi pisotón. Desde luego, yo hubiera caído, y en esa época pesaba cerca de cincuenta y cinco kilos. Joe pesaba al menos veinticinco kilos más. Llevaba un pañuelo en el bolsillo. Lo até alrededor de un arbusto en el lado orientado al cobertizo para poderlo encontrar si en alguna ocasión me corría prisa. Luego volví a casa. Esa noche dormí como una marmota y no tuve pesadillas por primera vez desde que descubriera gracias a Selena lo que su Papá Príncipe Azul había intentado con ella.

Eso era a finales de noviembre y durante un tiempo no quise hacer nada. Supongo que no hace falta que os diga la razón, pero lo haré de todos modos: si hubiera ocurrido cualquier cosa demasiado pronto tras nuestra conversación en el ferry, Selena podría fijar su mirada en mí. No quería que eso sucediera, porque una parte de ella todavía lo amaba y probablemente seguiría amándolo, y porque temía lo que ella pudiera sentir sólo con sospechar lo que hubiera ocurrido. Lo que pudiera sentir sobre mí, claro —supongo que no hace falta decirlo—. Pero aún me daba más miedo pensar cómo se sentiría consigo misma. A ese respecto… bueno, ahora no importa. Ya llegaré, supongo. Probablemente antes de lo que deseo.

De modo que dejé pasar el tiempo, aunque eso siempre es lo que más me cuesta una vez que me decido. Aún así, los días se convirtieron en semanas, como siempre. De vez en cuando le preguntaba a Selena por su padre: «¿Papá se está portando bien?», le decía, y las dos entendíamos cuál era la verdadera pregunta. Siempre contestaba que sí, lo cual me aliviaba porque si Joe volvía a empezar tendría que librarme de él a la primera y asumir el riesgo. O las consecuencias.

Cuando pasó la Navidad y llegó 1963, tuve otros motivos de preocupación. Uno era el dinero: cada mañana me levantaba pensando que aquel mismo día él empezaría a gastárselo.

¿Cómo no iba a preocuparme? Se había gastado los primeros trescientos de inmediato y no había manera de evitar que fuera dilapidando el resto mientras yo dejaba pasar el tiempo. No os quiero ni contar cuántas veces busqué las libretas que le habrían dado al abrir su cuenta nueva con aquella pasta, pero nunca las encontré. O sea que sólo podía vigilar a ver si llegaba a casa con una cadena nueva o con un reloj caro en la muñeca y esperar que no hubiera perdido ya una parte, o todo, en alguna de las partidas de póquer con fuertes apuestas a las que afirmaba asistir cada fin de semana en Ellsworth y en Bangor. Nunca en toda mi vida me había sentido tan desesperada.

Además estaba la cuestión de cuándo y cómo lo iba a hacer… si al final tenía el ánimo de hacerlo, claro. La idea de usar el viejo pozo como trampa era válida hasta donde llegaba: el problema era que no llegaba demasiado lejos. Si moría limpiamente, como en la tele, todo saldría bien. Pero incluso hace treinta años yo tenía mundo suficiente como para saber que las cosas casi nunca son como en la tele.

¿Y si después de caer se ponía a gritar, por ejemplo? La isla no estaba tan urbanizada como ahora, pero aun así teníamos tres vecinos a lo largo de esa zona de East Lane: los Caron, los Langill y los Jolander. Tal vez no oyeran los gritos procedentes de los matorrales de zarzamoras de detrás de casa, pero tal vez sí los oyeran… Sobre todo si el viento era fuerte y soplaba en la dirección adecuada. Y no sólo eso. Como conecta el pueblo con el cabo, East Lane podía estar muy concurrida. A todas horas pasaban camiones y coches por delante de casa: no tantos como ahora, pero sí los suficientes para preocupar a una mujer que estuviera pensando en lo que yo pensaba.

Cuando ya casi había decidido no usar el pozo para cargármelo, que era demasiado arriesgado, llegó la respuesta. También esta vez fue Vera quien me la dio, aunque creo que ni ella misma lo sabía.

Fijaos, estaba fascinada por el eclipse. Pasó casi toda la temporada en la isla y, a medida que el invierno tocaba a su fin, cada semana enganchaba un artículo nuevo en el tablón. Al empezar la primavera, con sus vientos fuertes y sus frías tempestades, aún pasaba más tiempo aquí y los artículos nuevos aparecían casi cada dos días. Había recortes de los periódicos locales, otros de periódicos de lejos como el *Globe* y el *Times* de Nueva York, y de revistas como *Scientific American*. Se emocionaba porque estaba segura de que el eclipse llevaría por fin a Donald y Helga de vuelta a Pinewood —me lo repetía una y otra vez—, pero también se emocionaba por sí misma. A mediados de mayo, cuando por fin el clima se volvió más cálido, ya estaba instalada aquí por completo. Ni siquiera hablaba de Baltimore. Sólo hablaba del jodido eclipse. Tenía cuatro cámaras —y no estamos hablando de las Brownie Starflashes— en el armario de la entrada, tres de ellas ya montadas en sus trípodes. Tenía ocho o nueve gafas de sol especiales, unas cajas abiertas hechas a propósito que ella llamaba «visores de eclipse», periscopios con espejos especiales tintados y yo qué sé qué más.

Entonces, hacia finales de mayo, entré y vi que el artículo enganchado en el tablón era del periódico local *The Weekly Tide*. EL HARBORSIDE SERÁ «CENTRO DEL ECLIPSE» PARA RESIDENTES Y VERANEANTES, decía el titular. La foto mostraba a Jimmy Gagnon y Harley Fox haciendo algún trabajo de carpintería en el tejado del hotel, que entonces era tan liso y amplio como ahora. Y… ¿sabéis qué? Sentí que algo se movía en mi interior, igual que me ocurriera al ver el primer artículo enganchado en aquel mismo lugar.

La noticia decía que los dueños del Harborside pensaban convertir el tejado del hotel en una especie de observatorio a cielo abierto el día del eclipse… Sólo que a mí me sonaba a negociete como siempre, aunque con etiqueta diferente. Decían que estaban preparando una renovación especial del tejado para la ocasión (la idea de que Jimmy Gagnon y Harley Fox renueven algo es bastante divertida, si una se para a pensarlo) y esperaban vender trescientas cincuenta entradas especiales para el eclipse. Primero reservarían los veraneantes. Luego, los de todo el año. El precio en realidad era razonable —dos dólares por persona —, pero por supuesto pensaban montar una barra y servir comidas, y ahí es

donde los hoteles siempre timan a la gente. Sobre todo en la barra.

Aún estaba leyendo el artículo cuando entró Vera. No la oí llegar, así que cuando habló pegué un bote de medio metro.

—Bueno, Dolores. ¿Dónde será? ¿En el tejado del Harborside o en el *Island Princess*?

—¿Qué pasa en el *Island Princess*? —pregunté.

—Lo he alquilado para la tarde del eclipse.

—¡No puede ser! —exclamé.

Pero al instante siguiente supe que sí era: Vera no valía para hablar por hablar, ni para soltar fantasmadas. Aún así, la mera idea de que hubiera alquilado un ferry tan grande como el *Princess* me quitaba la respiración.

—Lo he alquilado —repitió—. Me ha costado un riñón y parte del otro, Dolores, sobre todo para pagar el ferry que sustituirá al *Princess* en su ruta durante ese día, pero no te quepa duda de que lo he hecho. Y si vienes en mi excursión, la casa pagará las bebidas. —Luego, mirándome por debajo de las pestañas, añadió—: Eso debería interesarle a tu marido, ¿no crees?

—Por Dios. ¿Para qué has alquilado ese maldito ferry, Vera? —Su nombre de pila todavía sonaba extraño en mi boca, pero ya me había dejado claro que no bromeaba; no pensaba permitirme que volviera al «señora Donovan», por mucho que quisiera. Y a veces quería—. O sea, ya sé que estás muy emocionada con el eclipse y todo eso, pero podrías montar una excursión en un barco casi igual de grande en Vinalhaven y probablemente te costaría la mitad.

Se encogió de hombros levemente y al mismo tiempo se echó el pelo hacia atrás. Era la mejor expresión de su mirada «Bésame-Las-Nalgas».

—Lo he alquilado porque estoy enamorada de esa vieja puta rechoncha. La isla de Little Tall es mi lugar favorito en el mundo. ¿Lo sabías, Dolores?

La verdad es que sí lo sabía, de modo que asentí con un gesto.

—Claro que lo sabes. Y el barco que casi siempre me ha traído aquí es el *Princess*: el gracioso, gordo y tambaleante *Princess*. Me han dicho que caben cuatrocientas personas con comodidad y seguridad, cincuenta más que en el tejado del hotel, y estoy dispuesta a aceptar a cualquiera que desee venir conmigo y con los chicos. —Entonces sonrió y aquella sonrisa no estuvo mal: era la de una chica que se contenta con estar viva—. Y… ¿sabes una cosa, Dolores? —me preguntó.

—No —contesté—. Estoy desconcertada.

—No tendrás que hacer reverencias a nadie si… —Se paró y me dirigió una mirada rarísima—.

Dolores, ¿estás bien?

Pero yo no podía responder. La imagen más horrorosa y más bella a la vez había cruzado mi mente. Había visto el enorme tejado del Hotel Harborside lleno de gente apelotonada con el cuello hacia atrás; y había visto el *Princess* paralizado a mitad de camino entre la isla y la península, con las cubiertas también plagadas de gente que miraba hacia arriba, y por encima de él pendía un gran círculo negro rodeado de fuego en un cielo lleno de estrellas en pleno día. Se trataba de una imagen escalofriante, como para resucitar a un muerto, pero lo que había paralizado mis entrañas no era eso. Era el pensar en el resto de la isla.

—¿Dolores? —insistió, al tiempo que apoyaba una mano en mi hombro—. ¿Te ha entrado un sofoco? ¿Te sientes débil? Ven a sentarte en la mesa, te traeré un vaso de agua.

No tenía un sofoco, pero de repente sí me sentía débil, de modo que fui a donde ella quería y me senté… Sólo que mis rodillas parecían de goma y casi me desplomo sobre la silla. Vi que Vera iba a buscar agua y pensé en algo que ella misma había dicho en el noviembre anterior, que incluso una nulidad para las matemáticas como ella podía sumar y restar. Bueno, incluso una como yo podía sumar trescientos cincuenta en el tejado del hotel y cuatrocientos más en el *Island Princess* y sacar setecientos cincuenta. No eran todos los que habría en la isla a mediados de julio, pero era una cojonuda mayoría, por el amor de Dios. Imaginé que el resto estarían instalando nasas o viendo el eclipse desde las playas o los muelles.

Vera me trajo el agua y me la bebí de un trago. Se sentó frente a mí con cara de preocupación.

—¿Estás bien, Dolores? ¿Necesitas tumbarte?

—No —contesté—. Simplemente me he sentido un poco rara durante unos segundos.

Era cierto. Supongo que cualquiera se sentiría rara al saber de repente qué día piensa matar a su marido.

Unas tres horas más tarde, con la colada recogida, la compra hecha y los alimentos recogidos y las alfombras aspiradas, y tras dejar una pequeña cacerola

en la nevera para su cena solitaria (tal vez compartiera la cama con el mayordomo de vez en cuando, pero nunca la vi compartir la mesa con él), estaba ya recogiendo mis cosas para irme. Vera estaba sentada a la mesa de la cocina, rellenando el crucigrama del periódico.

—Piensa en lo de venir en el barco con nosotros el veinte de julio, Dolores —me dijo—. Será mucho más agradable en plena mar que en ese tejado ardiente, créeme.

—Gracias, Vera —respondí—, pero si tengo el día libre no creo que vaya ni a un sitio ni al otro.

Lo más probable es que me quede en casa.

—¿Te ofendería si te dijera que suena muy aburrido?

¿Desde cuándo te preocupa ofender a los demás, putón verbenero?, quise responder, aunque por supuesto no lo hice. Además, me había parecido que se preocupaba de verdad cuando estuve a punto de desmayarme, aunque tal vez fuera por miedo a que me sangrara la nariz y le manchara el suelo de la cocina, que yo misma había encerado el día anterior.

—No. Soy así, Vera. Aburrida como una ostra.

Me dirigió una mirada divertida.

—¿De verdad? A veces creo que sí… A veces tengo mis dudas.

Me despedí y me fui a casa dándole vueltas y vueltas a la idea que se me había ocurrido, buscando posibles fallos. No encontré ninguno. Sólo dudas… y las dudas forman parte de la vida, ¿no? La mala suerte siempre está a mano pero si la gente se preocupara demasiado por eso nadie haría nada. Además, pensaba, si las cosas van mal siempre puedo librarme llorando. Tengo esa salida prácticamente hasta el final.

Transcurrió mayo, llegó y pasó el Memorial Day y empezaron las vacaciones de verano. Me dispuse a contrariar a Selena si venía a darme la paliza para trabajar en el Harborside, pero pasó algo maravilloso. El reverendo Huff, que entonces era el pastor metodista, vino a hablar con Joe y conmigo. Explicó que el campamento de la iglesia metodista de Winthrop tenía plazas para dos monitores que tuvieran buenas notas en natación. Bueno, tanto Selena como Tanya Caron nadaban como los peces y Huffy lo sabía, o sea que, para abreviar esta historia, os diré que Melissa Caron y yo despedimos a nuestras hijas en el ferry la semana siguiente al final de la escuela: ellas agitaban las manos desde el

barco y nosotras desde el muelle y las cuatro llorábamos como tontas. Selena llevaba un bonito vestido rosa para el viaje y por primera vez vi con claridad a la mujer que acabaría siendo. Casi me partió el corazón y todavía hoy me duele. ¿Alguno de vosotros tiene un pañuelo de papel, por casualidad?

Gracias, Nancy. Muchas gracias. ¿Por dónde iba?

Ah, sí.

Ya me había ocupado de Selena. Quedaban los chicos. Conseguí que Joe llamara a su hermana de New Gloucester y le pidiera que ella y su marido se los quedaran durante las tres últimas semanas de julio y la primera de agosto, porque nosotros nos habíamos hecho cargo de sus dos diablillos durante uno o dos meses de verano más de una vez cuando eran jóvenes. Pensé que a Joe le molestaría separarse de Pete, pero no fue así: pensaría en lo tranquila que se iba a quedar la casa sin los tres hijos y le gustaría la idea.

Alicia Forbert —ése es el nombre de casada de su hermana— dijo que les encantaría quedarse con los chicos. Me imaginé que a Jack Forbert probablemente le haría menos gracia que a ella, pero de eso ya se encargaría la propia Alicia, de modo que no había ningún problema. Al menos en ese aspecto.

El problema era que ni a Joe junior ni a Little Pete les apetecía demasiado irse. En realidad, no los culpo: los chicos de los Forbert eran dos adolescentes y no tendrían demasiado tiempo para dedicarse a dos conejillos como ellos. Sin embargo, no estaba dispuesta a permitir que eso me detuviera: no podía permitirlo. Al final, me puse cabezona y los convencí. Joe junior resultó ser el más tozudo de los dos. Al fin me lo llevé aparte y le dije: «Plantéatelo como un descanso de tu padre». Eso lo convenció más que cualquier otro argumento, lo cual es muy triste si te pones a pensarlo, ¿no?

En cuanto hube organizado el viaje de los niños para mitad del verano ya no me quedó más que esperar a que se fueran, y creo que al final estaban encantados de irse. Joe había bebido mucho desde el Cuatro de julio y creo que ni siquiera al pequeño Pete le resultaba demasiado agradable su compañía.

A mí no me sorprendía que bebiera: yo misma le ayudaba. La primera vez que abrió el armario de debajo del fregadero y vio una botella por estrenar esperándole, le pareció extraño.

Recuerdo que me preguntó si se me había cruzado un cable. Sin embargo, luego no hizo más preguntas. ¿Por qué iba a hacerlas? Desde el Cuatro hasta que

murió, Joe St. George estuvo cocido del todo la mitad del tiempo y medio cocido la otra mitad. Y un hombre en esas condiciones no tarda mucho en considerar su buena suerte como un derecho constitucional… Especialmente un hombre como Joe.

A mí me parecía genial, aunque a partir del día Cuatro —la semana antes de que se fueran los chicos y más o menos una semana después— no fue exactamente agradable, pero da lo mismo. Al irme a casa de Vera, a las siete de la mañana, lo dejaba acostado a un lado de la cama, apestoso como un pedazo de queso podrido, roncando y con todo el pelo alborotado y de punta. Volvía a las dos o las tres y me lo encontraba apalancado en el porche trasero que teníamos entonces (donde había instalado su asquerosa mecedora), con el *American* en una mano y la segunda o tercera copa del día en la otra. Nunca tenía compañía para ayudarle con el whisky: mi Joe no era lo que se llama un alma generosa.

Durante el mes de julio, casi cada día salía algún artículo sobre el eclipse en la primera plana del *American*, pero creo que —por mucho que leyera el periódico— Joe no tenía la más remota idea de que algo extraordinario fuera a ocurrir más adelante aquel mismo mes. Esas cosas le importaban un carajo, ya veis. A Joe le preocupaban los comunistas y los luchadores por la libertad (a los que llamaba «perros negracos») y el maldito braguetero católico que ocupaba la Casa Blanca. Si hubiera sabido lo que le iba a pasar a Kennedy cuatro meses después creo que casi habría muerto feliz, mira si era bruto.

Yo me sentaba con él de todas formas y le escuchaba enrollarse sobre cualquier tema que encontrase en el periódico del día. Quería que se acostumbrara a tenerme a su lado al llegar a casa, pero mentiría si te dijera que fue un trabajo fácil. El hecho de que bebiera tanto me habría importado la mitad si al menos hubiese sido un buen bebedor. Algunos hombres lo son, ya lo sé; pero Joe no lo era. Al beber le salía la mujer que llevaba dentro. Y la mujer de Joe siempre estaba en los dos jodidos días anteriores al período.

Sin embargo, a medida que se acercaba el gran día, salir de casa de Vera empezó a suponer un alivio, por mucho que en casa sólo me esperase mi marido borracho y maloliente. Vera se había pasado todo julio armando bullicio, farfullando sobre cualquier cosa, repasando y volviendo a repasar su plan para el eclipse y llamando por teléfono: durante la última semana de junio por lo menos había llamado al servicio de catering de la excursión en ferry dos veces cada día,

y eso era sólo uno más de sus apuntes en la agenda diaria.

Yo tuve a seis chicas trabajando conmigo en junio y a ocho a partir del Cuatro de julio: fue la ocasión en que Vera contrató a más gente, tanto antes como después de la muerte de su marido.

Fregamos la casa de arriba abajo hasta que brillaron los suelos, e hicimos todas las camas. Por Dios, añadimos camas plegables en el terrado y en el porche de la segunda planta. Esperaba que por lo menos se quedaran a dormir una docena de invitados durante el fin de semana del eclipse, tal vez hasta un máximo de veinte. El día se le quedaba corto e iba corriendo a todas partes como una moto, pero estaba feliz.

Luego, más o menos cuando envié a los chicos con su tía Alicia y el tío Jack —sería hacia el diez o el once de julio, todavía una semana antes del eclipse—, su buen humor desapareció.

¿Desapareció? Joder, no. No fue eso. Estalló como un globo pinchado por una aguja. Un día revoloteaba como una avioneta; al siguiente apretaba las comisuras de la boca y se le ponía en los ojos aquella mirada malvada y alocada que tantas veces le había visto desde que empezara a pasar tanto tiempo sola en la isla. Aquel día despidió a dos chicas: una por apoyarse en un cojín mientras limpiaba las ventanas del recibidor y la otra por reírse en la cocina con uno de los hombres que preparaban la fiesta. Ésa fue especialmente desagradable porque la chica se puso a llorar. Le explicó a Vera que conocía a aquel joven del instituto y que no lo había visto desde entonces y que sólo estaban recordando viejos tiempos. Le pidió perdón y le suplicó que no la echara. Dijo que su madre se cabrearía como una mona si ella perdía el trabajo.

Vera no se inmutó.

—Míralo por su lado bueno, querida —dijo con su voz más cabrona—. Tal vez se enfade tu madre, pero tendrás mucho tiempo para hablar de lo mucho que te divertías en el maravilloso Instituto de Jonesport.

La chica —era Sandra Mulcahey— bajó por el camino de entrada con la cabeza gacha, sollozando como si se le fuera a partir el corazón. Vera se quedó en el vestíbulo, un poco agachada para poderla ver por la ventana que quedaba junto a la puerta delantera. Cuando la vi en esa postura, me costó retener la pierna para no darle una patada en el culo, pero también sentí cierta pena. No costaba demasiado imaginar la causa de su cambio de humor, y tardé poco en

confirmarlo. Sus hijos no pensaban venir a ver el eclipse con ella, por mucho ferry que alquilase.

Tal vez fuera sólo porque tenían otros planes, como suele ocurrir con los hijos, que no piensan en los sentimientos de sus padres. Pero supuse que fuera cual fuese el problema que habían tenido en el pasado seguía sin solucionarse.

El humor de Vera mejoró al llegar los primeros invitados, alrededor del dieciséis o el diecisiete, pero aun así yo me quedaba encantada cada día al abandonar su casa. El martes dieciocho despidió a otra chica: esta vez fue Karen Jolander. Su gran delito fue tirar un plato que, para empezar, ya estaba desportillado. Karen no lloraba al bajar por el camino, pero se notaba que simplemente se estaba aguantando hasta que llegara a la primera colina para largar el llanto.

Bueno, pues yo fui e hice algo estúpido, aunque habéis de recordar que yo misma estaba bastante nerviosa entonces. Al menos aguanté hasta que Karen estuvo fuera de la vista, pero enseguida me fui en busca de Vera. La encontré en el jardín trasero. Se había encajado el sombrero de paja con tanta fuerza que el ala le tocaba las orejas y pegaba cada tijeretazo con la podadora que parecía más Madam Dufarge cortando cabezas que Vera Donovan cortando flores para el recibidor y el comedor.

Me encaminé directamente hacia ella y dije:

—Menuda cabrona, despedir así a esa chica.

Se levantó y me dirigió su más arrogante mirada de señora feudal.

—¿Eso crees? Me encanta conocer tu opinión, Dolores. Ya sabes que la respeto mucho; cada noche, al acostarme, me quedo tumbada en la oscuridad repasando el día y repitiendo la misma pregunta ante cada suceso que pasa por mi mente: «¿Qué hubiera hecho Dolores St. George?».

Bueno, eso me cabreó más que nada.

—Yo le diré una cosa que Dolores Claiborne nunca hace —contesté—. Cargárselas a los demás cuando está enfadada o disgustada por algo. Supongo que no soy tan cabronaza como para hacer algo así.

Se le quedó la boca abierta, como si alguien hubiera soltado los remaches que mantenían firme la mandíbula. Estoy segura de que ésa era la primera vez que la sorprendía. Y me marché a toda prisa, antes de que se diera cuenta de lo asustada que estaba. Al llegar a la cocina, me temblaban tanto las piernas que me

tuve que sentar y pensé:

«Estás loca, Dolores, mira que tirarle de la cola de esa manera…». Me levanté lo suficiente para fisgonear desde la ventana de encima del fregadero, pero estaba de espaldas a mí y seguía dándole a la podadora con todas sus fuerzas: las rosas caían en la cesta como soldados muertos con la cabeza ensangrentada.

Aquella tarde, estaba a punto de irme a casa cuando apareció ella por detrás y me dijo que esperara un momento, que quería hablar conmigo. Sentí que el corazón se me hundía hasta los zapatos. No me cabía le menor duda de que me había llegado la hora: me diría que ya no necesitaba mis servicios, me daría una última mirada de las de «Bésame-Las-Nalgas» y luego me despediría calle abajo, esta vez para siempre. Parece que hubiera de suponer un alivio librarme de ella y supongo que hasta cierto punto habría sido así. Pero no dejé de sentir un dolor en el corazón.

Tenía treinta y seis años, llevaba desde los dieciséis trabajando mucho y nunca nadie me había despedido. Tanto da, hay una serie de cabronadas de mierda que una tiene que aguantar, así que cuando me di la vuelta para mirarla estaba preparándome con todas mis fuerzas para aguantar lo que fuera.

Sin embargo, al ver su cara supe que no había venido a despedirme. Todo el maquillaje que llevaba aquella mañana había desaparecido y por la hinchazón de sus ojos me di cuenta de que o bien había echado una cabezada o bien había estado llorando en su habitación. Llevaba una bolsa marrón de papel en las manos y casi me la tiró.

—Toma.

—¿Qué es? —le pregunté.

—Dos visores de eclipse y dos cajas reflectoras —explicó—. He pensado que a ti y a Joe os gustarían. Resulta que me… —Ahí se detuvo y tosió, tapándose la boca con el pañuelo cerrado antes de mirarme a los ojos de nuevo. Algo que admiraba en ella, Andy, era que daba lo mismo qué te dijera y lo mucho que le costara decírtelo: siempre te miraba a los ojos—. Resulta que me sobran dos de cada —terminó.

—Ah —contesté—. Lo siento mucho.

Rechazó mi respuesta con un gesto, como si se tratara de una mosca, y luego me preguntó si había cambiado de opinión respecto a la posibilidad de

acompañarla en el ferry.

—No —respondí—. Supongo que me instalaré en la barandilla del porche y lo veré desde allí con Joe. O, si se comporta como un bárbaro, bajaré a East Head.

—Ahora que hablas de bárbaros —me interrumpió sin dejar de mirarme—, quiero pedir perdón por lo de esta mañana… y pedirte si puedes llamar a Mabel Jolander y decirle que he cambiado de idea.

Tuvo que echarle huevos para decir eso, Andy. Tú no la conocías tanto como yo, o sea que tendrás que aceptar mi palabra, pero te aseguro que tuvo que echarle huevos. Cuando se trataba de pedir perdón, Vera Donovan era una abstemia total.

—Claro que lo haré —respondí con amabilidad. Estuve a punto de alargar el brazo y tocarle una mano, pero al fin no lo hice—. Sólo que se trata de Karen, no de Mabel. Mabel trabajó aquí hace seis o siete años. Ahora está en New Hampshire y dice su madre que trabaja en la compañía telefónica y que le va muy bien.

—Pues Karen. Pídele que vuelva. Dile sólo que he cambiado de idea, Dolores, ni una palabra más. ¿Entendido?

—Sí. Y gracias por las cosas para el eclipse. Estoy segura de que nos irán bien.

—De nada —contestó. Abrí la puerta para salir y Vera volvió a hablar—. ¿Dolores?

La miré por encima del hombro y ella asintió con un gesto divertido, como quien sabe cosas que no tiene por qué saber.

—A veces hay que ser un pedazo de cabrona para sobrevivir. A veces ser una cabrona es lo único a lo que una mujer puede aferrarse.

Y entonces me cerró la puerta en las narices… pero con suavidad. Sin dar un portazo.

Bueno, ya llegamos al día del eclipse y si os he de contar lo que ocurrió —todo lo que ocurrió—, no lo haré a palo seco. Llevo casi dos malditas horas hablando, reloj en mano. En ese rato cualquiera se queda sin combustible, y aún me queda mucho para acabar. Así que te propongo una cosa, Andy: o sacas un trago del Jim Beam que guardas en el cajón de tu escritorio o lo dejamos hasta mañana. ¿Qué te parece?

Así, gracias. Chico, mira que sienta bien. No, guárdalo. Con uno espabilamos el motor; con dos, se podrían atascar las tuberías.

De acuerdo, vamos allá.

La noche del diecinueve me acosté tan preocupada que casi me dolía el estómago, porque la radio decía que era muy probable que lloviera. Había estado tan ocupada planificando lo que haría y reuniendo valor para hacerlo que ni se me había pasado por la mente la posibilidad de que lloviera. Me voy a pasar la noche dando vueltas, pensé al acostarme. No, Dolores, no lo harás, y te diré por qué: no puedes hacer absolutamente nada con el clima, y además da lo mismo. Sabes que te lo piensas cargar aunque llueva a cántaros todo el día. Ya has llegado demasiado lejos para detenerte ahora. Todo eso lo sabía de sobras, de modo que cerré los ojos y me apagué como una lámpara.

El sábado —el veinte de julio de 1963—, amaneció lleno de nubes y niebla. Según la radio, lo más probable era que al final no lloviera, salvo alguna tormenta de verano a última hora de la tarde, pero las nubes permanecerían durante todo el día y la probabilidad de que las comunidades costeras llegaran a ver el eclipse era del cincuenta por ciento.

De todas formas, fue como si me quitara un gran peso de encima. Cuando fui a casa de Vera a ayudar con el gran almuerzo que había preparado, tenía la mente tranquila y había dejado atrás mis preocupaciones. No importaba que estuviera nublado; ni siquiera que lloviera de vez en cuando. Mientras no cayera un buen chaparrón, los del hotel estarían en el tejado y los de Vera en pleno mar, todos esperando que se abriera en el cielo nublado el hueco suficiente para ver aquello que no se iba a repetir en todas sus vidas… Al menos, no en Maine. La esperanza es una poderosa fuerza de la naturaleza humana: nadie lo sabe mejor que yo.

Según recuerdo, al final Vera tuvo dieciocho invitados en casa la noche del viernes, pero ya eran más en el almuerzo del sábado por la mañana: unos treinta o cuarenta, diría yo. Los demás que irían con ella en el barco (y casi todos eran de la isla, no visitantes) empezarían a reunirse en el muelle del pueblo hacia la una y el *Princess* debía de estar listo para zarpar a las dos. Cuando empezara el eclipse —hacia las cuatro y media— probablemente ya se habrían acabado los dos o tres primeros bidones de cerveza.

Esperaba encontrar a Vera nerviosa y a punto de despellejarse, pero a veces

creo que se empeñaba en sorprenderme. Llevaba una ropa inflada, roja y blanca, que parecía más una capa que un vestido —creo que se llama un caftán— y se había echado el pelo hacia atrás con una simple cola de caballo que no tenía nada que ver con aquellos peinados de veinte pavos que solía llevar en esa época.

Iba dando vueltas a la mesa del *buffet* que había preparado en el patio trasero, detrás del rosal, charlando y riendo con sus amigos —casi todos de Baltimore, a juzgar por su aspecto y su acento—, pero ese día estaba distinta de toda la semana anterior al eclipse. Recordad que os decía que revoloteaba como una avioneta. El día del eclipse parecía más una mariposa entre un montón de flores, y su risa no era tan aguda ni sonora.

Me vio salir con una bandeja de huevos escalfados y se acercó a darme instrucciones, pero no caminaba igual que los días anteriores —como si en realidad deseara correr— y la sonrisa no desapareció de su rostro. Pensé que a lo mejor estaba contenta y sólo se trataba de eso. Habría aceptado que no fueran sus hijos y habría decidido ser feliz de todos modos. Y nada más… Salvo que uno la conociera y supiera que era muy extraño que Vera Donovan estuviera feliz. Te diré una cosa, Andy: la seguí tratando durante unos trece años más, pero creo que nunca volví a verla feliz de verdad. Contenta sí, y resignada. Pero… ¿feliz? ¿Radiante y feliz como una mariposa paseándose por un campo de flores en una calurosa tarde de verano? Creo que no.

—Dolores —me llamó—. ¡Dolores Claiborne!

Hasta mucho después no me di cuenta de que me había llamado por mi nombre de soltera a pesar de que Joe seguía vivo y coleando aquella mañana, y nunca antes lo había hecho. Cuando por fin me di cuenta me entró un escalofrío de esos que se supone que a una le entran cuando un ganso pisa el lugar en el que habrá de ser enterrada algún día.

—Buenos días, Vera —saludé—. Lástima que haga un día tan gris.

Alzó la mirada al cielo, que estaba cargado de nubes bajas y húmedas de verano, y sonrió.

—El sol saldrá hacia las tres —anunció.

—Ni que lo hubiera encargado.

Era una broma, por supuesto, pero ella asintió con seriedad y dijo:

—Sí, es justo lo que he hecho. Ahora corre a la cocina, Dolores, y averigua

por qué los estúpidos del catering aún no han sacado una cafetera nueva.

Me dispuse a hacer lo que me ordenaba, pero aún no había dado cuatro pasos en dirección a la cocina cuando me llamó igual que dos días antes para decirme aquello de que a veces una mujer tiene que ser una cabrona para sobrevivir. Me di la vuelta con la suposición de que me iba a repetir lo mismo. Pero no lo hizo. Se quedó plantada bajo la clara luz de la mañana con su bonito vestido rojo y blanco, con las manos en las caderas y la cola de caballo sobre el hombro, como si no tuviera más de veintiún años.

—¡El sol a las tres! —insistió—. Fíjate, a ver si me equivoco.

El buffet se acabó a las once y a mediodía la cocina quedó libre para mí y para las chicas, porque los del catering se habían trasladado al Island Princess para empezar a preparar el segundo acto. La propia Vera salió bastante tarde, hacia las doce y media, y se llevó ella misma a los tres o cuatro últimos invitados hasta el muelle en el viejo Ford Ranch familiar que siempre conservaba en la isla. Yo me quedé fregoteando hasta la una más o menos y luego le dije a Gail Lavesque, que era como mi mano derecha ese día, que me dolía la cabeza y estaba un poco mareada y que me iba a casa ahora que ya habíamos recogido lo peor. Al salir, Karen Jolander me dio un abrazo y las gracias. Otra vez estaba llorando. Juro por Dios que esa chica no paró de lloriquear en todo el tiempo que estuve tratándola.

—No sé qué te han contado, Karen —le advertí—, pero no tienes nada que agradecerme. Yo no hice absolutamente nada.

—Nadie me ha contado nada pero sé que fue usted, señora St. George. Nadie más se atreve a hablar con el viejo dragón.

Le di un beso en la mejilla y pensé que no tendría que preocuparse más mientras no rompiera ningún otro plato. Luego me fui a casa.

Recuerdo todo lo que ocurrió, Andy. Todo. Pero desde que salí del camino de casa de Vera hacia Center Drive es como si recordara algo que ocurriese en el más claro y realista de los sueños que hayas tenido en tu vida. No paraba de pensar: «Voy a casa a matar a mi marido, voy a matar a mi marido», como si pudiera grabármelo en la cabeza a base de insistencia, igual que uno graba una señal en un madero espeso, como los de teca o de caoba. Pero si lo pienso ahora creo que ya lo llevaba metido en la cabeza. El que no podía entenderlo era mi corazón.

Aunque sólo era la una y cuarto cuando llegué al pueblo y quedaban todavía más de tres horas para que empezara el eclipse, las calles estaban tan vacías que daba miedo. Me hizo pensar en ese pueblo de la parte sur del estado, en el que dicen que no vive nadie. Luego miré hacia el tejado del Harborside y aún daba más miedo. Debía de haber ya un centenar de personas o más, dando vueltas y vigilando el cielo como los granjeros en la época de la siembra. Miré hacia el muelle y vi al Princess con la pasarela bajada y la cubierta de coches llena de gente. Caminaban de un lado a otro con bebidas en las manos, como si estuvieran en un cóctel al aire libre. El propio muelle estaba abarrotado de gente y habría unos quinientos barcos pequeños —más de los que he visto allí en toda mi vida— ya en el mar, anclados y atentos. Y al parecer todo el mundo —tanto en el tejado del hotel como en el muelle y en el Princess— llevaba gafas oscuras y tenía algún visor de cristales tintados o una caja reflectora. Nunca ha habido un día igual en la isla, ni antes ni después, y creo que incluso si no hubiera llevado en la mente lo que llevaba me habría parecido un sueño.

La bodega estaba abierta a pesar del eclipse; supongo que ese capullo seguirá haciendo negocios cuando llegue el día del Apocalipsis. Entré a comprar una botella de Johnnie Walker, etiqueta roja, y me encaminé hacia casa por East Lane. Lo primero que hice fue darle la botella a Joe, sin ningún preámbulo, se la solté en el regazo. Luego entré en casa y saqué la bolsa que me había dado Vera, la de los visores y las cajas reflectoras. Cuando salí de nuevo al porche, Joe sostenía la botella de whisky en alto para poder ver el color.

—¿Te la vas a beber o sólo piensas admirarla? —le pregunté.

Me dirigió una mirada más bien suspicaz y respondió:

—¿A qué coño viene esto, Dolores?

—Es un regalo para celebrar el eclipse. Si no lo quieres, siempre puedo tirarlo por el fregadero.

Hice ademán de cogerla y él la retiró muy rápido.

—Últimamente me estás haciendo un montón de regalos. No nos lo podemos permitir, por mucho eclipse que venga.

Eso no impidió que sacara la navaja del bolsillo para cortar el sello; ni siquiera le frenó.

—Bueno, si quieres que te diga la verdad, no es sólo por el eclipse —le expliqué—. Últimamente me siento tan bien y tan relajada que quería compartir

parte de mi felicidad. Y como me he dado cuenta de que casi todo lo que parece hacerte feliz a ti sale de una botella…

Lo miré mientras descorchaba la botella y se bebía un trago. Le temblaba un poco la mano, lo cual no me dio ninguna pena. Cuanto más colgado estuviera, más probabilidades tendría yo.

—¿Qué te hace sentir tan bien? —preguntó—. ¿Alguien ha inventado una medicina para curar la fealdad?

—Es bastante desagradable decirle eso a alguien que te acaba de comprar una botella de whisky de primera —contesté—. Tal vez debería quedármela.

De nuevo alargué el brazo y él la retiró.

—Lo tienes claro.

—Pues pórtate bien. ¿Qué se ha hecho de toda esa gratitud que se supone que aprendes en Alcohólicos Anónimos?

No le importó el comentario, simplemente se me quedó mirando como si fuera un dependiente intentando averiguar si le habían colado un billete falso de diez.

—¿Qué te hace sentir tan bien? —repitió—. Es por los niños, ¿verdad? Por tenerlos fuera de casa.

—No, ya los echo de menos —respondí. Y era cierto.

—Ya, no me extraña —dijo, y tomó otro trago—. ¿Por qué es?

—Te lo diré luego —contesté, al tiempo que empezaba a levantarme.

Me agarró por un brazo e insistió:

—Dímelo ahora, Dolores. Ya sabes que no me gusta que te hagas la lista.

Lo miré y dije:

—Será mejor que no me pongas las manos encima, o esa botella de whisky caro acabará partiéndose en tu cabeza. No quiero pelearme contigo, Joe, hoy especialmente. Tengo un poco de salami bueno, algo de queso suizo y galletitas.

—¿Galletitas? ¡Por el amor de Dios, mujer!

—No pasa nada —lo tranquilicé—. Voy a preparar una fuente de *hors d'oeuvres* tan buena por lo menos como la que se van a tomar los invitados de Vera en el ferry.

—A la mierda con la comida fina —protestó él—. Déjate de ovarios de yegua; a mí me haces un sándwich.

Estaba mirando hacia la bahía —probablemente mi mención del ferry se lo

había recordado— con el labio inferior salido, en aquel gesto suyo tan feo. Había más barcos que nunca y daba la impresión de que el cielo había aclarado un poco por encima de ellos.

—¡Míralos! —dijo en su tono burlón, el mismo que su hijo se afanaba tanto en imitar—. No va a pasar nada más que un relámpago que cruzará el sol y están todos a punto de cagarse encima. Ojalá llueva. Espero que caiga una tan fuerte que esa borde para la que trabajas se ahogue, y los demás también.

—Ése es mi Joe. Siempre alegre, siempre cariñoso.

Se dio la vuelta para mirarme, todavía con la botella de whisky apoyada en el pecho, como un oso con un montón de miel.

—¿Se puede saber qué coño pretendes, mujer?

—Nada —contesté—. Me voy adentro para preparar la comida: un sándwich para ti y un poco de *hors d'oeuvres* para mí. Luego nos sentaremos, tomaremos un par de copas y veremos el eclipse (Vera nos ha dado un visor y una caja reflectora de esas mágicas para cada uno) y cuando se acabe te contaré lo que me tiene tan contenta. Es una sorpresa.

—No me gustan las putas sorpresas —protestó.

—Ya lo sé. Pero con ésta te llevarás un buen golpe, Joe. No te lo imaginarías ni en mil años.

Luego me metí en la cocina para que pudiera empezar en serio con la botella que le había comprado en la bodega. Quería que la disfrutara, de verdad. Al fin y al cabo, era el último licor que tomaba en su vida. Ya no necesitaría a los AA. AA. para mantenerse apartado de la bebida. Iba a un lugar donde no le haría falta.

Fue la tarde más larga de mi vida, y también la más extraña. Ahí estaba él, sentado en el porche con su mecedora, sosteniendo el periódico en una mano y un vaso en la otra y hablando desde el otro lado de la ventana sobre algo que los demócratas pretendían hacer en Augusta. Se había olvidado de intentar averiguar por qué estaba contenta, así como del eclipse. Yo estaba en la cocina preparándole un sándwich, canturreando y pensando: «Hazlo bueno, Dolores. Ponle un poco de esa cebolla colorada que tanto le gusta y mucha mostaza para que quede sabroso. Hazlo bueno porque es el último que va a comer».

Desde donde estaba, podía mirar en dirección al cobertizo y ver la piedra blanca y el límite del matorral de zarzamoras. El pañuelo que había atado a la parte superior de uno de los arbustos seguía allí; también lo veía. Se agitaba de

un lado a otro, a merced de la brisa. Cada vez que lo veía moverse pensaba en la tapa resbalosa del pozo que había debajo.

Recuerdo cómo cantaban los pájaros esa tarde y cómo se oían los gritos que se intercambiaban los de la bahía, unas voces finas y lejanas que sonaban como si fueran de la radio.

Incluso recuerdo que yo canturreaba *Amazin Grace, how sweet the sound*. Seguí cantándola mientras preparaba las tostadas con queso (me apetecían menos que una bandera a un gallo, pero no quería que Joe pensara por qué no las comía).

Serían las dos y cuarto más o menos cuando volví a salir al porche con la bandeja de comida sostenida en equilibrio en una mano, como si fuera una camarera, y la bolsa de Vera en la otra. El cielo seguía cubierto, pero se notaba que ya había aclarado un poco.

Resultó que la comida estaba buena. Joe no era muy válido para los cumplidos, pero por su forma de abandonar el periódico y mirar el sándwich mientras se lo comía supe que le gustaba.

Pensé en algo que había leído en algún libro, o tal vez lo viera en una película: «El condenado se comió un copioso banquete». En cuanto eso entró en mi mente, ya no pude librarme.

Sin embargo, no evitó que yo también diera buena cuenta de mi comida: una vez que empecé, no paré hasta que no quedó ni una tostada con queso. También me bebí una botella de Pepsi. En una o dos ocasiones me pregunté si los verdugos tienen buen apetito los días en que les toca trabajar. Es curioso, las cosas que piensa la mente de una persona cuando está nerviosa porque va a hacer algo.

Justo cuando estábamos acabando, el sol rompió las nubes. Recordé lo que me había dicho Vera por la mañana, miré el reloj y sonreí. Eran las tres en punto. Más o menos al mismo tiempo, Dave Pelletier —que en aquella época se encargaba de traer el correo a la isla— pasó con su coche hacia el pueblo, como alma que lleva el diablo y dejando una larga estela de polvo a su paso. No volví a ver otro coche por East Lane hasta bastante después del anochecer.

Al dejar los platos y la botella vacía de soda en la bandeja me agaché y, antes de que pudiera levantarme, Joe hizo algo que no había hecho en años: me puso una mano en la nuca y me dio un beso. Los he recibido mejores: le olía el aliento

a alcohol y a cebolla y salami y no se había afeitado, pero al fin y al cabo fue un beso sin ninguna intención malvada o gilipollas o pretenciosa.

Sólo era un beso amable, y ya no recordaba la última vez que me había dado alguno parecido.

Cerré los ojos y le dejé que me besara. Lo recuerdo: cerré los ojos y noté el contacto de sus labios en los míos y el del sol en la frente. Los dos eran igual de cálidos y agradables.

—No ha estado nada mal, Dolores —dijo luego, lo cual era un gran cumplido viniendo de él.

Durante un segundo casi vacilé: no puedo sentarme aquí y decir lo contrario. Durante un instante no vi al Joe que le metía mano a Selena por todas partes, sino que vi cómo brillaba su frente en aquella sala de estudio en 1945, igual que la había visto entonces y había deseado que me besara como me estaba besando ahora; cuando pensé: «Si me besara alargaría la mano y le tocaría la piel de la frente para ver si es tan suave como parece».

En ese momento alargué la mano y le toqué, tal como había soñado hacer durante tantos años, cuando sólo era una chica inocente. En ese mismo momento, el ojo interior se abrió más que nunca. Vio cómo seguiría Joe si yo le dejaba: no sólo conseguiría lo que deseaba de Selena y se gastaría el dinero que había robado de las cuentas de sus hijos, sino que además se los *trabajaría*: acomplejaría a Joe junior por sus buenas notas y su amor por la historia; le daría palmaditas en la espalda a Little Pete cada vez que llamara cabrón a alguien o cada vez que dijera que algún compañero de clase era más vago que los negros. Se los trabajaría, no pararía nunca.

Continuaría hasta que los dejara inútiles o mimados si yo se lo permitía, y al final se moriría y nos dejaría sin nada más que deudas y un agujero para enterrarlo.

Bueno, yo ya tenía su agujero listo a casi diez metros bajo tierra, en vez de los clásicos dos, y rodeado de rocas en vez de tierra. Estaba claro que tenía su agujero listo y por un beso después de tres años, o tal vez cinco, no iban a cambiar las cosas. Tampoco por tocar su frente, algo que me había causado muchos más problemas que su minga ridícula… Pero la volví a tocar. Pasé un dedo por encima y recordé cómo me había besado en el patio de The Samoset Inn mientras la banda tocaba *Moonlight Cocktail*, y cómo había olido en sus

mejillas la colonia de su padre mientras me besaba.

Entonces mi corazón se endureció.

—Me encanta —contesté, y volví a coger la bandeja—. ¿Por qué no te vas mirando los visores y las cajas reflectoras mientras yo recojo los platos?

—Me importa un huevo lo que te haya dado la puta rica esa —respondió—. Y también me importa un huevo el eclipse. Ya conozco la oscuridad. Pasa cada jodida noche.

—De acuerdo. Como prefieras.

Aún no había llegado a la puerta cuando Joe propuso:

—A lo mejor luego podemos echar un polvo. ¿Qué te parece, querida?

—A lo mejor —accedí.

Y pensé que sin duda habría mucho polvo. Antes de que oscureciera por segunda vez ese mismo día, Joe St. George iba a tener más polvo del que jamás se hubiera atrevido a imaginar.

Mantuve la vista fija en él desde la cocina mientras fregaba aquellos pocos platos. Durante años, en la cama no había hecho más que dormir, roncar y tirarse pedos y creo que sabía tan bien como yo que se debía tanto al alcohol como a mi fea cara. Probablemente más. Me entró miedo de que la idea de recibir unos cuantos mimos más tarde le llevara a tapar la botella de Johnnie Walker, pero no cayó esa breva. Para Joe, follar (perdona mi lenguaje, Nancy) era sólo un sueño, como el beso que acababa de darme. La botella era mucho más real. La botella estaba allí, al alcance de su mano. Había sacado un visor de la bolsa, lo tenía cogido por el mango y le daba vueltas, al tiempo que miraba el sol a través del artilugio. Me recordó algo que había visto tiempo atrás en la tele: un chimpancé tratando de encender una radio. Luego lo abandonó y se sirvió otra copa.

Cuando volví al porche con la escoba ya se le estaba poniendo aquella cara de búho, con la zona de los ojos enrojecida, como siempre que estaba a medio camino entre la turca mediana y el ciego total. Aún así no dejaba de mirarme fijamente, sin duda preguntándose si pensaba hacerle algo.

—No te preocupes por mí —le dije, dulce como un caramelo—. Me quedaré aquí sentada mientras zurzo un poco y espero que empiece el eclipse. Suerte que ha salido el sol, ¿no?

Joder, Dolores, te debes de creer que es mi cumpleaños.

Su voz empezaba a sonar espesa y acolchada.

—Bueno, a lo mejor algo parecido —contesté, y me puse a zurcir un roto en unos vaqueros de Pete.

La siguiente hora y media pasó más lenta que cualquier otra desde el día en que, en mi infancia, la tía Cloris me prometió pasar a buscarme para llevarme al cine en Ellsworth. Acabé con los vaqueros de Pete, cosí rodilleras en dos pares de pantalones de Joe Junior (que ya en esa época se negaba a llevar vaqueros, supongo que en parte porque ya había decidido ser político de mayor) y acorté dos faldas de Selena. Lo último que hice fue cambiarle la cremallera a uno de los dos pantalones buenos de Joe. Estaban viejos, pero no del todo gastados. Recuerdo que pensé que le durarían toda la vida.

Entonces, justo cuando ya creía que nunca iba a suceder, noté que la luz que iluminaba mis manos se volvía menos intensa.

—¿Dolores? —dijo Joe—. Creo que esto es lo que tú y todos los demás idiotas estabais esperando.

—Ah, ya —respondí—. Supongo.

La luz del jardín había pasado del fuerte tono amarillento que tiene en las tardes de julio a una especie de rosa pálido y la sombra que la casa proyectaba en el camino tenía un divertido aspecto de finura que nunca había visto y que no he vuelto a ver jamás.

Saqué una de las cajas reflectoras de la bolsa, la dispuse tal como me había explicado Vera un centenar de veces en la última semana y se me ocurrió la más extraña idea: la niña también lo está haciendo, pensé. La que está sentada en el regazo de su padre. Está haciendo lo mismo.

Entonces no sabía lo que significaba, Andy, y en realidad sigo sin saberlo, pero te lo digo porque he decidido contártelo todo y porque más adelante volví a pensar en ella. Sólo que en el instante siguiente no sólo estaba pensando en ella; la estaba viendo, como se ve a la gente en los sueños o como supongo que veían los profetas del Antiguo Testamento en sus sueños. Una niña pequeña, tal vez de unos diez años, con su propio reflector en las manos. Llevaba un vestido corto a rayas rojas y amarillas, una especie de vestido playero con tirantes en lugar de mangas, y pintalabios de color caramelo de menta. El cabello era rubio y lo llevaba recogido como si quisiera aparentar más edad de la que tenía. Vi algo más, algo más que me hizo pensar en Joe: su padre tenía una mano apoyada en la pierna, bastante arriba. Tal vez más arriba de lo debido. Luego desapareció.

—Dolores —llamó Joe—. ¿Estás bien?

—¿Qué quieres decir? Claro que sí.

—Por un momento se te ha puesto una cara rara.

—Es por el eclipse —contesté.

En realidad, creo que sí lo era, Andy, pero también creo que la niña que acababa de ver, y que volvería a ver luego, era una niña de verdad, una niña sentada con su padre en algún lugar bajo el eclipse al mismo tiempo que yo estaba sentada en el porche con Joe.

Miré hacia la caja y vi sol blanco, minúsculo, tan brillante que era como si miraras una moneda de cincuenta centavos incendiada, con un mordisco curvo a un lado. Lo miré durante un rato, y luego me concentré en Joe. Tenía uno de los visores delante y miraba a través de él.

—Maldita sea —exclamó—. Ya desaparece.

Más o menos entonces empezaron a cantar los grillos en la hierba; supongo que decidieron que aquel día la noche llegaba antes y que ya era hora de espabilarse. Miré hacia todos los barcos que había en la bahía y vi que flotaban en un agua de un azul ya más oscuro; tenía algo de terrorífico y maravilloso al mismo tiempo. Mi mente seguía esforzándose en creer que los botes tendidos bajo aquel extraño cielo oscuro de verano eran meras alucinaciones.

Eché un vistazo al reloj y vi que eran las cinco menos diez. Eso quería decir que durante la siguiente hora nadie en toda la isla pensaría en otra cosa ni miraría otra cosa. East Lane estaba totalmente vacía, todos nuestros vecinos estaban en el *Island Princess* o en el tejado del hotel y si realmente pensaba cargármelo aquél era el momento. Me sentía como si las entrañas me dieran vueltas y no lograba despejar de la mente aquella imagen que acababa de ver: la niña sentada en el regazo de su padre. Pero no podía permitir que nada de eso me detuviera, ni que me distrajera por un solo minuto. Sabía que si no lo hacía en ese mismo momento no lo haría jamás.

Dejé la caja reflectora junto a la costura y lo llamé:

—Joe.

—¿Qué?

Había despreciado el eclipse antes, pero ahora que ya había empezado parecía que no pudiera apartar la mirada. Tenía la cabeza echada hacia atrás y el visor por el que miraba le proyectaba una sombra extraña y débil sobre la cara.

—Ha llegado la hora de la sorpresa.

—¿Qué sorpresa? —preguntó.

Cuando apartó el visor —que era sólo una capa doble de cristal especial polarizado y enganchado en un soporte—, vi que no sólo estaba fascinado por el eclipse, no del todo. Estaba a punto de coger el ciego y tan grogui que me entró un poco de miedo. Si no entendía lo que le decía, se me había jodido el plan incluso antes de empezar. ¿Y entonces qué? No sabía qué hacer.

Lo único que sí sabía me mataba de miedo: no pensaba echarme atrás. Por muy mal que fueran las cosas y a pesar de lo que pudiera ocurrir luego, no pensaba echarme atrás.

Entonces alargó una mano, me agarró por el hombro y me zarandeó.

—¿Se puede saber de qué coño estás hablando, mujer?

—¿Te acuerdas del dinero de los niños que tenemos en el banco? —le pregunté.

Entrecerró un poco los ojos y me di cuenta de que no estaba tan borracho como yo había creído. También entendí algo más: que un beso no cambia nada. Al fin y al cabo, cualquiera puede dar un beso. Con un beso indicó Judas Iscariote a los romanos quién era Jesús.

—¿Qué pasa?

—Lo has cogido.

—¡Y una mierda!

—Ah, sí. Después de descubrir que estabas tonteando con Selena fui al banco. Pretendía sacar el dinero y luego coger a los chavales y alejarlos de ti.

Se le quedó la boca abierta y durante unos segundos no hizo más que mirarme fijamente.

Luego se echó a reír; se recostó en la mecedora y soltó una carcajada mientras el día se volvía cada vez más oscuro en torno a él.

—Bueno, te engañé, ¿eh?

Luego se sirvió un poco más de whisky y miró hacia el cielo a través del visor. Esta vez no vi ninguna sombra en su cara.

—Sólo queda la mitad, Dolores —dijo—. Sólo queda la mitad, tal vez menos.

Miré a través de mi propio visor y vi que tenía razón. Sólo quedaba la mitad de aquella moneda de cincuenta centavos, y seguía desapareciendo.

—Ya. La mitad. En cuanto al dinero…

—Olvídate de eso —me cortó—. No dejes que tu cabecita de chorlito se preocupe por eso. El dinero está bien.

—Ah, si no me preocupa —afirmé—. Ni un pelo. Pero tu manera de engañarme… Eso no me lo saco de la cabeza.

Asintió, un tanto solemne y pensativo, como si quisiera demostrarme que me entendía e incluso que se compadecía, pero no pudo mantener esa expresión. Enseguida volvió a estallar en carcajadas, como un crío que no siente el menor miedo ante la bronca del profesor. Se rió con tanta fuerza que escupió una pequeña nube de saliva en el aire ante su boca.

—Lo siento, Dolores —dijo cuando por fin pudo volver a hablar—. No es que pretenda burlarme, pero sí que te tomé bien el pelo, ¿verdad?

—Oh, sí —accedí.

Al fin y al cabo, era la pura verdad.

—Te tomé el pelo con todas las de la ley —insistió, riéndose y meneando la cabeza como cuando alguien tiene una salida genial.

—Claro. Pero ya sabes lo que dicen.

—No —contestó. Soltó el visor en el regazo y se dio la vuelta para mirarme. Se había reído tanto que tenía los asquerosos ojos inyectados de sangre y llenos de lágrimas—. Tú siempre tienes un dicho para cada ocasión, Dolores. ¿Qué dicen de los hombres que por fin consiguen colársela a sus mujeres fisgonas?

—Si me engañas una vez, peor para mí; si me engañas dos veces, peor para ti. Me engañaste una vez con Selena y luego me engañaste con el dinero, pero supongo que por fin te he pillado.

—Bueno, tal vez sí y tal vez no —contestó—. Pero si te preocupa que me lo haya gastado, no hace falta, porque…

Ahí lo interrumpí.

—No me preocupa. No me preocupa lo más mínimo. Eso ya te lo he dicho. No me preocupa ni un pelo.

Entonces me miró con dureza, Andy, se le fue secando poco a poco la sonrisa.

—Ya vuelves a poner esa cara de lista —dijo—. Esa que no me gusta nada.

—Una tía dura.

Se quedó mirándome un buen rato, tratando de averiguar qué pasaba por mi

mente, pero supongo que para él representaba un misterio, como siempre. Estiró el labio una vez más y suspiró con tanta fuerza que levantó el mechón de pelo que le había caído sobre la frente.

—La mayoría de las mujeres no tienen ni idea de dinero, Dolores. Y tú no eres la excepción que confirma la regla. Lo he puesto todo junto en una cuenta, eso es todo. Así ganamos más intereses. No te lo dije porque no estaba dispuesto a escuchar todas tus chorradas de ignorante.

Bueno, de todas formas he tenido que escuchar alguna, como siempre. Pero ya basta.

Entonces alzó el visor de nuevo para demostrarme que daba el asunto por concluido.

—Una cuenta a tu nombre.

—¿Y qué? —preguntó. A esas alturas ya era como si estuviéramos sentados en un oscuro crepúsculo y los árboles se empezaban a desdibujar en el horizonte. Escuché el canto de un *whippoorwill* que procedía de detrás de la casa, y un *nightjar* de algún otro lugar. También noté que estaba bajando la temperatura. Me dio una sensación extrañísima… Como si viviera un sueño que alguien hubiera hecho realidad—. ¿Por qué no habría de estar a mi nombre? Soy su padre, ¿no?

—Bueno, llevan tu sangre. Si eso te convierte en su padre, supongo que lo eres.

Noté que trataba de decidir si valía la pena retomar ese comentario y protestar un poco y decidió que no.

—No te conviene hablar más de eso, Dolores. Te lo advierto.

—Bueno, tal vez sólo un poquito más —contesté, sonriendo—. Te habías olvidado de la sorpresa, fíjate.

Volvió a mirarme, de nuevo suspicaz.

—¿De qué coño estás hablando, Dolores?

—Bueno, fui a ver al encargado de las cuentas de ahorro del Coastal Northern de Jonesport.

Un buen hombre llamado Pease. Le expliqué lo que había ocurrido y se enfadó muchísimo. Sobre todo cuando le demostré que las libretas originales no se han perdido, en contra de lo que tú le dijiste.

Ahí fue cuando Joe perdió el poco interés que tenía en el eclipse. Se quedó

sentado en su mecedora de mierda, mirándome fijamente con los ojos bien abiertos. Un trueno cruzó su frente y apretó tanto los labios que se convirtieron en una línea fina como una cicatriz. Había soltado el visor de nuevo en el regazo y ahora sus manos se cerraban y abrían lentamente.

—Resultó que tú no podías hacer lo que hiciste —le expliqué—. El señor Pease comprobó si el dinero seguía en el banco. Cuando descubrió que sí, los dos soltamos un buen suspiro de alivio.

Me preguntó si quería que llamase a la policía para contar lo ocurrido. Le noté en la cara que deseaba con toda su alma que dijese que no. Le pregunté si podía pasarme el dinero. Miró en un libro y dijo que sí. Entonces le propuse: pues hagámoslo. Y lo hizo. Por eso ya no me preocupa el dinero de los niños, Joe. Ahora lo tengo yo, y no tú. ¿A que es una buena sorpresa?

—¡Mientes! —gritó, y se levantó tan rápido que casi tumba la mecedora. El visor cayó de su regazo y se rompió en pedazos al caer al suelo. Me encantaría tener una foto de su cara en ese momento. Se la había pegado, sí señor. Y había llegado hasta el fondo. La expresión del rostro de aquel sucio hijoputa casi compensaba todo lo que me había ocurrido desde aquel día con Selena en el ferry—. ¡No pueden hacer eso! Tú no puedes tocar ni un centavo de esa pasta, ni siquiera puedes ver la jodida libreta.

—Ah, ¿no? ¿Entonces cómo sé que ya te has gastado trescientos? Me alegro de que no haya sido más, pero aun así cada vez que me acuerdo me cabreo. No eres más que un ladrón, Joe St. George. Un ladrón tan bajo que es capaz de robar a sus propios hijos.

Estaba blanco como un cadáver en la penumbra. Sólo sus ojos tenían vida y en ellos ardía el odio. Tenía las manos extendidas ante el cuerpo y las abría y cerraba. Bajé la vista por un instante y vi el sol —ya menos de la mitad, como si fuera una gran luna creciente— reflejado una y otra vez en los añicos de cristal ahumado que tenía a sus pies. Luego volví a mirarlo. No estaba dispuesta a desviar la mirada durante mucho rato, no mientras él se encontrara en ese estado.

—¿En qué te gastaste los trescientos, Joe? ¿Putas? ¿Póquer? ¿Las dos cosas? Sé que no fue en chatarra nueva, porque no hay nada de eso en el jardín trasero.

No dijo nada, se quedó abriendo y cerrando las manos, y tras él vi las primeras luciérnagas que prendían sus luces en el jardín frontal. Los barcos de la bahía se habían convertido ya en fantasmas, y me acordé de Vera. Pensé que si

no estaba ya en el séptimo cielo estaría por lo menos en el vestíbulo. No es que tuviera mucho que pensar acerca de Vera: debía mantener la mente concentrada en Joe. Quería que se moviera. Y pensé que no le iría mal otro empujón.

—Total, supongo que me da igual en qué te lo gastaras —dije—. Tengo el resto y con eso me basta. A mí como si te follan… Eso suponiendo que se te levante, claro.

Se tambaleó por el porche, pisoteando los pedazos del visor con sus zapatos, y me agarró por los brazos. Podía haberme zafado, pero no quise. Todavía no.

—Te conviene vigilar tu vocabulario —susurró, lanzándome vahos de whisky a la cara—. Si no, soy capaz de…

—El señor Pease quería que volviera a meter el dinero en el banco, pero me negué. Supuse que si habías sido capaz de sacarlo de las cuentas de los críos también te las arreglarías para quitármelo a mí. Entonces me ofreció firmarme un cheque, pero tuve miedo de que lo descubrieras y evitaras el pago. Así que le dije al señor Pease que me lo diera en efectivo. No le gustó, pero al final lo hizo y ahora lo tengo yo, hasta el último centavo, y lo he puesto en un lugar seguro.

Entonces me agarró por la garganta. Estaba segura de que lo iba a hacer y me daba miedo, pero también lo deseaba. Así se creería aún más lo último que me quedaba por decirle cuando por fin se lo dijera. Pero ni siquiera eso era lo más importante. Al agarrarme de ese modo por la garganta lograba que todo pareciera más en defensa propia: eso era lo importante. Y en verdad era defensa propia, más allá de lo que dijera la ley al respecto. Lo sé porque yo estaba ahí y la ley no.

En última instancia estaba actuando en defensa propia y de mis hijos.

Me dejó sin aire y me agitó hacia delante y atrás, gritando. No lo recuerdo todo. Creo que debió de golpearme la cabeza contra un poste del porche una o dos veces. Dijo que era una puta asquerosa y que me mataría si no le devolvía el dinero, que el dinero era suyo… Tonterías como ésas. Empecé a temer que me matara de verdad sin darme tiempo a decirle lo que quería oír. El patio frontal estaba ya muy oscuro y parecía plagado de aquellas lucecitas, como si a las cien o doscientas luciérnagas que había visto antes se hubieran unido otras diez mil o más. Y su voz sonaba tan lejana que pensé que todo había salido mal. Que era yo la que había caído en el pozo, y no él.

Al fin me soltó. Intenté mantener el equilibrio, pero las piernas no me

aguantaron. Traté de caer sobre la silla en la que había estado sentada, pero él me lanzó demasiado lejos y mi culo sólo rebotó en una esquina de la silla al caer. Aterricé en el porche, junto a los restos de cristales rotos del visor. Quedaba un pedazo grande, en el que una media luna brillaba como una joya. Hice ademán de cogerlo, pero me frené. No quería cortarle, aunque me lo permitiera. No podía. Ese tipo de corte, un corte producido por un cristal, podía ser mala señal más adelante. Así que ya veis lo que pensaba… No se puede dudar de si era o no primer grado, ¿verdad, Andy? En vez del cristal, agarré la caja reflectora, que estaba hecha de madera pesada. Podría decir que pensaba que serviría para matarlo si hacía falta, pero no sería cierto: en aquel momento la verdad es que no pensaba demasiado.

Me entró la tos. Tosía tanto que me extrañó que no saliera sangre además de saliva. Sentía como si tuviera fuego en la garganta.

Él me volvió a poner de pie de un tirón con tanta fuerza que se me rompió una de las gomas del sujetador. Luego me rodeó el cuello con un brazo y apretó hasta que nuestras cabezas quedaron a tan poca distancia que podíamos besarnos. Aunque él ya no estaba para besos.

—Te dije lo que te pasaría si no dejabas de pasarte de lista conmigo —dijo. Tenía los ojos húmedos y raros, como si hubiera llorado, pero lo que más miedo me daba era que parecía ver a través de mi cuerpo, como si yo ya no estuviera allí—. Te lo dije un millón de veces. ¿Me crees ahora, Dolores?

—Sí —contesté. Me había hecho tanto daño en la garganta que era como si hablara con un puñado de barro en la boca—. Sí, te creo.

—Dilo otra vez —insistió. Aún tenía mi cuello atrapado en una llave y apretaba con tanta fuerza que me presionaba los nervios. Grité. No pude evitarlo; el dolor era horroroso. Eso le hizo sonreír—.

Dilo como si lo sintieras.

—¡Te creo! —grité—. ¡De verdad!

Había planificado fingir que estaba asustada, pero Joe me ahorró el esfuerzo: aquel día, al final, no me hizo falta fingir.

—Bien. Me encanta oír eso. Ahora, dime dónde está el dinero. Y será mejor que no falte ni un centavo.

—Está detrás del cobertizo —contesté.

Ya no sonaba como si tuviera barro en la boca, sino como Groucho Marx en

You Bet Your Life. Y más o menos era la misma situación, no sé si me entiendes. Luego le dije que había metido el dinero en una jarra y la había escondido entre los matorrales de zarzamoras.

—¡Muy propio de una mujer! —exclamó, y me empujó hacia los escalones del porche—. Bueno, vamos. Vamos a buscarlo.

Bajé los escalones y caminé junto a la casa con Joe a mis espaldas. Pero entonces era casi tan oscuro como si fuera de noche y, cuando llegamos al cobertizo, vi algo tan extraño que me hizo olvidar todo lo demás durante unos segundos. Me quedé parada y señalé hacia el cielo por encima de los zarzales.

—¡Mira, Joe! —exclamé—. ¡Estrellas!

Allí estaban. Vi el Carro como se veía siempre en las noches de invierno. Me entraron escalofríos por todo el cuerpo, pero para Joe no era nada. Me dio un empujón tan fuerte que estuve a punto de caer.

—¿Estrellas? Si no te mueves verás un montón de estrellas. Eso te lo aseguro.

Eché a andar de nuevo. Nuestras sombras habían desaparecido por completo y la gran piedra blanca en la que Selena y yo nos sentáramos aquella tarde del año anterior destacaba casi como un faro, como ocurre siempre que hay luz de luna, Andy. No puedo describir cómo era, qué brillante y extraña parecía, pero ya os haréis una idea. Sé que costaba calcular la distancia entre los objetos, como cuando es de noche, y que no se podía distinguir ningún arbusto: formaban un gran matorral ante el cual bailaban de un lado a otro las luciérnagas.

Vera me había dicho una y otra vez que era peligroso mirar directamente el eclipse; decía que te podía quemar las retinas e incluso cegarte. Sin embargo, no pude resistir y volví la cabeza para echar un rápido vistazo por encima del hombro, del mismo modo que la mujer de Lot no pudo evitar su última mirada a la ciudad de Sodoma. Lo que vi ha quedado grabado en mi memoria para siempre. A veces pasan semanas, incluso meses, sin que me acuerde de Joe, pero apenas pasa un solo día sin que piense en lo que vi aquella tarde al volver la cara para mirar hacia el cielo. La mujer de Lot se convirtió en una estatua de sal porque no fue capaz de seguir mirando hacia delante y limitarse a sus asuntos, y a veces me maravilla que yo no tuviera que pagar el mismo precio.

El eclipse aún no era total, pero casi. El cielo tenía un profundo tono púrpura real y lo que vi colgado sobre la bahía parecía una gran pupila con un velo de

fuego que casi la rodeaba. A un lado quedaba todavía una muesca de sol, como gotas de oro fundido sobre una superficie bruñida. No debía mirar aquello y lo sabía, pero me parecía como si no pudiera apartar la vista. Era como…

Bueno, os podéis reír, pero lo voy a decir de todas formas. Era como si el ojo interior se hubiese liberado de mí y ahora flotara en el cielo y estuviera mirando para ver cómo me las arreglaba.

¡Pero era mucho mayor de lo que hubiera imaginado! ¡Y mucho más negro!

Probablemente habría seguido mirando hasta quedarme ciega, pero Joe me dio otro empujón y me lanzó contra la pared del cobertizo. Eso me despertó y empecé a caminar de nuevo. Había una gran mancha azulada delante de mí, como las que se ven cuando alguien hace una foto con *flash*, y pensé: «Si te has quemado las retinas y has de seguir viendo esa mancha toda tu vida te lo tendrás bien merecido, Dolores. La marca que hubo de soportar Caín fue mucho peor».

Sobrepasamos la piedra blanca con Joe justo detrás de mí y agarrándome el cuello del vestido. Noté que el sujetador se me iba cayendo por el lado en que se había roto la goma. Con tanta oscuridad y aquella mancha azul en mi mirada todo parecía descentrado y fuera de lugar. El fin del cobertizo no era más que una sombra oscura, como si alguien hubiera cortado un agujero con forma de tejado en el cielo con unas tijeras.

Me empujó hacia el borde del matorral de zarzamoras y cuando la primera espina me traspasó la piel me di cuenta de que esta vez me había olvidado los vaqueros. Me hizo pensar qué más habría olvidado, pero era demasiado tarde para cambiar nada. Con la última luz pude aún ver cómo se agitaba el pequeño pedazo de tela y tuve el tiempo justo de recordar que debajo estaba la boca del pozo. Entonces me liberé de su mano y me lancé contra las zarzas como alma que lleva el diablo.

—¡No, no, so puta! —gritó.

Oí el crujido de las ramas cuando se lanzó en pos de mí. Noté que su mano trataba de asirme de nuevo por el cuello del vestido y casi lo conseguía. Me liberé de un tirón y seguí corriendo. Me costaba porque el sujetador se estaba cayendo y se enganchaba en las zarzas. Al final se desgajó una tira entera, así como un buen trozo de carne de mis piernas. Estaba ensangrentada de las rodillas a los tobillos, pero no me di cuenta hasta que volví a casa, y eso fue mucho después.

—¡Vuelve! —gritó.

Esta vez noté su mano en mi brazo. Me solté de un empujón y él se agarró al sujetador, que entonces ya flotaba a mis espaldas como una brida. Si llega a aguantar me habría arrastrado como un pez enganchado al sedal, pero era viejo y estaba gastado de haberlo lavado doscientas o trescientas veces. Noté cómo cedía la goma que él había agarrado y le oí maldecir en tono agudo y casi sin respiración. Oí los crujidos de las zarzas que se partían y soltaban latigazos al aire, pero apenas vi nada: al entrar en los zarzales, todo se había vuelto más negro que el culo de una marmota, y al final no me sirvió de nada el pañuelo que había atado. En lugar del pañuelo vi el borde de la boca del pozo —apenas un fulgor blanco en la oscuridad que me precedía— y salté con todas mis fuerzas. Lo sobrepasé y, como estaba de espaldas, no vi si Joe lo pisaba. Sonó un gran crac y entonces él gimió.

No, no fue así.

No gimió, supongo que eso lo sabéis tan bien como yo. Chilló como un conejo atrapado en una trampa. Me di la vuelta y vi un gran agujero en medio de la tapa. Por él asomaba la cabeza de Joe, que estaba aferrado con todas sus fuerzas a una de las tablas partidas. Le sangraban las manos y le corría un hilo de sangre por el mentón desde la comisura de la boca. Tenía los ojos grandes como platos.

—¡Joder, Dolores! Es el viejo pozo. Ayúdame a salir, rápido, antes de que caiga del todo.

Me quedé quieta y a los pocos segundos vi que sus ojos cambiaban. Vi en ellos que Joe entendía de qué iba el asunto. Nunca tuve tanto miedo como entonces, ahí plantada al otro lado del pozo y mirándolo mientras el sol negro pendía del cielo al oeste. Me había olvidado los vaqueros, y él no había caído directamente al fondo como yo esperaba. Me parecía que todo había empezado mal.

—Ah —se quejó—. ¡Qué puta!

Entonces empezó a manotear para subir.

Me dije que debía correr, pero las piernas no reaccionaban. Además, ¿adónde podía correr si él conseguía salir? Una de las cosas que descubrí el día del eclipse es que si vives en una isla y pretendes matar a alguien será mejor que lo hagas bien. Si no, no tienes adónde ir, ni dónde esconderte.

Oí el ruido de sus uñas al levantar astillas de la vieja tabla a medida que él se esforzaba por alzarse, mano tras mano. Aquel sonido es como lo que vi al mirar el eclipse: algo que siempre he sentido más cercano a mí de lo que yo misma quisiera. A veces incluso lo oigo en mis sueños, sólo que en los sueños él consigue salir y me alcanza y en realidad no fue así. Lo que ocurrió fue que la tabla en la que se apoyaba para subir se partió de repente bajo su peso y Joe cayó. Fue tan rápido que parecía como si nunca hubiera estado allí: de repente no había más que un cuadrado gris de maderas infladas con un agujero negro en la mitad y luciérnagas que revoloteaban por encima.

Volvió a gritar mientras caía. En las paredes del pozo resonó el eco de su voz. Eso tampoco lo había imaginado: su voz resonando al caer. Luego se oyó un golpe seco y la voz calló. Calló de repente. Como se apaga una lámpara si alguien la desenchufa de un tirón.

Me arrodillé con los brazos alrededor de la cintura y esperé para ver si aún no habíamos acabado. Pasó un rato. No sé cuánto, pero la escasa luz del día que quedaba desapareció. Había llegado el eclipse total y era tan oscuro como la noche. Seguí sin oír nada dentro del pozo, pero sí me llegaba una leve brisa y me di cuenta de que la estaba oliendo. ¿Conocéis ese olor del agua cuando sale de un pozo vacío? Es un olor de cobre, húmedo y no muy agradable. Al olerlo me estremecí.

Vi que llevaba el sujetador colgando casi por encima del zapato izquierdo. Estaba todo retorcido y lleno de enganchones. Pasé una mano bajo el cuello del vestido, por el lado derecho, y solté la otra goma. Luego tiré del sujetador y me lo saqué. Estaba haciendo una pelota con él y tratando de descubrir el mejor modo de rodear el pozo cuando de repente volví a pensar en aquella niña, la que os contaba antes, y de golpe la vi con tanta claridad como la luz del día. También ella estaba de rodillas, mirando debajo de la cama, y pensé: «Es desgraciada y siente el mismo olor que yo. Es como las monedas y las ostras. Sólo que no viene del pozo; tiene algo que ver con su padre».

Y entonces, de repente fue como si me mirara, Andy… Creo que me vio. Y en ese momento entendí por qué era tan desgraciada: su padre se había pasado con ella, y la niña pretendía encubrirlo. Además, se había dado cuenta de que alguien la miraba, una mujer que estaría a Dios sabe cuántos kilómetros de distancia pero bajo el mismo eclipse —una mujer que acababa de matar a su

marido— la estaba mirando.

Me dijo algo, aunque yo no captaba su voz por los oídos; venía de lo más profundo de mi cabeza: «¿Quién eres?», preguntó.

No sé si hubiera contestado, pero antes de que tuviera la oportunidad de hacerlo, surgió del pozo un grito ondulante:

—Do-looooooor-esssss.

Noté que la sangre se me congelaba y supe que mi corazón se había detenido por un instante, porque cuando empezó de nuevo a bombear tuvo que recuperar tres o cuatro latidos a la vez. Había cogido el sujetador, pero al oír el grito abrí los dedos y se me cayó y se quedó enganchado en una de aquellas zarzas.

«Sólo es tu imaginación, Dolores, que hace horas extras —me dije—. Esa niñita que busca su ropa debajo de la cama y ese grito de Joe… te los has imaginado. Lo primero era una alucinación que te habrá entrado al respirar el aire viciado del pozo; lo segundo sólo es tu conciencia culpable.

Joe está en el fondo del pozo con la cabeza abierta. Está muerto y ya no volverá a molestaros, ni a ti ni a los niños.»

Al principio no me lo creía, pero fue pasando el tiempo y no oí nada nuevo, aparte de un búho que chillaba en algún lugar del campo. Recuerdo que se me ocurrió que chillaba como si estuviera preguntando por qué empezaba tan pronto su turno ese día. Una leve brisa sopló y agitó los zarzales. Alcé la mirada hacia las estrellas que brillaban en pleno día y luego miré de nuevo el pozo. Parecía flotar en la oscuridad, y el agujero por el que Joe había caído parecía un ojo. El veinte de julio de 1963 fue mi día de ver ojos en todas partes.

Entonces su voz volvió a subir por el pozo:

—Ayúdame, Dooo-loooor-eessss…

Gemí y me llevé las manos a la cara. No servía de nada tratar de convencerme de que sólo era mi imaginación o mi conciencia culpable o cualquier otra cosa menos lo que en verdad era: Joe. Sonaba como si estuviera llorando.

—Ayúdame, por favoooor. POR FAVOOOOOOOR —gemía.

Rodeé el pozo a trompicones recorriendo en sentido contrario el camino que habíamos abierto a golpes entre las zarzas. No me dominaba el pánico, no del todo. Y te diré cómo lo sé: me detuve el tiempo necesario para recoger la caja reflectora que llevaba conmigo antes de meterme en las zarzas. No recordaba

haberla tirado al echar a correr, pero cuando la vi colgada de una rama me hice con ella. Probablemente fue una buena ocurrencia, si tenemos en cuenta cómo fueron las cosas luego con el doctor McAuliffe… Pero antes de llegar a eso he de contar todavía una o dos cosas. Me paré a recogerla, ésa es la cuestión. Y eso significa que estaba en pleno uso de mi cerebro. Sin embargo, notaba que el pánico luchaba por dominarlo, como un gato trata de meter la zarpa bajo la tapa de una caja si está hambriento y huele que dentro hay comida.

Pensé en Selena y eso me ayudó a evitar el pánico. La imaginé en la playa de Lake Winthrop con Tanya y cuarenta o cincuenta niños acampados, cada uno con una caja reflectora que habrían construido ellos mismos en la sala de manualidades. Las chicas les explicarían cómo debían mirar a través de ellos. No era una visión tan clara como la que había tenido junto al pozo, la de la niña que buscaba sus pantalones y su camisa bajo la cama, pero sí lo suficiente como para que pudiera oír a Selena hablando con las más pequeñas con aquella voz lenta y amable, tranquilizando a las que tuvieran miedo. Pensé en eso, y en que yo estaría esperando cuando ella y sus hermanos volvieran… Aunque si me dejaba llevar por el pánico lo más probable era que no estuviera. Había llegado tan lejos y había hecho tales cosas que ya no podía contar con nadie más.

Fui al cobertizo y encontré la linterna de seis pilas de Joe sobre la mesa del taller. La encendí pero no pasó nada: había dejado que se gastaran las pilas, muy propio de él. Pero siempre tengo el cajón inferior de su mesa lleno de pilas nuevas porque en invierno la luz se va muy a menudo.

Saqué media docena y traté de instalarlas en la linterna. Me temblaban tanto las manos que la primera vez tiré todas las pilas por el suelo y tuve que gatear en su busca. La segunda vez conseguí meterlas, pero debí de meter alguna al revés por las prisas, porque no se encendía. Estuve a punto de abandonar. Al fin y al cabo, pronto saldría el sol. Pero por mucho que saliera, el fondo del pozo seguiría siendo oscuro y, además, había una voz en mi cogote que me decía que siguiera entreteniéndome tanto como quisiera, que a lo mejor —si me retrasaba lo suficiente—, al volver al pozo me encontraría con que él había abandonado la vida por fin.

Al final conseguí que funcionara la linterna. Emitía una buena luz brillante, y al menos pude encontrar el camino de vuelta al pozo sin rasgarme más las piernas. No tengo la menor idea de cuánto tiempo había pasado, pero todavía

estaba en penumbra y en el cielo brillaban aún las estrellas, de modo que supongo que todavía no eran las seis y el sol estaba casi cubierto del todo.

Supe que no estaba muerto antes de llegar a medio camino. Oí que gemía y gritaba mi nombre, rogándome que le ayudara a salir. No sé si los Jolander o los Langill o los Caron lo hubieran oído de haber estado en casa. Decidí que era mejor no dudar. Ya tenía suficientes problemas sin contar con ése. Tenía que decidir qué haría con él, eso era lo principal, pero parecía incapaz de hacerlo. Cada vez que trataba de imaginar una respuesta, una voz en mi interior empezaba a protestar: «No es justo —gritaba la voz—. Éste no era el trato. Se supone que ya debería estar muerto, maldita sea. ¡Muerto!».

—¡Socorro! ¡Do-looooor-eeeess! —surgía su voz.

Tenía un sonido plano, como de eco, como si estuviera gritando desde una caverna. Encendí la linterna y traté de mirar hacia abajo, pero no pude. El agujero de la tapa quedaba en medio, demasiado lejos, y la luz de la linterna sólo iluminaba el borde de la tapa: grandes bloques de granito recubiertos de musgo. El musgo parecía negro y venenoso a la luz de la linterna.

Joe vio la luz.

—¿Dolores? —me llamó—. Por el amor de Dios, ayúdame. Estoy destrozado.

Ahora era él quien parecía tener la boca llena de barro. No quería contestarle. Tenía la sensación de que si hablaba con él me volvería loca del todo. En lugar de hablarle, dejé a un lado la linterna, estiré el brazo tanto como pude y conseguí agarrar una de las tablas que él había partido. Tiré de ella y la desencajé con tanta facilidad como si fuera una raíz podrida.

—¡Dolores! —gritó al oír el ruido—. ¡Oh, Dios! ¡Gracias a Dios!

No contesté. Sólo partí otra tabla, y otra y otra. Para entonces el día ya empezaba a brillar de nuevo y los pájaros cantaban como suelen hacer en verano cuando sale el sol. Aún así, el cielo estaba más oscuro de lo normal a esa hora. Las estrellas habían vuelto a desaparecer, pero las luciérnagas seguían revoloteando. Mientras tanto, yo seguía partiendo tablas, abriendo un hueco por el lado del pozo junto al que estaba arrodillada.

—¡Dolores! —volvió a surgir su voz—. ¡Puedes quedarte el dinero! ¡Todo! ¡Y no volveré a tocar a Selena! ¡Juro por Dios Todopoderoso y por todos los ángeles que no la tocaré!

Levanté la última tabla. Tuve que desengancharla de los zarzales para poderla soltar y luego la lancé hacia atrás. Entonces dirigí la linterna hacia el fondo del pozo.

Lo primero que iluminó fue su cara vuelta hacia arriba, y solté un grito. Era un pequeño círculo blanco con dos agujeros negros. Durante un instante pensé que se había metido piedras en los ojos por alguna razón. Luego pestañeó y vi que sólo eran sus ojos, que me miraban. Pensé en lo que estaría viendo, sólo la oscura silueta de una cabeza de mujer detrás de un amplio círculo de luz.

Estaba de rodillas y tenía sangre por toda la barbilla, así como por el cuello y el pecho de la camisa. Cuando abrió la boca y gritó mi nombre, salió más sangre. Se había roto casi todas las costillas al caer, y debía de estar clavándoselas en los pulmones en los dos flancos, como espinas de puerco espín.

No sabía qué hacer. Me quedé como encogida, notando que regresaba el calor del día —lo sentía en el cuello, en los brazos, en las piernas— y enfocándole con la linterna. Entonces alzó los brazos y los agitó en el aire, como si se estuviera ahogando, y no lo pude soportar. Apagué la linterna y me eché hacia atrás. Me quedé sentada al borde del pozo, encogida como una pelota, agarrándome las rodillas y temblando.

—¡Por favor! —siguió gritando—. ¡Por favor! ¡Por favor! —Y al final—: ¡Por favoooor, Doo-looooor-esss!

Ah, era horrible, más de lo que nadie puede imaginar. Y así siguió durante un largo rato.

Siguió hasta que pensé que me volvería loca. Acabó el eclipse y los pájaros dejaron de cantar sus trinos de buenos días y las luciérnagas pararon de revolotear (o tal vez yo ya no las veía) y oí los barcos de la bahía intercambiando bocinazos, como hacen a veces, y él seguía sin parar. A veces me rogaba y me llamaba «cariño»; otras, me contaba todo lo que haría si le dejaba salir, que cambiaría, que construiría una casa para todos y me compraría el Buick que según él yo siempre había deseado. Luego me maldecía y me amenazaba con atarme a la pared y meterme un palo ardiendo por el ombligo y decía que contemplaría cómo me retorcía antes de rematarme.

En una ocasión me pidió que le tirase la botella de whisky, ¿tú te crees? Quería su maldita botella y me insultó y me llamó puta gastada al ver que no pensaba dársela.

Al fin volvió a anochecer, esta vez de verdad, de modo que debían de ser por lo menos las ocho y media, tal vez incluso las nueve; presté atención por si se oía algún coche en East Lane, pero de momento no se oía nada. Era buena señal, mas sabía que no debía esperar que mi suerte durase eternamente.

De repente despegué la cabeza del pecho y me di cuenta de que me había quedado dormida.

No debió de ser mucho rato porque todavía quedaba cierto brillo en el cielo, pero habían vuelto las luciérnagas, a lo suyo como siempre, y el búho volvía a chillar de nuevo. Esta vez sonaba más contento.

Cambié de postura y tuve que rechinar los dientes por culpa de las agujetas que me punzaban al menor movimiento. Llevaba tanto tiempo arrodillada que se me habían dormido las piernas de la rodilla para abajo. No se oía nada del pozo y empecé a alimentar la esperanza de que por fin estuviera muerto, de que se hubiera rendido mientras yo dormía. Entonces oí algo que se arrastraba, unos gemidos y su llanto. Eso fue lo peor, oír cómo lloraba del dolor que sentía al moverse.

Me apoyé en la mano izquierda y dirigí el haz de la linterna de nuevo hacia dentro del pozo.

Fue muy duro, especialmente ahora que se había hecho totalmente oscuro. Había conseguido apoyar los pies en algún lugar y alcancé a ver el reflejo de la luz en tres o cuatro manchas húmedas que se habían formado en sus botas. Me recordó la visión del eclipse reflejado en los añicos de cristal tintado, después de que él tratara de estrangularme en el porche.

Al mirar abajo entendí al fin qué había ocurrido, cómo se las había arreglado para caer diez o doce metros y quedar malherido en vez de directamente muerto. El pozo no estaba vacío del todo.

No se había vuelto a llenar hasta arriba —en ese caso supongo que se habría ahogado como una rata en un barril—, pero el fondo estaba húmedo y enfangado. Le había hecho de cojín en su caída.

Probablemente tampoco le fue mal estar borracho.

Miraba hacia abajo, balancéandose de un lado a otro con las manos enganchadas a las paredes del pozo para no volver a caer. Entonces miró hacia arriba, me vio y sonrió. Esa sonrisa me provocó un escalofrío, Andy, porque era la de un muerto: un muerto con sangre por toda la cara y por la camisa, un

muerto que parecía tener piedras en los ojos.

Entonces empezó a escalar la pared.

Lo estaba viendo y no podía creerlo. Encajó los dedos entre dos de las grandes piedras que sobresalían y se alzó a pulso lo suficiente para poder colocar los pies entre otras dos. Luego descansó un poco y enseguida vi una de sus manos que se alzaba de nuevo por encima de la cabeza. Era como un bicho blanco y regordete. Encontró otra piedra donde agarrarse, cerró bien una mano en torno a ella y alzó la otra. Y volvió a subir a pulso. Cuando se detuvo de nuevo para descansar, encaró el rostro ensangrentado hacia la luz y vi que algunos guijarros se desprendían de la piedra y le caían por la cara y sobre los hombros.

Seguía sonriendo.

¿Puedo beber algo más, Andy? No, el Jim Beam no. Esta noche ya no más. A partir de ahora me basta con el agua.

Gracias. Muchas gracias.

Bueno, estaba tanteando para volver a subir cuando le resbalaron los pies y cayó. Cuando dio con el culo en el suelo sonó un chapoteo de barro. Gritó y se llevó una mano al corazón, como hacen en la tele cuando se supone que les da un infarto, y luego dejó caer la cabeza sobre el pecho.

No lo aguanté más. Salí de los zarzales a trompicones y corrí a casa. Entré en el baño y eché las potas. Luego entré en el dormitorio y me tumbé. Estaba temblando y no dejaba de pensar: «¿Y si aún no ha muerto? ¿Y si sigue vivo toda la noche? O días. ¿Y si logra mantenerse bebiendo el líquido que se filtra entre las piedras, o el mismo lodo? ¿Y si no para de gritar hasta que lo oigan los Caron o los Langill o los Jolander y llamen a Garrett Thibodeau? O si mañana viene alguien a casa —algún compañero de copas, o cualquiera que cuente con él para salir a pescar o para arreglar algún motor— y oye los gritos que salen de los zarzales. ¿Entonces qué, Dolores?».

Otra voz contestó a todas esas preguntas. Supongo que era la voz del ojo interior, pero a mí me sonó mucho más a Vera Donovan que a Dolores Claiborne: sonaba brillante y seca, y un poco a «si no te gusta, bésame las nalgas». «Claro que está muerto —decía esa voz—. Y si no, pronto lo estará. Se morirá del *shock*, o del frío y de las heridas pulmonares. Tal vez mucha gente no creería que un hombre pueda morir de frío en una noche de julio, pero seguro

que esa gente nunca ha pasado unas cuantas horas a diez metros bajo tierra, sentaditos justo encima de la roca de la isla. Sé que no es agradable pensarlo, Dolores, pero al menos significa que no has de preocuparte. Duerme un poco y luego vuelve a salir y ya verás.»

No sabía si lo que decía la voz tenía sentido o no, pero parecía que sí, de modo que intenté dormir. Pero no pude. Cada vez que daba una cabezada me parecía oír a Joe arrastrándose por el lateral del cobertizo hacia la entrada trasera de la casa, y cada vez que crujía la casa pegaba un bote.

Al final no lo pude soportar más. Me quité el vestido, me puse los vaqueros y un suéter (es como acordarse de santa Bárbara cuando la tormenta ya se ha acabado, digamos) y recogí la linterna que estaba en el suelo del baño, junto a la cómoda, donde la había soltado al agacharme para vomitar. Luego volví a salir.

Estaba más oscuro que nunca. No sé si esa noche había algo de luna, pero daba lo mismo porque el cielo volvía a estar cubierto de nubes. Cuanto más me acercaba al matorral de zarzales tras el cobertizo, más me pesaban las piernas. Cuando llegué a una distancia que me permitía ver de nuevo la boca del pozo a la luz de la linterna, ya apenas podía levantarlas.

Lo conseguí, sin embargo, y llegué hasta el borde del pozo. Me quedé unos cinco minutos escuchando y no oí más que los grillos y el viento que agitaba las zarzas y un búho que chillaba en algún lado… Probablemente el mismo que antes. Ah, y a lo lejos desde el este sonaban las olas al romper contra las rocas, pero en la isla estamos tan acostumbrados a ese sonido que casi no lo oímos. Me quedé allí con la linterna de Joe en la mano, el haz dirigido hacia el agujero de la boca del pozo, sintiendo el sudor grasiento y pegajoso que me recorría todo el cuerpo y se espesaba en las heridas producidas por los espinos. Me obligué a arrodillarme y mirar dentro del pozo.

Al fin y al cabo, ¿no había vuelto a salir para eso? Sí, pero una vez allí no era capaz de hacerlo. Sólo podía temblar y emitir un sonido que parecía un gemido agudo. En realidad, mi corazón no latía, sino que se agitaba en mi pecho como las alas de un ruiseñor.

Y entonces una mano blanca y manchada de suciedad, sangre y barro asomó como una serpiente y me agarró el tobillo.

Solté la linterna. Cayó entre las zarzas, junto al pozo, lo cual fue una suerte. Si llega a caer dentro del pozo, la habría cagado. Pero en aquel momento no

pensé en la linterna ni en mi buena suerte, porque estaba bien metida en la mierda y sólo podía pensar en aquella mano agarrada a mi tobillo, aquella mano que tiraba de mí hacia el agujero. En eso y en una cita de la Biblia. Resonaba en mi mente como una gran campana de hierro: «He cavado un foso para mis enemigos y yo mismo caeré en él».

Grité y traté de zafarme, pero Joe me agarraba con tanta fuerza que era como si tuviera la mano llena de cemento. Mis ojos se acomodaron a la oscuridad y logré verlo incluso ahora que el haz de la linterna estaba dirigido hacia otro lugar. Total, que casi había logrado salir del pozo. Vete a saber cuántas veces habría vuelto a caer, pero al fin había llegado casi arriba del todo. Creo que lo habría conseguido si yo no hubiera vuelto.

Tenía la cabeza a poco más de medio metro de lo que quedaba de tapa. Seguía sonriendo. El diente central inferior se le había desencajado un poco —aún lo veo tan claro como te veo a ti sentado ahí delante, Andy— y parecía como los de los caballos cuando sonríen. Los demás dientes parecían negros por la sangre que los cubría.

—Dooo-loooor-esss —gimió, y siguió tirando de mí.

Grité, caí boca arriba y me fui arrastrando hacia aquel maldito agujero en el suelo. Oí los espinazos de las zarzamoras que se clavaban y rasgaban mis vaqueros a medida que pasaba sobre ellos.

—Doooo-loooor-eesss, mala puuuutaaa —exclamó, pero casi parecía que estuviera cantando.

Recuerdo que pensé: «Pronto se pondrá a cantar *Moonlight Cocktail*».

Me agarré a los matorrales y las manos se me llenaron de espinos y de sangre. Le lancé una patada a la cabeza con el pie que tenía suelto, pero estaba demasiado bajo para alcanzarle.

Le rocé el cabello con el tacón de los zapatos un par de veces, pero no conseguí nada más.

—Venga, Doo-loooor-essss —insistió, como si quisiera sacarme a tomar un helado o a bailar música *country n' western* en Fudgy's.

Golpeé con el culo en una de las tablas que quedaban junto al pozo y supe que si no hacía algo ya mismo acabaríamos cayendo los dos y nos quedaríamos ahí abajo, probablemente abrazados. Y cuando nos encontraran, alguna gente —las cursis como Yvette Anderson, sobre todo— dirían que era una prueba de lo

mucho que nos queríamos.

Eso me decidió. Encontré un poco de fuerza extra y di un último empujón hacia atrás. Casi lo aguantó, pero por fin su mano resbaló. Le debía de haber alcanzado en la cara con el pie. Gritó, me golpeó con la mano en la punta del pie un par de veces y luego desapareció del todo. Esperaba oír el ruido de su caída hasta el fondo, pero no fue así. El hijo de puta nunca se rendía: si hubiera vivido igual que murió, no habríamos tenido ningún problema.

Me arrodillé y vi que estaba balanceándose en el agujero, pero había conseguido agarrarse.

Me miró, agitó la cabeza para retirarse de los ojos un sangriento mechón de pelo y sonrió. Luego volvió a sacar la mano por la boca del pozo y se agarró al suelo.

—Doo–loooor–esss —gimió—. Doo–loooor–esss. Doo–loooor–esss. ¡Doo-looooooor-esss!

Y empezó a escalar.

—Pártele la cabeza, idiota —exclamó Vera Donovan.

No fue en mi mente, como la voz de la niña que había oído antes. ¿Entendéis lo que quiero decir? Oí aquella voz igual que ahora vosotros tres estáis oyendo la mía, y si la grabadora de Nancy Bannister hubiera estado allí ahora podríais volverla a oír una y otra vez. Estoy tan segura de eso como de mi propio nombre.

En cualquier caso, cogí una de las piedras que había en el suelo junto a la boca del pozo. Joe casi llegó a asirme por la muñeca, pero me libré antes de que pudiera tirar. Era una piedra grande, recubierta de musgo seco. La alcé sobre la cabeza.

Él la miró. Ya había sacado la cabeza del agujero y parecía que tuviera los ojos aguantados por palillos. Descargué la roca sobre él con todas mis fuerzas. Sonó como cuando se te cae un plato de porcelana sobre la chimenea de ladrillo. Y entonces desapareció, y con él la piedra.

Entonces me desmayé. No recuerdo el desmayo, sólo que me quedé tumbada y mirando al cielo. No se veía nada por las nubes, de modo que cerré los ojos… Y cuando volví a abrirlos el cielo estaba otra vez lleno de estrellas. Me costó un poco darme cuenta de lo que había ocurrido, de que me había desmayado y las nubes habían desaparecido mientras yo estaba inconsciente.

La linterna seguía entre los matorrales y aún tenía un haz brillante. La cogí y

la enfoqué hacia el interior del pozo. Joe yacía en el fondo, con la cabeza recostada en un hombro, las manos en el regazo y las piernas separadas. La roca con la que le había partido la cabeza descansaba entre sus piernas.

Mantuve la luz enfocada en él durante cinco minutos, esperando para ver si se movía, pero no se movió. Luego me levanté y me dirigí a la casa. Tuve que detenerme dos veces porque el mundo parecía dar vueltas, pero al final lo conseguí. Entré en el dormitorio, quitándome la ropa mientras andaba y dejándola caer al suelo. Me metí en la ducha y permanecí allí durante unos diez minutos, bajo el agua a la temperatura más alta que fui capaz de soportar, sin enjabonarme, sin lavarme el pelo, sin hacer nada más que alzar la cara bajo el chorro de agua. Creo que me podría haber quedado dormida allí misma, pero se empezó a enfriar el agua. Me lavé el pelo deprisa, antes de que se volviera helada, y salí. Tenía los brazos y las piernas llenos de rasguños y aún me dolía la garganta, pero no creía que nada de eso pudiera matarme. Nunca se me ocurrió qué podrían pensar los demás de aquellos rasguños, por no mencionar las marcas del cuello, cuando encontraran a Joe. Al menos, todavía no.

Me eché la bata por encima, caí en la cama y me quedé dormida enseguida con la luz encendida. Me desperté gritando menos de una hora después con la mano de Joe agarrada a mi tobillo. Tuve un pequeño alivio cuando me di cuenta de que era un sueño, pero luego pensé: «¿Y si está escalando el pozo de nuevo?». Sabía que no —había acabado con él de verdad cuando le aticé con la piedra y cayó al fondo por segunda vez—, pero una parte de mí estaba segura de que sí, y de que saldría en un instante. Y cuando saliera iría a por mí.

Intenté seguir tumbada y esperar que se me pasara, pero no fui capaz. La imagen de Joe escalando la pared del pozo era cada vez más clara y mi corazón latía con tanta fuerza que parecía a punto de estallar. Al final me levanté, volví a coger la linterna y salí corriendo con la bata puesta. Esta vez, me arrastré hasta el pozo: no era capaz de andar por nada del mundo. Me daba demasiado miedo que la mano volviera a salir como una serpiente y me agarrase.

Al fin iluminé el pozo. Joe yacía abajo como antes, con las manos en el regazo y la cabeza inclinada hacia un lado. La piedra seguía en el mismo lugar, entre sus piernas separadas. Me quedé mirando un buen rato y esta vez, al volver a casa, sabía que estaba muerto de verdad.

Me metí en la cama, apagué la luz y enseguida me dormí como un tronco. Lo

último que recuerdo es que pensé: «Ahora estaré bien». Pero no lo estaba. Me desperté un par de horas después con la seguridad de haber oído a alguien en la cocina. De haber oído a Joe en la cocina.

Intenté saltar de la cama pero se me enredaron los pies en las sábanas y caí al suelo. Me levanté y empecé a tantear en busca del interruptor de la lámpara, con la seguridad de que sus manos se cerrarían en torno a mi garganta sin darme tiempo a encontrarlo.

No ocurrió tal cosa, por supuesto. Encendí la luz y recorrí toda la casa. Estaba vacía. Luego me calcé, tomé la linterna y corrí hacia el pozo.

Joe seguía en el fondo con las manos en el regazo y la cabeza recostada en el hombro. Sin embargo, tuve que mirarlo un rato antes de convencerme de que era el mismo hombro. Y una vez me pareció ver que movía el pie, aunque probablemente se trataba de una sombra. Déjame que te diga que había muchas sombras porque la mano que sostenía la linterna no estaba nada estable.

Mientras estaba allí agachada y con el pelo echado hacia atrás —debía de parecer la señora de las etiquetas de White Rocks—, me entró la necesidad más extraña que te puedas imaginar: me entraron ganas de balancearme hacia delante hasta caer en el pozo. Me encontrarían con él; no era la manera ideal de acabar, en cuanto a lo que a mí concernía, pero al menos no nos encontrarían abrazados… Ni tendría que seguir despertándome con la idea de que estaba conmigo en la habitación, o con la sensación de tener que volver a salir corriendo con la linterna para asegurarme de que estuviera muerto.

Entonces volvió a sonar la voz de Vera, aunque esta vez sí fue dentro de mi cabeza. Sé que fue así, del mismo modo que sé que la primera vez había sonado junto a mi oído. «El único sitio en el que debes caer es en la cama —dijo la voz —. Duerme un poco y cuando te despiertes el eclipse habrá acabado de verdad. Te sorprenderá comprobar que las cosas se ven mucho mejor cuando sale el sol.»

Parecía un buen consejo y me decidí a seguirlo. Sin embargo, cerré las dos puertas de la casa y antes de acostarme hice algo que nunca había hecho antes y no he vuelto a hacer: encajé una silla bajo el pomo de la puerta. Me da vergüenza admitirlo —me noto las mejillas calientes, así que supongo que habré enrojecido —, pero debió de servir de algo, porque me quedé dormida en cuanto toqué la almohada con la cabeza. Cuando volví a abrir los ojos, la luz del día se colaba por la ventana. Vera me había dicho que me tomara el día libre; decía que Gail

Lavesque se encargaría de recoger la casa después de la gran fiesta que había preparado para la noche del día veinte, y a mí me parecía fenomenal.

Me levanté, volví a ducharme y me vestí. Me llevó media hora hacer todo eso porque estaba agotada. Sobre todo me dolía la espalda: desde que Joe me arreó en los riñones con aquel leño ha sido mi punto débil, y estoy segura de que me la volví a cargar con el esfuerzo para desenganchar de la tierra aquella piedra y luego también al alzarla sobre mi cabeza. Fuera lo que fuese, te aseguro que dolía un montón.

Cuando por fin me puse la ropa fui a sentarme a la mesa de la cocina bajo la clara luz del sol y me tomé una taza de café negro y pensé en lo que tenía que hacer. No demasiadas cosas, aunque nada había salido como yo esperaba, pero sí debía arreglar algunos asuntos. Si me olvidaba de algo o algo se me pasaba por alto, iría a la cárcel. A Joe St. George no se le quería demasiado en Little Tall y no habría demasiada gente dispuesta a culparme por lo que había hecho, pero cuando matas a alguien nunca te organizan un desfile y te cuelgan medallas, por mucho que la víctima fuera un inútil de mierda.

Me serví un buen trago de café y salí al porche trasero a bebérmelo… y a echar un vistazo.

Las dos cajas reflectoras y uno de los visores estaban de nuevo en la bolsa que me había dado Vera. Los pedazos del otro visor seguían esparcidos en el suelo, en el mismo sitio en que habían quedado cuando Joe se levantó de golpe y el visor cayó de su regazo y se partió en el suelo del porche. Pensé durante un buen rato en aquellos añicos de cristal. Al final entré en casa, cogí la escoba y el recogedor y los barrí. Decidí que al ser como soy —y al haber mucha gente en la isla que sabe cómo soy— resultaría sospechoso que los dejara en el suelo.

Al principio se me ocurrió decir que no había visto a Joe en toda la tarde. Pensé en decir a la gente que al volver de casa de Vera me había encontrado con que Joe no estaba en casa, con que se había largado sin dejar ni una nota para explicar por dónde andaba y que había derramado una botella de whisky en el suelo porque estaba cabreada con él. Si hacían alguna prueba y descubrían que estaba borracho al caer al pozo, me daba lo mismo: Joe podía haber conseguido el alcohol en muchos sitios, incluyendo el armario de debajo del fregadero.

Me bastó una mirada al espejo para darme cuenta de que no funcionaría. Si Joe no había estado en casa, si él no me había dejado aquellas marcas en el

cuello, querrían saber quién lo había hecho. ¿Y qué podía decir? ¿Que había sido Santa Claus? Por suerte, tenía una salida: le había dicho a Vera que si Joe empezaba a hacer el bárbaro lo dejaría solo y me iría a ver el eclipse a East Head. Al decirlo no tenía ningún plan en mente, pero en ese momento bendije mis palabras.

East Head no serviría —mucha gente había ido allí y sabrían que yo no estaba entre ellos—, pero Russian Meadow está de camino a East Head, tiene una buena vista encarada al oeste y nadie había ido allí. Yo misma lo había comprobado desde mi silla en el porche y luego de nuevo mientras lavaba los platos. La única cuestión de verdad…

¿Qué dices, Frank?

No, no me preocupaba que su camión estuviera en casa. Había tenido tres o cuatro avisos de Tráfico en el 59 y al final le retiraron la licencia durante un mes. Edgar Sherrick, que entonces era nuestro policía, vino a casa para decirle que si le daba la gana podía beber hasta que se durmieran las ovejas, pero que si lo volvían a pillar conduciendo borracho él mismo lo llevaría al juzgado de guardia y pediría que le retiraran el permiso durante un año. Edgar y su mujer habían perdido a una hija en el 48 o 49, atropellada por un borracho que conducía un camión, y aunque era un tipo tranquilo para todo lo demás, se ponía a morir cuando sabía que alguien conducía bebido. Joe lo sabía, y dejó de conducir cuando llevaba más de dos copas a partir de aquella conversación con Edgar en el porche. No, al volver de Russian Meadow y descubrir que Joe no estaba, pensé que habría ido a buscarle alguno de sus amigos y se lo habría llevado para celebrar el eclipse: ésa era la historia que pensaba contar.

Había empezado a explicar que la única duda que tenía de verdad era qué podía hacer con la botella de whisky. La gente sabía que últimamente le había comprado varias botellas, pero no pasaba nada. Sabía que creerían que lo hacía para que no me pegara. Pero si la historia que me estaba inventando era cierta, ¿dónde hubiera acabado aquella botella? Tal vez no fuera importante, pero tal vez sí. Cuando has cometido un asesinato nunca sabes qué pensamiento puede perseguirte luego. Es la mejor razón que se me ocurre para no hacerlo. Me puse en el lugar de Joe —no es tan difícil como os imagináis— y supe al instante que no habría ido a ningún lugar con nadie si le hubiera quedado un solo trago en la botella. Tenía que acabar todo en el pozo con él, y así fue…

Bueno, todo menos la tapa. Ésa la tiré encima del montoncito de cristales tintados rotos.

Salí hacia el pozo con los restos de whisky bailando en la botella y pensando: «Se zampó el whisky, y eso estaba bien, era lo que esperaba. Pero luego confundió mi cuello con una manija y esto ya no estaba tan bien. Por eso tomé mi visor y me fui sola a Russian Meadow, maldiciendo el impulso que me había llevado a comprarle esa botella de Johnnie Walker. Cuando volví ya no estaba. No sabía adónde ni con quién se había largado, pero no me importaba. Recogí el follón que había dejado y esperé que estuviera de mejor humor al volver». Me pareció que sonaría sumiso y colaría.

Supongo que lo que más me desagradaba de la maldita botella era que para librarme de ella tenía que volver allí y ver a Joe de nuevo. En cualquier caso, lo que me agradara o desagradara en aquel momento no tenía demasiada importancia.

Me preocupaba el estado en que pudieran hallarse los zarzales, pero no estaban tan chafados como me temía, y algunos recuperaban ya su posición. Imaginé que para cuando yo denunciara la ausencia de Joe ya tendrían más o menos el mismo aspecto de siempre.

Tenía la esperanza de que el pozo no pareciera tan terrorífico a plena luz del día, pero sí lo parecía. El agujero en medio de la tapa aún daba más miedo. No parecía tanto un ojo ahora que algunas de las tablas estaban retiradas, pero ni siquiera eso ayudaba. En vez de un ojo parecía una órbita vacía en la que el ojo hubiera llegado a tal estado de putrefacción que habría acabado por caer. Y percibí aquel olor húmedo y cobrizo. Me hizo pensar en la chica que había entrevisto en mi mente y me pregunté cómo le iría a la mañana siguiente.

Quería darme la vuelta y regresar a casa, pero me dirigí directamente al pozo, casi arrastrando los pies. Deseaba acabar con aquello lo más pronto posible… y no mirar atrás. Lo que tenía que hacer desde entonces, Andy, era pensar en mis niños y seguir mirando hacia delante pasara lo que pasase.

Me agaché y miré dentro del pozo. Joe seguía yaciendo con las manos en el regazo y la cabeza ladeada sobre un hombro. Le correteaban bichos por la cara y al verlos supe de una vez por todas que estaba muerto de veras. Mantuve la botella en el aire con un pañuelo atado a la boca —no era por las huellas, simplemente no quería tocarla— y la solté. Cayó en el lodo junto a él pero no se

rompió. En cambio, los bichos se dispersaron: bajaron por su cuello y se le metieron dentro de la camisa. Nunca lo olvidaré.

Estaba ya levantándome para irme —la visión de aquellos bichos en busca de cobertura me había vuelto a marear cuando mi mirada se clavó en el montón de maderos que había apartado la primera vez para poder ver a Joe. No podía dejarlos allí, provocarían toda clase de preguntas.

Pensé en ellos durante un ratito y luego, cuando me di cuenta de que la mañana se me escapaba y podía aparecer alguien en cualquier momento para hablar del eclipse o de las hazañas de Vera, pensé: «Al diablo con ellas», y las tiré al pozo. Luego volví a casa. Debería decir que *deshice* el camino a casa, porque en muchas zarzas pendían trozos de mi vestido y de mi sujetador y fui recogiendo tantos como pude. Más tarde aquel mismo día regresé y recogí los tres o cuatro que me había dejado. También había pelusas de la camisa de franela de Joe, pero ésas las dejé:

«Deja que Garrett Thibodeau haga de ellas lo que quiera —pensé—. De todas formas parecerá que estaba borracho y cayó al pozo, y con la reputación que Joe tiene por aquí, cualquier decisión que tomen será probablemente a mi favor».

En cualquier caso, aquellos retazos de tela no fueron a parar a la basura como los cristales rotos y el tapón del Johnnie Walker: los tiré al mar más tarde aquel mismo día. Estaba en el jardín, lista para subir las escaleras del porche, cuando se me ocurrió algo. Joe se había agarrado a un trozo de mi sujetador que colgaba tras de mí. ¿Y si todavía tenía algún pedazo en sus manos? ¿Y si lo mantenía en el puño cerrado, en cualquiera de las dos manos que mantenía cerradas sobre el regazo en el fondo del pozo?

El pensamiento me dejó helada. Y quiero decir helada. Me quedé en el umbral de la puerta bajo aquel ardiente sol de julio, con la espalda recorrida por los escalofríos y con los huesos como si estuviéramos bajo cero, como decía algún poema que leí en el instituto. Entonces Vera volvió a hablar en mi mente: «Como no puedes hacer nada, Dolores —me dijo—, te aconsejo que lo olvides».

Me pareció un buen consejo, de manera que subí los escalones y me metí en casa.

Pasé casi toda la mañana paseándome por la casa y por el porche, buscando… Bueno, no lo sé. No sé qué buscaba exactamente. Tal vez esperara

que el ojo interior se fijara en algo más que hubiera que arreglar, tal como había ocurrido con las tablas. En cualquier caso, no vi nada.

Hacia las once di el siguiente paso, que consistía en llamar a Gail Lavesque a Pinewood. Le pregunté qué le había parecido el eclipse y todo eso y luego le pregunté cómo iba todo en casa de Su Majestad.

—Bueno —contestó—, no puedo quejarme porque no he visto a nadie, aparte de ese viejo calvo y con bigote de cepillo… ¿Sabes a quién me refiero?

Le dije que sí.

—Bajó hacia las nueve y media, salió al jardín de atrás, caminando despacio y como aguantándose la cabeza, pero al menos se ha levantado, cosa que no puedes decir de los demás.

Cuando Karen Jolander le ha preguntado si quería un zumo de naranja recién exprimido, se ha ido corriendo hasta el borde del porche y ha vomitado en las petunias. Tendrías que haberlo oído, Dolores. ¡Buaaaagggg!

Casi me eché a llorar de risa, y nunca me sentó tan bien reír como entonces.

—Debieron de montar una buena fiesta al volver del ferry —explicó Gail—. Si me dieran un centavo por cada colilla que he tirado esta mañana (sólo un centavo, mira lo que te digo), me podría comprar un Chevrolet nuevecito. Pero tendré la casa limpia y reluciente cuando la señora Donovan tire su resaca por la escalera principal, eso dalo por hecho.

—Ya lo sé —contesté—. Y si necesitas ayuda ya sabes a quién llamar, ¿no?

Gail se rió.

—De eso nada. La semana pasada te dejaste las manos trabajando y la señora Donovan lo sabe tan bien como yo. No quiere verte por aquí hasta mañana por la mañana, y yo tampoco.

—De acuerdo —concluí, y luego hice una pequeña pausa. Ella esperaba que me despidiera y cuando yo le dijera algo distinto prestaría una atención especial, tal como yo quería—. No habrás visto a Joe por ahí, ¿verdad? —le pregunté.

—¿A Joe? ¿A tu Joe?

—Sí.

—No, no lo he visto por aquí. ¿Por qué lo preguntas?

—Anoche no vino a casa.

—¡Oh, Dolores! —exclamó, a la vez horrorizada e interesada—. ¿Bebió?

—Por supuesto. No es que me preocupe… No es la primera vez que pasa

toda la noche fuera, aullando a la luna. Ya aparecerá. Las monedas falsas siempre aparecen.

Luego colgué, con la impresión de haber hecho un buen trabajo al plantar la primera semilla.

Me hice un sándwich tostado de queso para comer, pero luego no pude con él. El olor del queso y del pan tostado me hacían sentir el estómago acalorado y sudoroso. Me tomé dos aspirinas y me tumbé. Creía que no me dormiría, pero sí lo hice. Al despertarme eran casi las cuatro, momento de plantar algunas semillas más. Llamé a los amigos de Joe —es decir, a los pocos que tenían teléfono— y a cada uno le pregunté si lo había visto. Les dije que no había vuelto a casa la noche anterior, que todavía no había llegado y que ya empezaba a preocuparme. Todos contestaron que no, claro, y todos querían oír los detalles sabrosos, pero sólo le dije algo a Tommy Anderson, probablemente porque sabía que Joe se había ufanado ante él sobre cómo mantenía a raya a su mujer, y el pobre simplón de Tommy se lo tragó. Incluso en ese momento tuve cuidado de no exagerar. Sólo dije que Joe y yo habíamos discutido y que probablemente él se había largado cabreado. Aquella tarde hice un par de llamadas más, incluyendo a algunos de los que ya había llamado previamente, y me alegró comprobar que el rumor empezaba a esparcirse.

Aquella noche no dormí demasiado bien: tuve sueños terribles. Uno fue sobre Joe. Estaba de pie en el fondo del pozo, mirando hacia arriba con la cara blanca y aquellos círculos oscuros sobre la nariz que daban la impresión de que se hubiera metido pedazos de carbón en los ojos. Decía que estaba solo y no paraba de pedirme que saltara al pozo para hacerle compañía.

El otro fue peor, porque era sobre Selena. Tenía unos cuatro años y llevaba el vestido rosa que su abuela Trisha le cosió justo antes de morir. Selena subía a mi habitación y yo veía que llevaba mis tijeras de coser en la mano. Yo tendía una mano para cogerlas y ella negaba con un gesto: «Es culpa mía y tengo que pagar yo», decía. Luego se llevaba las tijeras a la cara y se cortaba la nariz. Yo caía al suelo, entre la suciedad, tras sus zapatos de cuero y me despertaba llorando. Eran sólo las cuatro, pero ya había dormido bastante por aquella noche y no era tan tonta como para no darme cuenta.

A las siete volví a llamar a Vera. Esta vez contestó su mayordomo faldero: Kenopensky. Le dije que sabía que Vera me esperaba aquella mañana pero que

no podía ir, al menos hasta que averiguara dónde estaba mi marido. Expliqué que llevaba dos noches sin aparecer y que hasta entonces nunca había pasado más de una noche borracho sin volver a casa.

Cuando ya acabábamos de hablar, la propia Vera tomó el supletorio y me preguntó qué pasaba.

—Parece que he perdido a mi marido —le expliqué.

Durante un par de segundos no dijo nada, y hubiera dado un pastel por saber qué estaba pensando. Luego habló y dijo que en mi lugar no le preocuparía nada la desaparición de Joe St. George.

—Bueno, tenemos tres hijos y es como si me hubiera acostumbrado a él. Llegaré más tarde, si Joe aparece.

—Está bien —concluyó. Y luego—: ¿Sigues ahí, Ted?

—Sí, Vera —contestó.

—Bueno, pues haz alguna tarea de hombres. Aporrea algo, o empuja algo. Me da igual lo que sea.

—Sí, Vera —repitió, y luego sonó un ligero clic al colgar.

Vera se quedó callada un par de segundos más. Luego añadió:

—Tal vez haya sufrido un accidente, Dolores.

—Sí —respondí—. No me sorprendería. Lleva varias semanas bebiendo mucho y cuando traté de hablar con él del dinero de los niños, el día del eclipse, estuvo a punto de estrangularme.

—Oh, ¿de verdad? —Un par de segundos más y luego dijo—: Buena suerte, Dolores.

—Gracias —contesté—. Tal vez la necesite.

—Si puedo hacer algo, dímelo.

—Muy amable.

—De eso nada —contestó Vera—. Lo que pasa es que no me gustaría perderte. Hoy en día cuesta mucho encontrar sirvientas que no se dediquen a meter la suciedad debajo de la alfombra.

Por no hablar de las sirvientas que no se acuerdan de dejar los felpudos encarados en la dirección adecuada, pensé, aunque no lo dije. Le di las gracias y colgué. Dejé pasar media hora y llamé a Garrett Thibodeau. En aquella época no existía nada tan moderno y aparente como un comisario de policía en Little Tall: Garrett era el guardia del pueblo. Ocupó ese cargo en 1960, cuando a Edgar

Sherrick le dio el ataque.

Le conté que Joe no había ido a casa en las dos noches anteriores y que empezaba a preocuparme. Garrett parecía adormilado. Creo que llevaba tan poco rato despierto que aún no se habría acabado la primera taza de café, pero dijo que se pondría en contacto con la policía estatal de la península y que hablaría con unos cuantos en la isla. Sabía que serían los mismos a los que yo ya había llamado —en algunos casos, incluso dos veces—, pero no se lo dije. Para acabar, Garrett añadió que estaba seguro de que vería a Joe a la hora de comer. Seguro, viejo pedorro, pensé al colgar; tan seguro como que los cerdos silban. Supongo que aquel tipo tenía suficiente cerebro como para cantar *Yankee Doodle* mientras cagaba, pero dudo que fuera capaz de recordar la letra.

Pasó una maldita semana entera hasta que lo encontraron, y para entonces yo ya estaba medio loca. Selena volvió el miércoles. La llamé el martes a última hora de la tarde y le conté que su padre había desaparecido y que la cosa parecía seria. Le pregunté si quería volver a casa y dijo que sí. Melissa Caron —ya sabéis, la madre de Tanya— fue a buscarla. Dejé a los chicos donde estaban: enfrentarme a Selena ya era bastante para empezar. Me pilló en mi huertecillo el jueves, aún dos días antes de que por fin encontraran a Joe, y me dijo:

—Mamá, dime una cosa.

—Lo que quieras, cariño.

Creo que parecía tranquila, pero ya me imaginaba lo que se avecinaba. Lo que yo te diga.

—¿Le hiciste algo?

De repente volvió mi sueño. Selena con cuatro años y su bonito vestido rojo, alzando mis tijeras de coser y cortándose la nariz. Y pensé… Recé: «Dios, por favor, ayúdame a mentir a mi hija. Por favor, Dios. Nunca volveré a pedirte nada si me ayudas a mentir a mi hija para que me crea y nunca tenga dudas».

—No —contesté. Llevaba los guantes de jardinero, pero me los quité para poder apoyar las manos en sus hombros. La miré a los ojos—. No, Selena. Estaba borracho y desagradable y me estranguló con la fuerza suficiente para dejarme estas marcas en el cuello, pero no le hice nada. Lo único que hice fue irme, y lo hice porque estaba demasiado asustada para quedarme. Lo entiendes, ¿no? ¿Lo entiendes y no me culpas? Ya sabes lo que se siente cuando le tienes miedo, ¿verdad?

Asintió, pero sus ojos no abandonaron los míos. Eran de un azul más oscuro que nunca: el color del mar justo después de un chubasco. En mi ojo interior vi el brillo del filo de las tijeras y su naricilla cayendo entre el polvo. Y te diré lo que pienso: pienso que Dios oyó la mitad de mi petición aquel día. Me he dado cuenta de que casi siempre las oye. Ninguna de las mentiras que dije sobre Joe más adelante fue mejor que la que le conté a Selena aquella calurosa tarde de julio entre las judías y las *cukes*.… Pero ¿me creyó? ¿Me creyó y no dudó nunca? Por mucho que quiera creer que la respuesta es que sí, no puedo. Lo que oscurecía sus ojos era la duda: entonces y para siempre.

—La máxima culpa que tengo es por haberle comprado una botella de alcohol, por haber tratado de sobornarlo para que fuera amable. Tendría que haberme dado cuenta.

Siguió mirándome un rato y luego se agachó y cogió la bolsa de pepinos que acababa de llenar.

—De acuerdo —concluyó—. Te llevo esto a casa.

Y eso fue todo. Nunca volvimos a hablar de ello, ni antes ni después de que lo encontraran.

Debió de oír muchas cosas sobre mí, tanto en la isla como en el instituto, pero no volvió a hablar del asunto. Sin embargo, la frialdad empezó allí, aquella tarde en el jardín. Y allí apareció entre nosotras la primera grieta en el muro que todas las familias ponen entre ellas y el resto del mundo.

Desde entonces, no ha hecho más que ensancharse. Me llama y me escribe con una regularidad matemática, es buena para eso, pero aun así permanecemos distantes. Somos extrañas. Yo hice lo que hice sobre todo por Selena, no por los niños ni por el dinero que su padre pretendía robar. Si le busqué la muerte fue sobre todo por Selena y lo que perdí por protegerla fue su amor más profundo. Una vez oí a mi padre decir que Dios la jodió el día en que creó el mundo y con el paso de los años he llegado a entender lo que quería decir. Y… ¿sabes lo peor? A veces es divertido. A veces es tan divertido que no puedes evitar reírte incluso cuando todo se desmorona a tu alrededor.

Mientras tanto, Garrett Thibodeau y sus compinches se ajetreaban en no encontrar a Joe.

Había llegado a tal extremo que se me ocurrió que tendría que descubrirlo yo misma, por poco que me apeteciera la idea. Si no llega a ser por la pasta, me

hubiera encantado dejarlo ahí abajo hasta el día del juicio final. Pero el dinero estaba en Jonesport, sentadito en una cuenta a su nombre, y no me apetecía esperar siete años hasta que lo declarasen legalmente muerto para que yo pudiera recuperarlo. Selena iría a la universidad al cabo de poco más de dos años y querría parte de ese dinero para ponerse en marcha.

La idea de que Joe pudiera haberse ido con su botella al bosque de detrás de casa y hubiera pisado una trampa o hubiese caído al volver borracho en la oscuridad empezó a asomar por fin.

Garrett insistió en que se le había ocurrido a él, pero me cuesta mucho creerlo porque fui con él a la escuela. Da lo mismo. Colgó una lista para reclutar voluntarios en la puerta del ayuntamiento el jueves por la tarde, y el sábado por la mañana —es decir, una semana después del eclipse— empezó una partida de búsqueda formada por cuarenta o cincuenta hombres.

Formaron una línea por el lado de Highgate Woods que da a East Head y fueron avanzando hacia la casa, primero a través del bosque y luego por Russian Meadow. Hacia la una, los vi cruzar el prado en una larga hilera, riendo y bromeando, pero cuando cruzaron y entraron en nuestra propiedad y se metieron en los zarzales de moras, cesaron las bromas y empezaron las maldiciones.

Me quedé en la puerta de entrada, viéndolos llegar, y el corazón me latía con tanta fuerza que parecía a punto de salirse por la garganta.

Recuerdo que pensé que al menos Selena no estaba en casa —había ido a ver a Laurie Langill—, lo cual era una bendición. Luego empecé a pensar que aquellas zarzas les harían enviarlo todo a cascarla y abandonar la búsqueda antes de llegar a las cercanías del pozo. Pero seguían acercándose. De repente, oí gritar a Sonny Benoit:

—¡Eh, Garrett! ¡Aquí! ¡Venid aquí!

Y supe que, para bien o para mal, habían encontrado a Joe.

Le hicieron la autopsia, claro. Se la hicieron el mismo día y supongo que todavía duraría cuando Jack y Alicia Forbert trajeron a los críos de vuelta, al anochecer. Pete estaba llorando, pero parecía confuso: creo que no acababa de entender lo que le había ocurrido a su padre. Joe junior sí, y cuando me abordó pensé que iba a preguntar lo mismo que Selena y me dispuse a contestar con la misma pregunta. Pero me preguntó algo totalmente distinto:

—Ma —dijo—. Si yo estuviera contento de que papá haya muerto… ¿Dios

me enviaría al infierno?

Joey, uno no puede evitar sus sentimientos y creo que eso lo sabe Dios —le contesté.

Entonces se echó a llorar y dijo algo que me partió el corazón:

—Yo intentaba quererle. Siempre lo intentaba, pero él no me dejaba.

Lo tomé entre mis brazos y le abracé con todas mis fuerzas. Creo que fue el momento en que más cerca estuve de llorar en toda esta historia… Pero, claro, debéis recordar que no había dormido bien y que aún no tenía ni idea de cómo saldrían las cosas.

Tenía que haber un interrogatorio el martes y Lucien Mercier, que en aquella época dirigía el único tanatorio de Little Tall, me informó que al fin me permitirían enterrar a Joe en el cementerio de The Oaks el miércoles. Pero el lunes, el día antes del interrogatorio, Garrett me llamó por teléfono y me preguntó si podía bajar a su oficina sólo para un rato. Era una llamada que había esperado y temido, pero no podía hacer nada, de modo que le pedí a Selena que le diera la comida a los chicos y salí. Garrett no estaba solo. El doctor John McAuliffe estaba con él. Eso también lo había esperado, más o menos, pero aun así el corazón me dio un vuelco.

En aquella época McAuliffe era el forense del condado. Murió tres años después, cuando un quitanieves chocó con su pequeño escarabajo Volkswagen. Cuando McAuliffe murió lo sustituyó Henry Briarton. Si Briarton llega a ser el forense en el sesenta y tres, me hubiera sentido mucho más tranquila en la charla de aquel día. Briarton es más listo que el pobre Garrett Thibodeau, pero sólo un poco. En cambio, John McAuliffe… Tenía una mente brillante como la luz del faro de Battiscan.

Era un escocés genuino que había aparecido por aquí justo después del fin de la Segunda Guerra Mundial, con su pronunciación y sus tacos escoceses. Supongo que debía de ser ciudadano estadounidense, puesto que además de ser médico ejercía como forense, pero desde luego no hablaba como la gente de por aquí. No es que me preocupara; sabía que tendría que enfrentarme a él, tanto si era americano como escocés, como jodido chino.

Su cabello era de un blanco níveo, aunque no debía de tener más de cuarenta y cinco años, y los ojos de un azul tan brillante y agudo que parecían taladros. Cuando te miraba, te sentías como si te atravesara la cabeza y te ordenara

alfabéticamente los pensamientos. En cuanto lo vi sentado junto al escritorio de Garrett y oí el clic de la puerta que nos separaba del resto del edificio del ayuntamiento al cerrarse, supe que lo que ocurriera al día siguiente en la península no importaría ni un comino. El verdadero interrogatorio sería allí mismo, en aquella habitación minúscula del guardia, con un calendario de la Weber Oil colgado en una pared y una foto de la madre de Garrett en la otra.

—Siento molestarla en su luto, Dolores —se excusó Garrett. Se frotaba las manos, como si estuviera nervioso, y me recordó al señor Pease, el del banco. Sin embargo, Garrett debía de tener más callos en las manos, porque el sonido de las manos al frotar arriba y abajo era como si se pasara una fina lija sobre una tabla seca—. Pero al señor McAuliffe le gustaría hacerle algunas preguntas.

Por la sorprendida mirada que Garrett dirigió al doctor entendí que él no sabía cuáles eran esas preguntas, y eso aún me asustó más. No me gustaba la idea de que aquel tozudo escocés pensara que el asunto era tan serio como para reservar sus propias ideas y no dar al pobre Garrett Thibodeau la oportunidad de fastidiarle el trabajo.

—Mi más sincero pésame, señora St. George —saludó McAuliffe con su duro acento escocés.

Era un hombre pequeño, pero corpulento y de buena hechura. Llevaba un bigotito agradable, tan blanco como el cabello de la cabeza, vestía un traje de lana con chaleco y del mismo modo que no hablaba como los de aquí también su aspecto resultaba foráneo. Aquellos ojos seguían taladrando mi frente y vi que no sentía ninguna compasión por mí, por mucho que dijera lo contrario. Probablemente no la sentiría por nadie, ni siquiera por él mismo.

—Siento mucho, mucho, su dolor y su desgracia.

Claro, y si voy y me lo creo me dirás algo más, pensé. La última vez que sentiste algo, doctor, fue cuando necesitabas el lavabo público y se rompió la cuerda de la moneda trucada. Pero en ese mismo momento decidí que no mostraría lo asustada que estaba. Tal vez ya me hubiera pillado, tal vez no. Tenéis que recordar que, hasta donde yo sabía, estaba a punto de decirme que después de tumbar a Joe en la mesa, en el sótano del hospital del condado, al abrir sus manos había caído un pedacito de nailon blanco: un retazo de sujetador. Bueno, podía ser. Pero aun así no pensaba darle la satisfacción de retorcerme ante su mirada. Y estaba acostumbrado a que los demás se retorcieran ante su

mirada: lo llegaba a considerar como una obligación y le gustaba.

—Muchas gracias —contesté.

—¿Quiere sentarse, señora? —preguntó, como si fuera su oficina, y no la del pobre y confuso Garrett.

Me senté y me preguntó si le daba permiso para fumar. Le dije que, en cuanto a lo que a mí concernía, tenía luz verde. Sonrió como si hubiera dicho algo gracioso, pero sus ojos no sonreían.

Sacó una pipa grande y negra del bolsillo del abrigo, un paquete de tabaco, y la cargó. Mientras lo hacía, sus ojos no me abandonaron. Ni siquiera cuando ya la tenía atrapada entre los dientes y el humo se elevaba desde el cuenco. Su forma de contemplarme a través del humo me provocaba escalofríos y me hacía pensar de nuevo en el faro de Battiscan: dicen que brilla casi a más de dos kilómetros incluso en una noche de niebla tan espesa que puedes palparla con la mano.

Empecé a retorcerme bajo su mirada a pesar de mis buenas intenciones y luego pensé en Vera Donovan diciendo: «Tonterías… Cada día muere algún marido, Dolores». Se me ocurrió que McAuliffe podía mirar a Vera hasta que se le cayeran los ojos y no conseguiría ni que cruzara las piernas. Al pensar eso me relajé un poco y me quedé más tranquila. Dejé las manos plegadas sobre el bolso y me quedé esperando.

Al final, cuando vio que no me iba a caer de la silla y confesar que había matado a mi marido —en medio de una lluvia de lágrimas, como a él le habría gustado, supongo—, se quitó la pipa de la boca y dijo:

—Usted le dijo al guardia que esos moratones del cuello se los había hecho su marido, señora St. George.

—Sí —contesté.

—Que habían estado los dos sentados en el porche para ver el eclipse y entonces empezaron a discutir.

—Ajá.

—¿Y qué discutían, si no es mucho preguntar?

—Sobre todo, del dinero —expliqué—. Y además de la bebida.

—Pero usted misma le había comprado el licor con el que se emborrachó ese día, señora St. George. ¿No es eso cierto?

—Ajá —respondí.

Me asaltaban las ganas de decir algo más, de explicarme, pero no lo hice, aunque habría podido. Era lo que McAuliffe esperaba, ¿entendéis?, que me lanzara. Para que mis palabras me llevaran a la celda.

Al final se cansó de esperar. Removió los dedos como si estuviera inquieto y luego concentró de nuevo su mirada de faro sobre mí.

—Después del incidente del estrangulamiento, usted dejó a su marido; se fue a Russian Meadow, de camino a East Head, para ver el eclipse sola.

—Ajá.

Se inclinó hacia delante de repente, con las manitas sobre las rodillas y dijo:

—Señora St. George, ¿sabe en qué dirección soplaba el viento ese día?

Fue como el día de noviembre del 62, cuando encontré el pozo al caerme: me pareció oír el mismo crujido y pensé: «Ten cuidado, Dolores Claiborne. Ten mucho cuidado. Hoy hay pozos por todas partes y este hombre sabe dónde está cada uno de esos malditos agujeros».

—No —contesté—. No lo sé. Y cuando no sé de dónde viene el viento, generalmente significa que es un día de calma.

—De hecho, no había más que una brisa… —empezó a decir Garrett, pero McAuliffe alzó la mano y le cortó como una navaja.

—Venía del oeste —aclaró—. Un viento del oeste, una brisa del oeste, si prefiere, de entre diez y quince kilómetros por hora, con rachas de veinticinco. Me resulta extraño, señora St. George, que ese viento no le llevara los gritos de su marido cuando estaba en Russian Meadow, a menos de medio kilómetro de distancia.

No dije nada durante los tres segundos siguientes. Había decidido contar mentalmente hasta tres antes de contestar cualquier pregunta. Eso podía servir para no responder demasiado rápido y pagarlo cayendo en alguna de las trampas que me habría tendido. Pero McAuliffe debió de pensar que me había confundido desde el principio, porque se inclinó hacia delante en la silla y estoy dispuesta a declarar bajo juramento que sus ojos pasaron del azul caliente al blanco caliente.

—No me sorprende —respondí—. Para empezar, once kilómetros por hora no es más que un soplo de aire en un día de niebla. Además, había casi un millar de botes en la bahía, todos tocando la bocina. ¿Y cómo sabe usted si gritó? Desde luego, usted no lo oyó.

Se retrepó en el asiento, con cierta decepción.

—Es una deducción razonable —concedió—. Sabemos que no murió por la caída y las pruebas forenses sugieren con insistencia que al menos tuvo un prolongado período de conciencia. Señora St. George, si usted se cayera en un pozo abandonado y se encontrara con la mandíbula rota, el tobillo partido, cuatro costillas rotas y una muñeca distendida… ¿No pediría ayuda y socorro?

Conté los tres segundos con el truco del millón y luego respondí:

—No soy yo quien cayó en el pozo, doctor McAuliffe. Era Joe y había bebido.

—Sí —repuso McAuliffe—. Usted le compró una botella de whisky escocés, a pesar de que todas las personas con las que he hablado dicen que usted odiaba que bebiera; a pesar de que se volvía desagradable y peleón cuando bebía, usted le compró una botella de whisky, y no es que hubiera bebido, es que estaba borracho. Estaba muy borracho. También tenía la boca llena de fluido y la camisa estaba manchada hasta la cintura. Si se combina la presencia de ese fluido con el hecho de que tenía las costillas rotas, con las consecuentes heridas pulmonares… ¿Sabe usted lo que eso sugiere?

Un millón uno, un millón dos, un millón tres…

—No —contesté.

—Algunas de las costillas rotas se habían clavado en los pulmones. Esa clase de heridas siempre sangran, pero no tanto. La cantidad de sangre probablemente procede, según mi deducción, de los constantes gritos de auxilio del difunto.

No era una pregunta, pero conté hasta tres antes de responder:

—Usted cree que él gritó para pedir auxilio ¿Se trata de eso? —No, señora. No sólo lo creo: tengo la certeza moral de que fue así.

Esta vez no esperé.

—Doctor McAuliffe, ¿cree usted que yo empujé a mi marido al pozo?

Eso le sorprendió. Sus ojos de faro no sólo pestañearon, sino que durante unos segundos llegaron a apagarse. Toqueteó la pipa un rato más, luego la llevó de nuevo a la boca y dio una calada, sin dejar de pensar en cómo debía de manejar el asunto.

Sin darle tiempo a decidirlo, Garrett intervino. Se había puesto rojo como la grana.

—Dolores. Estoy seguro de que nadie cree… Es decir, nadie ha considerado

siquiera la idea de que…

—Yo sí —interrumpió McAuliffe. Había conseguido descarrilar su pensamiento por unos segundos, pero vi que ya había vuelto a recuperar el raíl sin ningún problema—. Yo sí la he considerado. Entenderá, señora St. George, que parte de mi trabajo…

—Oh, deje de llamarme señora St. George —protesté—. Si va a acusarme de tirar a mi marido al pozo y luego quedarme mirándolo mientras él gritaba pidiendo auxilio, no se contenga y llámeme Dolores.

Esta vez no pretendía desorientarlo, Andy, pero que me parta un rayo si no es verdad que lo conseguí por segunda vez en tan poco rato. Dudo que nadie lo hubiera puesto a prueba con tanta dureza desde la universidad.

—Nadie le acusa de nada, señora St. George —dijo con su rigidez.

Y lo que vi en sus ojos significaba: «Al menos, todavía no».

—Mejor así —contesté—. Porque la idea de que yo tirase a Joe al pozo es simplemente estúpida, ¿sabe? Pesaba al menos veinte kilos más que yo, probablemente bastante más que eso. Había engordado bastante en los últimos años. Además, no le importaba usar los puños si alguien se cruzaba en su camino o le cabreaba. Se lo digo como esposa que he sido durante dieciséis años, y encontrará a mucha gente que pueda decirle lo mismo.

Claro, Joe no me había pegado en los últimos tiempos, pero yo tampoco había tratado de desmentir la opinión, generalizada entre la gente de la isla, de que lo hacía regularmente. En aquel momento, con los ojos azules de McAuliffe tratando de atravesarme la frente, lo agradecí un montón.

—Nadie dice que lo tirase usted —matizó el escocés. Ahora se echaba atrás. Vi en su cara que él mismo se daba cuenta de su renuncio, pero no tenía ni idea de cómo había llegado ahí. A juzgar por su rostro, se suponía que era yo quien debía estar reculando—. Pero seguro que él chilló. Debió de hacerlo durante bastante rato, tal vez horas, y en voz muy alta.

Un millón uno, un millón dos, un millón tres…

—Puede que ahora le entienda mejor. Tal vez usted crea que cayó al pozo accidentalmente y que yo lo oí y simplemente me hice la sorda. ¿Se refiere usted a eso?

Vi en su cara que se refería exactamente a eso. También vi que le cabreaba que el asunto no se estuviera planteando como él esperaba, como siempre que

preparaba esos pequeños interrogatorios. En sus dos mejillas había asomado una minúscula circunferencia de color rojo brillante. Me encantó verlo, porque quería que se cabreara. Los hombres como McAuliffe son más fáciles de manejar cuando están cabreados, porque tienen la costumbre de mantener la compostura mientras son los demás quienes la pierden.

—Señora St. George, será muy difícil conseguir nada que valga la pena si sigue usted contestando a mis preguntas con preguntas.

—Bueno, es que usted no ha preguntado nada, señor McAuliffe —apunté, abriendo los ojos con apariencia ingenua—. Me ha dicho que Joe debió de gritar (usted ha dicho «chillar»), por eso le he preguntado si…

—De acuerdo, de acuerdo —interrumpió, al tiempo que se retiraba la pipa de la boca y la dejaba en el cenicero de Garrett con la suficiente fuerza como para que sonara.

Ahora le ardían los ojos y tenía una tira roja en la frente además de las circunferencias de las mejillas.

—¿Le oyó usted pedir auxilio, señora St. George?

Un millón uno, un millón dos, un millón tres…

John, no creo que haya razones para apretar a esta mujer —intervino Garrett, más incómodo que nunca y rompiendo una vez más la concentración del escocés. Estuve a punto de echarme a reír. Me hubiera ido mal, no lo dudo, pero la cuestión es que estuve a punto.

McAuliffe se dio la vuelta y se dirigió a Garrett:

—Aceptó dejar que me encargara yo.

El pobre viejo de Garrett se retrepó en la silla tan rápido que casi la tumba, y estoy segura de que tuvo hasta un tirón en la espalda.

—Vale, vale, no hace falta alterarse —murmuró.

McAuliffe se volvió hacia mí, dispuesto a repetir la pregunta, pero no le dejé. Ya casi había contado hasta diez.

—No —contesté—. No oí más que a la gente de la bahía, que tocaban la bocina y gritaban como locos en cuanto vieron que empezaba el eclipse.

Esperó a que dijera algo más —su viejo truco de dejar que la gente caiga por sí misma en la trampa—, y el silencio giró entre nosotros. Mantuve las manos enlazadas sobre el bolso y dejé que girase. Él me miró y le devolví la mirada.

«Acabarás hablando, mujer —decían sus ojos—. Acabarás diciéndome todo

lo que quiero oír…

Y si hace falta lo dirás dos veces.»

Y los míos contestaban: «De eso nada, monada. Te puedes quedar ahí sentado con tus ojos de diamante hasta que el infierno se convierta en una pista de patinaje sobre hielo y no conseguirás una palabra de más, a no ser que abras la boquita y preguntes».

Seguimos así durante un maldito minuto entero, retándonos con la mirada, y hacia el fin noté que me debilitaba, que quería decirle algo, aunque sólo fuera: «¿No le explicó su madre que mirar fijamente es de mala educación?». Entonces intervino Garrett, o mejor dicho su estómago. Soltó un ruido muy laaaaaaargo.

McAuliffe lo miró rabioso como una mona, y Garrett sacó la navaja de bolsillo y se puso a limpiarse las uñas. McAuliffe sacó una libreta del bolsillo interior de su abrigo de lana (¡lana en Julio!), miró algo que había escrito en ella y la volvió a guardar.

—Trató de escalar —explicó por fin, de un modo tan casual como si hubiera dicho: «He quedado para comer».

Fue como si alguien me hubiera clavado un tenedor en la riñonada, donde me dio Joe con el leño, pero intenté que no se me notara.

—¿Ah, sí? —respondí.

—Sí. La pared interior del pozo está formada por grandes piedras y encontramos huellas ensangrentadas en algunas de ellas. Parece que consiguió alzar los pies y luego empezó a subir poco a poco, mano a mano. Debió de ser un esfuerzo hercúleo, pues tuvo que superar un dolor más penoso de lo que se puede imaginar.

—Lamento saber que sufrió —contesté. Mi voz sonaba más tranquila que nunca, o al menos eso creo, pero noté que el sudor empezaba a asomar por mis axilas y recuerdo que temí que me brotara también en la frente o en los pequeños orificios de la sien, donde él podría verlo—. Pobrecito Joe.

—Sí, claro —respondió McAuliffe. Le brillaban los ojos más que nunca, pero su voz sonaba suave como un gato ronroneando—. Encontramos una piedra grande entre sus piernas. Estaba cubierta por la sangre de su marido, señora St. George. Y en esa sangre encontramos unos cuantos fragmentos de porcelana. Y ¿sabe qué deduzco de eso?

Uno… dos… tres.

—Parece que la piedra debió de partirle la dentadura postiza, además de la cabeza —respondí—.

Qué pena. Joe la necesitaba y no sé cómo se las arreglará Lucien Mercier para que tenga buen aspecto para el entierro sin la dentadura.

McAuliffe encogió los labios al oírme y pude echar un buen vistazo a sus dientes. No eran postizos. Supongo que pretendía ser una sonrisa, pero no lo parecía. Ni un pelo.

—Sí —afirmó, enseñándome su doble hilera de dientecitos hasta las encías —. Sí, ésa es también mi conclusión. Esos pedazos de porcelana son de la mandíbula inferior. Entonces, señora St. George… ¿tiene usted idea de cómo pudo la piedra golpear a su marido cuando estaba a punto de salir del pozo?

Uno… dos… tres.

—No. ¿Y usted?

—Sí —afirmó—. Más bien sospecho que alguien la arrancó del suelo y la lanzó cruelmente y con alevosía contra su rostro alzado y suplicante.

Después de eso nadie dijo nada. Yo hubiera querido, lo sabe Dios: quería saltar más rápido que nunca y decir: «No fui yo. Tal vez lo hiciera alguien, pero no fui yo». Sin embargo, no podía, porque estaba de nuevo en los zarzales y esta vez había pozos por todas partes.

En lugar de hablar me quedé mirándolo, pero de nuevo noté que el sudor amenazaba con brotar y que mis manos enlazadas querían estrecharse con fuerza. Si lo hacía, se me pondrían blancas las uñas y él se daría cuenta. McAuliffe estaba hecho para darse cuenta de esas cosas: sería otro resquicio sobre el que proyectar su Faro de Battiscan. Traté de pensar en Vera, en cómo le hubiera mirado ella —como si sólo fuera una mierda de perro que se le hubiera enganchado en el zapato—, pero no pareció servir de nada contra aquellos ojos que me perforaban. Antes, me había parecido casi como si ella estuviera en la habitación conmigo, pero ya no era así. Ya no había nadie más que yo y aquel doctorcillo escocés que se tenía a sí mismo por uno de esos detectives aficionados de las revistas (y cuyo testimonio, según descubrí más adelante, había enviado a casi una docena de personas a la cárcel), y me di cuenta de que cada vez estaba más cerca de abrir la boca y soltar algo. Y lo peor, Andy, era que no tenía la menor idea de qué acabaría saliendo. Oí el tic tac del reloj del escritorio de Garrett: era un sonido amplio y hueco.

Iba a decir algo cuando la persona de la que me olvidaba, Garrett Thibodeau, intervino.

Habló con voz preocupada, rápida, y noté que ya no podía seguir aguantando aquel silencio…

Debió de pensar que duraría hasta que alguien tuviera que gritar para aliviar la tensión.

—Bueno, John —dijo—. Creía que estábamos de acuerdo en que si Joe tiró de esa piedra pudo haberle caído encima y…

—¡Quiere callarse! —le gritó McAuliffe con voz altisonante y frustrada, al tiempo que yo me relajaba.

Se había acabado. Lo sabía, y creo que también lo sabía el escocés. Era como si los dos hubiéramos estado juntos en un cuarto oscuro y él me rozara la cara, tal vez con una cuchilla, y de repente el torpe de Garrett Thibodeau tropezara, cayera contra la ventana y levantara la persiana con un buen estallido, permitiendo que entrara la luz del sol, y yo me diera cuenta de que al fin y al cabo sólo me estaban tocando con una pluma.

Garrett murmuró algo acerca de que McAuliffe no tenía derecho a hablarle así, pero el doctor no le hizo ningún caso. Se volvió hacia mí y dijo:

—¿Entonces, señora St. George?

Con dureza, como si me tuviera arrinconada, pero los dos sabíamos que no era así. Sólo le cabía esperar que yo cometiera un error… pero yo tenía tres críos en los que pensar, y cuando una tiene críos se vuelve cuidadosa.

—Ya le he dicho lo que sé —respondí—. Se emborrachó mientras esperábamos el eclipse. Le hice un sándwich, creyendo que tal vez se recuperaría un poco, pero no sirvió de nada. Se puso a gritar, luego me quiso estrangular y me golpeó un poco, de modo que me largué a Russian Meadow. Cuando volví, se había ido. Pensé que se habría largado con alguno de sus amigos, pero ya estaba en el pozo. Supongo que habría intentado tomar el atajo a la carretera. Incluso puede ser que me estuviera buscando para pedirme perdón. Eso no lo sabré nunca, y tendré que conformarme. —Le dirigí una dura mirada—. Tal vez a usted le convenga la misma medicina, doctor McAuliffe.

—Déjese de consejos, señora —respondió McAuliffe, y sus manchas rojas en las mejillas ardían más que nunca—. ¿Se alegra de que haya muerto? ¡Dígamelo!

—¿Y eso qué coño tiene que ver con lo que le ocurrió? —repuse—. Joder, ¿qué le pasa?

No contestó. Cogió la pipa con un temblor apenas perceptible en la mano y se puso a encenderla de nuevo. No preguntó nada más. La última pregunta que me hicieron ese día vino de Garrett Thibodeau. McAuliffe no lo preguntó porque no importaba, al menos para él. En cambio a Garrett sí, y mucho más a mí, porque el asunto no se acabaría cuando yo abandonara el edificio del ayuntamiento: de alguna manera, en ese momento empezaría todo. Aquella pregunta y mi modo de responderla importaban mucho porque era la clásica cuestión que no significa nada en un juzgado pero que se murmura en los patios cuando las mujeres tienden las coladas o en los botes de pesca de langostas, cuando los hombres se sientan a comer con la espalda apoyada en el tambucho. Esas cosas no te envían a la prisión, pero te pueden colgar a ojos del pueblo.

—En nombre de Dios, ¿por qué le compró una botella de whisky? —casi gimoteó Garrett—.

¿Cómo se le pudo ocurrir?

—Pensé que si tenía algo que beber me dejaría en paz —contesté—. Pensé que podríamos sentarnos juntos tranquilamente a ver el eclipse y que me dejaría en paz.

No llegué a llorar de verdad, pero noté que me caía una lágrima por la mejilla. A veces creo que por eso pude seguir viviendo en Little Tall durante los treinta años siguientes: por aquella única lágrima. Si no llega a ser por eso, me hubieran echado con sus murmullos y cotilleos y señalándome a mis espaldas. Ah, sí, al final lo habrían logrado. Soy dura, pero no sé si existe alguien tan duro como para aguantar treinta años de murmullos y anónimos con mensajes como:

«Te libraste con tu asesinato». Recibí algunos, y supuse quién me los enviaba, aunque eso ya no tiene nada que ver a estas alturas, pero se acabaron en otoño, cuando volvió a empezar el colegio.

De modo que supongo que se puede decir que le debo el resto de mi vida, incluida esta parte, a aquella lágrima… y a Garrett por correr la voz de que en última instancia no había sido tan dura de corazón como para no llorar por Joe. Tampoco era algo premeditado, no vayáis a creer. Pensaba en la pena que me daba que Joe hubiera sufrido tanto dentro del pozo como decía el escocés. A pesar de todo lo que hizo y de lo mucho que había llegado a odiarle desde que

descubriera lo que pretendía hacerle a Selena, nunca pretendí que sufriera. Creía que la caída lo mataría, Andy, juro por Dios que creía que moriría directamente al caer.

El pobre Garrett Thibodeau se puso rojo como un semáforo. Sacó a trompicones un kleenex del paquete que tenía sobre la mesa y me lo acercó sin mirarme —supongo que pensaría que después de aquella primera lágrima vendría el llanto—, y me pidió perdón por haberme sometido a un interrogatorio «tan agotador». Supongo que era la mejor definición que se le ocurría.

En ese momento McAuliffe soltó un ¡hum!, dijo algo acerca de que estaría en el interrogatorio para oír cómo me tomaban testimonio y luego se fue: en realidad salió de estampida y dio un portazo tan fuerte que el cristal crujió. Garrett esperó a que desapareciera y luego me acompañó hasta la puerta, tomándome del brazo pero sin mirarme aún (era bastante cómico), y sin dejar de murmurar. No estoy segura de qué murmuraba, pero supongo que, fuera lo que fuese, era su manera de pedir perdón. El hombre tenía el corazón tierno y no so portaba ver a alguien desgraciado, eso se lo reconozco. Y diré una cosa más a favor de Little Tall: ¿en qué otro lugar podría un hombre así no sólo ser el guardia local durante casi veinte años, sino también recibir una cena en su honor con una ovación de gala al final cuando se retiró? Os diré lo que pienso: un lugar en el que un hombre de buen corazón puede tener éxito como defensor de la ley no es un mal lugar en el que vivir. En absoluto. Aún así, nunca me ha alegrado tanto oír que la puerta se cerraba tras de mí como aquel día, cuando la cerró Garrett.

Así que aquello era el hueso duro y, en comparación, el interrogatorio del día siguiente no sería nada. McAuliffe repitió algunas preguntas, y eran bastante difíciles, pero ya no tenía ningún poder sobre mí y los dos lo sabíamos. Mi lágrima funcionó muy bien, pero las preguntas de McAuliffe —aparte del hecho de que todo el mundo vio que estaba cabreado conmigo como una mona— tuvieron mucho que ver con el principio de los rumores que desde entonces han recorrido la isla. Total, la gente habría hablado igualmente, ¿no os parece?

El veredicto fue muerte accidental. A McAuliffe no le gustó y al final leyó sus conclusiones con voz casi muerta, sin levantar la mirada ni una sola vez, pero aun así lo que dijo tenía carácter oficial: Joe había caído borracho al pozo, probablemente había pedido auxilio durante un buen rato sin ser oído, y luego

había tratado de ascender a pulso. Había llegado casi hasta arriba y entonces se había apoyado en una piedra inestable. La piedra había cedido, le había caído en la cabeza con tanta fuerza que le partió el cráneo (por no mencionar la dentadura) y lo había enviado de nuevo al fondo, donde había muerto.

Tal vez lo más importante —y no me di cuenta hasta más adelante— era que no habían podido encontrar motivos que atribuirme. Por supuesto, la gente del pueblo (así como el doctor McAuliffe, no me cabe duda) creía que si lo había hecho yo era para que no me pegara más, pero ese argumento no tenía el peso suficiente. Sólo Selena y el señor Pease sabían qué motivos tenía y a nadie, ni siquiera al listo del doctor McAuliffe, se le ocurrió interrogar al señor Pease. Si lo hubiese hecho, habría aparecido nuestra charla en The Chatty Buoy y le habrían creado un problema en el banco. Al fin y al cabo, yo le había convencido para que rompiera las normas.

En cuanto a Selena… Bueno, creo que Selena me juzgó con su propio tribunal. De vez en cuando notaba sus ojos fijos en mí, oscuros y tempestuosos, y en mi mente oía sus preguntas: ¿Le hiciste algo? ¿Le hiciste algo, mamá? ¿Fue por mi culpa? ¿Debería pagarlo yo?

Creo que sí lo pagó y eso es lo peor. La niñita isleña que nunca había salido del estado de Maine hasta que fue a Boston para un campeonato de natación a los dieciocho se ha convertido en una mujer lista, de exitosa carrera en Nueva York. Salió un artículo sobre ella en el *New York Times* hace dos años, ¿lo sabíais? Escribe en todas esas revistas y aun así encuentra tiempo para escribirme cada semana… Pero son cartas rutinarias, igual que las llamadas por teléfono un par de veces al mes. Creo que sus llamadas y las notitas que me envía son su manera de compensar a su corazón por el hecho de que ya no viene nunca, por cómo ha cortado sus lazos conmigo. Sí, creo que lo ha pagado, es cierto: creo que la que menos culpa tenía fue la que más pagó, y aún sigue pagando.

Tiene cuarenta y cuatro años, no se ha casado, está demasiado delgada y creo que bebe: lo noto más de una vez en su voz cuando me llama. Imagino que ésa debe de ser una de las razones por las que ya no viene nunca: no quiere que la vea bebiendo como a su padre. O tal vez tenga miedo de lo que pueda decir si se toma una copa de más y yo ando por ahí. De lo que pueda preguntar.

Pero da lo mismo. Eso es agua pasada. Conseguí librarme, eso es lo

importante. Si llega a haber un seguro de vida, o si Pease no se hubiera callado, tal vez no lo habría conseguido. De esas dos cosas, tal vez lo peor habría sido una póliza de seguros bien cara. Lo último que necesitaba en el mundo era algún listillo investigador de una agencia de seguros que se sumara al doctorcillo escocés, a quien ya le cabreaba bastante la idea de que una isleña ignorante hubiera podido con él.

No, con cualquiera de esas dos cosas creo que me habrían pillado.

¿Qué pasó? Pues supongo que lo que pasa siempre en estos casos, cuando se comete un asesinato y no se descubre al culpable. La vida siguió, eso es todo. Nadie apareció con información en el último instante, como en las películas, ni yo intenté matar a nadie más y Dios no me castigó con un rayo. A lo mejor Él pensó que enviarme un rayo por Joe St. George era malgastar electricidad. Supongo que eso es una blasfemia, pero también me parece que no es más que la pura verdad.

La vida siguió. Volví a Pinewood y a Vera. Selena recuperó sus viejas amistades al volver al colegio aquel otoño y a veces la oía reír cuando hablaba por teléfono. Cuando por fin la noticia trascendió, Little Pete se lo tomó mal… y también Joe Junior. De hecho, Joe se lo tomó peor de lo que esperaba. Perdió peso y tuvo algunas pesadillas, pero al verano siguiente ya parecía recuperado. Lo único que cambió de verdad durante el resto de 1963 fue que Seth Reed vino a ponerme una tapa de cemento en el pozo viejo.

Seis meses después de la muerte de Joe, su testamento se abrió en el juzgado. Yo ni siquiera estaba allí. Recibí un papel en el que se me decía que todo era mío: podía venderlo o canjearlo o tirarlo al mar azul. Cuando acabé de leer qué me había dejado, pensé que la última de esas opciones parecía la mejor. Sin embargo, descubrí algo sorprendente: si tu marido muere de repente, puede ser útil que todos sus amigos fueran idiotas, como era el caso de Joe. Le vendí a Norris Pinette por veinticinco dólares la vieja radio de onda corta, con la que llevaba diez años molestando; y los tres camiones de chatarra del patio trasero a Tommy Anderson. El muy tonto estaba encantado de quedárselos y yo usé el dinero para comprarme un Chevy del 59 al que le sonaban las válvulas, pero aparte de eso funcionaba bien. También hice que pusieran a mi nombre las libretas de ahorro de Joe y volví a abrir las cuentas de los niños.

Ah, y otra cosa: en enero de 1964 empecé a usar de nuevo mi nombre de

soltera. No monté ninguna fanfarria al respecto, pero maldita sea si estaba dispuesta a arrastrar el St. George conmigo para el resto de mi vida, como si fuera una lata atada a la cola de un perro. Supongo que se podría decir que corté la cuerda que sostenía la lata… pero no me libré de él con tanta facilidad como de su nombre, lo que yo te diga.

Tampoco es que esperara lo contrario: tengo sesenta y cinco años y al menos durante cincuenta he sabido que ser humano consiste sobre todo en saber escoger y en pagar la cuenta cuando llega. Algunas de las elecciones son bastante desagradables, pero eso no le da a una persona permiso para prescindir de ellas, sobre todo si esa persona tiene a otras que dependen de ella para que haga lo que ellas no pueden hacer. En ese caso, uno tiene que escoger lo mejor y luego pagar el precio. Para mí, el precio fue un montón de noches en las que me desperté bañada en sudor frío por las pesadillas, y aún más cuando no conseguía ni dormirme: eso y el ruido de la piedra cuando le golpeó en la cara, partiéndole el cráneo y la dentadura, aquel sonido como de vajilla rota sobre un ladrillo. Lo he oído durante treinta años. A veces es eso lo que me despierta, a veces me deja sin dormir y a veces me sorprende a plena luz del día. A lo mejor estaba durmiendo en casa, en el porche o limpiando la plata en casa de Vera o sentada para cenar con la tele encendida para ver la ópera y de repente lo oía. Aquel sonido. O el ruido seco de cuando golpeó el fondo. O su voz saliendo del pozo: «Dooo-looooor-eeesss».

Supongo que esos sonidos que oigo a veces no son muy distintos de lo que veía Vera cuando chillaba por los cables de las esquinas o por las pelusas bajo la cama. A veces, sobre todo cuando ya empezó a fallar de verdad, me acostaba y la abrazaba y pensaba en el sonido de aquella piedra y luego cerraba los ojos y veía un plato de porcelana rompiéndose sobre un ladrillo y convirtiéndose en añicos. Cuando veía eso la abrazaba como si fuera mi hermana, o como si fuera yo misma. Nos quedábamos tumbadas en la cama y luego nos abrazábamos las dos —ella conmigo para mantener las pelusas alejadas; yo con ella para alejar el sonido del plato de porcelana—; y a veces antes de dormirme pensaba: «Así se paga. Así se paga haber sido tan cabrona. Y no vale decir que si no hubieras sido tan cabrona no tendrías que pagar, porque a veces la vida te obliga a ser cabrona.

Cuando fuera todo es penumbra y oscuridad y dentro sólo estás tú para crear la luz y encenderla, has de ser una cabrona. Pero el precio… Qué terrible

precio».

Andy, ¿crees que podría tomar un traguito más de tu botella? No se lo diré a nadie.

Gracias. Y gracias a ti, Nancy Bannister, por aguantar a una viejota que se enrolla tanto como yo. ¿Cómo van tus dedos?

¿Sí? Qué bien, no te desanimes todavía. He adelantado a trompicones, ya lo sé, pero supongo que al fin he llegado de todas formas a la parte que querías oír de verdad. Mejor, porque es tarde y estoy cansada. Me he pasado la vida trabajando, pero no recuerdo haber estado jamás tan cansada como ahora.

Ayer por la mañana estaba fuera tendiendo la colada —parece que hace seis años, pero fue ayer mismo— y Vera tenía uno de sus días lúcidos. Por eso todo fue tan inesperado y por eso me quedé tan confusa. Cuando tenía un día lúcido a veces le daba por putear, pero ésta fue la primera y última vez en que se volvió loca.

Así que yo estaba abajo en el patio lateral y ella estaba arriba en su silla de ruedas, supervisando la operación como le gustaba. De vez en cuando gritaba:

—¡Seis pinzas, Dolores! ¡Seis pinzas en cada una de esas sábanas! ¡No intentes escaquearte con cuatro porque te estoy vigilando!

—Sí —le contesté—. Ya lo sé. Y estoy segura de que le encantaría que hubiera cinco grados menos y que soplara un vendaval de veinte nudos.

—¿Qué? —me ladró—. ¿Qué has dicho, Dolores Claiborne?

—He dicho que alguien debe de estar echando abono por algún jardín, porque huele mucho más a mierda que normalmente.

—¿Te estás pasando de lista, Dolores? —preguntó con su voz entrecortada y ondulante.

Sonaba como siempre que se le colaban en la azotea unos cuantos rayos de sol más de lo normal. Sabía que más adelante podía dedicarse a algo malo, pero no me preocupaba demasiado: en aquel momento me alegraba de que estuviera tan espabilada. A decir verdad, parecía como en los viejos tiempos. Llevaba tres o cuatro meses como perdida y era más bien agradable ver que había vuelto… hasta el punto en que podía volver la vieja Vera, no sé si me entendéis.

—No, Vera —le contesté—. Si fuera de lista, hace mucho tiempo que no trabajaría para ti.

Esperaba que me gritara algo, pero no lo hizo. De modo que seguí tendiendo

las sábanas y los pañales y las toallas y todo lo demás. Luego, cuando aún me quedaba media colada, paré. Tenía un mal presagio. No sabría decir por qué, ni cómo empezó. De repente estaba ahí: un mal presagio de verdad. Y por un momento se me ocurrió la cosa más extraña: «Esa chica tiene problemas…

Aquella que vi el día del eclipse, la que me vio. Ahora es mayor, casi tiene la edad de Selena, pero está metida en un problema terrible».

Me di la vuelta y miré hacia arriba, casi esperando ver la versión adulta de aquella niña con su vestido brillante de rayas y su pintalabios, pero no vi a nadie y no me gustó. No me gustó porque Vera debía de haber estado ahí, casi colgada del tejado para asegurarse de que usaba la cantidad adecuada de pinzas. Pero se había ido y no entendí cómo, porque yo misma la había instalado en la silla y había dejado el freno puesto después de situarla junto a la ventana tal como ella quería.

Entonces la oí gritar.

—¡Doooo-looooor-eeessss!

¡Qué escalofrío me recorrió la espalda al oírlo, Andy! Era como si hubiera vuelto Joe. Por un momento me quedé helada. Luego volvió a gritar y esta vez la reconocí.

—¡Doo-loooor-esss! ¡Son las pelusas! ¡Están por todas partes! ¡Ay, Dios! ¡Socorro, Dooo-loor-eesss! ¡Socorroo!

Me di la vuelta para correr hacia la casa, tropecé con el maldito canasto de la colada y fui rodando hasta las sábanas que acababa de tender. Me quedé liada entre ellas y tuve que luchar por abrirme camino. Por un instante fue como si a las sábanas les hubieran crecido manos y trataran de estrangularme, o simplemente de retenerme. Y mientras tanto Vera seguía gritando y yo pensaba en aquel viejo sueño, aquel de la cabeza polvorienta con los dientes separados. Pero esta vez el rostro que ocupaba la cabeza era de Joe y los ojos estaban oscuros y apagados, como si alguien hubiese metido dos pedazos de carbón en medio de aquella nube de polvo y se hubieran quedado ahí flotando.

—¡Dolores, por favor, corre! ¡Por favor, ven corriendo! ¡Las pelusas! ¡HAY PELUSAS POR TODAS PARTES!

Luego gritó. Fue horrible. Ni en tus peores sueños imaginarías que una vieja gorda como Vera Donovan pudiera gritar tanto. Era como si el fuego, la inundación y el fin del mundo se hubieran desatado a la vez.

Me abrí paso entre las sábanas y al levantarme noté que se me soltaba un tirante del sujetador, igual que el día del eclipse, cuando Joe estuvo a punto de matarme hasta que conseguí liberarme. Y ya sabes qué se siente cuando te parece que ya has estado en un lugar y sabes lo que va a decir la gente incluso antes de que lo diga. Esa sensación me asaltó con tanta fuerza que era como si estuviera rodeada de fantasmas que me asían con dedos invisibles.

Y… ¿sabéis una cosa? Parecían fantasmas polvorientos.

Entré corriendo por la puerta de la cocina y volé escaleras arriba con toda la fuerza que me permitían las piernas y ella no paraba de gritar y gritar y gritar. Se me empezó a caer el sujetador y al llegar al rellano de atrás miré alrededor, segura de que vería a Joe levantándose y tratando de agarrarme.

Luego miré hacia el otro lado y vi a Vera. Había recorrido tres cuartas partes de la sala, camino de la escalera frontal, y se alejaba de espaldas a mí sin dejar de gritar. Tenía una gran mancha marrón en el trasero de la bata porque se lo había hecho encima: esta vez no era por puterío ni por maldad, sino por puro miedo.

La silla de ruedas estaba cruzada ante la puerta de la habitación. Habría soltado el freno al ver lo que la asustaba. Hasta entonces, cuando le daban ataques de horror sólo podía quedarse sentada o tumbada donde estuviera y pedir ayuda, y mucha gente os confirmaría que no era capaz de moverse por sí misma, pero ayer sí lo hizo: lo juro. Soltó el freno de la silla, le dio la vuelta, cruzó la habitación y luego no sé cómo se levantó, la dejó cruzada en el umbral y se arrastró hasta el vestíbulo.

Me quedé helada durante uno o dos segundos viendo cómo se arrastraba y pensando qué habría visto, qué podía ser tan terrible como para que hiciera eso, para que caminara cuando se suponía que ya no era capaz, qué podía ser aquello que ella sólo conseguía llamar «pelusa».

Pero entonces vi a dónde se dirigía: directa hacia las escaleras.

—¡Vera! —chillé—. ¡Vera, basta de locuras! ¡Te vas a caer! ¡Para!

Luego corrí tanto como pude. La sensación de que todo eso ocurría por segunda vez volvió a asaltarme, sólo que en esta ocasión sentí que yo era Joe, que era yo quien trataba de agarrarse a algo.

No sé si no me oyó o si tal vez en su confuso estado creyó que yo me hallaba delante de ella y no detrás. Lo único que sé es que siguió gritando:

—¡Dolores, socorro! ¡Ayúdame, Dolores! ¡Las pelusas! —Y caminó aún más rápido.

Ya casi había recorrido todo el rellano. Yo pasé corriendo por delante de la puerta de su habitación y me di un buen golpetazo en el tobillo con uno de los apoyapiés de la silla de ruedas: mirad, aquí, todavía tengo el morado. Corrí con todas mis fuerzas gritando:

—¡Para, Vera! ¡Para!

Traspuso el rellano y avanzó un pie en el vacío. Ya no podía salvarla por mucho que lo intentara. Lo único que podía hacer era tirarme con ella, pero en una situación como ésa no se puede pensar ni calcular los costes. Salté hacia ella en el mismo momento en que su pie recorría el aire y ella empezaba a caer hacia delante. Tuve una última visión de su cara. Creo que no se había enterado de lo que estaba ocurriendo. En su rostro sólo había puro pánico. Había visto esa mirada otras veces, aunque nunca tan profunda, y os aseguro que no tenía nada que ver con el miedo a caer. Estaba pensando en lo que dejaba atrás, no en lo que la esperaba por delante.

Manoteé al aire y sólo conseguí atrapar un pedacito de su bata con dos o tres dedos de la mano izquierda. Se escapó entre mis dedos como un suspiro.

—Dooo-looor… —gritó.

Luego sonó un golpe sólido y carnoso. Se me hiela la sangre al recordarlo; era como el ruido de Joe al caer al fondo del pozo. Vi que hacía una pirueta y luego sonó un golpe seco. El sonido fue claro y rotundo como el que produce una vara de madera al partirla sobre la rodilla. Vi la sangre que brotaba por un lado de su cabeza y no quise ver más. Me di la vuelta tan deprisa que se me liaron los pies y acabé arrodillada. Estaba encarada hacia el vestíbulo, frente a su habitación, y vi algo que me hizo gritar. Era Joe. Durante unos segundos lo vi con tanta claridad como ahora te veo a ti, Andy; vi su rostro polvoriento y sonriente, que me miraba desde debajo de la silla de ruedas, a través de los radios de la rueda que había quedado encallada en la puerta.

Luego desapareció y oí que ella gemía y lloraba.

No podía creer que hubiera sobrevivido a la caída. Sigo sin creerlo. Tampoco él había muerto a la primera, claro, pero él había sido un hombre y ella era una mujer débil que había soportado media docena de pequeños ataques cardíacos y al menos tres fuertes. Además, no había tenido lodo ni ningún charco que

amortiguara su caída como él.

No quería acercarme a ella, no quería ver qué se le había roto, por dónde sangraba, pero es obvio que no tenía opción. Allí no había nadie más que yo y eso quiere decir que era la escogida.

Al levantarme (tuve que subirme a pulso apoyada en el tope de la barandilla, de tanto que me flaqueaban las rodillas) pisé el tirante de mi propio sujetador. Se soltó el otro tirante y me levanté un poco el vestido para poder quitármelo… y esto también era repetido. Recuerdo que me miré las piernas para ver si estaban arañadas y ensangrentadas por las púas de los zarzales, pero por supuesto no vi nada parecido.

Me sentía febril. Si alguna vez has estado enfermo de verdad y la temperatura te ha subido mucho, mucho, sabrás lo que quiero decir: no es que te sientas exactamente fuera del mundo, pero desde luego tampoco te sientes en él. Es como si todo se volviera de cristal y no pudieras agarrarte a nada: todo resbala. Así me sentí al quedarme en el rellano, asida al borde de la barandilla con una tensión mortal y mirando hacia el lugar por donde había desaparecido. Yacía un poco más allá de la mitad de la escalera con las piernas tan dobladas bajo el cuerpo que apenas se le veían. Le corría la sangre por un lado de su pobre y vieja cara. Cuando me agaché a su lado, aún asida a la barandilla como si me fuera la vida en ello, abrió un ojo y lo fijó en mí. Era la mirada de un animal atrapado en una trampa.

—Dolores —susurró—. El hijo de puta me ha acosado todos estos años.

—¡Sshhh! No intentes hablar.

—Sí —insistió, como si yo la hubiera contradecido—. Ah, qué cabrón. Qué jodido cabrón.

—Me voy abajo. He de llamar al médico.

—No —contestó. Alzó una mano y me agarró la muñeca—. Nada de médicos. Ni de hospitales.

La pelusa… incluso allí. En todas partes.

—Te pondrás bien, Vera —dije, al tiempo que liberaba mi mano—. Si no te mueves, te pondrás bien.

—Dolores Claiborne dice que me pondré bien —replicó, ahora con aquella voz seca y feroz que solía tener antes de que le dieran los ataques y el desorden invadiera su mente—. Qué suerte disponer de una opinión profesional.

Oír aquella voz después de tantos años fue como recibir una bofetada. La sorpresa me sacó del pánico y la miré a la cara de verdad por primera vez, como se mira a alguien que sabe lo que dice y lo dice en serio.

—Ya estoy medio muerta —continuó—. Y lo sabes tan bien como yo. Creo que me he partido la espalda.

—No lo sabes, Vera —contesté, pero ya no tenía tanta prisa como antes por correr al teléfono.

Creo que sabía lo que iba a pasar, y si me pedía lo que yo esperaba no podía negarle la respuesta. Tenía una deuda con ella desde aquella lluviosa tarde de 1962, en la que me quedé sentada en su cama y lloré como un flan con la cara escondida tras el delantal, y los Claiborne siempre pagan sus deudas. Cuando volvió a hablarme lo hizo con tanta claridad y lucidez como treinta años antes, cuando Joe todavía estaba vivo y los chicos en casa.

—Sé que sólo queda una cosa que valga la pena decidir —afirmó—. Y es si moriré aquí o en algún hospital. Allí tardaría demasiado. Ya me toca, Dolores. Estoy harta de ver la cara de mi marido en los rincones cuando me siento débil y confusa. Estoy harta de ver cómo sacaron el Corvette de la cantera bajo la luz de la luna, cómo brotaba el agua por la ventana abierta de la derecha del conductor…

—Vera, no sé de qué me estás hablando.

Alzó la mano y la agitó con su vieja impaciencia para pedir mi atención. Luego la dejó caer a su lado sobre el escalón.

—Estoy harta de mearme encima y de olvidar quién ha venido a verme apenas media hora después de que se haya ido. Quiero acabar. ¿Me ayudarás?

Me arrodillé a su lado, tomé la mano que había dejado caer sobre el escalón y la apreté contra mi pecho. Pensé en el sonido de la piedra al golpear la cara de Joe, aquel sonido de plato de porcelana haciéndose añicos contra un ladrillo. Me pregunté si sería capaz de volverlo a oír sin perder la cabeza. Y luego supe que sonaría igual, porque ella también sonaba como él al llamarme, había sonado como él al caer, haciéndose pedazos, tal como ella temía que le ocurriera a la cristalería que guardaba en el salón cada vez que la tocaban las sirvientas, y mi sujetador estaba arriba en el rellano, una bola de nailon blanco con los dos tirantes rotos, y también eso era como antes. Si acababa con ella, sonaría igual que con Joe, y yo lo sabía. Ah, sí. Lo sabía tan bien como sé que East Lane

acaba en esas viejas escaleras desvencijadas que bajan hasta East Head.

Le tomé la mano y pensé en cómo es el mundo: a veces los hombres malos tienen accidentes y las mujeres buenas se vuelven cabronas. Vi cómo forzaba sus ojos terribles y desesperados para poder mirarme y me fijé en la sangre que brotaba del corte en el cráneo y recorría las profundas arrugas de las mejillas, igual que la lluvia de primavera recorre los surcos al bajar por la colina.

—Si eso es lo que quieres, te ayudaré, Vera.

Entonces se puso a llorar. Fue la única vez en que le vi hacerlo sin estar medio loca y atontada.

—Sí —contestó—. Sí, eso es lo que quiero. Que Dios te bendiga, Dolores.

—No te inquietes.

Alcé su vieja mano arrugada, me la llevé a los labios y la besé.

—Date prisa, Dolores. Si de verdad quieres ayudarme, date prisa.

Parecía querer decir: «Antes de que nos entre miedo a las dos».

Volví a besarle la mano, luego se la dejé apoyada en el estómago y me levanté. Esta vez no tuve ningún problema. Mis piernas habían recuperado la fuerza. Bajé las escaleras y me metí en la cocina. Había preparado todo para hacer el pan antes de salir a tender la colada; pensaba que sería un buen día para hornear. Tenía un rodillo grande y pesado de mármol gris veteado de negro.

Estaba apoyado en la barra, junto a la bandeja amarilla de plástico para la harina. Lo cogí, sintiéndome todavía como si estuviera en un sueño o atacada por la fiebre, y volví a cruzar el salón hacia el vestíbulo. Al cruzar aquella habitación, con tantas cosas bellas, pensé en la época en que le hacía aquella trampa con el aspirador y en cómo me la había devuelto. Al final, claro, era tan lista que siempre conseguía devolverlo todo. Por eso estoy aquí, ¿no?

Salí del salón y entré en el vestíbulo. Luego subí las escaleras hacia ella con el rodillo asido por uno de sus extremos de madera. Al llegar a donde estaba ella, con la cabeza mirando hacia abajo y las piernas dobladas bajo el cuerpo, no pensaba pararme: sabía que si no no sería capaz de hacerlo. No se hablaría más. Al llegar a ella pensaba hincar una rodilla y descargarle en la cabeza el rodillo de mármol con todas mis fuerzas y lo más rápido posible. Tal vez pareciera que se lo hubiera hecho al caer y tal vez no, pero pensaba hacerlo de todos modos.

Cuando me arrodillé a su lado, vi que ya no hacía falta: al final, lo había hecho ella sola, como casi todo en la vida. Mientras yo estaba en la cocina

cogiendo el rodillo, o tal vez mientras yo volvía por el salón, había cerrado los ojos y había terminado.

Me quedé sentada a su lado, dejé el rodillo en un escalón, le tomé la mano y me la apoyé en el regazo. A veces en la vida los minutos no son reales, o sea que no los puedes contar. Sólo sé que me quedé sentada haciéndole compañía un rato. No sé si dije algo o no. Creo que sí: creo que le di las gracias por abandonar, por liberarme, por no obligarme a pasar otra vez por todo eso. Recuerdo que puse su mano en mi mejilla y luego le di la vuelta y besé la palma. Recuerdo que la miré y pensé en lo rosada y limpia que estaba. Casi habían desaparecido las arrugas y parecía la mano de un bebé. Sabía que debía levantarme y llamar a alguien por teléfono, explicar lo que había pasado, pero estaba débil, muy débil. Parecía más fácil quedarme allí sentada y tomarle la mano.

Entonces sonó el timbre. Si no, creo que me hubiera quedado sentada un buen rato. Pero ya sabéis lo que pasa cuando suena un timbre: una siente que tiene que ir a contestar pase lo que pase.

Me levanté y bajé los escalones de uno en uno como si tuviera diez años más de los que tengo (la verdad es que me sentía como si realmente hubiese envejecido diez años) sin dejar de agarrarme a la barandilla. Recuerdo que pensé que el mundo todavía parecía hecho de cristal y debía tener mucho cuidado para no resbalar y cortarme al soltar la barandilla y cruzar el vestíbulo hasta la puerta.

Era Sammy Marchant, con su gorro de cartero echado hacia atrás de esa manera tan estúpida propia de él. A lo mejor se cree que al llevar así el gorro parece una estrella del rock. Llevaba el correo normal en una mano y uno de esos sobres acolchados que solían llegar certificados cada semana desde Nueva York —noticias sobre el estado de sus asuntos financieros, por supuesto— en la otra. El tipo que se ocupaba de su dinero era un tal Greenbush, ¿os lo he dicho antes?

¿Sí? Vale, gracias. He hablado tanto que casi no recuerdo lo que os he contado y lo que no.

A veces en aquellos sobres de correo certificado llegaban papeles que había que firmar, y casi siempre Vera conseguía hacerlo si yo la ayudaba a mantener firme el brazo. Pero en alguna ocasión, cuando ella estaba fuera de juego, firmaba yo misma con su nombre. No pasaba nada, y nunca nadie hizo una sola

pregunta al respecto. En los últimos tres o cuatro años su firma era sólo un garabato, además. Así que también podéis pillarme por eso, si queréis: falsificación.

Sammy había empezado a sacar el sobre acolchado en cuanto abrí la puerta —para que firmara el acuse de recibo, como siempre—, pero al mirarme bien abrió los ojos y dio un paso atrás. De hecho fue más bien un saltito, y ésa es la palabra adecuada si tenemos en cuenta que se trataba de Sammy Marchant.

—¡Dolores! —exclamó—. ¿Estás bien? ¡Estás llena de sangre!

—No es mía —expliqué con voz tan tranquila como si me hubiera preguntado qué estaba viendo por la tele—. Es de Vera. Se ha caído por la escalera. Está muerta.

Joder —contestó.

Luego pasó corriendo a mi lado y entró en casa con la saca del correo apoyada en la cadera.

Ni se me ocurrió impedir que pasara, y os voy a preguntar algo: ¿de qué hubiera servido?

Lo seguí despacio. Seguía teniendo aquella sensación de cristal, pero me parecía como si las suelas de los zapatos se hubiesen vuelto de plomo. Cuando llegué al pie de la escalera, Sammy ya la había subido hasta la mitad y estaba de rodillas junto a Vera. Antes de arrodillarse se había quitado la saca, que había caído escaleras abajo derramando cartas y facturas de la Bangor Hydro y catálogos de L. L. Bean por todo el vestíbulo.

Subí hasta él arrastrando los pies a cada escalón. Nunca me he sentido tan cansada. Ni siquiera después de matar a Joe me sentí tan cansada como ayer por la mañana.

—Es cierto, está muerta —afirmó él, mirando alrededor.

—Ajá —contesté—. Ya te lo he dicho.

—Creía que no podía caminar. Siempre me decías que no podía caminar, Dolores.

—Bueno, supongo que me equivocaba.

Me sentía estúpida al decir algo así con ella tirada allí, pero ¿qué otra cosa podía decir? En cierto modo me había resultado más fácil hablar con John McAuliffe que con el pobre tonto de Sammy Marchant, porque había hecho casi todo lo que McAuliffe suponía. El problema de ser inocente es que te quedas

más o menos estancada en la verdad.

—¿Qué es esto? —preguntó entonces, señalando el rodillo que había dejado en un escalón al sonar el timbre.

—¿A ti qué te parece? —le devolví la pregunta—. ¿La jaula de un pájaro?

—Parece un rodillo.

—Muy bien —concedí. Parecía que mi propia voz llegara de muy lejos, como si mi voz estuviera en un lugar y yo en otro—. Al final puede que sorprendas a todo el mundo y te conviertas en un erudito, Sammy.

—Sí, pero ¿qué hace un rodillo en la escalera? —me preguntó, y de repente me di cuenta de que me estaba mirando.

Sammy no tiene ni veinticinco años, pero su padre participó en la partida de búsqueda de Joe y de repente me di cuenta de que Duke Marchant probablemente había inculcado en Sammy y en todos sus hijos, no demasiado brillantes, la noción de que Dolores Claiborne St. George se había cargado a su viejo. ¿Recordáis que os he dicho que cuando una es inocente se queda más o menos estancada en la verdad? Bueno, cuando vi cómo me miraba Sammy decidí que en ese momento era más bien más que menos.

—Estaba en la cocina a punto de hacer el pan cuando ella se ha caído —expliqué.

Otro problema de ser inocente: cualquier mentira que decidas contar es improvisada; la gente inocente no pasa horas planeando su historia, como hice yo cuando inventé que me había ido a Russian Meadow a ver el eclipse y que no había vuelto a ver a mi marido hasta que me lo enseñaron en el tanatorio. En el instante en que mentí acerca del pan supe que se podía volver contra mí, pero si hubierais visto su mirada —oscura, suspicaz y asustada a la vez—, también habríais mentido.

Se levantó, empezó a volverse y luego se quedó donde estaba, mirando hacia arriba. Seguí su mirada. Vi mi sujetador convertido en una pelota en el rellano.

—Supongo que se quitó el sujetador antes de caer —comentó, mirándome de nuevo—. O de saltar. O de lo que fuera. ¿Tú qué opinas, Dolores?

—No —respondí—. Es mío.

—Si estabas haciendo pan en la cocina —dijo, hablando despacio, como un niño que no es demasiado listo y trata de resolver un problema de matemáticas en la pizarra—, entonces qué hace tu ropa interior en el rellano.

No se me ocurrió qué decir. Sammy dio un paso atrás en la escalera y luego otro, desplazándose tan despacio como hablaba, agarrado a la barandilla y sin apartar los ojos de mí, y de repente entendí qué hacía: estaba interponiendo espacio entre nosotros. Lo hacía porque temía que pudiera asaltarme la idea de empujarle, igual que creía que la había empujado a ella. En ese mismo momento supe que al cabo de poco tiempo estaría sentada donde estoy y diciendo lo que digo. Sus ojos podían hablar en voz bien alta y decir: «Te libraste una vez, Dolores Claiborne. Y teniendo en cuenta la clase de hombre que era Joe St. George, según cuenta mi padre, puede que no estuviera mal. ¿Pero qué te había hecho esta mujer aparte de alimentarte y darte cobijo y pagarte un sueldo decente para vivir?».

Y, más que cualquier otra cosa, sus ojos decían que una mujer que empuja una vez y se libra puede volver a empujar; que, en las circunstancias idóneas, volverá a empujar, y que si no basta con el empujón para conseguir lo que pretende, no se lo pensará a la hora de decidirse a acabar su trabajo de cualquier otra manera. Con un rodillo de mármol, por ejemplo.

—Eso no es asunto tuyo, Sam Marchant. Será mejor que te metas en lo tuyo. He de llamar a la ambulancia de la isla. Tú asegúrate de recoger tu correo antes de salir, o tendrás un montón de tarjetas de crédito mordiéndote el culo.

—A la señora Donovan no le hace falta una ambulancia —contestó, bajando otros dos escalones y sin quitarme la vista de encima en todo el rato—, y yo no voy a ningún sitio todavía. Creo que en vez de a la ambulancia tendrías que llamar a Andy Bissette.

Y eso hice, como ya sabéis. Sammy Marchant se quedó plantado a mi lado mirándome.

Cuando colgué el teléfono, él recogió el correo que se había derramado (mirando por encima del hombro de vez en cuando, probablemente para asegurarse de que yo no estuviera agazapada tras él con aquel grueso rodillo en la mano) y luego se quedó al pie de la escalera, como un perro guardián después de acorralar a un ladrón. Él no habló y yo tampoco. Se me ocurrió que podía ir a las escaleras traseras por el comedor y la cocina para recoger mi sujetador. Pero ¿de qué hubiera servido? Él ya lo había visto, ¿no? Y el rodillo seguía en la escalera, ¿no?

Tú llegaste enseguida con Frank, Andy, y yo bajé a nuestra agradable

comisaría con tus chicos e hice una declaración. Eso fue ayer por la tarde, de modo que supongo que no hace falta que repita el rollo, ¿verdad? Ya sabéis que no dije nada sobre el sujetador, que afirmé no saber muy bien qué hacía allí. Fue lo único que se me ocurrió, al menos hasta que alguien viniera a quitarme del cerebro el cartel de NO FUNCIONA.

Después de firmar la declaración me metí en mi coche y me fui a casa. Todo fue tan rápido y silencioso —quiero decir, lo de la declaración— que estuve a punto de convencerme de que no tenía nada que temer. Al fin y al cabo, yo no la había matado; es verdad que se cayó. No dejaba de repetírmelo y, al llegar al camino de entrada en casa, casi estaba convencida de que todo saldría bien.

Esa sensación duró sólo lo que tardé en llegar con el coche a la puerta trasera. Había una nota enganchada en la puerta. Una simple hoja de libreta. Tenía una mancha de grasa, como si procediese de la libreta que algún hombre llevara en el bolsillo del pantalón. NO TE VOLVERÁS A LIBRAR, decía la nota. Y nada más. Joder, ya es bastante, ¿no os parece?

Entré y abrí de par en par las ventanas para que saliera el olor a humedad. Odio ese olor y últimamente parece que la casa no se libra de él por mucho que la airee. No es sólo porque ahora vivo casi siempre en casa de Vera —o al menos, vivía—, aunque sí hay algo de eso: sobre todo es porque esa casa está muerta, tan muerta como Joe y el pequeño Pete.

Las casas tienen su propia vida, la obtienen de la gente que las habita: estoy convencida.

Nuestra casita de un solo piso sobrevivió a la muerte de Joe y al hecho de que los dos mayores se fueran a la universidad —Selena a Vassar con una beca (el dinero que tanto me preocupaba sirvió al final para comprar ropa y libros de texto), y Joe junior sólo carretera arriba, a la Universidad de Maine en Orono—. Incluso sobrevivió a la noticia de que el pequeño Pete había muerto en una explosión en el cuartel de Saigón. Fue justo cuando acababa de llegar y apenas dos meses antes de que se acabara el asunto. Yo misma vi cómo los últimos helicópteros se retiraban del tejado de la embajada por la tele en casa de Vera y me puse a llorar sin parar. Podía hacerlo sin miedo a lo que ella dijera porque se había ido a Boston de compras.

Fue después del funeral de Little Pete cuando la vida abandonó nuestra casa: cuando el último de la compañía desapareció y nosotros tres —yo, Selena y Joe

junior— nos quedamos cada uno con el otro. Joe junior hablaba de política. Acababa de conseguir el puesto de tesorero de Machias, lo cual no está mal para un chico con la tinta del diploma todavía fresca, y ya pensaba en presentarse a las elecciones estatales al cabo de uno o dos años.

Selena hablaba a ratos de las clases que daba en el colegio de Albany —antes de irse a Nueva York y empezar a escribir a todas horas—, y luego no habló más. Un día estábamos recogiendo los platos y de repente sentí algo. Me di la vuelta deprisa y vi que me estaba mirando con sus ojos oscuros. Os podría decir que leí su mente —a veces a los padres les pasa eso con sus hijos—, pero no hizo falta: supe lo que estaba pensando y supe que nunca había abandonado del todo su mente. Vi en sus ojos las mismas preguntas que llevaban allí doce años, cuando se acercó a mí en el jardín, entre las judías y las *cukes*: «¿Le hiciste algo?» y «¿Fue por mi culpa?» y «¿Hasta cuándo tendré que pagarlo?».

Me acerqué a ella, Andy, y la abracé. Ella me devolvió el abrazo, pero noté su cuerpo rígido contra el mío —rígido como un espetón— y fue entonces cuando la vida abandonó la casa.

Desapareció como el último aliento de un moribundo. Creo que Selena también lo notó. Joe junior no: él pone la foto de la casa en los folletos de sus campañas —hace que parezca de la familia y eso gusta a los votantes—, pero no se dio cuenta cuando la casa murió porque en primer lugar nunca la había amado. ¿Por qué habría de amarla? Para Joe junior esa casa era sólo el lugar al que volvía al salir del colegio, el lugar en el que su padre lo agobiaba y lo llamaba rata de biblioteca.

Cumberland Hall, la residencia donde dormía cuando iba a la universidad, representó más el hogar que la casa de East Lane.

Sin embargo, para mí sí era un hogar y también para Selena. Creo que mi niña siguió viviendo aquí cuando ya se había sacudido de los pies el polvo de Little Tall; creo que siguió viviendo aquí en sus recuerdos… en su corazón… en sus sueños. Sus pesadillas.

Ese olor a humedad… Cuando se instala no te puedes librar de él.

Me senté junto a una ventana abierta para aspirar un poco de brisa fresca del mar durante un rato, luego me empecé a sentir rara y decidí que debía cerrar las puertas. La frontal era fácil, pero el cerrojo de la puerta trasera estaba tan hinchado que no pude cerrarlo hasta que hube derramado un bote entero de Tres

en uno. Al final cedió y entonces me di cuenta de por qué estaba tan hinchado: puro óxido. A veces pasaba cinco o seis días seguidos en Pinewood, pero no conseguí recordar la última vez que me había preocupado de limpiar la casa.

Sólo de pensar en eso se me partieron las entrañas. Fui a la habitación, me tumbé y me tapé la cabeza con la almohada, tal como solía hacer cuando era pequeña y me enviaban pronto a la cama por portarme mal. Lloré sin parar. Nunca habría creído que tuviera tantas lágrimas. Lloré por Vera, por Selena y por Little Pete; supongo que incluso lloré por Joe. Pero sobre todo lloré por mí misma. Lloré tanto que se me atascó la nariz y me entraron calambres en el vientre. Al final me quedé dormida.

Cuando me desperté era de noche y estaba sonando el teléfono. Me levanté y entré a tientas en la sala para contestar. En cuanto respondí, alguien —una mujer — anunció: «No la puedes matar.

Espero que lo sepas. Si la ley no te pilla, lo haremos nosotros. No eres tan lista como te crees. No tenemos por qué convivir con asesinos, Dolores Claiborne; al menos, mientras queden algunos cristianos decentes en la isla para evitarlo».

Tenía la mente tan confusa que al principio creí que era un sueño. Cuando descubrí que en realidad estaba despierta, colgó. Me dirigí a la cocina para poner una cafetera, o tal vez para sacar una cerveza de la nevera, cuando volvió a sonar el teléfono. Era una mujer, pero no la misma.

Empezó a echar mierda por la boca y colgué enseguida. Me entraron ganas de llorar otra vez, pero maldita sea si estaba dispuesta a permitirlo. En vez de eso, desconecté el teléfono. Fui a la cocina y saqué una cerveza, pero sabía mal y acabé tirándola casi toda por el fregadero. Creo que en realidad lo que me apetecía era un whisky, pero no me he tomado ni una gota de ningún licor fuerte en esa casa desde que murió Joe.

Llené un vaso de agua, pero resultó que no podía ni soportar el olor: olía como las monedas cuando un niño las lleva todo el día en la mano sudada. Me recordaba aquella noche en las zarzamoras, aquel mismo olor que me había llevado la brisa y que me hacía pensar en la niña del pintalabios rosa y el vestido de rayas. Recordé que se me había ocurrido que la mujer en que ahora se habría convertido tenía problemas. Me pregunté cómo sería y dónde estaría, pero nunca dudé de que existiera realmente, no sé si me explico. Sabía que existía. Nunca lo

dudé.

Pero eso no importa. Mi mente desvaría otra vez y mi boca la sigue. Había empezado a decir que el agua del grifo de la cocina no me sabía mejor que la mejor cerveza del señor Budweiser. El olor no desaparecía ni con un par de cubitos. Acabé viendo un programa estúpido y tomándome uno de esos zumos hawaianos que guardo en el fondo de la nevera para los gemelos de Joe junior.

Me hice una cena a base de congelados, pero cuando ya estaba lista se me había pasado el hambre y acabé machacándola en el fregadero. En cambio, me puse otro hawaiano, lo llevé a la sala y me senté delante de la tele. Una comedia sucedía a la otra, pero a mí me daba exactamente lo mismo.

Supongo que será porque no estaba prestando demasiada atención.

No intenté decidir qué haría: hay decisiones que es mejor no tomar por la noche porque a esa hora resulta más fácil que la mente te juegue una mala pasada. De modo que permanecí sentada y poco después de que terminaran las noticias y empezara *The Tonight Show* me quedé dormida de nuevo.

Tuve un sueño. Era sobre Vera y yo, aunque Vera aparecía como cuando la conocí, cuando todavía vivía Joe y nuestros hijos —tanto los míos como los de ella— aún correteaban por aquí. En mi sueño estábamos lavando los platos: ella fregaba y yo secaba. Pero no lo hacíamos en la cocina: estábamos sentadas delante de la estufa Franklin de la sala de casa. Y resulta gracioso, porque Vera nunca estuvo en mi casa: ni una sola vez en su vida.

Pero en el sueño sí estaba. Tenía los platos en una palangana de plástico sobre la estufa. No eran mis viejos platos sino su buena vajilla Spode. Ella lavaba un plato y luego me lo pasaba y a mí se me caían todos y se rompían al chocar con los ladrillos sobre los que se asienta la Franklin.

Vera me decía:

—Has de ser más cuidadosa, Dolores. Cuando hay algún accidente y no se tiene cuidado siempre se acaba montando un follón.

Yo le prometía ser cuidadosa y lo intentaba, pero el plato siguiente se me caía de las manos, y el siguiente y el siguiente y el siguiente.

—Eso no está nada bien —decía al fin Vera—. ¡Mira la que estás armando!

Yo miraba hacia abajo, pero en vez de añicos de vajilla, los ladrillos estaban cubiertos de pedazos de dientes y de piedra rota.

—No me pases más, Vera —decía, echándome a llorar—. Creo que no estoy

para fregar platos. A lo mejor me he hecho demasiado vieja, no sé, pero no quiero romperlos todos. Eso sí lo sé.

Aún así, ella seguía pasándomelos y yo seguía tirándolos y el ruido que hacían al caer sobre los ladrillos aumentaba cada vez más, hasta que empezó a sonar más como un estallido que como el crujido agudo de la porcelana al chocar con algo duro y partirse. De repente supe que estaba soñando y que aquellos estallidos no eran parte del sueño. Me desperté tan de golpe que casi me caigo de la silla al suelo. Sonó otro estallido y esta vez reconocí de qué se trataba: un disparo.

Me levanté y me acerqué a la ventana. Había dos furgonetas en la carretera. Llevaban gente detrás: una persona en la primera y creo que dos en la segunda. Parecía que todos llevaban armas y cada dos por tres alguno disparaba una salva al aire. Se veía brillar una centella y luego sonaba un fuerte estallido. Por la manera en que aquellos hombres (creo que eran hombres, aunque no estoy segura) se tambaleaban —por el zigzagueo de las furgonetas— diría que estaban todos borrachos.

Además, reconocí una de las furgonetas.

¿Qué?

No, no te lo voy a decir. Bastantes problemas tengo. No pienso arrastrar a nadie conmigo por cuatro tiros de borrachera. Creo que en realidad no la reconocí.

En cualquier caso, subí la ventana al ver que no agujereaban más que unas cuantas nubes bajas. Pensé que darían la vuelta al llegar al amplio descampado de la falda de la colina, y así fue.

Una de las furgonetas estuvo a punto de quedarse atascada. Eso sí que habría tenido gracia.

Volvieron a pasar, dando bocinazos y gritando a pleno pulmón. Me llevé las manos a la boca y grité con todas mis fuerzas:

—¡Largaos de aquí! ¡Hay gente que intenta dormir!

Una de las furgonetas hizo una maniobra brusca y estuvo a punto de salirse a la cuneta, o sea que supongo que les di una sorpresa. Mejor. El tipo que iba detrás en aquella furgoneta (era esa que hace unos segundos creía haber reconocido) se cayó de culo. Tengo un buen par de pulmones, aunque esté mal que sea yo quien lo diga, y puedo gritar como el mejor hombre si me lo

propongo.

—¡Lárgate de Little Tall, mala puta asesina! —gritó uno de ellos, al tiempo que disparaba unos cuantos tiros al aire.

Pero eso sólo era para demostrarme los huevos que tienen, supongo, porque no volvieron a pasar. Oí cómo se iban por la carretera hacia el pueblo y me apuesto algo a que iban hacia ese maldito bar que abrieron hace dos años, con los silenciadores sueltos y los tubos de escape echando chispas y dando trompicones. Ya sabéis cómo son los hombres cuando están borrachos y conducen una furgoneta.

Bueno, se me pasó el mal humor. Ya no estaba asustada y por huevos que ya no tenía ganas de llorar. Estaba bastante molesta, pero no tan cabreada como para no poder pensar y entender por qué la gente hacía esas cosas. Cuando la rabia quiso llevarme más allá, lo evité pensando en Sammy Marchant, en los ojos que puso mientras estaba allí arrodillado, mirando primero el rodillo y luego a mí, unos ojos tan oscuros como el océano después de la tormenta, como los de Selena aquel día en el jardín.

Ya sabía que tendría que volver aquí, Andy, pero cuando aquellos hombres se fueron dejé de engañarme pensando que podría escoger qué decir y qué esconder. Vi que tendría que confesarlo todo. Volví a la cama y dormí plácidamente hasta las nueve menos cuarto. Nunca he dormido hasta tan tarde desde que me casé. Supongo que estaba descansando para poder pasarme toda la noche hablando.

Una vez levantada, pensaba hacerlo lo más pronto posible —la medicina amarga es mejor tomarla de golpe—, pero algo me entretuvo antes de salir de casa. Si no, hace rato que habría acabado de contaros todo esto.

Me di un baño y antes de vestirme volví a conectar el teléfono. Ya no era de noche y yo ya no estaba medio dormida. Pensé que si alguien quería llamarme para insultarme le respondería con unos cuantos insultos de cosecha propia, empezando por «sacamantecas» y «serpiente asquerosa».

Por supuesto, aún no me había puesto ni los calcetines cuando sonó. Lo cogí, dispuesta a soltarle una buena dosis a quien fuera, cuando sonó una voz de mujer:

—¿Oiga? ¿Está la zeñorita Dolores Claiborne?

Al instante supe que era una conferencia, no sólo por el eco que siempre

resuena cuando te llaman de lejos. Lo supe porque en la isla nadie dice «zeñorita». Puedes ser señora o señorita, pero lo de zeñorita sólo cruza la bahía una vez al mes.

—Soy yo —contesté.

—La llama el señor Alan Greenbush.

—Tiene gracia. No parece usted un señor.

—Llamo de su oficina —explicó, como si yo fuera la persona más estúpida que hubiese conocido—. ¿Espera un momento al señor Greenbush?

Me cogió tan de sorpresa que al principio el nombre no me sonó. Sabía que lo había oído antes, pero no recordaba dónde.

—¿De qué se trata? —pregunté.

Hubo una pausa, como si ella no debiera proporcionar esa información, y luego dijo:

—¿Quiere esperar, zeñorita Claiborne?

Entonces me acudió a la mente: Greenbush, que enviaba todos aquellos sobres acolchados por correo certificado.

—Ajá —afirmé.

—¿Perdón?

—Que espero.

—Gracias. —Sonó un clic y me dejaron esperando en ropa interior.

No fue mucho rato, pero lo pareció. Justo antes de que se pusiera él, se me ocurrió que debía de ser por los sobres que había firmado yo con el nombre de Vera. Me habían pillado. Parecía probable. ¿Nunca os habéis dado cuenta de que cuando algo sale mal todo lo demás parece estropearse?

Entonces se puso.

—¿Zeñorita Claiborne?

—Sí, soy Dolores Claiborne.

—La policía local de Little Tall me llamó ayer por la tarde para informarme de la muerte de Vera Donovan. Como era muy tarde cuando me avisaron, decidí esperar hasta esta mañana para llamarla.

Pensé en decirle que en la isla había gente a la que no le preocupaba tanto la hora de llamarme, pero no lo hice.

Se aclaró la garganta y siguió:

—Hace cinco años, la señora Donovan me envió una carta en la que me daba

instrucciones específicas para que le proporcionara a usted cierta información acerca de su testamento a las veinticuatro horas de su defunción. —Se volvió a aclarar la garganta y prosiguió—: Aunque desde entonces he hablado por teléfono con ella frecuentemente, ésa fue la última carta que recibí de ella.

Tenía una voz seca, rasposa. La clase de voz que no consigues oír cuando te dice algo.

—¿De qué me habla, tío? —pregunté—. Déjese de vueltas y de paja y dígamelo.

—Me complace informarle que, aparte de una pequeña donación a la New England Home for Little Wanderers, usted es la única beneficiaria de la herencia de la señora Donovan.

Se me pegó la lengua al paladar y sólo se me ocurrió pensar en cómo me había pillado Vera con el truco de la aspiradora en poco tiempo.

—Recibirá un telegrama de confirmación hoy mismo —explicó—, pero estoy encantado de haber hablado con usted antes de que lo reciba. La señora Donovan insistió mucho en sus deseos en este aspecto.

—Sí, es cierto. Sabía ser insistente.

—Estoy seguro de que le ha dolido la defunción de la señora Donovan (como nos duele a todos), pero quiero que sepa que va a ser una mujer muy rica, y si puedo hacer algo por ayudarla en sus nuevas circunstancias me encantará hacerlo, como me encantaba ayudar a la señora Donovan. Por supuesto, la llamaré para ponerla al día sobre el progreso de la herencia, pero no creo que haya problemas ni retrasos. De hecho…

—Pare, tío —le interrumpí con una protesta que sonó como el croar de una rana en un pozo seco—. ¿De cuánto dinero está hablando?

Por supuesto, sabía que ella era rica, Andy; el hecho de que en los últimos años no hubiera llevado más que batas de franela y se hubiese alimentado sólo de sopas Campbell y potitos Gerber no significaba nada. Yo había visto la casa, los coches, y a veces, cuando llegaban esos sobres acolchados, miraba algo más que la firma. Algunos eran extractos de ventas de acciones y sé muy bien que cuando uno vende dos mil acciones de la Upjohn para comprar cuatro mil de la Mississippi Valley Light and Power no es porque ya ande a medio camino de la casa de beneficencia.

Tampoco lo pregunté para aprestarme a pedir tarjetas de crédito y a comprar

cosas del catálogo de Sears, no os hagáis esa idea. Sabía que por cada dólar de más que me dejara aumentaría la cantidad de gente dispuesta a pensar que la había matado, y quería saber hasta dónde iba a llegar la cosa. Creía que podrían ser unos sesenta mil o setenta mil dólares… aunque me acababan de advertir que Vera había cedido algo a un orfanato y me imaginaba que eso reduciría la cuenta.

También había otra cosa que me carcomía como una garrapata cuando se te instala en la nuca. Pero no conseguía identificarla, del mismo modo que no había sido capaz de identificar el nombre de Greenbush cuando su secretaria lo pronunció por primera vez.

Dijo algo que no llegué a entender. Sonó como a chanbada-badán-rondar-treinta millones de dólares.

—¿Cómo dice, señor?

—Digo que después de la escritura, los pagos a los abogados y alguna otra deducción menor, el total debería rondar los treinta millones de dólares.

Empecé a sentir la mano que sostenía el teléfono como cuando me despierto y me doy cuenta de que he pasado toda la noche apoyando mi peso en ella… insensible en el centro y cosquillosa en los bordes. También tenía cosquillas en los pies, y de repente me volvió a parecer que el mundo estaba hecho de cristal.

—Perdone —dije. Oía lo que salía de mi boca clara y perfectamente, pero no parecía haber conexión alguna con las palabras que pronunciaba. Era puro barboteo, como el ruido de una persiana bajo un fuerte viento—. La línea no es muy buena. Me parece que ha dicho algo que incluía la palabra millones.

Luego me eché a reír, sólo para demostrar que me daba cuenta de que la situación era estúpida, pero una parte de mí debía de pensar que no era tan estúpida, porque fue la risa más falsa que jamás he emitido. Sonó a ja jiá jiá.

—He dicho algo de millones. De hecho, he dicho treinta millones.

Y ¿sabéis una cosa?, creo que, si no llega a ser porque el dinero procedía de la muerte de Vera Donovan, él se hubiera reído. Creo que estaba emocionado, que más allá de su voz seca y repelente estaba emocionado a tope. Supongo que se sentía como John Bearsford Tipton, aquel ricachón que solía regalar millones de pavos por nada en aquel viejo programa de la tele. Quería trabajar para mí, claro, algo de eso había. Tengo la sensación de que para la gente como él el dinero es como un tren eléctrico y no quería perderle el rastro a un pastón tan inmenso como el de Vera. Pero creo que lo que más le divertía era oírme

farfullar de aquella manera.

—No lo entiendo —contesté, esta vez con una voz tan débil que apenas me oí yo misma.

—Creo que entiendo cómo se siente. Es una gran cantidad y por supuesto le llevará cierto tiempo habituarse a ella.

—¿Cuánto es de verdad? —volví a preguntar, y esta vez sí que se rió. Si lo llego a tener cerca, Andy, creo que le habría pegado una patada en el culo, en serio.

Volvió a decir que eran treinta millones y yo seguí pensando que si la mano se me ponía aún más insensible se me caería el teléfono. Y me empezó a entrar el pánico. Era como si dentro de mi mente hubiera alguien dándole vueltas a un cable de acero. Pensaba «treinta millones», pero sólo eran palabras. Cuando trataba de imaginar qué significaban la única imagen que conseguía proyectar en mi mente era la de los tipos como los de los tebeos del tío Gilito que Joe junior solía leerle a Little Pete cuando éste tenía cuatro o cinco años. Veía un gran maletín lleno de billetes y monedas, sólo que en lugar de ser el tío Gilito quien se zambullía en aquella pasta con las polainas en las aletas y aquella especie de monóculo apoyado en el pico, era yo quien se zambullía con las zapatillas puestas. Luego esa imagen desapareció y pensé en la mirada de Sammy Marchant al descender sobre el rodillo y luego volver a mí y de nuevo al rodillo. Era parecida a la de Selena aquel día en el jardín, una mirada oscura y llena de preguntas. Luego pensé en la mujer que había llamado por teléfono para decir que en la isla aún quedaban cristianos decentes que no tenían por qué convivir con asesinos. Pensé en lo que dirían aquella mujer y sus amigas cuando descubrieran que al morir Vera yo ganaba treinta millones a cambio de nada… y sólo de pensarlo estuvo a punto de invadirme el pánico.

—¡No puede hacer eso! —protesté, casi alocada—. ¡No puede obligarme a aceptarlos!

Entonces le tocó a él decir que no oía bien, que la línea debía de estar interferida. No es que me sorprenda. Cuando un hombre como Greenbush oye a alguien decir que no quiere un montón de treinta kilos se imagina que la línea ha de estar estropeada. Abrí la boca para decirle otra vez que se lo tendría que quedar, que podría dar hasta el último centavo a la New England Home for Little Wanderers, cuando de repente entendí dónde estaba el error. No es que me

golpeara: me cayó encima como si alguien hubiera soltado sobre mi cabeza un montón de ladrillos.

—¡Donald y Helga! —exclamé.

Debió de sonar como cuando en un concurso de la tele el concursante recuerda la respuesta apenas uno o dos segundos antes de que se le acabe el tiempo.

—¿Perdón? —preguntó, con cierta precaución.

—¡Sus hijos! —expliqué—. ¡Su hijo y su hija! ¡El dinero les pertenece a ellos, no a mí! ¡Son sus parientes! ¡Yo no soy más que una vieja sirvienta!

Hubo una pausa tan larga que pensé que se había cortado la línea, cosa que no me dio ninguna pena. A decir verdad, me sentía débil. Estaba a punto de colgar cuando volvió a sonar su voz llana y curiosa:

—No lo sabe.

—¿Que no sé qué? —Le grité—. Sé que tiene un hijo llamado Donald y una hija llamada Helga.

Sé que se consideraban demasiado buenos para venir a verla aquí, aunque ella siempre les guardaba sitio, pero supongo que no serán demasiado buenos para dividirse un montón como ése ahora que ella ha muerto.

—No lo sabe —repitió. Y luego, como si se estuviera preguntando a sí mismo, en vez de a mí, añadió—: ¿Es posible que no lo sepa, después de trabajar para ella durante tanto tiempo? ¿Es posible? ¿No se lo habría dicho Kenopensky? —Y antes de que yo pudiera meter baza empezó a contestar él mismo—. Claro que es posible. Salvo por alguna nota en una página interior del periódico local que publicaba cada día, ella lo mantuvo todo oculto. Hace treinta años eso se podía hacer si uno estaba dispuesto a pagar el precio. —Se quedó callado y luego añadió, con el tono de alguien que está a punto de descubrir algo importante, algo enorme sobre alguien a quien ha conocido toda la vida—: Hablaba de ellos como si estuvieran vivos, ¿verdad? ¿Durante todos estos años?

—¿Qué farfulla? —le grité. Me sentía como si tuviera un ascensor en el estómago, y de repente muchas cosas distintas, cosas pequeñas, empezaron a encajar en mi mente. Yo no quería, pero ocurrió a mi pesar—. Por supuesto que hablaba de ellos como si estuvieran vivos. ¡Están vivos! El tiene una agencia inmobiliaria en Arizona, la Golden West Associates. Ella diseña ropa en San Francisco… en la Gaylord Fashions.

Claro que ella siempre leía aquellas novelas históricas de bolsillo en las que mujeres con vestidos cortos besaban a hombres descamisados, y el nombre de la editorial era Golden West —lo ponía en una banda en la cubierta—. Y de repente me acordé de que ella había nacido en un pueblecito de Missouri llamado Gaylord. Quise pensar que se llamaba de otra manera —Galen, o tal vez Galesburg—, pero sabía que no. A pesar de todo, cabía la posibilidad de que su hija le hubiese puesto a la empresa de modas el nombre del pueblo en el que había nacido la madre… O al menos eso pensé.

—Zeñorita Claiborne —dijo Greenbush en voz baja y con cierta ansiedad—. El marido de la señora Greenbush murió en un desgraciado accidente cuando Donald tenía quince años y Helga trece…

—¡Ya lo sé! —le interrumpí, como si pretendiera convencerle de que si sabía eso tenía que saberlo todo.

Y en consecuencia hubo muchos malos sentimientos entre la señora Donovan y sus hijos.

Decidí que eso también lo sabía. Recordé los comentarios de la gente sobre lo silenciosos que estaban los hijos cuando aparecieron el Memorial Day de 1961 para pasar el verano en la isla, como siempre, y algunos comentaron que nunca se los veía a los tres juntos, lo cual era especialmente raro si se tenía en cuenta que el señor Donovan había muerto de repente el año anterior; normalmente esas cosas unen a la gente… Aunque supongo que los de ciudad pueden ser diferentes para estas cosas. Y luego recordé algo más, algo que me dijo Jimmy DeWitt en el otoño de aquel año.

—Tuvieron una discusión bestial en un restaurante después del Cuatro de julio del 61 —le expliqué—. El chico y su hermana se fueron al día siguiente. Recuerdo que el mayordomo (me refiero a Kenopensky) los llevó a la península con la lancha motora que tenían en aquella época.

—Sí —respondió Greenbush—. Y resulta que yo supe por medio de Kenopensky qué discutían.

Donald había obtenido el permiso de conducir aquella primavera y la señora Donovan le había comprado un coche por su cumpleaños. La chica, Helga, dijo que ella también quería un coche. Al parecer, Vera, la señora Donovan, trató de explicarle que era una idea estúpida, que no le serviría de nada tener coche sin permiso de conducir y que no podía obtenerlo hasta que cumpliera los quince

años. Helga dijo que eso podía ser cierto en Maryland pero no en Maine, que allí podía conseguirlo a los catorce… que era su edad entonces. ¿Puede que fuera cierto, zeñorita Claiborne?

¿O sería sólo una fantasía adolescente?

—Era verdad en esa época —le expliqué—. Aunque creo que ahora hay que tener quince cumplidos. Señor Greenbush… el coche que le compró al chico por su cumpleaños… ¿era un Corvette?

—Sí —respondió—. Lo era. ¿Cómo lo sabía, zeñorita Claiborne?

—Habré visto la foto alguna vez —contesté, aunque apenas oía mi propia voz. Oía la de Vera.

«Estoy harta de ver cómo sacan el Corvette del estanque a la luz de la luna —me había dicho mientras yacía moribunda en la escalera—. Estoy harta de ver el agua que salía por la ventanilla abierta en el lado del pasajero.»

—Me sorprende que conservara una foto —comentó Greenbush—. Donald y Helga murieron en ese coche. Fue en octubre de 1961, casi un año exacto después de la muerte de su padre. Al parecer, conducía la chica.

Siguió hablando, pero ya casi no le escuchaba, Andy. Estaba demasiado ocupada en encajar las piezas… Y lo hice tan rápido que supongo que ya sabía que estaban muertos… En algún lugar profundo de mí lo había sabido siempre. Greenbush me explicó que habían bebido y que circulaban con el Corvette a más de ciento sesenta por hora cuando la chica tomó mal una curva y cayó al estanque; dijo que probablemente murieron los dos antes de que el bonito deportivo tocara el fondo.

También dijo que había sido un accidente, pero tal vez yo sepa un poco más que él de accidentes.

Tal vez también Vera supiera algo más; y tal vez supo siempre que la discusión no tenía nada que ver con la posibilidad de que Helga obtuviera el permiso de conducir en Maine; eso era el hueso menos duro de roer. Cuando McAuliffe me preguntó qué habíamos discutido Joe y yo antes de que tratara de estrangularme le contesté que fue en primer lugar el dinero y luego el alcohol.

Los temas principales de las discusiones suelen ser muy diferentes de los secundarios, y podría ser que lo que en realidad discutieran aquel verano fuese lo que le había ocurrido a Michael Donovan el año anterior.

Ella y el mayordomo mataron al marido, Andy. Nunca me lo llegó a decir.

Además, no la pillaron, pero a veces queda gente en las familias que tiene en sus manos las piezas del rompecabezas que la policía no ve. Gente como Selena, por ejemplo… o tal vez gente como Donald y Helga Donovan. Me pregunto cómo la mirarían aquel verano, antes de la discusión en el restaurante del muelle, antes de abandonar Little Tall para siempre. He intentado una y otra vez recordar cómo eran sus ojos cuando la miraban, si eran como los de Selena cuando me miraba a mí, pero no lo consigo. Tal vez lo logre con el tiempo, pero tampoco es que lo esté deseando, no sé si me explico.

Sí sé que dieciséis años son muy pocos para tener permiso de conducir —demasiado pocos, joder—, y si a eso le añades aquel coche tan potente… Bueno, ya tienes la receta para el desastre.

Vera era suficientemente lista para saberlo y debía de tener un miedo de muerte: tal vez odiara al padre, pero quería al hijo más que a su propia vida. Sé que lo quería. Y aun así se lo cargó. Dura como era, le metió la piedra en el bolsillo, y a Helga también, cuando él no era ni un bachiller y justo empezaba a afeitarse. Creo que fue el sentimiento de culpa, Andy. Y tal vez me convenga pensar así porque no quiero creer que hubiera también algo de miedo, miedo a que un par de niños ricos como ellos pudiesen chantajear a su madre para conseguir lo que les diera la gana gracias a la muerte de su padre. No lo creo… pero es posible, ¿sabéis?; es posible. En un mundo en el que un hombre puede pasar meses tratando de llevarse a su propia hija a la cama, creo que todo es posible.

—Están muertos —le dije a Greenbush—. Eso es lo que me está diciendo.

—Sí.

—Llevan treinta años muertos, o más —puntualicé.

—Sí.

—Y todo lo que ella me decía de sus hijos era mentira.

Se volvió a aclarar la garganta —si mi charla con él vale como ejemplo, ese hombre es uno de los mejores aclaradores de garganta del mundo— y cuando volvió a hablar casi parecía humano.

—Qué le decía de ellos, zeñorita Claiborne?

Y cuando me puse a pensarlo, Andy, me di cuenta de que me había dicho un montón de cosas a partir del verano del sesenta y dos, cuando apareció con diez kilos menos que el año anterior y con aspecto de ser diez años mayor. Recuerdo

que me contó que tal vez Donald y Helga pasarían el mes de agosto en la casa para que me asegurara de que teníamos bastante Quaker Rolled Oats, que era lo único que tomaban para desayunar. Recuerdo que volvió en octubre —eso fue el otoño en que Kennedy y Jruschov trataban de decidir si iban a volar el mundo o no— y me dijo que a partir de entonces la vería mucho más. «Ojalá vieras también a los chicos», me dijo, pero había algo en su voz, Andy, y en sus ojos…

Mientras seguía allí con el teléfono en la mano pensaba sobre todo en sus ojos. Me había dicho cosas de todas clases con la boca durante tantos años, sobre cómo sus hijos iban al colegio, qué hacían, con quién salían (según Vera, Donald se casó y tuvo dos niños; Helga se casó y se divorció), pero me di cuenta de que desde el verano de 1962, sus ojos me decían la misma cosa una y otra vez: estaban muertos. Ajá… pero tal vez no del todo. Al menos mientras hubiera una escuálida sirvienta de cara achatada en una isla junto a la costa de Maine que aún creyera que estaban vivos.

De ahí, mi mente adelantó al verano de 1962, el verano en que maté a Joe, el verano del eclipse. A ella le fascinaba el eclipse, pero no sólo porque fuera de esas cosas que sólo ocurren una vez en la vida. No, señor. Le encantaba porque pensaba que llevaría a Donald y Helga de vuelta a Pinewood. Me lo dijo una y otra vez. Y aquello en sus ojos, aquello que sabía que estaban muertos, se mantuvo alejado durante la primavera y el principio del verano de aquel año, Andy.

¿Sabéis lo que creo? Creo que entre marzo o abril y mediados de julio de 1963, Vera Donovan se volvió loca. Creo que durante esos meses llegó a creer que estaban vivos. Borró la visión del Corvette saliendo del estanque que se había alzado en su memoria; creyó que habían vuelto a la vida por pura fuerza de voluntad. ¿Creyó que habían vuelto a la vida? No, eso no es exacto. Los eclipsó de vuelta a la vida.

Se volvió loca y creo que quiso seguir loca —acaso para poder recuperarlos, acaso para castigarse, o por ambas razones a la vez—, pero al final fue demasiado sensata para conseguirlo. En la última semana o los diez días antes del eclipse todo empezó a desmoronarse. Recuerdo como si fuera ayer aquella época, cuando las que trabajábamos para ella nos preparábamos para aquella maldita exhibición y para la fiesta posterior. Había estado de buen humor durante todo junio y parte de julio, pero cuando yo envié a mis hijos fuera de la

isla todo empezó a funcionar mal. Fue entonces cuando Vera empezó a comportarse como la Reina Roja de *Alicia en el país de las maravillas*, a gritar a la gente como si la mirasen mal, a despedir a las sirvientas por cualquier cosa.

Supongo que fue entonces cuando su último intento de desear que resucitaran fracasó. Entonces supo para siempre que estaban muertos, pero siguió con sus planes para la fiesta. ¿Os imagináis el valor que le supuso? ¿Los huevos bien plantados?

También recuerdo algo que dijo después de que yo me enfrentara a ella cuando quiso despedir a la chica de los Jolander. Vera vino luego a hablar conmigo y yo creí que pensaba despedirme. En vez de eso, me dio una bolsa llena de cosas para ver el eclipse y pronunció algo que —al menos para Vera Donovan— equivalía a una disculpa. Dijo que a veces una mujer se ha de volver cabrona. «A veces —me dijo—, ser una cabrona es lo único que le queda a una mujer.»

Ajá, pensé. Cuando no hay nada más, sólo queda eso. Siempre queda eso.

—¿Zeñorita Claiborne? —sonó una voz junto a mi oído, y entonces recordé que él seguía allí.

Se me había ido la cabeza por completo—. Zeñorita Claiborne, ¿sigue ahí?

—Sigo aquí —contesté.

Me acababa de preguntar qué me había dicho Vera sobre ellos y eso había bastado para despertar mis recuerdos de esos viejos tiempos… Pero no sé cómo iba a contarle todo eso a él, a un hombre de Nueva York que no sabía nada de cómo vivimos aquí en Little Tall. De cómo vivía ella en Little Tall. Por decirlo de otro modo, sabía un montón sobre Upjohn y sobre Mississippi Valley Light and Power, pero ni una miaja sobre los cables y los rincones.

O las pelusas.

Volvió a hablar:

—Le estaba preguntando qué le había dicho…

—Que dejara sus camas hechas y que hubiera muchos Quaker Rolled Oats en la despensa.

Decía que quería estar preparada por si decidían volver en cualquier momento.

Y era bastante parecido a la verdad, Andy. Al menos, lo bastante para Greenbush.

—¡Hombre, qué curioso! —contestó. Y fue como oír a un médico que dijera: «¡Hombre, qué tumor cerebral!».

Luego seguimos hablando, pero no tengo mucha idea de lo que dijimos. Creo que volví a decirle que no lo quería, que lo deseaba menos que un penique rojo, y por su modo de hablarme —suave y amable y como haciéndome la pelota— sé que cuando habló contigo, Andy, no se te debieron de olvidar los comentarios que probablemente Sammy Marchant te hizo a ti y a cualquier otro de Little Tall que quisiera escucharlos. Supongo que pensaste que a él no le incumbía, al menos de momento.

Recuerdo que le dije que se lo diera a Little Wanderers y que él contestó que no podía. Dijo que yo sí podía, en cuanto el testamento superase los pasos legales (aunque hasta el mayor idiota del mundo se habría dado cuenta de que él pensaba que no lo iba a hacer en cuanto entendiera lo que había pasado), pero que él no podía decidir absolutamente nada.

Al final le prometí que lo llamaría cuando tuviera «la mente más clara». Me quedé ahí un buen rato: unos quince minutos, o más. Me sentía… horrorizada. Me sentía como si el dinero me hubiese caído encima, como si se hubiera pegado a mí igual que las moscas se pegaban a la tira engomada que papá solía poner en la entrada cada verano cuando yo era pequeña. Me dio miedo que se me pegara cada vez más cuando empezara a moverme, que me envolviera de tal modo que nunca más podría librarme de él.

Cuando por fin me moví, me olvidé bajar a verte a la comisaría, Andy. A decir verdad, casi me olvidé de vestirme. Al final me eché por encima los tejanos y un jersey a pesar de que el vestido que pensaba llevar estaba tirado sobre la cama (y ahí sigue, salvo que alguien haya entrado y le haya hecho al vestido lo que tal vez quisieran hacerle a quien debería vestirlo). Me puse las viejas zapatillas deportivas y lo di por bueno. Rodeé la gran piedra blanca tras el cobertizo y los zarzales y paré un momento para mirarla y para escuchar el viento que agitaba las zarzamoras. Al verla me entraron temblores, como cuando te entra un mal catarro o la gripe. Tomé el atajo por el prado y luego bajé hasta el fin de la calle Lane en East Head. Allí me quedé un rato, dejé que el viento del mar me echara el pelo hacia atrás y me limpiara como siempre, y luego bajé las escaleras.

Ah, no te preocupes tanto, Frank. La cuerda al principio de las escaleras y el

aviso de peligro siguen ahí; pero después de todo lo que había pasado no me preocupaban demasiado esas escaleras desvencijadas.

Caminé a trompicones hasta llegar a las rocas de abajo. El viejo muelle del pueblo —el que los de antes llamaban Muelle Simmons— sigue ahí, ya lo sabéis, pero ahora sólo quedan un par de postes y dos grandes anillas de hierro clavadas en el granito, peladas y oxidadas. A mí me parecen cuencas de ojos de un cráneo de dragón, en el caso de que eso exista. Yo salía a pescar desde ese muelle muchas veces cuando era pequeña, Andy, y supongo que creía que siempre estaría ahí, pero al final el mar se lo lleva todo.

Me quedé sentada en el último escalón, con las piernas colgando, y ahí pasé las siete horas siguientes. Vi cómo se retiraba la marea y cómo volvía otra vez casi del todo antes de irme.

Al principio traté de pensar en el dinero, pero no conseguía centrar la mente. A lo mejor la gente que ha tenido tanto toda la vida lo consigue, pero yo no. Cada vez que lo intentaba veía a Sammy Marchant mirando primero el rodillo… y luego a mí. En ese momento, eso es todo lo que el dinero significaba para mí, Andy, y todo lo que significa todavía: Sammy Marchant mirándome con ese brillo oscuro y diciendo: «Creía que no podía andar. Siempre decías que no podía andar, Dolores».

Luego pensé en Donald y Helga. «Si me engañas una vez, peor para ti —dije al vacío mientras seguía sentada con los pies colgando tan cerca del agua que a veces los salpicaba la espuma—. Si me engañas dos veces, peor para mí.» Claro que en realidad nunca me engañó… Sus ojos no me engañaron.

Recuerdo que un día al despertar me di cuenta —debió de ser a finales de los sesenta— de que nunca los había visto, ni una sola vez, desde el momento en que el mayordomo se los llevara a la península en julio de 1961. Y eso me preocupó tanto que rompí la regla que siempre había mantenido, la costumbre de no hablar jamás de ellos salvo que Vera lo hiciera antes. «Cómo están los chicos, Vera? —le pregunté. Las palabras salieron de mi boca antes de que yo misma lo supiera, pongo a Dios por testigo de que así fue—. ¿Cómo están de verdad?»

Recuerdo que estaba sentada en la sala, haciendo punto en la silla junto a las ventanas abovedadas y cuando se lo pregunté dejó lo que estaba haciendo y me miró. Ese día había un fuerte sol que proyectaba un haz de luz sobre su cara y asomó algo tan aterrador en su mirada durante uno o dos segundos que estuve a

punto de gritar. Sólo cuando pasó el terror vi qué había en sus ojos. Estaban hundidos, dos círculos negros en aquel haz de luz bajo la cual todo lo demás brillaba.

Eran como los ojos de él cuando me miraba desde el fondo del pozo… como guijarros negros o pedazos de carbón encajados en una pasta blanca. Durante aquellos dos segundos fue como si viera un fantasma. Luego movió un poco la cabeza y de nuevo fue Vera, sentada y mirándome como si la noche anterior hubiese bebido demasiado. Hubiera sido la primera vez.

—La verdad es que no lo sé, Dolores —contestó—. Estamos distantes.

Sólo dijo eso, y no hacía falta más. Todas las historias que me había contado sobre sus vidas —historias inventadas, ahora lo sé— decían menos que aquellas dos palabras: «Estamos distantes».

Gran parte del tiempo que he pasado en el Muelle Simmons lo he dedicado a pensar lo fea que es esa palabra. Distantes. Sólo de oírla me echo a temblar.

Me quedé allí sentada y le di vueltas a las cosas una vez más, luego las rechacé y me levanté de aquel lugar en el que había pasado casi todo el día. Decidí que no me importa demasiado lo que pienses tú o cualquier otro. Se acabó, ¿entiendes? Para Joe, para Vera, para Michael Donovan, para Donald y Helga… y para Dolores Claiborne también. De una u otra manera, todos los puentes entre aquella época y ésta se han quemado. El tiempo es un golfo, ya se sabe, igual que los que se extienden entre las islas y la península, pero el único ferry que puede cruzarlo es la memoria. Y eso es como un buque fantasma: si deseas que desaparezca, al final lo consigues.

Pero aparte de todo eso, sigue siendo curioso cómo han acabado las cosas, ¿no? Recuerdo lo que pasó por mi mente cuando me levanté para volver a las escaleras desvencijadas, lo mismo que cuando Joe sacó el brazo del pozo y estuvo a punto de arrastrarme con él: «He cavado un pozo para mis enemigos y yo misma he caído en él». Mientras me asía a la astillada barandilla y me disponía a subir las escaleras (dando por hecho, como siempre, que me sostendrían una vez más, por supuesto) me parecía que al fin había ocurrido y que yo siempre había sabido que ocurriría.

Simplemente, a mí me llevó más tiempo caer en mi pozo que a Joe en el suyo.

También Vera tenía el suyo: y si algo he de agradecer es que al menos yo no

he tenido que recurrir al sueño, como ella, para creer que mis hijos están vivos… aunque a veces, cuando hablo con Selena por teléfono y oigo cómo susurra, me pregunto si existe algún escape para todos nosotros, para huir del dolor y la pena de nuestras vidas. No logré engañarla, Andy… Peor para mí.

En cualquier caso, aguantaré lo que sea y rechinaré los dientes para que parezca que sonrío, como siempre. Trato de no olvidar que dos de mis tres hijos viven todavía, que tienen más éxito del que cualquiera de Little Tall hubiera imaginado cuando eran críos, más del que probablemente habrían tenido si su padre no hubiese tenido un accidente la tarde del veinte de julio de 1963. Mira, la vida no tiene alternativas; y si alguna vez me olvido de agradecer que mi hija y uno de mis hijos siguieran vivos, mientras que los de Vera murieron, tendré que responder por mi pecado de ingratitud cuando me presente ante el trono del Todopoderoso. No quiero. Ya llevo bastante sobre mi conciencia… y probablemente sobre mi alma. Pero escuchadme los tres, oíd por lo menos esto: todo lo que hice lo hice por amor… el amor que una madre natural siente por sus hijos. Ése es el amor más fuerte del mundo y el más mortal. No hay mujer más cabrona en el mundo que la que teme por sus hijos.

Al llegar arriba de las escaleras volví a pensar en mi sueño y me quedé junto a la cuerda mirando al mar. Era el sueño en que Vera me pasaba platos y a mí se me caían. Pensé en el ruido de la piedra al golpearle la cara a Joe, dos ruidos que eran lo mismo.

Pero sobre todo pensé en Vera y en mí: dos cabronas viviendo en un pedazo de roca frente a la costa de Maine, juntas durante la mayor parte del tiempo en los últimos años. Pensé que las dos cabronas dormían juntas cuando la mayor se asustaba, en los años que habían pasado en aquella casa grande, dos cabronas que al final dedicaban casi todo el tiempo a hacerse cabronadas mutuamente. Pensé en cómo me engañaba y en cómo yo solía devolverle los engaños y en lo contentas que nos poníamos las dos cuando ganábamos un asalto. Pensé en cómo era Vera cuando le entraba lo de la pelusa, cómo gritaba y temblaba como un animal acorralado por otra criatura de mayor tamaño que se propone despedazarlo. Recuerdo que me acostaba con ella, la rodeaba con mis brazos y notaba su temblor, parecido al del cristal cuando alguien lo golpea con el mango del cuchillo. Notaba sus lágrimas en mi cuello y le peinaba el cabello seco y fino mientras le decía:

«Shhh… querida… Shhh. Las desagradables pelusas ya se han ido. Estás a salvo. A salvo conmigo».

Pero si algo he descubierto, Andy, es que nunca se van, no del todo. Te crees que te has librado de ellas, que las has limpiado y ya no quedan pelusas en ningún lugar, y entonces vuelven y parecen rostros, siempre parecen rostros, y los rostros son siempre los de aquellos a quienes no deseas volver a ver ni en sueños.

También pensé en ella cuando yacía en las escaleras y decía que estaba cansada, que quería acabar con todo. Y mientras permanecía al pie de aquellas escaleras desvencijadas con mis zapatillas mojadas, supe por qué había escogido esa escalera tan vieja que ni el diablo jugaría con ella al salir del colegio, o cuando juegan a hockey. También yo estaba cansada. He vivido lo mejor que he podido con mis propios medios. Nunca he abandonado un trabajo, ni me he puesto a llorar por las cosas que debía hacer, ni siquiera por algunas que eran horribles. Vera tenía razón al decir que a veces una mujer se ha de volver cabrona para sobrevivir, pero ser cabrona es un trabajo duro.

Eso os lo digo yo, y estaba muy cansada. Quería acabar con todo y se me ocurrió que aún estaba a tiempo de volver a bajar las escaleras y que esta vez no tenía por qué detenerme al llegar abajo… si no quería.

Luego la oí de nuevo… Vera. La oí como aquella noche junto al pozo, no sólo en mi cabeza sino con los oídos. Esta vez daba más miedo, lo que yo te diga: en el 63, al menos estaba viva.

«¿Qué estás pensando, Dolores? —preguntó con esa voz altiva de «Bésame-Las-Nalgas»—. Yo pagué más que tú; pagué más que cualquiera que jamás conozcas, y sin embargo supe vivir con mi trato. Aún más. Cuando sólo me quedaban las pelusas y los sueños de lo que pudo haber sido, tomé los sueños y los hice míos. ¿Las pelusas? Bueno, tal vez al final pudieron conmigo, pero antes de eso viví con ellas durante muchos años. Ahora tú has de tragar lo tuyo, pero si has perdido las agallas que tenías cuando me dijiste que despedir a la chica de los Jolander era una putada…

adelante. Adelante, salta. Porque sin tus agallas, Dolores Claiborne, no eres más que otra vieja estúpida.»

Me eché atrás y miré a mi alrededor, pero sólo estaba el cabo de East Head, oscuro y empapado con ese vaho que se traslada en el aire en los días de viento.

No se veía un alma.

Permanecí allí un rato más, viendo cómo las nubes recorrían el cielo —me gusta mirarlas, son tan altas y libres y silenciosas mientras compiten ahí arriba… —, y luego me di la vuelta e inicié el regreso a casa. Tuve que detenerme y descansar dos o tres veces porque de tanto rato sentada en el aire húmedo al pie de la escalera me había entrado un dolor terrible en la espalda. Pero lo conseguí. Al llegar a casa me tomé tres aspirinas, me metí en el coche y vine directamente aquí.

Y eso es todo.

Nancy, ya veo que has amontonado una docena de cintas de esas minúsculas y esa monada de grabadora debe de estar casi gastada. También yo lo estoy, pero he venido a decir lo que tenía que decir, y lo he hecho: lo he dicho todo, palabra por palabra, y todas eran sinceras. Haz conmigo lo que debas hacer, Andy: he cumplido mi parte y me siento en paz conmigo misma. Supongo que sólo eso importa; eso y saber exactamente quién eres. Yo sé quién soy: Dolores Claiborne, a dos meses de cumplir los sesenta y seis, demócrata militante, residente de por vida en la isla de Little Tall.

Creo que quiero decir dos cosas más, Nancy, antes de que aprietes el STOP del aparato ese.

Al final, las cabronas del mundo somos las que aguantamos… Y en cuanto a las pelusas: ¡a tomar por el saco!

Álbum de recortes

Del *American* de Ellsworth, 6 de noviembre de 1992 (pág. 1):

ISLEÑA DECLARADA INOCENTE

Dolores Claiborne, de la isla de Little Tall, compañera durante muchos años de la señora Vera Donovan, también de Little Tall, fue absuelta de toda culpa en la muerte de la señora Donovan tras una investigación especial del forense llevada a cabo ayer en Machias. El propósito de la investigación consistía en determinar si la señora Donovan había sufrido una «muerte dolosa», es decir, si su muerte era el resultado de alguna negligencia o acto criminal. La especulación al respecto del papel de la señora Claiborne en la muerte de su patrona se vio aumentada por el hecho de que la señora Donovan, cuyo comportamiento senil era notorio, dejó a su compañera y sirvienta el grueso de su herencia. Algunas fuentes estiman el valor de dicha herencia por encima de los diez millones de dólares.

Del *Globe* de Boston, 20 de noviembre de 1992 (pág. 1):

FELIZ DÍA DE ACCIÓN DE GRACIAS EN SOMERVILLE

BENEFACTORA ANÓNIMA DONA TREINTA MILLONES AL ORFANATO

Los sorprendidos directores de la New England Home for Little Wanderers anunciaron, en una apresurada rueda de prensa convocada a última hora de la tarde, que la Navidad parece adelantarse este año para ese orfanato, que cuenta con ciento cincuenta años de historia, gracias a una donación de treinta millones de dólares procedentes de una benefactora anónima.

«Hemos recibido esta sorprendente donación por medio de Alan Greenbush, un reputado abogado de Nueva York, además de conocido administrador —afirmó Brandon Jaegger, director de NEHLW, visiblemente azorado—. Parece ser que se trata de una oferta fiable, pero la persona que se halla tras esta contribución —acaso debería decir el ángel de la guarda que se halla tras ella— pretende ciertamente mantener el anonimato. Huelga decir que todos los que estamos asociados con el hogar estamos sobrecogidos por la alegría.»

Si la donación de los millones de dólares se confirma, este golpe de fortuna de Little Wanderers sería la mayor contribución individual a la caridad para una institución de esas características en Massachusetts desde que en 1938…

De *The Weekly Tide*, 14 de diciembre de 1992 (pág. 16):

NOTAS DE LITTLE TALL

DE «NOSY NETTIE»

La señora Lottie McCandless ganó el baile de disfraces de Navidad la noche del viernes de la semana pasada en el Beano de Jonesport. El premio ascendía a 24o dólares… ¡Cuántos regalos de Navidad! ¡Nosy Nettie está taaannn celosa! En serio, felicidades, Lottie.

Philo, el hermano de John Caron, bajó a Derry para ayudar a John a calafatear el barco, *Deepstar*, aprovechando que lo tenía en el dique seco. No hay nada como el amor fraternal en esta época bendita, ¿verdad, chicos?

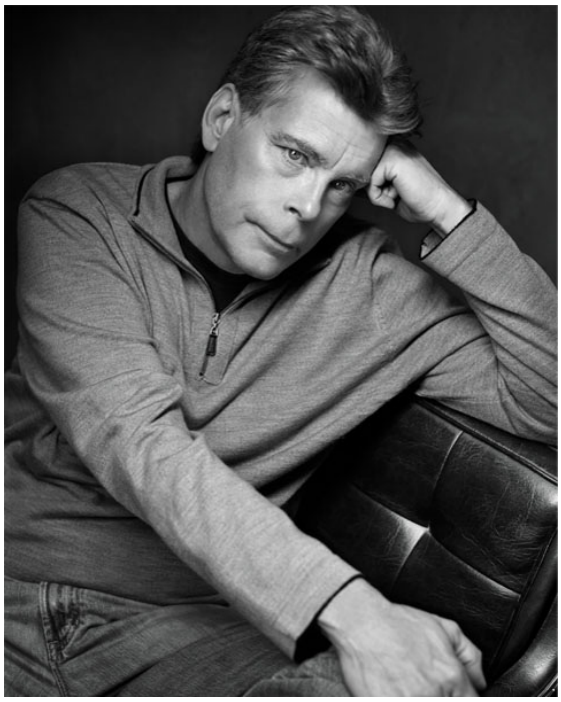
Jolene Aubuchon, que vive con su nieta Patricia, acabó un rompecabezas de dos mil piezas del monte de Santa Helena el jueves pasado. Jolene dice que celebrará sus noventa años el año que viene con un rompecabezas de cinco mil

piezas de la Capilla Sixtina. ¡Hurra, Jolene! ¡A Nosy Nettie y a todo el *Tide* nos gusta tu estilo!

Dolores Claiborne tendrá que comprar para uno más esta semana. Ya sabía que su hijo Joe —el «Señor Demócrata»— iba a venir con su familia desde su escaño en Augusta para pasar la Navidad en la isla, pero ahora se ha enterado de que su hija, la famosa articulista de revistas Selena St. George, vendrá por primera vez en los últimos veinte años. Dolores dice que se siente «muy dichosa». Cuando Nosy le preguntó si hablarían del último «ensayo» de Selena en el *Atlantic Monthly*, Dolores se limitó a sonreír y dijo: «Estoy segura de que tendremos muchos temas de conversación».

Nosy se ha enterado, por medio del centro de recuperación del hospital, de que Vincent Bragg, que se rompió un brazo jugando al fútbol el pasado mes de octubre…

Octubre 1989-Febrero 1992



STEPHEN KING, Stephen Edwin King nació en Portland (Maine), el 21 de septiembre de 1947.

Cuando tenía dos años de edad, sus padres se separaron y su madre que tuvo que salir adelante con él y su hermano mayor, con grandes problemas económicos. Empezó a escribir desde muy pequeño: Ya en el colegio, escribía cuentos que vendía a sus compañeros de clase. Cuando tenía 13 años, descubrió un montón de libros de su padre, lo que le animó a seguir escribiendo y a mandar sus trabajos a diferentes editoriales aunque sin mucha suerte. Con 24 años se casó con una compañera de la facultad, Tabitha Spruce, que también llegaría a escribir libros. Vivieron en un remolque durante un tiempo y tuvo que trabajar en diversos oficios para salir adelante. Publicó algunas historias cortas en revistas, pero pronto comenzó a tener problemas de alcoholismo. De todas sus experiencias tomaría buena nota que quedarían reflejadas en futuras historias. Muchas de las novelas de King han sido llevadas al cine con gran éxito, aumentando la popularidad del escritor.

Una de sus primeras novelas fue la de una joven con poderes psíquicos que

no terminó y desanimado la tiró a la basura. Su mujer rescató el trabajo y lo animó a terminarlo. Esa novela se titularía “Carrie” y sería la primera que vendiera. Unos años más tarde escribiría otra de sus famosas novelas “El Resplandor”. Para escribir esta novela le sirvió de inspiración su propia experiencia: Problemas con su trabajo de profesor de inglés, le llevo a aceptar un trabajo de cuidador de un hotel que cerraba en invierno, mientras aumentaban sus problemas con el alcohol y las drogas. De ambas novelas se hicieron sendas películas millonarias en taquilla. Han adaptado libros suyos directores tan prestigiosos como Stanley Kubrick, Brian de Palma o John Carpenter. En muchas de las películas ha aparecido haciendo pequeños cameos. En 1999, Stephen King fue atropellado por un conductor borracho y consigue salvar la vida de manera milagrosa. Este grave accidente que le mantuvo durante años con graves secuelas, fue el embrión de novelas como “Buick 8: Un coche perverso”. En ella uno de los protagonistas muere en un accidente de coche. Más tarde sería en “Misery”, donde volvería a contarnos cómo un escritor es atropellado por un coche, sufriendo graves heridas. En el séptimo tomo de “La torre oscura” vuelve a utilizar el accidente en la trama. Incluso en la serie para TV Kingdom Hospital, un escritor sufre un accidente exactamente igual al suyo.

Escribió algunos libros bajo el seudónimo Richard Bachman, hasta que fue reconocido y decidió matar a su otro yo y realizar un funeral para él. Muy disciplinado Stephen King lee cuatro horas al día y escribe cuatro horas al día, necesarias según él para poder ser un buen escritor. En 2000 publicó una novela a cuya lectura sólo se podía acceder a través de Internet o en descarga para libros electrónicos: “Riding the Bullet”. Ese mismo año, otra novela “The plant” se podía descargar desde su página oficial en Internet, mediante un sistema de pago voluntario, pero se estanca en el capítulo sexto pues el experimento no sale como King esperaba.

Su estilo, efectivo y directo, y su capacidad para resaltar los aspectos más inquietantes de la cotidianidad, han convertido a Stephen King en el especialista de literatura de terror más vendido de la historia, contando con más de 100 millones de libros vendidos. Entre sus más conocidas novelas podemos encontrar “Carrie” (1974), “El resplandor” (1977), “La zona muerta” (1979), “It” (1986), “Los ojos del dragón” (1987), “Misery” (1987), “Dolores

Claiborne” (1993), “Insomnia” (1994), “El retrato de Rose Madder” (1995), “Buick 8: un coche perverso” (2002), Cell (2006) y la serie de “La Torre Oscura“, que consta de 7 volúmenes.